

Colección Estudios Sociales

Núm. 4

Las mujeres jóvenes en España

Inés Alberdi

Pilar Escario

Natalia Matas



Fundación "la Caixa"

Colección Estudios Sociales

Núm. 4

Las mujeres jóvenes en España

Inés Alberdi
Pilar Escario
Natalia Matas



Fundación "la Caixa"

© Inés Alberdi, Pilar Escario, Natalia Matas
© Fundación "la Caixa", 2000

La responsabilidad de las opiniones emitidas en los documentos de esta colección corresponde exclusivamente a sus autores. La Fundación "la Caixa" no se identifica necesariamente con sus opiniones.

Edita

Fundación "la Caixa"

Av. Diagonal, 621

08028 Barcelona

Patronato de la Fundación "la Caixa"

Presidente

José Vilarasau Salat

Vicepresidentes

José Juan Pintó Ruiz

Enrique Alcántara-García Irazoqui

Alejandro Plasencia García

Patronos

Joan Antolí Segura

Francisco Bové Tarragó

Antonio Brufau Niubó

Marta Corachán Cuyás

Luis Elías Viñeta

Isidro Fainé Casas

Ramón Fàbrega Sala

José Ramón Forcada Fornés

María Isabel Gabarró Miquel

Salvador Gabarró Serra

Manuel García Biel

Javier Godó, Conde de Godó

María del Carmen Gomà Raich

Federico Mayor Zaragoza

Jorge Mercader Miró

Julio Miralles Balagué

Miguel Noguera Planas

Mateu Puigròs Sureda

María Assumpció Rafart Serra

Manuel Raventós Negra

María Pilar Riart Gil

Luis Rojas Marcos

Juan Vilalta Boix

Secretario

Ricardo Fornesa Ribó

Vicesecretario

Alejandro García-Bragado Dalmau

Director General

Luis Monreal Agustí

Colección Estudios Sociales

Director

Josep M. Carrau

ÍNDICE

	PÁG.
PRESENTACIÓN	5
<hr/>	
INTRODUCCIÓN	7
<hr/>	
I. IDENTIDAD	16
Un yo polifacético y versátil	18
Identidades femeninas y masculinas	20
Aspectos positivos de la feminidad	23
Feminidad y belleza	30
Imagen e identidad	39
Los códigos de la belleza femenina	42
<hr/>	
II. INDEPENDENCIA	50
La educación como capital humano	51
El empleo y su significado	66
Percepción de las desigualdades	79
Valoración subjetiva del empleo	86
Ingresos propios	91
Ambiente y reconocimiento personal	95
<hr/>	
III. LA AUTONOMÍA PERSONAL	106
Formas de convivencia	107
Vivir solas	120
La sexualidad como parte del yo	134
<hr/>	
IV. COMPROMISOS Y VÍNCULOS	157
La vida en común	158
Relaciones de pareja	170
Resocialización de los hombres	185

	<u>PÁG.</u>
V. LA MATERNIDAD	192
El deseo de ser madre	194
El significado de los hijos	205
La llegada de los nuevos padres	214
VI. CONCILIACIONES	230
Hacer compatibles la familia y el trabajo	234
El uso del tiempo	242
Estrategias domésticas	255
VII. LA ARMONÍA COMO META	264
Afianzar lo conseguido	264
¿Falta de aspiraciones?	267
Ausencia de modelos	275
Persistencia de ideas tradicionales	277
CONCLUSIONES	284
APÉNDICE METODOLÓGICO	292
BIBLIOGRAFÍA	300

Presentación

El nuevo papel asumido por las mujeres es uno de los fenómenos más destacables de los profundos cambios sociales registrados en nuestra sociedad en la segunda mitad de este siglo. La incorporación de la mujer en el mercado de trabajo, la equiparación de derechos entre ambos sexos, y la autonomía de la mujer para organizar su vida son aspectos de este proceso que ni ha terminado ni se ha producido con igual intensidad en los distintos ámbitos de la sociedad española.

El objetivo de este volumen es precisamente exponer cuál es la situación actual de las mujeres en España, pero centrando la atención en las pre-visibles líneas de evolución de un proceso que, como se ha dicho, no ha terminado. Para ello, el libro trata de las mujeres jóvenes, ya que es entre ellas donde se manifiesta el perfil futuro de las mujeres en general. Pero dentro de las mujeres jóvenes, las que han adoptado actitudes y comportamientos más avanzados, que se corresponden con los segmentos de mujeres definidos como de vanguardia y liderazgo en términos de estilos de vida y preparación cultural.

Los comportamientos estudiados tienen que ver con facetas de su vida relacionadas con su independencia y la situación económica necesaria para la misma, con las relaciones de pareja, tanto desde un punto de vista institucional como de la vida diaria, con la maternidad y con la conciliación entre la familia y el trabajo.

La realización de este estudio ha sido dirigida por Inés Alberdi, catedrática de sociología de la Universidad Complutense de Madrid, autora de diversos libros y artículos sobre la familia, las mujeres y la educación en España, y en el mismo han participado Pilar Escario, psicóloga, investigadora de las tendencias de cambio en la sociedad española, y Natalia Matas como ayudante de investigación.

Confiamos en que este trabajo sea una aportación al conocimiento de los nuevos estilos de vida de la mujer.

Alejandro Plasencia

Vicepresidente

Fundación "la Caixa"

Barcelona, diciembre de 2000

Introducción

Entre los valores emergentes en nuestra sociedad se destacan con gran importancia los de la individualización y la autonomía personal. Estos influyen en las trayectorias vitales de las generaciones más jóvenes de mujeres. El énfasis puesto en la identidad, el alcance de las ideas de diversidad y heterogeneidad, son un aspecto central de nuestra cultura que afecta de una forma muy potente la personalidad y la búsqueda de estilos de vida propios de estas mujeres.

Una serie de mujeres jóvenes, que han tomado decisiones importantes respecto a sus vidas, que han empezado a romper con los lazos familiares, que viven o no en pareja, que han elegido trabajos vocacionales, no sólo profesiones bien remuneradas, y pertenecen a una cierta elite femenina en cuanto a sus estilos de vida modernos o posmodernos, pueden ser una referencia para el conjunto de las mujeres y, por tanto, constituyen el colectivo ideal para abordar los temas clásicos del empleo, la convivencia, la maternidad, y todos aquellos que marcan el desarrollo de la vida adulta de las mujeres.

Estas mujeres se encuentran en una situación relevante y visible dentro de la sociedad española, por su juventud, por su mentalidad y por sus estilos de vida, que aparecen como ejemplos de vanguardia para la mujer media y podrían calificarse en parte como la avanzada, el grupo que innova y abre puertas, que perfila trayectorias y sirve de algún modo como orientación, o si se quiere como modelo, para otras muchas mujeres.

Hemos elegido, por tanto, este tipo de mujer como centro de atención y observación para nuestro estudio: jóvenes y con un cierto grado de cualificación. Con profesiones comunes y también con otras relacionadas con el arte o el diseño, donde las innovaciones y la libertad de actuación son mayores; jóvenes que reflejan asimismo una situación personal dentro de las pautas habituales, que viven solas o en pareja, solteras o casadas, y también algunas que ya han experimentado la maternidad. Ciertamente, se trata, en general, de mujeres con mentalidad avanzada en temas sociales y personales, pero hemos buscado también el contraste, incluyendo algunas mujeres más conservadoras, pertenecientes a lo que hemos calificado como la burguesía moderna.

En cuanto a los tramos de edad, era necesario acotarlos en un intervalo breve para evitar dispersiones que afectasen a la metodología elegida. De este modo se pretendía también neutralizar los efectos de una excesiva juventud por un lado y, por otro, evitar las edades en las que ya se hubieran instalado en una forma de vida en la que, generalmente, se adoptan pocos cambios.

Nos han interesado como referente teórico los análisis que se refieren a la posmodernidad, entendida como un conjunto determinado de posturas ante los temas sociales, personales e incluso estéticos que se dan en la actualidad como respuesta a modelos ideológicos anteriores más ordenados y coherentes. La idea de posmodernidad incluye la acumulación de interpretaciones y la presencia de contradicciones, aspectos que pueden ayudarnos a entender la situación, en parte transitoria, de muchas mujeres que no han vivido de cerca el movimiento feminista, pero que se hallan inmersas en un proceso de cambio dentro de una sociedad que reconoce la legitimidad de estos principios pero que tiene dificultades en trasladarlos a la práctica diaria de hombres y mujeres.

En el marco del cambio social en el que está inmersa la sociedad española, nos hemos propuesto la realización de un estudio sobre la situación actual de las mujeres. En los últimos años se han transformado enormemente las actitudes y comportamientos de las mujeres, proceso que es a la vez causa y consecuencia del desarrollo económico y de los cambios políticos acaecidos en nuestra sociedad en la última parte del siglo xx. La participación masiva de las mujeres en las instituciones educativas, su incorporación al mercado laboral y los grandes cambios demográficos de estos últimos

años se entremezclan para explicar y describir los rasgos del proceso de evolución en la vida de las mujeres españolas. Estos cambios nos interesan sobre todo porque fuerzan la transformación de las relaciones entre los hombres y las mujeres, proceso que se ha desencadenado y no parece tener un fin próximo ni definitivo.

Como consecuencia de la relativa rapidez de esta evolución se advierte, en la sociedad española, unas diferencias generacionales muy acusadas que nos permiten, utilizando el análisis de unas u otras cohortes de población, establecer las comparaciones pertinentes para llegar a entender la orientación y el grado de evolución de los distintos grupos de edad. Los cambios que advertimos son similares, aunque algo más tardíos, a los que se han producido en las actitudes y comportamientos del resto de las mujeres europeas. De modo que también la comparación con las nuevas pautas de vida femenina en otros países nos ilustra acerca de los procesos que vemos en España y que queremos entender.

Ante la tarea de realizar un estudio sobre las mujeres, se planteaba la posibilidad de abordar una vez más toda la problemática que acompaña su situación social. Con el fin de aportar algo diferente, pero siempre desde la perspectiva central de las cuestiones que hoy más preocupan, nos pareció que centrar nuestra atención en las mujeres jóvenes y, más aún, en las mujeres que han adoptado actitudes y comportamientos que podríamos considerar más avanzados, era un modo interesante y más novedoso de abordar el tema. A partir de análisis anteriores realizados sobre la sociedad española, hemos hecho una propuesta de profundizar en el conocimiento de la situación de las mujeres a partir de una segmentación de la población que nos permita identificar las diferentes culturas o ambientes sociales en que se reflejan las principales tendencias de cambio.

Creemos que es entre las jóvenes donde se manifiesta con mayor agudeza el conflicto de roles que se les presenta a las mujeres en la sociedad española actual. Como consecuencia de las transformaciones sociales, económicas y políticas que se han producido en nuestra sociedad, las mujeres jóvenes se encuentran con una serie de demandas contradictorias acerca de sus aspiraciones de realización personal.

Hemos desarrollado el trabajo con una metodología cualitativa dando prioridad, en el trabajo de campo y en el análisis, a las actitudes y los estilos de vida de mujeres de 25 a 35 años. Éstas son las mujeres que, a la vez que son jóvenes, ya tienen una edad en la que han definido buena parte de sus opciones vitales y en la que se enfrentan a situaciones fundamentales y han de tomar decisiones que serán definitivas en su trayectoria posterior. Es en estos grupos de edad entre los que creemos que se diseñan actualmente las estrategias de carácter fundamental en términos de futuro. Para ello hemos realizado entrevistas con mujeres de estos grupos de edad, a las que hemos escuchado utilizando la aproximación metodológica del grupo de discusión, que combina la lógica de la investigación cualitativa con la sociología de la vida cotidiana. Asimismo hemos completado el estudio con análisis de documentos y datos secundarios que nos ayudan al conocimiento de las tendencias sociales y estilos de vida en la sociedad española actual.

El análisis de la dinámica de las actitudes y los comportamientos se ha realizado a partir de los grupos de discusión, estableciendo la conexión entre la realidad subjetiva de la vida cotidiana de las personas y las estructuras sociales de significado que con ellas se relacionan. La aproximación a través de la expresión espontánea del discurso nos da una perspectiva privilegiada para entender los comportamientos y las decisiones de los diferentes grupos sociales y la explicación que los individuos les van dando en períodos de intenso cambio social. Este método persigue descubrir y entender la estructura subyacente de la identidad sociocultural en el ámbito individual y de grupo. Se trata de entender las fuerzas que influyen y dirigen la motivación de los individuos y sus comportamientos. Ésta es la base de la filosofía que preside la aproximación teórica de los grupos de discusión, técnica muy utilizada actualmente en el análisis de aquellos procesos sociales sometidos a cambios incesantes, como la actualidad política o las motivaciones del consumo. Es un método que ofrece la posibilidad de delimitar las culturas y ambientes en los que es posible definir, a través de sus valores y preferencias expresadas en el discurso de grupo, cuáles van a ser sus decisiones de futuro y entender las motivaciones de las mismas.

Una vez delimitados los grupos de edad, a la hora de seleccionar los integrantes de los grupos de discusión en los que estudiar comportamientos

y decisiones hemos recurrido a la teoría de los *social milieus* que nos diferencia la población en segmentos ciudadanos combinando la diferenciación por sus niveles de renta con la discriminación entre sus estilos de vida y sus niveles culturales (Ueltzhöffer y Ashemberg, 1999). A partir de la tipología que nos ofrecen los *social milieus*, hemos reunido grupos de mujeres de los segmentos o medios sociales situados en posiciones sociales relevantes, económica y culturalmente, por lo que los discursos escuchados pertenecen a mujeres que, dentro de esos grupos de edad, se sitúan entre los segmentos definidos como de vanguardia y liderazgo en términos de estilos de vida y preparación cultural, a la vez que dentro de los niveles medios y acomodados de la sociedad española. La razón de esta selección se justifica en que creemos que son estos los grupos sociales que plantean líneas de conducta y opciones innovadoras que, con el tiempo, serán adoptados por el resto de la población. De alguna manera, son ellos los sectores más sensibles al cambio, tanto por las posibilidades culturales y económicas que se les ofrecen a sus miembros, como por ser los que más cerca se sitúan de las influencias externas, tan importantes para entender estos procesos de cambio.

Nuestro estudio tiene antecedentes en algunos de los trabajos que sobre la vida de las mujeres y sobre los nuevos comportamientos de los jóvenes se vienen realizando en los últimos años, no sólo en España sino en el conjunto de los países europeos. Hay en toda Europa una sensación creciente de asistir a cambios importantes en las formas de vida cotidiana y en las formas de convivencia, así como en los valores que presiden las relaciones entre los sexos. Y los atisbos más significativos de por dónde discurren estos procesos de cambio se encuentran en las nuevas actitudes y comportamientos de las generaciones jóvenes.

El valor de la libertad, con la revalorización del individualismo, lleva a la determinación de mantener la independencia personal, aun dentro de las relaciones de pareja. Éste es un rasgo fundamental para entender las decisiones que toman los jóvenes actuales, que retrasan su convivencia y su matrimonio. Sin embargo, es interesante advertir que los mismos valores fundamentales pueden encarnarse en comportamientos diferentes. Vemos por ejemplo la presencia de estos mismos valores dominantes, de la libertad y el individualismo, en sociedades en las que las pautas de convivencia de los

jóvenes son otras, donde el momento en que los jóvenes dejan la casa paterna es muy diferente. En Francia, por ejemplo, la mayoría de los jóvenes abandonan la casa familiar a los 21 ó 22 años para irse a vivir con su pareja, y contraen matrimonio varios años más tarde con esa u otra pareja. Es decir, la emancipación es mucho más temprana que en España, donde más de la mitad de los jóvenes de 25 a 30 años siguen viviendo en casa de los padres, y donde la convivencia sin matrimonio es mucho menos frecuente. Sin embargo, la pauta de emancipación más temprana no significa que no haya muchos rasgos en común en cuanto a las formas de relación, la manera en la que se establecen las reglas de la convivencia, los problemas iniciales de la vida en común y los valores fundamentales que rigen las actitudes y las preocupaciones de esos jóvenes.

Un estudio realizado recientemente por François de Singly y su grupo de investigadores del CERLIS, *Centre de recherches sur les liens sociaux* en París, refleja muchas de las preocupaciones que nosotros hemos advertido, de forma similar, entre las mujeres de nuestras entrevistas. Esa pretensión de libertad, de ser ellas mismas a la vez que viven en pareja, está totalmente en consonancia con el estudio francés «*Libres ensemble*» cuyo título resume la novedosa pretensión de los hombres y mujeres que forman las nuevas familias y quieren vivir juntos sin dejar de ser libres. Empresa difícil y compleja, ya que el convivir obliga a cada uno a un triple equilibrio entre su ser individual y el conjunto social colectivo, a la vez entre sí a los dos individuos que forman la pareja, y por último entre cada uno de ellos solo y por separado con otras personas. Esta investigación descubre y explica las tendencias actuales de los jóvenes en Francia y las nuevas formas de convivencia de las parejas, poniendo de manifiesto una serie de rasgos que tienen mucho en común con los que nosotras hemos advertido en la sociedad española. La importancia de la libertad que quiere hacerse compatible con la vida de pareja, los conflictos que acompañan la iniciación de la convivencia, las dificultades para diseñar la vida en común y encontrar tiempos y actividades comunes, la añoranza de vivir solos coexistente con la decisión de vivir juntos, el pudor o reserva para hablar acerca de las relaciones sexuales, etc. Todos ellos son rasgos comunes de una juventud que innova en sus conductas pero que lo hace de una forma acorde con la evolución de la sociedad,

de la cultura y del desarrollo cada vez mayor de un conjunto supranacional de valores compartidos.

El estudio de Singly toma como referencia a las parejas, mientras que el nuestro ha tomado como referentes a las mujeres, pero tanto en uno como en el otro se constata la interrelación entre el cambio en las formas de vida y de convivencia de los jóvenes con la evolución de la vida de las mujeres. Lo que ha producido el cambio más radical en la vida de las parejas, en el sentido de ir a unas relaciones más igualitarias entre los hombres y las mujeres dentro de ellas, ha sido la transformación global de la vida de las mujeres, sobre todo su incorporación masiva a la educación, a la cultura y al trabajo. Las mujeres empiezan a tener una vida exterior a la familia, y a partir de ella empiezan a recibir y a exigir una serie de derechos. No se limitan solamente a repetir los pasos de los hombres en la esfera laboral, sino que, simultáneamente a ello, mantienen su parte de vida personal y familiar sumándola a la vida exterior, con lo que ello supone de dificultades e incompatibilidades pero también de variación y enriquecimiento.

En la raíz de las actitudes y conductas actuales, hallamos rasgos del mundo de la modernidad de los sesenta y los setenta, de los avances de los ochenta transformados a través del individualismo de los noventa. Todo lo que significaba rupturismo y confrontación a partir del 68 aparece ahora como autonomía e independencia. Los grandes valores de la modernidad de entonces, como la ruptura generacional y el compromiso como respuesta social y estética, se han reinterpretado en términos de necesidades y objetivos personales. La relación con el entorno físico y social se maneja desde el subjetivismo: ocio, filosofía de la vida, arte, productos de marca y religiones están al servicio del «individuo-ingeniero» que organiza y selecciona su vida a su manera.

Se trata, con una gran dosis de confianza en una misma, de experimentar diferentes estímulos y culturas tanteando los propios recursos, mostrándose tolerante y flexible ante los cambios sociales, los cambios generacionales, los estilos de vida, de moda y de ocio. Se trata de no comprometerse más que con el riesgo que una misma asume y aceptar las propias contradicciones como una fuente de enriquecimiento personal.

A través de las experiencias de las mujeres hemos conseguido una visión de las nuevas reglas que dominan la vida de relación y de pareja entre los jóvenes. Las nuevas familias se forman a partir de la pareja y a través de las experiencias de relación y de convivencia de las que estas mujeres nos han hablado, ayudándonos a conocer las razones y comprender las explicaciones de las tendencias que van apareciendo.

Los rasgos del cambio se resumen en esa demanda de autonomía e identidad que hacen las mujeres, que igualmente hacen los hombres jóvenes pero que en ellos no tienen carácter de novedad. El hombre ha detentado derechos y ha reivindicado su individualidad desde mucho antes que las mujeres. Por otra parte, como herencia de su situación anterior, las mujeres se preocupan en mayor medida que los varones de mantener la convivencia y cuidar de las relaciones de pareja. La atención a la afectividad está más desarrollada en ellas porque ha sido para las mujeres un aspecto fundamental de su identidad social en períodos anteriores. Por esto quizás han desarrollado más intensamente sus capacidades afectivas o, al menos, les han dado históricamente mayor importancia. Estos rasgos los mantienen en esta nueva etapa en la que las relaciones de convivencia son, sin embargo, muy diferentes. Y en ellas se advierte, como nosotras hemos constatado, que las mujeres se implican más en el mantenimiento de las relaciones afectivas, en el seguimiento de las cuestiones personales del otro y, de alguna manera, en la vinculación entre estas relaciones y el entorno general de sus vidas.

Son varios los aspectos que hemos tratado de ordenar en este estudio de lo que son las formas de convivencia y los estilos de vida de las mujeres jóvenes. Entre ellos hemos destacado algunos que, agrupándolos en temas que nunca dejan de estar interrelacionados unos con otros, dan unidad a una serie de capítulos en los que desarrollamos nuestros análisis. La identidad como preocupación central de la definición del yo (capítulo I); la búsqueda de la independencia personal, generalmente a través de la educación y la ocupación de un empleo remunerado (capítulo II); la autonomía personal como vehículo de la identidad que se vuelca hacia el exterior en las diversas relaciones de pareja que se mantienen (capítulo III); el compromiso y las relaciones de pareja, con los problemas derivados de la convivencia en la vida cotidiana que presentan como último reto del cambio la necesaria resociali-

zación de los hombres (capítulo IV); la maternidad, como momento crítico en la definición de la propia vida, que es a la vez un aspecto esencial de la vida femenina y una decisión que impone numerosas limitaciones (capítulo V); la vida familiar y doméstica con sus dos aspectos complementarios, la relación con los hijos y las estrategias domésticas de compatibilidad del mundo familiar con el mundo exterior (capítulo VI); por último, las aspiraciones y metas que estas mujeres se plantean en contradicción flagrante con una tradición reivindicativa de éxito y logro público que se arrastra desde los primeros años del movimiento de liberación de las mujeres (capítulo VII).

En el conjunto de estos capítulos se presenta una panorámica que quiere ser ilustrativa, pero que no pretende ser representativa a nivel estadístico, sino reflejar líneas y tendencias de cambio en las que están inmersas las mujeres españolas. Se trata de una visión que deberá sumarse a otros estudios y a otras interpretaciones con las que enriquecer la comprensión de una serie de fenómenos amplios, diversos, múltiples y contradictorios que resumen en su conjunto la situación social de las mujeres españolas en estos comienzos de un nuevo siglo, prometiendo al mismo tiempo nuevas y mayores transformaciones por venir. Porque, de lo que sí hemos llegado a tener una clara intuición, es del gran potencial de transformación que encierran las nuevas demandas y proyectos de estas generaciones de mujeres que, sin ánimo reivindicativo, afirman su capacidad, su derecho y su determinación de estar presentes en la sociedad.

I. Identidad

Una constante entre las mujeres jóvenes es el preguntarse acerca de sí mismas, acerca de su identidad y de su destino. ¿Qué soy? ¿Quién soy? Son cuestiones que se les presentan de forma inmediata en numerosas situaciones, con mayor fuerza aún en las actuales generaciones de jóvenes que están cambiando el significado de sus respuestas en relación con las que les dieron las generaciones anteriores.

La vivencia de la propia identidad es el camino para poder dar respuesta a estas preguntas que se formulan, pero no es fácil. Es por el contrario el resultado de un proceso complejo. Desde una voluntad cuasi aristotélica de conocerse a sí mismas, hasta por una necesidad de detenerse a redefinir sus distintos planos vitales y establecer prioridades, las mujeres acuden recurrentemente a esta reflexión personal. Este tipo de reflexión se acentúa en las situaciones críticas, cuando en algún momento de su trayectoria vital sobreviene una discontinuidad, algo que les hace variar el rumbo de sus vidas y las obliga a mirarse en el espejo interior de sí mismas. Cambios que son frecuentes en estos grupos de edad.

Este tema de la identidad es uno de los más frecuentemente tratados por los estudios sobre las mujeres y que hemos querido volver a plantear con el fin de obtener una visión más actual y sobre todo, haciéndolo a partir de las vivencias de mujeres jóvenes, situadas en esa etapa vital de definición de sus objetivos y de elección de los caminos a seguir.

Entre las vivencias de estas jóvenes adquieren una importancia singular las experiencias de aquellas mujeres más avanzadas y vanguardistas en sus actitudes y comportamientos. Dentro de los grupos estudiados tienen una especial importancia para nosotras el análisis de las percepciones de aquellas que viven en una situación de autonomía, que han asumido riesgos y que se enfrentan con su vida sin ningún tipo de apoyo exterior económico o familiar. No todas las mujeres jóvenes manifiestan ese interés por la autonomía personal como base fundamental de su identidad, pero sí creemos que es entre aquéllas que así lo reflejan entre las que encontramos los rasgos de mayor novedad en cuanto a las tendencias de búsqueda de nuevas formas de personalidad femenina.

Las jóvenes con un alto nivel educativo son las más proclives a adoptar una postura progresista ante la vida. Constituyen en cierta medida la avanzadilla de los cambios y transformaciones de las que se podrán beneficiar más tarde el conjunto del colectivo femenino. Es una actitud autónoma, independiente de cualquier ideología o tendencia política.

En este sentido, contribuyen a hacer historia al modo en que se describe en un reciente ensayo: «Los seres humanos responden con mayor sensibilidad a las situaciones locales transformándose a sí mismos, pero también tratando de preservar identidades continuas pero en desarrollo, en lugar de reaccionar de acuerdo al dictado de su identidad o respondiendo de forma diferente a cada situación. Esto quiere decir que responden a cada situación elaborando un modelo actual de sí mismos, con referencia a actitudes que han asumido en el pasado en situaciones afines. Para una respuesta de este tipo, las personas deben tener identidad, es decir intuiciones de lo que son sus vidas como un todo. Pero no necesariamente el tipo de identidades que la derecha imagina, esto es, sólidas, de una pieza y definidas para siempre. Si así fuera, sus respuestas a las situaciones particulares se tornarían defensivas y reaccionarias. Tampoco hay que adoptar la visión de la izquierda, según la cual las identidades se desarrollan de forma contingente» (Flores, Spinosa y Dreyfus, 2000, pág. 72).

Las identidades femeninas se han confundido históricamente con los diferentes papeles que las mujeres desempeñaban en la sociedad: la madre,

la esposa, la amante. Frente a esta forma de identidad simple, la novedad que presentan algunas de estas jóvenes entrevistadas es la de una identidad más personal, más subjetiva y menos estereotipadamente femenina.

Es quizás obvio afirmar que estas mujeres dan prioridad al «ser persona» sobre el ser mujer como resultado de su situación de independencia, frente a aquellas que por el hecho de ser madres o vivir en pareja realizan un planteamiento distinto o más ambiguo ante esta disyuntiva.

Éstas son las mujeres que han adquirido una conciencia aguda de las potencialidades que tienen como mujeres y que han tenido que desplegar para construir su identidad personal. Hay en ellas un rasgo de originalidad, ya que su identidad como personas no está inspirada en modelos anteriores. Cuando se trata de conocerse y de identificarse no es necesariamente ni a través del trabajo ni con relación al modelo masculino como lo van a hacer, sino que van a reivindicar las peculiaridades de su feminidad. Nuestro análisis refleja que en igualdad de circunstancias, su respuesta es distinta a la de los varones por el hecho de ser mujeres.

Un yo polifacético y versátil

La diversidad y la multiplicidad de facetas que desarrollan las mujeres se vive como una fuente de riqueza, más que de ruptura o conflicto. Uno de los aspectos que aparece como reivindicación entre las mujeres es la versatilidad y pluralidad de facetas de la vida femenina frente a la unidimensionalidad que ven en los hombres.

«Me gusta la idea de tener varias parcelas de las que se nutre mi vida... los hombres sólo tienen una.»

Las mujeres se enfrentan a los cambios de la sociedad actual como si estos exigieran una superación de ellas mismas y de los hombres. Es, en parte, un camino a ciegas por la falta de referentes y de modelos. Los cambios son tan numerosos que no sirven modelos masculinos ni femeninos. Es una trayectoria compleja que no es unidireccional ni fácil, por lo que se ven obligadas a efectuar constantes introspecciones para poder encontrar, en la reflexión personal, las respuestas que el entorno no les proporciona.

La transformación de la situación vital de las mujeres es enorme. Han cambiado sus aspiraciones a la vez que se han diversificado las demandas que la sociedad les hace. Y se encuentran teniendo que preparar respuestas innovadoras a situaciones nuevas. Entre las mujeres en las que coinciden múltiples funciones en su agenda personal encontramos un ejercicio de introspección que trata de establecer una cierta jerarquía: ¿Qué soy «antes»? ¿madre?, ¿pareja?, ¿profesional? De alguna manera la diversidad de funciones y de aspiraciones confunde a la vez que enriquece su identidad.

Es la superposición y no la combinación de tareas lo que les impulsa a establecer un orden interior. En general, cuando se ejercen todas estas funciones al mismo tiempo, lo que es normal en la vida de muchas mujeres, esta pregunta no se plantea desde la perspectiva del abandono de unos roles en favor de otros. En la mayoría de los casos no se trata de elegir, pero sí de decidir una jerarquía de preferencias que alivie un poco la tensión producida por la multiplicidad.

Si bien en la experiencia vital de las mujeres se puede ser y se es todo a la vez, la presión social que sienten para cumplir con cada una de estas facetas enturbia el lado positivo de esta diversidad. Si la vida femenina es múltiple y en ello reside su mayor riqueza, las exigencias de dar «lo mejor» en todos y cada uno de los campos a veces agota la fuente de la que se nutre lo más valioso de la identidad femenina. Un problema fundamental es que para sentir que siguen abarcando todo sin problemas es necesario algún tipo de afirmación a modo de resultado positivo o de reconocimiento. Otro efecto de la diversidad que tienen que asumir es que componen sus propios «niveles de suficiencia» para hacer que la presión sea más llevadera.

«No puedes ser un 10 en todo, yo me conformo con ser un 7.»

Aquí habría que mencionar los análisis hechos desde la perspectiva sociológica en los que se hace referencia a los conflictos estructurales que revierten sobre las personas sometidas a tendencias contradictorias. Estos conflictos están marcados en las mujeres no sólo en cuanto al desdoblamiento en las múltiples tareas que realizan, sino más concretamente en cuanto a las esferas de la maternidad y la vida laboral. Y la contradicción es más difícil de resolver en el caso de estas dos esferas, ya que cada una requiere una

serie de aptitudes muy distintas; casi antagónicas. En este caso, y debido exclusivamente a la falta de soluciones sociales, lo que puede ser diversidad y riqueza del modelo multifacético se transforma en algunos casos en origen de conflictos que desembocan en la adopción de soluciones salomónicas no deseadas, como es la renuncia o bien a la maternidad o bien al trabajo.

A las mujeres se les sigue exigiendo demasiado para equipararse a los hombres. Es en este punto en el que la diferencia se convierte en discriminación y ello produce que las mujeres retrocedan en sus actitudes. El hecho de tener que demostrar más para llegar a lo mismo implica dudas sobre sí mismas y sus capacidades. La seguridad y el aplomo con que reconocen su nueva identidad retrocede hasta la desconfianza, la frustración e incluso la retirada, aplazando para el futuro una situación de igualdad.

«Yo ya he hecho todo lo que he podido, que sigan mis hijas.»

Incluso, en esta actitud persiste un criterio inédito de identidad femenina, de conciencia de grupo cuyo éxito en el futuro es irrefutable. Lo que ellas no han conseguido lo conseguirán las próximas generaciones de mujeres. Esta actitud supone delegar el esfuerzo y el aprendizaje de los logros y de los errores, de manera que las que recojan el testigo se encuentren ya a medio camino para conseguir el objetivo de mejorar la situación de las mujeres en la sociedad.

Identidades femeninas y masculinas

Paralelamente a todos los cambios históricos que han equiparado a las mujeres con los hombres en numerosos aspectos de la vida social, es en el terreno de las imágenes donde más se ha avanzado en ese supuesto acercamiento de los hombres y de las mujeres. Y es en ciertos ámbitos vanguardistas como la moda donde inicialmente se suaviza la idea de marcar diferencialmente el terreno de cada uno de los sexos.

En la moda se advierte una tendencia que trata de borrar las diferencias en la apariencia bajo los códigos del estilo *unisex* y de la moda andrógina que se expande desde las décadas finales del siglo xx con una influencia en las formas de identidad femenina o masculina de las nuevas generaciones.

No son ya los pantalones, trajes de chaqueta y adornos que son, cada vez más, simultáneamente utilizados por los hombres y las mujeres, sino también el cambio en los arquetipos físicos de la belleza. Las formas estilizadas y planas dominantes en el mundo de la moda recogen rasgos femeninos y masculinos fundiéndolos en un modelo históricamente nuevo y más indiferenciado que nunca.

La distancia atenuada con las imágenes masculinas influye en las nuevas formas de identidad de las mujeres en tanto en cuanto la imagen es uno de los ingredientes básicos de la identidad femenina. La persona, la presentación externa que hace de sí misma, tiene siempre la mediación de su envoltura física y, como tal, la imagen se enseñoera de ella hasta tal punto que sólo a través de un conocimiento muy cercano y continuado de ella somos capaces de hacer abstracción de su imagen física. A la vez, esta es la razón por la que la imagen cobra una importancia superlativa en las sociedades actuales. La enorme cantidad de contactos, y la frecuencia con que dichos contactos son efímeros, sobredimensiona el valor de la propia imagen porque, en un primer momento, la imagen física de una persona es esa persona. Con ello, la belleza cobra un valor mayor que nunca, lo que repercute en la importancia que las mujeres van a dar a su imagen.

Siguiendo el análisis de la apariencia y la identidad, Goffman ha aludido a la identidad femenina desde una doble dimensión, la exterior hacia fuera o de representación, el yo exterior, y otra dimensión, que reside en el trasfondo, en la intimidad, en el encuentro con uno mismo. Sería en el reducido interior donde se mantiene, intacta, la propia identidad (Goffman, 1971).

Sin embargo, en la actualidad cobra importancia creciente la imagen como ingrediente fundamental de esta identidad. Llevando este pensamiento al extremo, se podría llegar a la conclusión que se es mujer por fuera y persona por dentro, y sin embargo no es así lo que según nuestro análisis se corresponde, sino una versión muy integradora de la imagen exterior con la realidad íntima y personal, el planteamiento que encontramos es aquel que reivindica la feminidad como algo expresivo e inherente a la persona.

Ser mujer, ser persona del sexo femenino, implica una imbricación total de ambos aspectos, de aquéllos que mediante la imagen se ofrecen al

exterior y de aquéllos más íntimos y personales con los que el sujeto construye su identidad, a través de los cuales se siente ella misma. Es precisamente en el punto de encuentro entre ser yo misma y ser mujer donde se despliega la diversidad de las funciones y papeles que desempeñan las mujeres a lo largo de su vida.

Otra disociación posible de la identidad femenina no viene ya de la imagen sino de los roles tradicionales asociados a la feminidad y con los cuales gran número de mujeres se niegan a identificarse. Gloria Morejudo, en su estudio sobre el comportamiento político de la mujer española, afirma que el colectivo de mujeres más jóvenes se construye por oposición a lo que fueron sus madres, y que de esta oposición emerge lo que ella define como una disociación subjetiva entre ser mujer y ser persona. Como mujeres se les asignaría el entorno doméstico como obligatorio y en cuanto a personas se les asignaría el mundo del trabajo, mucho más neutro genéricamente (Morejudo, 1985).

De nuestro estudio se desprende que esta división entre lo interior y lo exterior de las actividades de la mujer como eje que segmenta las identidades, está en vías de superación y encaminándose hacia un concepto más integral e igualitario de ambos conceptos. Pero sobre todo se desprende que las imágenes que las mujeres tienen de su propia identidad son imágenes integradoras de la feminidad a la vez que superadoras de los mundos atribuidos y de los roles adscritos a uno y otro sexo. Bien es verdad que estas afirmaciones no las podemos hacer de la generalidad de las mujeres ni incluso, de la generalidad de las mujeres jóvenes. Todavía no se viven con naturalidad los cambios de perspectiva que se les abren a los hombres y las mujeres como consecuencia de los cambios acaecidos en el siglo xx en cuanto a sus posiciones respectivas. No es una realidad total, es sobre todo un camino que abren una serie de mujeres jóvenes a reflexionar sobre su situación social y su identidad en el mundo actual.

Este camino hacia la diversidad y la heterogeneidad se tiñe de elementos de modernidad y progresismo, aspecto que también señalaba M. J. Miranda cuando escribía sobre el desconcierto de las jóvenes en los años ochenta, afirmando que ni las más acérrimas defensoras del conservadurismo sabrían definir el modelo tradicional de la feminidad (Miranda, 1987). Sin embargo,

según nuestro análisis, sería arriesgado afirmar que se ha disuelto en aras de la modernidad lo más conservador de la feminidad. Nuestra interpretación apunta más hacia una transformación y revalorización de la feminidad.

Aspectos positivos de la feminidad

Las mujeres parecen tener un sentido elevado de lo que como mujeres son capaces de comprender, de conocer y de relacionar todo lo que se sitúa en su entorno. Esta conciencia de sí mismas como capacidad de ir más allá de la realidad inmediata la señalan en relación con los varones y, en cierto modo, como un rasgo positivo de identidad femenina. Mientras que los hombres parecen tener un punto de vista más focalizado sobre los problemas, las mujeres, creen ellas, saben adaptarse a cada circunstancia, con una actitud camaleónica que las defiende de caer en el conflicto interior o, más grave aún, en la vivencia esquizofrénica de su identidad.

«Los hombres son más planos.»

«En la vida tienes que poner muchas caras, pero todas son tuyas.»

La comparación con los hombres es una constante, sobre todo en esas cuestiones cotidianas de las relaciones interpersonales. La visión de las mujeres ante una situación compleja tiene, entre otros, los componentes de tiempo y de distancia. Las mujeres ven antes y más rápidamente el conjunto del problema, mientras que los hombres, según ellas, tardan más.

«Nosotras somos más rápidas, tenemos más facilidad para captar antes si una persona te va a engañar o no.»

Los hombres son menos complejos, según un resumen muy ilustrativo de una de las participantes:

«...son la distancia más corta entre dos puntos.»

De un modo similar a lo que escuchamos entre estas mujeres, la antropóloga Helen Fisher explica las diferencias de hombres y mujeres como resultado de la evolución. Fisher identifica diferencias entre hombres y mujeres en cuanto a su forma de enfrentarse con situaciones complejas. Según la autora de *El Primer Sexo*, las mujeres tienen la capacidad, por otra

parte ya identificada por la psicología, de integrar de forma global todos los detalles del entorno del mundo que las rodea. Su forma de pensamiento les ayuda a componer las piezas de una situación o las diversas caras de un problema de forma más espontánea y rápida. En la toma de decisiones, según Fisher, «las mujeres calibran más variables, consideran más opciones y resultados, recuerdan más puntos de vista y anticipan mayor número de formas de proceder» (Fisher, 2000).

Esa sería la peculiar forma femenina de pensar y de proceder, integrando, generalizando y sintetizando. De esta manera su capacidad les lleva no solamente a contemplar más elementos sino a interrelacionarlos en un sistema que Fisher denomina *pensamiento en red*. De ahí se deriva también que las mujeres muestren una mayor tolerancia ante la ambigüedad y una gran capacidad para resolver problemas. Según esta autora, la agilidad en integrar datos y llevarlos a un plano superior más general es una forma peculiar de las mujeres de encontrar vías de salida positivas ante situaciones complejas.

Las mujeres que han participado en nuestro estudio nos han confirmado estas teorías, pero han añadido algo más: la satisfacción de saberse así, de sentir que esta característica de su mente las sitúa en una posición ventajosa frente a la vida y en cierta manera con respecto a los hombres. Se perciben a sí mismas, con relación a los hombres, abarcando una mayor amplitud de campos en los que moverse. Ellas se mueven en una tercera dimensión de la que carecen los hombres, y además lo hacen integrando todas ellas: la dimensión social, la laboral y la familiar. Esta capacidad de abarcar múltiples funciones según su propia percepción les otorga un papel clave en la sociedad:

«En cuanto la mujer deje de arrimar el hombro en muchas cosas, la sociedad se derrumba.»

El rasgo más original de estas jóvenes es que para definir esta identidad no recurren a la identificación con el modelo masculino que se ha considerado históricamente el modelo genérico de la persona. Éste ha sido el camino recorrido en un primer período de búsqueda de la identidad de las mujeres, el de la emulación masculina, que parece que está superándose, aunque no deja de estar presente, como posible término de comparación.

Estas mujeres están de vuelta de emular al modelo masculino. Son precisamente ellas las que lo rechazan como referente con mayor énfasis, porque lo conocen bien. Han compartido con los hombres, y frente a ellos, innumerables situaciones en el ámbito laboral en una lucha cotidiana para afirmarse y prosperar en el trabajo.

«En el trabajo, no puedes ser “humano”, tienes que estar en la empresa y punto, tus problemas los dejas aparte... pero eso les pasa igual a los hombres.»

Estas mujeres jóvenes se mueven de forma innovadora en la construcción de su identidad. Habría que decir que la identidad femenina se va reconstruyendo con nuevos atributos que no parten de ningún modelo preestablecido. Es el resultado de una labor, o de una lucha según la teoría feminista, que han emprendido las propias mujeres, reflexionando sobre ellas mismas, y tratando de encontrar un sitio en un territorio que, en principio, les era desfavorable.

Según la teoría de Fisher, y en línea con el análisis de las mentalidades femenina y masculina, los hombres tienden a centrarse en una sola cosa a la vez, a dividir su atención y a establecer una sucesión ordenada de su comportamiento: terminan una cosa antes de pasar a otra; mientras que las mujeres son capaces de simultanear varias tareas al tiempo. Según la autora, debido a cientos de años de dedicación al cuidado de sus crías, las mujeres han desarrollado una serie de capacidades de atención múltiple a tareas diversas, necesarias para atender a la supervivencia de seres indefensos, que la han preparado de una forma especialmente adecuada para esta sociedad diversa, múltiple y versátil en la que nos encontramos actualmente.

Ésta sería una de las características que diferencia a las actitudes y mentalidades femeninas y masculinas, que intuitivamente captan buena parte de las mujeres actuales. Sin embargo, y aunque a las mujeres las sitúe en una posición favorable frente al futuro, su vivencia de las diferencias es más analítica que reivindicativa. Según nuestro estudio, las mujeres se reconocen en una posición de ventaja respecto a las peculiaridades masculinas, pero esta actitud se expresa con aplomo, con la autoridad que impone el hecho de saberse así y no tener, —¡finalmente!—, que luchar por ello.

«Además es que no somos iguales, biológicamente somos distintos y pensamos de otra manera.»

Tradicionalmente las mujeres han partido de una posición de debilidad por la infravaloración social de las características de su género, de tal manera que se llegó a la percepción del colectivo femenino como el de un segundo sexo. La batalla por la recuperación de un lugar más visible e igualitario en la sociedad llevó a las mujeres a un duro enfrentamiento con los hombres como parte de la reivindicación feminista: ellos tenían que perder terreno para poder dejar un espacio a la mujer. Esta lucha ha terminado, o nos encontramos, al menos, en una pausa de la misma. Las mujeres han alcanzado buena parte de sus reivindicaciones y pueden darse un respiro.

Con la evolución de la sociedad y debido precisamente al éxito de la causa feminista, hoy las mujeres se permiten una visión más relajada, una postura más elegante con respecto a la sociedad (Gil Calvo, 2000). Las mujeres se asientan sobre los valores «propios de su sexo» mirando el panorama que les rodea y comprobando sin acritud, incluso con humor, cómo somos nosotras y cómo son ellos.

«Ellos están deseando que llegue el lunes y ¡hala! a trabajar...»

Suavizando los estereotipos

Sin embargo, hay otros planos del análisis. Si nos remitimos al estereotipo más salvaje que ha producido la masculinidad, la violencia, la elegancia en la postura femenina al juzgar las mentalidades y formas de pensamiento antes analizadas, se torna en una actitud más crítica y más dura. No creemos equivocarnos si al profundizar en el lado más abrupto de la masculinidad afirmamos que la crítica y el rechazo de las mujeres y del conjunto de la sociedad de esta dimensión de lo masculino, se justifica plenamente.

El rechazo a lo más duro del referente masculino parte de dos aspectos importantes. Por una parte existe, y no es necesario leer textos sino observar la realidad del entorno social, una desvalorización creciente de lo más estereotipado de la masculinidad. Nos referimos, aunque no haría falta mencionarlo, a todo lo relacionado con la fuerza, la agresividad, la necesidad

de competir por lo más alto de cualquier jerarquía. Sus aristas más agudas han perdido valor, y ya no son motivos de admiración ni por parte de la sociedad, ni menos aún, por parte de las mujeres. Frente a estas cuestiones las mujeres no tienen miedo a expresar su rechazo y se muestran seguras de cuáles son sus opciones. Afirman su diferencia sin por ello mostrar ningún tipo de complejo o de inferioridad.

«Nos estamos equivocando, si adoptamos el papel del hombre... decir yo soy tan hombre como ellos... es una tontería. Cojamos lo bueno.»

Otro aspecto que hay que señalar es la creciente feminización de lo masculino. Es decir, no sólo se están desvalorizando los excesos antes citados sino que se va más allá, traspasando la frontera virtual de los géneros y gradualmente se observa un movimiento que se adentra en lo que la sociedad ha denominado como «femenino». Este giro va ganando puntos a ojos de las mujeres. Son los aspectos más valorados de la feminidad los que se ofrecen ahora como posibles modelos de emulación, también a los varones.

Para muchas mujeres, esta transición hacia su territorio y la diversidad de sus valores representa un concepto más rico de la personalidad. No van a rechazar muchos de los aspectos positivos de la masculinidad, porque ellos las enriquecen pero creen que un proceso similar debe darse entre los hombres. La diversidad y multiplicidad de los aspectos que la personalidad femenina adquiere se presenta como un modelo.

«Las mujeres siempre hemos tenido un poco de las dos partes, pero al hombre le falta la parte femenina.»

Una identidad que tenga una sola cara se percibe como una carencia. Sin embargo, las construcciones sociales de género son tan fuertes que constituyen barreras difíciles de derribar o superar. Este modelo que se ofrece no es fácil de adoptar ni de seguir porque las resistencias culturales son fuertes. Las peculiaridades de lo femenino y lo masculino están firmemente enraizadas en nuestra cultura y se suavizan muy difícilmente. En este contexto las mujeres más progresistas sienten que van por delante, pues lo que ellas ya han asumido, la sociedad todavía lo rechaza.

«Yo tengo un amigo que es homosexual, que es muy femenino. El otro día me dijo: “Estuve hablando con mi madre y me puse a llorar”. Y es esa

parte tan femenina de mi amigo la que me llega, lo que me atrae. Pero la sociedad no lo acepta.»

Podríamos preguntarnos dónde nos lleva esto, porque no se concibe ni mucho menos una tendencia sin fin, una feminización total y radical del modelo masculino. Se trata más bien de una suavización de los rasgos de género, de los rasgos más duros del estereotipo, desde una y otra parte, de modo que las personas definan su identidad con mayor nivel de libertad. Pero ello no se produce sin problemas. Como toda tendencia incipiente se percibe con sus limitaciones y sus desencuentros.

Esta reflexión sobre la ambivalencia de las identidades tiene una dimensión positiva que es el abandono, no sabemos si con posibilidad de retorno, de la exaltación de los elementos de la masculinidad que, en sus rasgos más duros como la fuerza y la violencia, han servido para relegar a un segundo plano la feminidad.

Sin embargo, en paralelo a esa transición, se desencadenan una serie de temores, incluso en las mismas mujeres que apoyan el cambio. Fruto de la propia inseguridad, o debido a la ausencia de otros referentes históricos o sociales relativos a otras culturas, las mujeres pierden pie cuando aventuran el extremo del modelo que admiran, no quieren hacerse responsables de lo que sería una posible inversión de papeles. No conciben, ni desean, una generación de hombres débiles o dependientes de mujeres fuertes económica y socialmente. Y es que rechazan ambos estereotipos extremos y desean una síntesis equilibrada.

«A ver si ahora pasa al revés. Y van a venir aquí, si tú ganas dinero a apalancarse.»

«Vamos a crear hombres dependientes. Vamos a crear hombres bebés, que ya lo son, y encima dependientes.»

Para estas mujeres, la vía de salida estaría en marcar los valores femeninos y masculinos prescindiendo de las construcciones que la sociedad ha hecho de ellos y otorgarles una nueva dimensión. El objetivo es sentir de otra manera, pensar de una forma que no pueda dar lugar a la discriminación; revalorizar lo femenino y neutralizar su vinculación a una situación de depen-

dencia. La sensibilidad no es debilidad ni dependencia, la sensibilidad es un rasgo que puede darse también entre los hombres a la vez que un incremento de la fuerza en las mujeres se produce como resultado de otras formas de socialización. Ello supondría una heterogeneidad positiva, que se nutre de diversidad y enriquecimiento.

Desde esta nueva perspectiva adquiere importancia que cuando se describen los valores masculinos y femeninos se comparan en plano de igualdad, sin devaluar ni uno ni otro.

«Tu pegarás un puñetazo en la mesa y yo lloraré... pero esto no es sino una forma de expresar una emoción y no un signo de debilidad.»

Considerar la feminidad como algo valioso frente a la masculinidad, en un plano de equivalencia, es tratar de evitar la superación o dominio de una identidad sobre otra, reivindicando simultáneamente las peculiaridades de ambas con igual valor. Y nos lo encontramos expresado por una serie de mujeres jóvenes que se sitúan ya en ese plano de igualdad, que ven que se hacen inminentes una serie de cambios en cuanto a las relaciones de género. Lo que les permite, mucho más libremente, asumir una identidad que es a la vez diferente, por ser femenina, y es a la vez igual a la de los hombres, en cuanto personas.

A partir de este planteamiento surge la idea «ser persona del sexo femenino» como una expresión que resume un orden de valores que integra lo personal y los rasgos del género, sin que ello implique renuncia o desvalorización en ninguno de los casos.

En estas percepciones advertimos la presencia de un ideal de cambio aún por realizarse, en el que tanto los rasgos femeninos como los masculinos tienen su valor, sin entrar en una posición jerarquizada. Una situación en la que los individuos se sintieran más libres de buscar su identidad en un terreno o en otro y en el que las diferencias no significaran desigualdades. Este ideal haría posible compatibilizar la diferencia con la igualdad, como defiende Celia Amorós en sus teorías acerca del nuevo paradigma de la igualdad entre los sexos (Amorós, 1997).

Feminidad y belleza

La idealización de la belleza femenina es, según Kenneth Clark, un rasgo de las civilizaciones más avanzadas. La apreciación de las cualidades de la mujer produce un avance de la civilización. Clark retrata la sociedad francesa del siglo XVIII como una de las más avanzadas, sociedad en cuyas elites las mujeres tuvieron una gran influencia y en la que las reuniones sociales de hombres y mujeres inteligentes reflejaban el equilibrio entre los principios masculinos y femeninos, aspecto que considera esencial para definir la civilización (Clark, 1979).

Si este índice de la importancia dada a la belleza femenina fuera válido, podríamos decir que estamos en un punto álgido de desarrollo y civilización. No hay una sociedad en la que adquiere mayor importancia la belleza unida al concepto de la feminidad como en las sociedades desarrolladas de nuestro entorno cultural.

La filosofía siempre ha asociado mujer y belleza, como si el elemento definidor de las mujeres fuese la armonía estética que emana de su interior, frente al hombre definido por las acciones que realiza para el exterior (Durán, 1988). La belleza sigue siendo un valor tan profundamente interiorizado como femenino que muchas mujeres sienten la necesidad de ser bellas para sentirse mujeres. Desde pequeñas se educa a las mujeres para ser cuidadas con su aspecto, sólo pueden ser desaliñados los hombres, y se premia de forma desmedida a la niña hermosa. El lenguaje que se dirige a los pequeños ya diferencia a los niños de las niñas desde la primera infancia señalando la diferente importancia atribuida al físico de las niñas, a las que se interpela como *preciosa*, *mona*, *guapa*, frente a las denominaciones que se les dan a los niños de *campeón*, *machote*, *hombrecito* y otros apelativos no relacionados con el buen aspecto físico sino tan sólo con el hecho de ser chico. Las niñas que se comportan como se consiente a los niños son reprimidas y calificadas de marimacho en un intento por domesticarlas y alejarlas de las actividades físicas más atrevidas o traviesas, que conducen a pelos revueltos y ropa sucia. Poco a poco, las niñas interiorizan la prohibición de mostrar su energía física de forma entusiasta y de emular o competir con los niños.

Las diferencias en los juegos de niños y de niñas están empezando a suscitar reflexión entre padres y educadores que se preocupan por las repercusiones que pueden tener en la futura capacidad de unas y de otros de competir en el mercado de trabajo y ganarse la vida con ello. A pesar de la difusión de estas preocupaciones y de las incipientes campañas contra los juguetes sexistas, la publicidad sigue fomentando el deseo de juguetes y objetos diferenciados para cada género y es raro el anuncio protagonizado por un grupo mixto de niños y niñas.

Este fenómeno, que Gil Calvo denomina «terrorismo estético», afecta profundamente a las mujeres, que ya desde muy pequeñas saben que su integración y éxito social depende en gran medida de una imagen bella y cuidada. Este imperativo de la belleza nace de los estereotipos sociales, los refuerza y está firmemente asentado en las conciencias de todos, sobre todo en las de las mujeres. Cabría pensar que a medida que se van abriendo nuevos campos a las actuaciones femeninas y numerosas mujeres van cobrando relevancia por sus realizaciones culturales, sociales y económicas, la sociedad dejaría de medirlas, a todas como colectivo y a cada una de ellas en particular, por el rasero de su apariencia física. Desdichadamente, este momento aún no ha llegado y vemos que, incluso mujeres que han logrado importantes éxitos considerados masculinos, siguen arrastrando la condena de querer alcanzar la belleza.

El poder de la belleza es innegable. No es una novedad, ha sido siempre un aspecto importante en cuanto a la capacidad de relación y de poder de los individuos. Pensemos en la importancia que la belleza ha tenido en la historia, en los casos de George Villiers, primer duque de Buckingham, o de Enma Lyon, Lady Hamilton, por alejarnos de ejemplos de la historia de España. Lo novedoso en cuanto al valor de la belleza es la difusión y extensión social que han tenido las imágenes de la belleza con la multiplicación de los medios de comunicación y cómo la importancia de la imagen física se ha extendido a todas las capas sociales, pasando, a través del filtro de la publicidad, a ser una norma para todos, no ya para una minoría; norma que se hace más potente aún para las mujeres.

En las mujeres la belleza se convierte en estrategia de supervivencia. La belleza de la mujer es una mercancía que se puede cambiar por poder y

dinero, es un valor a través del cual se puede obtener seguridad. La economía de la belleza rige el mercado matrimonial y también influye en el mercado laboral. Los individuos tienen en la sociedad una serie de recursos propios, como su inteligencia, su origen social, su educación y otras capacidades con las cuales negocian en cuanto a relaciones personales, encuentros y logros (Gil Calvo, 2000). Pues bien, la belleza es uno de esos recursos que los individuos pueden poner en juego y, sobre todo en el caso de las mujeres, cobra una importancia mucho mayor. La particularidad de esta cualidad con respecto a otros valores como la inteligencia o la educación es que se trata de una cualidad repartida aún más azarosamente que la del origen social y que, sin embargo, marca unas diferencias muy grandes entre los individuos. De tal modo que el espíritu igualitario y meritocrático de las mujeres que han luchado por encontrar una posición social se resiente como una injusticia las ventajas asimiladas a la belleza, más propias de una época anterior en la que las mujeres no tenían más recursos propios que su cuerpo. «El culto a la belleza es una estrategia que permite a las mujeres maniobrar sin riesgo a su alrededor puesto que no representa una amenaza al poder y a los privilegios de los hombres, sino todo lo contrario» (Debold *et al.*, 1994, pág. 275).

La valoración social de la belleza femenina contribuye a mantener una visión del mundo femenino en la que los aspectos privados prevalecen sobre sus valores públicos. «Si bien el culto a la belleza ya no logra sofocar las aspiraciones de las mujeres a la autonomía, a la vida profesional, a los estudios superiores, nos asisten plenos motivos para pensar que sigue siendo un freno para su compromiso en la conquista en las más altas esferas del poder» (Lipovetsky, 1999, pág. 141). Cuando se asigna un gran valor a sus roles estéticos se empuja a las mujeres a buscar el poder a través de la seducción antes que a través de la inteligencia y el trabajo.

Hay quien ha visto, en ese aumento de la importancia de la belleza en nuestra sociedad, una forma nueva y sutil de socavar las conquistas sociales de las mujeres. Según Naomi Wolf estamos en medio de una violenta campaña reaccionaria que utiliza las imágenes de la belleza femenina como arma política para frenar el progreso de las mujeres (Wolf, 1991). Germaine Greer afirmaba en una entrevista reciente que el mercado se enriquece a costa de hacer creer a las mujeres que una de sus obligaciones primeras es estar

bellas y deseables a cualquier hora del día. Este es el mensaje reiterado que envían las revistas femeninas en sus varias especializaciones de revistas de moda y revistas del corazón, mercado periodístico que tiene una importancia creciente en la mayoría de los países desarrollados.

Esta idea de vincular feminidad y belleza, aunque pueda parecer muy positiva en cuanto a la imagen femenina, es en el fondo una trampa peligrosa para tantas mujeres que se sienten constantemente deprimidas e insatisfechas por no poder alcanzar esa perfección estética que se les propone. Lo paradójico es que esta exigencia de imagen estética no se ha reducido sino que crece paralelamente a los avances sociales y laborales de las mujeres.

Es indudable que una de las consecuencias inmediatas de ello es la expansión del mercado de la belleza en sus múltiples derivaciones de productos que se ofrecen, mayoritariamente, a las mujeres. En los países desarrollados el mercado de la cosmética y la moda es un área de importancia económica enorme, más amplia cuanto más desarrollo y nivel de vida. En nuestro país no ha hecho más que crecer en los últimos años. El crecimiento económico del sector de belleza ha sido espectacular en España. Las cifras que mueve el mercado de los servicios y los productos de estética no hacen más que aumentar. El gasto en productos de belleza e higiene alcanzó los 700.000 millones de pesetas en 1998 y, sólo en publicidad, en ese mismo año el sector de belleza invirtió 58.584 millones de pesetas, lo que supuso un aumento de más del 20% con respecto al año anterior (*El País*, 6-8-2000).

No faltan voces menos catastrofistas acerca de este interés creciente por el cuidado físico y la importancia del aspecto de las mujeres que ven en este proceso una serie de valores positivos. Las mujeres se cuidan más porque se valoran más y encuentran un placer narcisista en el cultivo de su imagen. La idea de querer ser bella y seductora no tiene porqué significar una limitación sino una dimensión creativa de la personalidad femenina, una forma de lanzar una imagen positiva de sí mismas. El problema aparece cuando la sobrevaloración de los criterios estéticos hace olvidar otros valores fundamentales como la salud.

Se tiende a culpar a la publicidad de esa importancia creciente, a veces avasalladora, que tienen las imágenes de la belleza femenina, con los

riesgos antes señalados. Pero no hay que olvidar que la publicidad no es más que el reflejo de la sociedad en la que se desarrolla. Los mensajes de la publicidad son la traducción de los deseos y de los valores dominantes.

Es indudable que entre los instrumentos más potentes en el refuerzo conservador de esta imagen estereotipada están los medios de comunicación. Como explica S. J. Douglas en su obra *Where the girls are*, los medios de comunicación, y sobre todo la publicidad, tienen un papel muy destacado en la configuración de las imágenes de la feminidad y en la construcción social de los estereotipos de género. A través de imágenes de mujeres bellas y jóvenes, los medios de comunicación transmiten el mensaje de que las mujeres tienen que ser guapas para ser aceptadas, y cuanto más se acerquen sus cuerpos a los cánones estéticos del momento, más felices y exitosas serán sus vidas. El aspecto negativo de esta obsesión por la belleza femenina es que actúa como un mecanismo de inseguridad y produce un sentimiento de incapacidad en la mayoría de las mujeres que se sienten impotentes para alcanzar esas metas inaccesibles que se les presentan. Constantemente, a través de las imágenes de la publicidad, se recuerda a las mujeres que no son lo suficientemente bellas, ni parecen suficientemente jóvenes. Y, por supuesto, a través de esa inseguridad y esas aspiraciones insatisfechas, se introducen los deseos del consumo de múltiples productos que ofrecen la solución a todas estas imperfecciones.

Sin embargo, y aunque nos parezca contradictorio, los medios de comunicación y la publicidad han sido también los grandes difusores de las ideas de liberación de las mujeres (Douglas, 1994).

La moda

Hoy en día se puede decir que prácticamente todas las facetas de la vida están sujetas al imperio de la moda. La modernidad está caracterizada por subculturas visuales puesto que la cultura está fundamentalmente construida a través de imágenes. Baudrillard habla incluso de cómo la sociedad está construida sobre la *hiper realidad* de imágenes que acaban difuminando las fronteras entre realidad e imagen, de modo que nos encontramos en el mundo de la simulación.

El dictado de la moda y la adecuación de la propia imagen a los cánones prescritos cobra una importancia relevante en esta sociedad de encuentros esporádicos y efímeros. Las relaciones personales continuadas reducen la importancia de la imagen del otro al que, conociéndole más a fondo, vamos a apreciar o depreciar en función de otras muchas características además de la de su imagen. Sin embargo, cuando apenas conocemos a alguien, su imagen corporal es el signo primero y central de su persona, lo que aparenta es fundamental para valorar su identidad.

Cabe destacar que la moda no sigue una tendencia monolítica sino que coexisten diversas modas que se desarrollan para los distintos grupos sociales. La edad, la ideología, la situación geográfica, la posición urbana, la profesión, las aficiones y, por supuesto, el estatus económico, influyen en la elección de unas u otras tendencias. El pluralismo subjetivo se traduce en variaciones estéticas y lo más significativo del mecanismo de la moda es que, en su seguimiento, los individuos buscan encontrar la imagen personal, individual y original de su propia identidad (Gil Calvo, 2000).

Como explica Martín Jay en su artículo *Scopic Regimes of Modernity*, no hay visión que anteceda la mediación cultural. Lo que consideramos bello, lo que nos parece feo, lo valioso o lo deseable, son productos de una manera de mirar que nos enseña la cultura. De modo que no somos capaces de mirar, ni siquiera de mirarnos a nosotros mismos, sin el filtro que la sociedad ha desarrollado y nosotros captamos a través de la socialización (Jay, 1992).

Otro efecto del impacto de la moda sobre la vida social es su aceleración y su obsolescencia. El acelerado ritmo de cambio que tiene la moda aumenta nuestra conciencia del tiempo, ensalzando el presente y haciéndolo más efímero. Los cánones nuevos contribuyen a la obsolescencia de lo anterior y el ritmo vital parece acelerarse con los cambios que se suceden. En este contexto, los estilos de vida se han convertido en la manera de construir una identidad distinta que ayuda al posicionamiento social. Los diferentes medios sociales son importantes y están plenamente vigentes como criterios de demarcación estructural.

La moda tiene una multiplicidad de funciones, la primera y más importante de las cuales es la de la identidad social. Pierre Bourdieu ha hecho un

detallado análisis de la relación entre la estética y la posición de clase en su obra *La distinción* (Bourdieu, 1979). Su tesis es que la principal fuente de identidad social emana de la capacidad de construir universos simbólicos diferenciados en función de la clase social. En el caso de la moda, las elites sociales se diferenciarán del resto de la sociedad mediante una estética particular. Cada «campo social», que es un concepto muy próximo al de *social milieu* que nosotros utilizamos, se define no sólo por un nivel de ingresos sino por los gustos, más refinados y aristocráticos, o más naturales y menos cultos, sus estilos de vida y ocio, y las maneras de comportarse de los individuos.

Trasladando el concepto de *distinción social* a la realidad española, se puede decir que hay modas de elite o estilos de vestir y de consumir que se reconocen como la máxima elegancia y que identifican la clase social a la que se pertenece como más elevada. Por ello, no es raro constatarlo en expresiones cotidianas, como el comentario de una abogada, que muestra con cierta ironía su visión de las mujeres de clase alta:

«En lugar de estar trabajando me gustaría ser mujer florero, pero de verdad, con mucho dinero, para tener una doncella, la masajista en casa, tus amigas y tus compras.»

El nivel de ingresos ayuda a configurar la identidad, ya que el uso de ropa de marca, de ciertos productos de consumo, simbolizan el nivel económico y, en una sociedad de prosperidad reciente, los grupos sociales de ascenso reciente están especialmente motivados en mostrar su poder adquisitivo a través de símbolos externos. La moda cambia a un ritmo acelerado y para seguirla hay que renovarse constantemente y consumir ropa y objetos de cada temporada, de modo que habrá que seguir el ritmo del cambio, comprando constantemente para no quedarse «pasadas de moda». De este modo, el consumo se convierte en identidad, pues sólo los que tienen pueden ofrecer de sí mismos la mejor imagen y ello, finalmente, se convierte en un círculo vicioso de desvalorización de los que tienen menores ingresos, situación que se resiente como una injusticia.

«Valoran más al que más tiene.»

A la vez, este proceso induce una mayor demanda de productos. La moda es un potente estímulo de la demanda porque produce la obsolescencia

de lo anterior, requisito necesario para que comience de nuevo el proceso de necesidad y de consumo. Sin la moda, la producción masiva no sería posible. El que la moda determine el cambio de gustos hace que los productos sean perecederos. Ya no importa tanto la calidad y la funcionalidad de los productos, pues al margen de sus cualidades tienen una fecha de caducidad muy corta, cada vez más corta, estimulando así un consumo substitutivo constante. «A la inversa que el universo sacro del sentido y de lo absoluto, el de la belleza está dominado por los mecanismos del mercado y la obsolescencia de los productos.» (Lipovetsky, 1999, pág. 131). De este modo, lo bello se intenta asimilar a lo que está de moda y, como consecuencia, los cánones estéticos son de duración bastante efímera.

La moda actúa como código para expresar la personalidad propia del individuo y transmitir claves sobre la propia identidad a la vez que sirve como símbolo de estatus. Dada la fuerte connotación económica de la moda, su seguimiento está estrechamente relacionado con el poder adquisitivo. De ahí que la posición social se refleje en determinadas maneras de arreglarse y vestirse que son fácilmente leídas por cualquier persona perteneciente a esa cultura. En este sentido, tanto los hombres como las mujeres están expuestos a los dictados de la moda; sin embargo, son las mujeres las que más consumen, o desean consumir, productos de actualidad, puesto que para ellas la imagen, como reflejo de identidad, es un instrumento más valioso y necesario que para los hombres.

Es todavía infrecuente la versión masculina de las víctimas de la moda, ya que es menor el poder que ejercen los medios de comunicación y la publicidad en cuanto a la aceptación por los hombres del culto a la imagen. El diseñador Roberto Verino resume esta diferencia entre mujeres y hombres desde el conocimiento pormenorizado de la moda: «Los hombres tienen que necesitar algo para comprarlo, las mujeres en cambio pueden consumir sólo por el placer de estrenar una prenda, para sentirse más guapas o incluso para seguir puntualmente a la moda. Esta divergencia se dispara conforme se asciende de posición social. En la alta costura, un traje de mujer puede costar un par de millones de pesetas y, sin embargo, los mejores trajes masculinos no llegan al cuarto de millón» (*Vogue*, septiembre, 2000).

El aspecto más singular y sorprendente de la moda es que su seguimiento quiere ser expresión de la personalidad. Puesto que las apariencias han adquirido un papel fundamental en la cultura posmoderna, la manera de vestir es un lenguaje especialmente útil para expresar la propia identidad (Gil Calvo, 2000). Las mujeres dan mayor importancia a este aspecto que los hombres y se esmeran en describirse ante los ojos ajenos mediante el color, el corte, el estilo y el grado de visibilidad corporal de su atuendo. Asimismo, las mujeres son jueces más hábiles a la hora de decodificar el atuendo de otras mujeres mediante un escrutinio de cada detalle manifestado.

Se supone que una mujer debe tener un instinto según el cual sabe adaptar su ropa a cada ocasión. Hay una forma idealizada de enfrentar esta cuestión que nos habla de la «elegancia natural» de ciertas personas sin tener en cuenta la enorme cantidad de dedicación y entrenamiento que ha exigido llegar a esa naturalidad. El saber qué es lo adecuado en cada momento no se produce automáticamente, sino que requiere un análisis previo de cada escenario y de cada público y una cuidadosa selección de la indumentaria que es adecuada en función de ambos. La sanción por equivocarse se materializa fundamentalmente en las mismas mujeres que sienten vergüenza por el juicio externo negativo, fundamentalmente por el juicio de las otras mujeres. Cuanto más preocupada esté una mujer por dar la imagen perfecta para cada ocasión, menor será su margen de espontaneidad personal pero mayor será, previsiblemente, su acierto ante el juicio ajeno. La imagen más adecuada se alcanzará cuanto mejor se anticipe el juicio que se ha de encontrar. Bien es verdad que, el juicio siempre es personalísimo y lo que a una mujer y a su entorno le parece el colmo de la belleza y la elegancia puede ser visto como ostentación hortera desde otra posición social.

Los hombres son juzgados, en mucha menor medida, por el aspecto que ofrece su atuendo, y gracias a ello ahorran esfuerzos y evitan que su tiempo psicológico se consuma en muchas de estas consideraciones, lo que indudablemente parece una ventaja comparativa. No tienen que dedicar tanto tiempo a estos temas porque los modelos de su vestuario están muy definidos y son fáciles de copiar; además, no están obligados a ofrecer una imagen original sino tan sólo pulcra y cuidada. Las diferencias entre sus respectivas imágenes en unos y otros ambientes no son tan importantes como para que

el no cumplir al máximo con las normas estéticas pueda tener un coste social tan elevado como el que tiene para las mujeres.

«Según dónde te encuentres, es como si te lo exigieran.»

«Cada uno sabe donde está, qué te tienes que poner cuando estás en el trabajo, cuando estás con unos amigos tomando una copa.»

Imagen e identidad

La relevancia que dan las mujeres españolas a su imagen se puede relacionar con el desarrollo económico tan fuerte y tan reciente que se ha producido en toda la sociedad. De alguna forma somos, colectivamente, una sociedad de nuevos ricos y una de las características más acusadas de estos es la de su afán y gusto por el consumo. La proximidad del ascenso socio-económico, en pocas décadas, nos coloca como conjunto entre una de las sociedades en las que se han producido unas cifras más exorbitantes de aumento de los consumos relacionados con la imagen y la moda. Según un estudio reciente, en 1999 aumentó el consumo del sector textil hasta alcanzar 2,7 billones de pesetas.

La concepción dominante en las mujeres acerca de su propia identidad es dual. Por una parte sienten que hay un fuero interno de autenticidad que les permite ser «ellas mismas» en la intimidad. Frente al núcleo interno de la identidad está la representación de la persona, la manera en la que se presentan ante el mundo como lo podría hacer un actor. En palabras de Goffman, «mientras el actuante está ostensiblemente inmerso en sus actos en forma espontánea y no calculada, no obstante debe disociarse desde el punto de vista afectivo de su representación» (Goffman, 1971, pág. 230). La imagen presentada hacia fuera mantiene su carácter de artificio e instrumento mientras que la persona sigue reconociendo su «yo interior». Proceso éste del que las mujeres tienen una conciencia profunda, ya que consideran esa dualidad como la forma única posible de preservar en cierta medida su personalidad íntima que sólo desvelarán ante su círculo más inmediato.

«Admiras lo que los demás te dejan ver.»

«En el trabajo tienes que dar una imagen.»

«Te manifiestas según la situación, pero en el fondo sigues siendo tú misma.»

Hay distintas maneras de manejar esta doble identidad, «hacia dentro» y «hacia fuera». Las mujeres más seguras de sí mismas y mejor adaptadas a su medio lo aceptan como algo natural y conveniente, mientras que otras se obsesionan por la mirada ajena y con la imagen que ofrecen como el único rasero sobre el cual se asienta su identidad. Así se trasluce constantemente en los comentarios de muchas mujeres que afirman la impronta de la sociedad sobre ellas:

«Yo nunca lo digo, pero me importa muchísimo la opinión, entonces estoy continuamente...»

Muchas mujeres viven esta doble imagen como algo impuesto y negativo ante lo que se rebelan. Entre los grupos de mujeres jóvenes con estilos de vida más arriesgados y vanguardistas se menciona la hipocresía de la representación y el temor de perder su autenticidad al adecuarse externamente a expectativas convencionales. Hay un doble mecanismo de rechazo, en parte por no aceptar imposiciones de la sociedad considerada atrasada, y en parte por el miedo a que estas presiones no dejen aparecer su yo auténtico.

«Es la sociedad que te condiciona, es el entorno que te rodea.»

«Nunca sabes si te muestras como eres.»

«Es como si te lo exigieran.»

«Es todo una máscara.»

Las distintas posturas ante la representación conllevan distintos hábitos estéticos. Las mujeres que atribuyen gran importancia a la representación y no la ven como amenaza a su yo sino como una parte del mismo, cuidarán con gran esmero todos los detalles de su apariencia física y su cuidado personal, la ropa, los cosméticos, el peinado, la buena forma física, etc. Las jóvenes que mantienen una posición de «autenticidad» crítica vivirán la exigencia de dar una imagen como algo más problemático y probablemente intenten liberarse de esa carga tan pesada del arreglo personal perfeccionista, aunque corren el peligro en este caso de ser clasificadas con el peyorativo adjetivo de descuidadas y por ello ser discriminadas.

Como dice Gil Calvo, todo se hace para ofrecer la mejor imagen, capaz de recabar una buena reputación. La clave reside en luchar por adquirir prestigio corporal ante una opinión pública despiadada e inflexible que exige sujeción a las reglas estéticas de control social, pero que tampoco duda en descalificar las imágenes que se desacreditan condenándoles al ostracismo y la exclusión social (Gil Calvo, 2000).

Las mujeres que buscan la seguridad intentarán adaptar su estilo a las demandas de su entorno, proteger su imagen mediante la adecuación a las normas estéticas. El riesgo será una actitud que se traduzca en vestimenta no esperada, que puede «salirse de tono» en un ambiente dado. Las mujeres que ponen su valor en el *tener* tenderán a acentuar sus pertenencias y su posición estructural mediante una indumentaria cuidadosamente elegida, ya que «lo que aparentan» las define. Su objetivo será agradar al otro, amoldarse a las expectativas sociales. Esta postura se puede rastrear en la frase de una burguesa moderna, casada, con hijos, que no trabaja fuera del hogar:

«Me importa mucho más la opinión que tengan los demás de mí.»

Las mujeres del *ser* pueden utilizar su apariencia con fines instrumentales pero no será vivido como algo importante para ellas, ya que prefieren identificarse con lo que hacen. Para ellas el reconocimiento más valorado no es su apariencia, sino su rendimiento. Varias mujeres progresistas o posmodernas enfatizan que lo que quieren es que se las valore por lo que hacen, no por la apariencia que ofrecen.

«Que reconozcan mi trabajo.»

Afortunadamente, siempre hay un margen de libertad personal en cuanto a la elección de la imagen así como del estilo de vida, del trabajo, etc., y existe un pluralismo estético notable. La imagen varía mucho según el *milieu* o identidad social que hayan asumido, y dentro de un estilo general se pueden dar numerosos matices personales a la imagen. Sin embargo, hay ciertas características estéticas que son generales a todos los medios y que se imponen inexorablemente a las mujeres en cuanto a tales. Estos imperativos tienen un grado de coerción mayor cuanto más insegura e inmadura se sienta una mujer, pero su impacto psicológico es universal, ya que definen el «deber ser» de la feminidad y configuran la imagen de la mujer ideal.

Los códigos de la belleza femenina

Estar delgadas

La imagen de la belleza femenina actual es la de una mujer esbelta y delgada. El proceso de alargamiento y estrechamiento del cuerpo *ideal* de las mujeres ha ido avanzando, con pasos adelante y atrás, a lo largo del siglo XX hasta llegar a unos cánones tan exigentes que no es exagerado pensar que las heroínas de los libros de Tolstoy o de Proust serían consideradas actualmente unas gordas impresentables. A través de los comentarios de la literatura clásica, además de las imágenes que tenemos de mujeres consideradas hermosas hace cien años, podemos darnos cuenta del enorme cambio que se ha dado en los cánones de la belleza femenina. De la misma forma, si pusiéramos las imágenes de algunas de las artistas o modelos de belleza actual ante los ojos de aquella sociedad, serían consideradas como personas enfermas o desnutridas, difícilmente consideradas como hermosas. La delgadez exagerada es en la actualidad, indiscutiblemente, la norma.

La polémica respecto al significado de la delgadez femenina es muy frecuente porque no está muy claro el proceso a través del cual se han ido estilizando los modelos estéticos y cuáles son las razones para valorar la ausencia de curvas en el cuerpo de las mujeres. Hay opiniones, como la de la feminista Susan Bordo, que ven en la norma de la delgadez una nueva versión de la opresión patriarcal que se opone a la libertad de las mujeres (Bordo, 1993). Hay otros, como la de Gilles Lipovetsky, que interpretan la esbeltez como debilitamiento de la valoración de la mujer en su función de madre y por tanto como refuerzo de su identidad de persona independiente, trabajadora y que controla su fecundidad (Lipovetsky, 1999).

Sea cual sea la interpretación que hagamos de su significado, lo cierto es que el cánón de la delgadez se ha ido exagerando con los años hasta presentar como modelos de belleza unas formas escuálidas que nada tienen que ver con la anatomía natural de la mayor parte de las mujeres adultas. Hablamos de exageración en razón de la dificultad extrema en la que se sitúan la mayoría de las mujeres para alcanzar esos niveles de estatura y de esbeltez que se presentan como ejemplos. Las modelos de elevada estatura y ausencia de caderas tienen más en común con la línea corporal de los hombres jóvenes

que con la de las mujeres y ello hace tremendamente difícil para la mayoría de éstas alcanzar los niveles de altura, ausencia de curvas y delgadez exigidos. Las dietas de adelgazamiento, el ejercicio físico en el gimnasio, los productos y alimentos *light* y las cremas y medicamentos que ayudan a reducir el perímetro corporal se han convertido en parte integrante de la vida de miles de mujeres a la vez que en prometedores mercados de gran consumo.

La presión social por estar delgada interactúa con una lógica artificial y meritocrática del cuerpo que identifica guardar la línea con la buena conducta y donde la voluntad de dominar el aspecto personal se convierte en un potente impulso de autocontrol (Lipovetsky, 1999). Este problema, esta obsesión por adelgazar, alcanza a ambos géneros, pero son las mujeres las que más interiorizan la guerra contra la gordura, llegando en mayor número a desarrollar trastornos graves de carácter mental como la culpabilidad y la depresión, que a veces incluyen trastornos alimenticios como en los casos de anorexia o bulimia.

El culto exacerbado a la delgadez no sólo implica el rechazo de las gordas, sino que enemista a las mujeres consigo mismas, las enfrenta con sus cuerpos, con los que tienen que estar en constante batalla. En vez de sentirse satisfechas consigo mismas y valorar las curvas que les ha dado la naturaleza, las mujeres actuales se examinan y vigilan rigurosamente, actuando cual censura permanente que busca en los gramos de peso acumulados el pretexto para despreciarse y lanzarse al ataque contra sí mismas.

La pasión por la delgadez se complementa en la dificultad de adaptar las modas a otros cuerpos que no sean los del tipo que obedecen a las reglas dominantes. La ropa es cada vez más minimalista, los tejidos se ajustan al cuerpo, los cortes dejan la piel al descubierto y para que la ropa, sobre todo la de estilo juvenil, siente bien es preciso tener un cuerpo flaco y terso. Así que no sólo se impone la delgadez, sino que también es necesario eliminar la flaccidez mediante cremas y ejercicios que moldeen el cuerpo con un tipo de musculatura que se corresponde mejor con la de varones jóvenes y deportistas que con la de mujeres sedentarias de cualquier edad. Evidentemente, existe una incompatibilidad entre los trabajos sedentarios y el estilo de vida urbana y acelerada y la imagen de delgadez y musculatura esculpida por el ejercicio. Esto ha llevado a la proliferación de gimnasios y al aumento de la práctica de los deportes.

Cuadro 1.1

FRECUENCIA DE LOS REGÍMENES DE ADELGAZAMIENTO Y MOTIVACIÓN, POR SEXOS Y GRUPOS DE EDAD, 1999

Porcentajes de respuestas afirmativas

	Hombres							
	Total global	Total Hombres	18-24 años	25-35 años	36-44 años	45-54 años	55-64 años	65 y más años
Ha seguido una dieta durante los últimos 2 años	25	19	12	12	15	14	29	36
El motivo para hacer la dieta fue por razones de salud	54	66	17	28	63	58	90	89
El motivo para hacer la dieta fue porque tenía exceso de peso y quería adelgazar	29	18	17	42	19	33	8	8
	Mujeres							
	Total global	Total Mujeres	18-24 años	25-35 años	36-44 años	45-54 años	55-64 años	65 y más años
Ha seguido una dieta durante los últimos 2 años	25	30	29	28	23	25	33	39
El motivo para hacer la dieta fue por razones de salud	54	47	12	11	35	32	63	93
El motivo para hacer la dieta fue porque tenía exceso de peso y quería adelgazar	29	35	50	56	44	45	34	5

Fuente: Elaboración propia a partir de *Estudio 2369*, septiembre de 1999, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Las mujeres que ponen más empeño en ello logran sacar unas horas diarias para entrenarse en un gimnasio, las demás tienen que conformarse con una imagen frustrante de sí mismas, por una presencia física que nunca está a la altura de sus aspiraciones. El cuidado del cuerpo, en las múltiples atenciones que necesita, pasa a ser una nueva línea de trabajo para las mujeres que la suman, como una ocupación más, a la ya cargada lista que encabezan el trabajo y el cuidado de la casa.

«No tengo tiempo, ya no es por el trabajo, es que cuando no trabajo voy al gimnasio.»

Este comentario, que hace una joven sin hijos, representa a tantas mujeres que dedican tiempo y esfuerzo a mantenerse en forma y que dan una prioridad a este objetivo de *cuidarse* sobre muchos otros, en este caso, al de tener hijos, que aparece, en su escala de valores, como una cuestión que puede esperar. Prioridad no compartida por otra mujer que rechaza esta escala de valores.

«¡Anda que no querer tener un hijo por ir al gimnasio!»

Ante esta exclamación de una mujer que valora la maternidad por encima de la imagen corporal aparece la de una tercera, resignada, que se siente infeliz al mirarse al espejo y a través de la cual advertimos la realidad del sacrificio que pueden suponer los hijos en términos de la imagen y el cuidado físico de las mujeres.

«Yo no hago gimnasia, hay que estimular a la niña para que haga natación.»

Parecer jóvenes

El mandato social imperante es ser joven y si una no lo es, al menos parecerlo. Como consecuencia de su obligación de ser hermosas, las mujeres tienen que luchar contra las señales de la edad, ya que existe el prejuicio de asociar la vejez a la fealdad. Si en el caso de la delgadez la batalla es ardua, en el caso de la juventud la guerra está perdida de antemano. El envejecimiento se vive como una condena ante la cual es obligatorio defenderse, al menos para retrasarlo en un ejercicio de voluntarismo un tanto absurdo. Se han multiplicado los métodos y tratamientos estéticos de elevado precio que sólo unos pocos pueden permitirse, los cosméticos de fórmulas medicinales para prevenir o hacer desaparecer las arrugas, las intervenciones de cirugía estética para reparar las marcas del tiempo sobre la piel. Es difícil entender la ilusión que se ponen en estos procesos, pero sí se comprende que esta fobia al hacerse mayor tiene dos raíces profundas, el miedo a la muerte que se anticipa en el deterioro físico y el deseo de agarrarse a la imagen juvenil

de la feminidad. Porque, aunque la presión por cuidarse y no envejecer también se manifiesta sobre los hombres, no tiene comparación la aceptación que la sociedad tiene respecto a la edad avanzada en hombres y en mujeres.

Este ansia de juventud entra en contradicción con los intereses de las mujeres actuales que quieren ser vistas y respetadas como adultos responsables. Como explica Gil Calvo, hay una paradoja no resuelta en las mujeres que adoptan la inmadurez como estrategia de seducción y se presentan como mujer-niña ante el padre-marido arriesgando el tener que asumir una situación permanente de irresponsabilidad, lo cual es una estrategia de imagen de dudoso éxito en la carrera matrimonial, pero sobre todo sabotadora de las oportunidades de éxito en la carrera de carácter laboral y profesional (Gil Calvo, 2000). La edad avanza con el desarrollo de la vida y, generalmente, tanto los hombres como las mujeres que alcanzan logros profesionales son de mayor edad. De modo que se contradicen dos de los posibles polos del éxito de las mujeres, la juventud vinculada a la belleza y los logros personales.

El miedo a no ser atractivas por el hecho de ser mujeres maduras está muy extendido y, en la medida en que la estructura de edad de la población española va envejeciendo, nos podemos preguntar hasta cuándo durará tal imagen social desajustada y creadora de tantas insatisfacciones. Bien es verdad que se ha prolongado enormemente el número de años hasta los que se considera que una mujer puede aparecer como atractiva; recordemos el primer capítulo de la novela *Lo que el viento se llevó* en la que se nos presenta a la madre de la protagonista como «una anciana» de 32 años. Pero a la vez, la obsesión por la juventud y la belleza no ha hecho más que aumentar, y lo único que ocurre con este alargamiento de la época noble de la vida femenina es que se ha retrasado un tanto el momento considerado crítico.

«Tengo miedo a envejecer. Yo tengo obsesión, me miro en el espejo y digo ¡uy! ¡Pero si me está saliendo una cosa aquí! ¡Ay, y aquí!»

Las presiones contra la vejez son tan fuertes que incluso las mujeres que no las aceptan se sienten aludidas por ellas.

«Lo del reloj biológico me revienta, ese tipo de expresiones me acompleja mucho porque yo me veo estupenda.»

Ser atractivas

El tercer mandato que tienen que obedecer las mujeres, y que va unido al concepto de feminidad como belleza, es el de ser atractivas. No hace falta querer realmente seducir a ningún hombre para estar obligadas a ser atractivas y ofrecerse, al menos simbólicamente, como objeto sexual a los hombres. Las mujeres evalúan su físico con respecto al deseo de los hombres a través de los ojos de las otras mujeres. A menudo pueden llegar a sentirse poco femeninas o incluso feas si no encajan con el deseo masculino. Las adolescentes con éxito son aquellas que despiertan admiración entre los hombres y es a través de sus pretendientes como se puntúa su belleza. Esta forma de evaluar la belleza reifica a las mujeres, las hace interiorizar cánones económicos de belleza según los cuales se miran a sí mismas: valen más cuando son valoradas por los otros.

No es lo mismo ser guapa que ser atractiva pero todo va en el mismo paquete, todo depende de esa mezcla de azar y de esfuerzo que es la vida de las mujeres. Para ser atractivas, las mujeres tienen que retocar u ocultar numerosos rasgos de su fisionomía. Según las épocas y las modas se usarán los tintes, las permanentes, el maquillaje, las fajas, los rellenos, la depilación, quemarse al sol o mantenerse blancas a la luz de la luna, la cirugía plástica, las cremas y tratamientos, etc. El consumo de tiempo y de dinero requerido para estar guapa y ser atractiva ha sido y sigue siendo muy importante.

«Ya no te queda tiempo para otras cosas, para ir a la peluquería...»

Desde pequeñas, las mujeres aprenden de sus madres las técnicas exigidas a la feminidad que muchas veces se presentan como condición atemorizadora, ya que si no atienden a determinados cuidados constantemente, corren peligro de perder su atractivo, de ser una mujer que no sabe «sacarse partido». Esta exigencia constituye una fuente potencial de inseguridad y una enorme desventaja respecto de los hombres cuyos cuidados estéticos, aunque existen, no son tan exigentes en términos de tiempo, aprendizaje y desembolsos económicos.

El tiempo que exige el cuidado personal es una queja que manifiestan todas las mujeres, sobre todo las mujeres con hijos, ya que es extremada-

mente difícil para ellas compaginar las exigencias de disponibilidad familiar y laboral con el tiempo propio. Se expresan con resignación por la falta de atención que pueden darse a sí mismas y con asombro de que otras mujeres sean capaces de, teniendo múltiples ocupaciones, presentar una imagen de sí mismas tan cuidada.

«No puede ser que tenga una vida de pareja, que tenga tantos hijos y que esté así. ¿Qué tiempo le dedica?»

La exigencia interna y externa de ser bella, la necesidad personal y la social, se añade a otras muchas exigencias que tienen las mujeres jóvenes al definir su imagen. Al sumar todas estas demandas y responsabilidades, muchas mujeres se sienten abrumadas y fragmentadas.

«La imagen que nos revierte sobre nosotras de los hombres es un poco esquizofrénica: por un lado te están diciendo que tienes que estar guapa, que tienes que trabajar en un sitio y ganar mucho dinero, que tienes que ser superinteresante para darle conversación a tu pareja, de todo ¡y además tienes que ser madre!»

La ansiedad de *llegar* a cumplir con todas las imágenes sociales que se esperan de ellas, el alcanzar a ser la mujer ideal, es una pesada carga de la que reiteradamente se quejan las mujeres.

Si bien hay campos en los que la mujer está alcanzando poco a poco un cierto grado de igualdad respecto a los hombres, el cuidado de su imagen sigue siendo una sobrecarga fundamentalmente femenina.

Hay indicios de cambio respecto a esta situación, que se produce, todavía en ámbitos muy minoritarios, no por dejar de presionar a las mujeres a cuidar de su imagen física, sino por adquirir mayor relevancia el cuidado del cuerpo y la imagen masculina. De alguna manera, la extensión de las modas andróginas y de los productos de belleza para hombres señalan una equiparación en este terreno.

«El otro día leí un artículo de Tom Ford, que es el diseñador de Gucci, un americano; decía que cada vez está haciendo más moda unisex porque el hombre se está acercando a la mujer y la mujer al hombre.»

La respuesta a estos cambios es ambivalente. Las mujeres se encuentran algo desorientadas ante un fenómeno que por un lado puede reducir la ventaja comparativa de los hombres, puede ponerles en igualdad de condiciones, pero muchas de ellas se sienten sorprendidas porque, en el fondo, tienen asimilados los criterios de belleza y cuidado personal a su propia imagen femenina.

Las mujeres más clásicas pueden ser las más reacias a aceptar este cambio en la estética masculina dado que su identidad está basada en la feminidad diferencial. Las mujeres ancladas en estereotipos tradicionales de la feminidad y la masculinidad difícilmente pueden aceptar la transgresión estética que supone este acercamiento.

«Cuidan más de su imagen muchísimo, también exageradamente.»

«Los gimnasios, las cremas, ves anuncios de cremas hidratantes que antes era impensable. ¡Tratamientos de belleza!»

«¡Hay algunos que se depilan!»

II. Independencia

El logro de la independencia es, sin duda, un elemento imprescindible para lograr la plena identidad; no sólo ser sino sentirse independientes. Romper las ataduras con los más cercanos como la familia o, a lo largo de la vida de pareja, lograr un espacio propio es, según hemos visto a lo largo de este estudio, una aspiración en la que coinciden la mayoría de las mujeres que en él han participado.

Puede ser una percepción subjetiva que se transforma en una realidad y que lleva a una autonomía total en la manera de vivir o que acompaña como un sentimiento propio, a veces incluso no confesado, a las mujeres en la convivencia con los demás. No se trata de no poder convivir sino de no sentir en el interior de una misma las imposiciones de la convivencia como una restricción de la propia libertad. Es más, es más fácil ceder en la convivencia, negociar y compartir, si esto no se vive como un deber sino como una generosidad que emerge de la propia independencia. Alcanzar a lo largo de la vida este sentimiento supone el logro de una meta de la que no es posible la vuelta atrás, porque la independencia es el sentimiento más cercano a la libertad.

Sin embargo, el ser independiente, llevado al terreno de la vida real, es una de las expectativas a las que las mujeres encuentran los impedimentos más fuertes. Para que sus deseos de vida autónoma sean realizables la mediación de la formación y el trabajo son irrenunciables. De todos los condicionante el prioritario es la formación, porque es inseparable del acceso al mun-

do laboral, que llevará a la independencia económica. Este requisito laboral es lo que expresaba de una forma algo brutal el movimiento feminista de los años 70, cuando las mujeres exhibían en sus pancartas el siguiente eslogan: «a una mujer que trabaja el marido no la pega dos veces». Este es un grito que refleja con crudeza la situación de muchas mujeres, que no parece haber mejorado en paralelo con la evolución social y la bonanza económica de los países más desarrollados.

El mundo del trabajo, en nuestra sociedad, es inaccesible a las personas no preparadas o con un nivel mínimo de educación. Las exigencias educativas son cada vez mayores para cualquier individuo que aspire a un puesto de trabajo, y se acentúan en el caso de las mujeres, que arrastran todavía consigo la barrera histórica de la discriminación de género como punto de partida. Durante siglos, y por el solo hecho de ser mujeres, han estado alejadas de los recursos educativos ofrecidos por la sociedad, reduciendo su actividad a las ocupaciones domésticas y familiares. Hay que señalar que de todo esto no se debería hablar sólo en pasado porque sigue siendo una realidad vigente para buena parte de las mujeres en numerosos países en vías de desarrollo. Tanto es así que, hoy en día, se considera que todos los logros de un nivel razonable de desarrollo económico pasan ineludiblemente por la educación de las mujeres.

En relación con nuestro estudio, analizaremos en este apartado el tema de la educación referido únicamente a las mujeres de nuestro entorno cultural. Hablaremos del marco europeo, en el que se presenta la situación de las mujeres españolas, y de su evolución en estas últimas décadas como un ejemplo significativo de la estrecha relación entre desarrollo económico y aumento de las oportunidades de educación de las mujeres.

La educación como capital humano

El último cuarto de siglo en España ha estado marcado por un profundo cambio económico, político y social que, entre otras cosas, ha afectado enormemente a los niveles educativos alcanzados por la población. Tanto el desarrollo económico como la difusión de valores democráticos han impulsado el desarrollo educativo. Los niveles de educación han aumentado

aceleradamente y España ha pasado de ser un país con un nivel del 10% a un 70 % de su población con estudios medios (Estadística de la Enseñanza en España, 1997, INE).

Este esfuerzo educativo se puede medir en términos de las inversiones realizadas por parte del Estado, que han ido creciendo progresivamente como reflejan sus aumentos de gasto, desde un 2,2% sobre el PIB en 1964 hasta un 5,7% en 1997. Respecto a sus inversiones en capital humano, España ha acortado las distancias que tenía con el resto de los países desarrollados, hasta situarse en estos últimos años en la media de la OCDE.

Por otra parte, la democracia ha impuesto el principio de la igualdad de oportunidades, cuya vía de implantación más evidente es la educación pública a bajo coste. Paralelamente han aumentado las familias que han asumido también parte de la carga educativa, renunciando a los ingresos que pueden aportar los jóvenes con empleo remunerado y manteniéndoles económicamente hasta finalizar su formación.

La educación y la formación son valores que están en alza en la sociedad española y ello explica cómo se ha generalizado la convicción de que estudiar es invertir en el futuro, idea reforzada además por numerosos estudios económicos y por los datos de un mercado laboral en el que la cualificación aparece cada vez más como un recurso imprescindible.

Las mujeres españolas se muestran sensibles a esta valoración y vienen pisando fuerte en el terreno educativo. Ésta es quizás la característica más llamativa de la evolución de la educación en la sociedad española: el enorme crecimiento de la formación de las mujeres. Las tasas de matriculación en centros de educación superior son elevadas: un 53% de la población universitaria son mujeres (INE, 1998) y completan los ciclos de estudios superiores en una proporción sensiblemente superior a la de los hombres.

Las mujeres están accediendo de forma numerosa a las enseñanzas superiores y aprovechan intensamente sus oportunidades de licenciarse en las universidades, aunque sus elecciones de carrera siguen estando sujetas a ciertos estereotipos perjudiciales de cara a su futura inserción laboral. Nos referimos a la orientación profesional que reflejan los estudios superiores en los que la matriculación en las distintas carreras refleja un cierto sesgo de

género. Las mujeres están sobrerrepresentadas en una serie de estudios y carreras con un perfil profesional menos definido, mientras que los hombres son más numerosos en estudios de perfil profesional más firme y en las carreras que tradicionalmente se han considerado masculinas.

Sea por las expectativas y preferencias de sus padres o por una falta de orientación a la hora de elegir sus estudios, las mujeres optan más por carreras «blandas». Se produce así una cierta feminización de algunas carreras cuyas salidas profesionales están menos marcadas, mientras que las carreras técnicas más solicitadas por el mercado laboral están masculinizadas en cuanto a la composición numérica de sus alumnos. Esta baja representación de mujeres en estudios técnicos puede significar que se siguen manteniendo los estereotipos tradicionales en cuanto al posterior empleo femenino.

En los estudios de Formación Profesional se reproducen estas tendencias de una forma más acusada todavía. Con algunas excepciones, la segregación de género en las ramas de estudios profesionales es muy potente, habiendo una serie de ellas casi totalmente feminizadas o masculinizadas. La presencia de mujeres era mayoritaria, en el curso 1997-1998, en las especialidades de moda y confección (97%), peluquería y estética (95%), servicios a la comunidad (96%) y sanitaria (83%). Los hombres optan en gran medida por ramas consideradas tradicionalmente como masculinas y son abrumadora mayoría en electricidad y electrónica, automoción y construcción (INE, 1998).

Esta forma de elección profesional un tanto sesgada por género no tendría demasiada importancia si no fuera por las consecuencias que acarrea en cuanto a las oportunidades de empleo. En cierta forma, estas opciones profesionales diferentes van a reforzar una tendencia ya existente hacia la segmentación de los mercados laborales que distingue entre ofertas de empleo mixtas y ofertas para hombres y para mujeres.

La diversificación de la orientación profesional de los jóvenes aparece como un posible vehículo para combatir esa segmentación del mercado de trabajo sobre la que se apoyan y se enmascaran parte de las discriminaciones que se dan en cuanto al empleo femenino. Como consecuencia de la forma-

ción menos práctica y menos técnica que están eligiendo las mujeres, se mantienen y refuerzan sus dificultades de empleo.

Las cifras reflejan estadísticamente las menores oportunidades laborales de las mujeres, incluso en los niveles educativos más altos. Los índices de paro, según los estudios terminados, muestran las diferencias por género en cuanto a oportunidades de trabajo. Sin embargo, también hay datos que permiten un cierto optimismo en cuanto a la integración equilibrada por género de los jóvenes en el mercado laboral. En algunas de las modalidades más valoradas e importantes de la cualificación laboral actual, como son el conocimiento de idiomas extranjeros y el manejo de la informática, las cifras de estudiantes de uno y otro sexo están equilibradas. Quizás ello tenga que ver con el hecho de que estos conocimientos son relativamente recientes en el mercado laboral y no tienen por lo tanto asignado un estereotipo de carácter «femenino» o «masculino», sino que en ellos todos los jóvenes se supone que pueden dedicarse a su aprendizaje con igual capacidad e interés.

Valoración del cambio

Entre las mujeres que participaron en nuestros grupos de discusión hemos podido constatar la existencia de una conciencia general acerca del avance que en el campo educativo se ha producido en nuestro país. Las mujeres jóvenes comparten la opinión de que ha habido un cambio inmenso respecto al pasado y consideran que la extensión de la educación femenina tiene una importancia fundamental como impulsora de un cambio que afecta el conjunto de sus vidas y las distingue claramente de las generaciones anteriores.

Las mujeres entrevistadas ven el avance educativo como el instrumento de una toma de poder para todas las mujeres, de una «dignificación» colectiva que les permite estar en un escalón social más alto y alcanzar la igualdad respecto a los hombres.

«Hay más mujeres preparadas, que estudian, lo cual es primordial. Mujeres que sepan leer y escribir podrán luchar mucho más que una persona que no sepa.»

La educación se considera como un instrumento esencial de la lucha por la igualdad y del cambio social que han emprendido las mujeres.

«Estudiar cuesta mucho, pero hay que hacerlo si te tienes que mantener.»

La educación es la diferencia clave que las separa de la generación de sus madres. En sus madres han visto el sometimiento a la dependencia y de ellas han percibido las esperanzas puestas en sus hijas por parte de aquellas que no lograron alcanzar sus deseos de independencia.

«Nosotras nos hemos querido formar y nuestras madres no pudieron hacerlo.»

Muchas mujeres han centrado sus aspiraciones con respecto a sus hijos y sus hijas. Se produce una cierta frustración en cuanto a las posibilidades de encauzar su propia vida y proyectan sus afanes de cambio en el porvenir de sus hijos. Esto se hace más patente en cuanto a la transformación en las relaciones de género, aspecto que preocupa enormemente a las madres y sobre el que muchas mujeres creen no haber llegado a tiempo para que el proceso de cambio afecte a su propia vida. Por ello ponen su empeño en ayudar a sus hijas, sobre todo a sus hijas, para que puedan incorporarse plenamente a la sociedad, para que no repitan las decisiones y no tengan que hacer las renunciaciones que ellas creen haber tenido que aceptar.

Además, con respecto a la generación de los hijos, se aceptan los cambios como algo natural. Para la generación de sus hijos no hay dudas de que la forma más adecuada de convivencia de la pareja es aquella en la que los dos trabajan.

«Yo tengo hijos varones y no conciben que una mujer no trabaje.»

Los estudios como inversión

La ya clásica teoría del capital humano vincula el nivel de formación con los beneficios obtenidos en el mercado de trabajo en tanto en cuanto los gastos dedicados a educación se traducen posteriormente en incrementos salariales y en una mejora de las condiciones de vida.

Además de las consideraciones antes señaladas, marcadas con un cierto tinte histórico, se advierte también cómo las mujeres entrevistadas aplican una mentalidad racional moderna que se caracteriza por una evaluación de costes y beneficios a cada paso de la vida. Las mujeres jóvenes han dejado parcialmente los criterios más impulsivos y sentimentales a la hora de tomar decisiones sobre su vida. Y dentro de esta óptica económica los estudios se convierten claramente en un recurso productivo, como un capital en el que hay que invertir para poder obtener beneficios a largo plazo.

«Ahora se ha enriquecido una como mujer, ahora te puedes realizar, has estudiado una carrera.»

«Nosotras nos hemos querido crear unas expectativas con la educación.»

«Estamos años estudiando, desde pequeña hasta que acabas la carrera o más, y te estás preparando para algo.»

La idea de invertir tiempo, esfuerzo y dinero en formación es una opción por la que las mujeres se decantan mayoritariamente, siempre que su situación económica familiar se lo permite. Se ha acabado con la idea de que la educación de las mujeres no es rentable. Las familias con más recursos invierten incluso en centros privados de enseñanza así como en formación paralela que apoye estos estudios. Las familias con recursos medios, e incluso muchas familias con escasos recursos y con una posición geográfica favorable respecto a la cercanía de los centros públicos, hacen el esfuerzo económico de costear el mantenimiento de sus hijas mientras acaban los estudios.

Muchas mujeres relatan cómo, desde pequeñas, se les ha convencido de que los estudios son importantes, de que tenían que ser aplicadas para tener un futuro mejor, de una forma similar a la que tradicionalmente se les inculcaba a los hombres. Como consecuencia de ello creen que hay una relación entre sus oportunidades sociales en el futuro y sus esfuerzos juveniles en cuanto a estudios y preparación.

Muy frecuentemente son las madres, en especial, las que viven el éxito de sus hijas vicariamente, las que se sienten orgullosas de que sus hijas tengan carreras universitarias que ellas no pudieron tener y las que han apoyado las aspiraciones de las hijas aunque ello implicara sacrificios.

«Y mi madre desde siempre, “haz tu carrera”.»

Éste es un gran cambio en cuanto al ambiente familiar en lo que respecta al significado de la educación de las chicas, y es un factor importante que motiva a las mujeres jóvenes a aprovechar las oportunidades, ya que tienen conciencia de la confianza y el apoyo depositados en ellas por sus padres.

En muchas expresiones se puede leer entre líneas ese tono de responsabilidad frente a la inversión familiar en su propia educación.

«Mi familia ha gastado mucho en educación.»

Expectativas y frustraciones

Las ilusiones y las expectativas que crean los estudios superiores no siempre son satisfechas, cuanto más en unas generaciones en las que el aumento educativo se ha visto como la puerta de todas las oportunidades. Hay muchas razones para explicar el posible desencanto: en primer lugar, por la dimensión de las expectativas; en segundo lugar, porque muchas veces los estudios no han sido tan adecuados o tan rigurosos como se creyeron en un principio; y, por último, también hay que tener en cuenta que el mercado de trabajo no ha respondido coherentemente a muchas de las estimaciones que se hicieron, ya que el aumento generalizado de la educación para generaciones enteras se traduce muy frecuentemente en una pérdida del valor social de los títulos educativos.

Las aspiraciones a tener estudios superiores se pueden frustrar una vez que empieza la carrera y las jóvenes se enfrentan a la realidad de unos estudios que defraudan sus expectativas. La prolongación del esfuerzo, la falta de contenidos prácticos, las vacilaciones en cuanto al sentido de continuar varios años sin ingresos económicos, son obstáculos cotidianos. Son muchas las razones que explican las frustraciones de las que nos hablan muchas mujeres en relación con su intento de formarse y prepararse profesionalmente. Es indudable que el factor que más frustración genera entre las mujeres jóvenes es la falta de «salidas» laborales.

«La universidad fue duro, no hay expectativas laborales ni contenido de estudios.»

La universidad ya no es un paso seguro hacia la obtención de un empleo y, en muchos casos, las carreras que estudian las mujeres, por ejemplo las humanidades, están alejadas de las demandas laborales y de las prácticas concretas de trabajo.

«Salí de la carrera y empecé con la agencia de publicidad. En la carrera no enseñaban nada.»

Las generaciones actuales han visto cómo se les abrían en su horizonte oportunidades educativas y, al mismo tiempo, según ha explicado Thurow, cómo las credenciales educativas se devaluaban frente al mercado de trabajo. Cuando todos los aspirantes a encontrar empleo tienen un nivel educativo mucho mayor, es necesario tener algo más para obtener el puesto de trabajo. De modo que lo que antes era un pasaporte prácticamente seguro para encontrar empleo, el título universitario, se ha convertido en un requisito necesario pero insuficiente para el mismo tipo de empleo.

En este sentido vemos cómo se reproduce el siguiente fenómeno: la frustración de alternativas, vivida además, por parte de generaciones enteras, como una cierta falacia de las promesas de movilidad social que esperaban satisfacer con el esfuerzo educativo.

Bien es verdad que, analizando el mercado laboral español, se aprecia que aquellos que tienen mejor educación tienen muchas mejores oportunidades de empleo pero, aún así, comparando desde una generación a otra, los hijos actuales de padres licenciados no obtienen, cuando consiguen un título superior, las mismas ventajas comparativas con respecto al resto de los jóvenes de su misma promoción. Y la razón fundamental de ello es la gran expansión del número de licenciados universitarios. De modo que, lo que es cuantitativamente y cualitativamente una mejora social fundamental para nuestro país, el que sean tan numerosos los jóvenes con estudios universitarios, es a la vez la explicación de las desilusiones que encuentran estos mismos jóvenes al terminar su carrera.

«Todo el mundo está muy bien formado y no hay trabajo porque nos hemos tirado todos a hacer carreras y luego no nos han servido.»

Así lo manifiestan las mujeres de nuestro estudio, que participan lo mismo que los demás jóvenes de las dificultades de encontrar trabajo, acre-

centado en sus casos por los problemas que aún persisten relativos a su género.

Ante todo ello, buscan soluciones tanteando formulaciones múltiples, que convergen en conseguir una mejor preparación: formarse mejor, tener más títulos, aprender idiomas, manejar los sistemas informáticos y conocer las tecnologías de la comunicación. Es decir, poner en juego todos los recursos posibles para formarse más y aprender otras cosas. El aumento de la educación de los jóvenes genera mayor competencia y la solución siempre es elevar el nivel cualitativa y cuantitativamente: adquirir más y mejor educación.

Este proceso tropieza con problemas que hay que señalar. Al constatar el hecho de que hay un superávit de licenciados universitarios en el mercado laboral, se hace necesario seguir invirtiendo en los estudios para alcanzar una especialización mayor. En consecuencia, a mayor competencia, mayor necesidad de obtener más formación y más acreditación. De ahí que se haya extendido la «fiebre de la titulitis», como ilustra el discurso de una mujer licenciada participante en el estudio, que ve su carrera profesional como un camino sin fin de exámenes y diplomas:

«Hay que hacer muchos doctorados, muchas tesis y subes mucho, se pueden hacer oposiciones, o sea, que aún me queda tiempo.»

Ahora bien, estamos hablando de las aspiraciones a encontrar un empleo y del valor que los distintos tipos de educación tienen en el mercado de trabajo. Pero ¿es que los títulos o las capacitaciones profesionales valen lo mismo en el mercado de trabajo cuando el que los tiene es un hombre que cuando los tiene una mujer? Al responder a esto se nos presenta la razón más potente de la posible frustración de expectativas de muchas mujeres jóvenes con respecto al valor de su inversión educativa. Las dificultades para encontrar un empleo, es decir, para hacer realidad los resultados de su educación, son mucho mayores para las mujeres en el momento actual. Las cifras de desempleo son muy diferentes para hombres y para mujeres, en todos los grupos de edad y para todos los niveles de educación.

Cuadro 2.1

TASAS DE PARO POR ESTUDIOS TERMINADOS Y SEXO, 1999

	Ambos sexos	Mujeres	Hombres	Razón Hombres/Mujeres
Analfabetas/os	28,80	36,80	21,20	0,58
Sin estudios	20,20	22,90	18,70	0,82
Estudios primarios	14,30	21,40	11,00	0,51
Estudios secundarios o medios	16,60	24,90	10,90	0,44
Estudios técnico profesionales medios	17,50	25,80	10,30	0,40
Estudios superiores	13,20	18,90	8,10	0,43
Estudios técnicoprofesionales superiores	14,70	23,60	8,60	0,36
Total	15,40	22,40	10,80	0,48

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Población Activa, IV trimestre, Instituto Nacional de Estadística.

Esta desventaja de las credenciales educativas de las mujeres es a la vez un hándicap y un acicate para las más jóvenes, que saben que, aunque con mayores dificultades, su única forma de superar la competencia desleal del mercado de trabajo es aumentar su formación. Aumentar los estudios, la capacitación, el entrenamiento y el conocimiento de tecnologías es la única forma de realizar los beneficios de sus esfuerzos educativos.

La motivación hacia los estudios

A la hora de entender la motivación hacia los estudios de buena parte de las mujeres jóvenes nos preguntamos si no se buscan también en la educación otros objetivos, además del más inmediato y pragmático de encontrar un empleo. Sobre todo, teniendo en cuenta las dificultades que impone la realidad laboral. ¿Es siempre la educación una inversión o puede verse también como una forma de enriquecimiento personal?

Con respecto a los beneficios o ventajas sociales que la educación puede procurar hay una gran diversidad de posiciones individuales. Como respuesta a las dificultades crecientes de traducir en resultados el capital humano acumulado y, por lo tanto, en cuanto a las estrategias formativas y con respecto al valor de la educación, se pueden distinguir una serie de posiciones que encontramos entre nuestros grupos de mujeres. Todas valoran el

capital humano que la educación produce, pero para unas este tiene fundamentalmente un valor de cambio, mientras que para otras predomina el valor de uso del mismo. Estas actitudes van a explicar sus estrategias educativas y, en cierta manera, nos ayudan a entender la gran cantidad de mujeres que eligen las opciones denominadas «blandas» entre los estudios superiores.

Por una parte hay un grupo de mujeres con una actitud decididamente instrumental respecto a la educación; éstas son aquellas que consideran los períodos formativos como un paso necesario para llegar a una determinada posición en el mundo laboral. Lo que las motiva es la idea de conseguir un empleo estable, y a ser posible bien retribuido, para contar con una cierta estabilidad económica. Más que el contenido del oficio «en sí», están interesadas en el estatus y las ventajas económicas del mismo. Asimismo, el reconocimiento social es muy importante. Este tipo de actitud, que es muy frecuente, no se manifiesta abiertamente; se critica en cuanto contradice un modelo con valor en alza que separa el estatus profesional y la intensidad laboral de la calidad de vida. Este modelo correspondería además a un estereotipo negativo y considerado masculino en cuanto a la forma de orientar sus estudios.

«No se educa la vocación, sólo se fomenta el estatus. Tienes que hacer una ingeniería y luego hay más fracasos porque los chavales no han conseguido el título o porque el trabajo no les gusta.»

Hay, sin embargo, un grupo muy amplio de mujeres que ven los estudios como un fin en sí mismo, una manera de enriquecerse como personas, de ampliar sus conocimientos y satisfacer inquietudes intelectuales. Escogen carreras de tipo más humanístico, aunque posteriormente se les vuelve en contra, ya que es más probable que encuentren obstáculos a la hora de ejercer una profesión. Ello se produce a pesar de que saben que en el mundo laboral se ofrecen más oportunidades a técnicos especializados en parcelas muy concretas de la producción, saberes aplicados que no requieren una cultura amplia, sino unas habilidades específicas. Así, al hablar de la experiencia educativa, una mujer lo expresa de la siguiente forma:

«Estudias antropología y puede enriquecerte mucho, pero no sirve para el mundo en el que estamos viviendo.»

Lo que no está claro es cuál será la decisión más inteligente. Algunas mujeres de nuestro estudio cuentan incluso que cambiaron su estrategia educativa cuando se dieron cuenta de cómo funcionaba el mercado de trabajo. Empezaron un camino distinto respondiendo de forma vocacional justamente al comprender que la vía más pragmática era mucho más difícil para las mujeres. Ellas estudiaron en un principio buscando salidas ocupacionales, pero en un momento dado se arriesgaron a dar un giro a sus vidas y optaron por reciclarse en aquello que realmente les gustaba.

Algunas de estas mujeres ven, con el tiempo, que han asumido riesgos y valoran su profesión con especial ahínco, al sentir que realmente han dirigido sus vidas libremente retando al mercado de trabajo. Han tenido que renunciar a la perspectiva de unos ingresos constantes y a un futuro asegurado.

«Soy de Valencia, estaba estudiando diseño gráfico y estaba en el último curso, a punto de acabar. Dije, esto no es lo mío, me voy a Barcelona a estudiar restauración.»

«Yo estudié administrativa, quería estudiar diseño artístico, pero parecía una locura total. Empecé a trabajar de administrativa. Estuve años, la verdad es que estaba hasta el moño porque no era lo mío. Y salía de trabajar y me iba a estudiar lo que a mí me gustaba, que era diseño.»

No es posible extrapolar estos ejemplos a la situación general y podríamos decir que la mayor parte de las mujeres se sitúan en un lugar intermedio entre ambos polos, buscando un punto de equilibrio entre lo que quieren estudiar y lo que piensan que les facilitará mejor la inserción laboral.

Por otra parte, son numerosos los casos en los que la inquietud por la seguridad económica es secundaria, ya que dentro de su horizonte vital, al menos inconscientemente, late la esperanza del apoyo de sus padres o de sus parejas. En la mayoría de los casos todavía, en la sociedad española, los que más aportan a los ingresos familiares siguen siendo los varones, y por tanto son razonables las expectativas de las mujeres de que sus parejas hagan de soporte económico. Esto incentiva que la formación de las mujeres sea más vocacional, que estudien carreras interesantes y elijan profesiones más apetecibles para ellas. En cierta forma esto es un resultado reconvertido en la causa de lo que originariamente lo produjo. Las mujeres tienen mayores dificultades

de empleo porque al final se casarán, y como se van a casar no merecen buenos sueldos, porque no necesitarán tanto los ingresos. A la vez que, al saber que ni su empleo es tan seguro ni su sueldo será nunca tan alto, no se les empuja a que se tomen tan en serio su inserción laboral como los hombres.

Pero el proceso de cambio es imparable. De entrada va desapareciendo la idea del matrimonio como seguro económico para el futuro y, aún entre aquellas que puedan contar con una familia que pueda respaldarlas económicamente, cada vez las mujeres son más escépticas respecto al carácter duradero del mantenimiento económico dependiente del marido o del padre. Por ello, aunque anticipen que serán dos para hacer frente económicamente al futuro, el equilibrio siempre se debate entre la utilidad y el placer de los estudios.

«Estudiar algo que te guste y bueno, que ganes un dinero, pero no tienes que estudiar para ganar mucho dinero.»

La formación como reciclaje

Otra cuestión importante, en relación con la valoración que las mujeres hacen del capital humano, es el sentido que dan a lo largo de su vida laboral, a la educación permanente. Las mujeres consideran la formación continua como un reto personal estimulante. Advertimos una sintonía de inquietudes acerca de la rapidez con la que se producen los cambios en nuestra sociedad en tanto en cuanto se muestran interesadas y abiertas a las nuevas formas de aprender, a la necesidad de seguir fomándose.

Seguramente es un rasgo general de la juventud actual. En un mundo de integración global de comunicaciones y de mercados, en el que se produce una rápida innovación tecnológica, el trabajo deja de ser una tarea establecida y es preciso formarse continuamente para estar a la altura de los cambios continuos. La formación como reciclaje y como imperativo de renovación tienen algo de voluntario pero también de ineludible para seguir siendo competitivas o incluso para conservar el puesto de trabajo.

Las mujeres han entrado en este circuito con un interés muy particular, es necesario recuperar el tiempo desaprovechado y duplicar esfuerzos para situarse en igualdad de condiciones del entorno que les rodea.

«A mí me gusta conocer cosas y no quedarme atrás. No a costa de lo que hago, sino como algo más para ir creciendo tu misma.»

«Es importante seguir formándote para tener un poco de tranquilidad.»

En contrapartida, otras mujeres sienten el reto del aprendizaje constante como una barrera insuperable y muestran una actitud más resignada, menos entusiasta, ante el imperativo de formación continua impuesto por las circunstancias. No es que infravaloren la formación, más bien al contrario, pero apenas encuentran espacio en sus vidas para asumir esas nuevas demandas.

La formación continua es una tarea más que se une a sus ya ajetreadas vidas y la perciben en su dimensión más negativa, como obligación que no queda más remedio que asumir para conservar el empleo o para estar al día en el ambiente laboral.

«No quedarme obsoleta en el mundo en que vivimos. Eso significa no dejar los libros a un lado y empieza a estar en contraposición con el resto de cosas que tienes que hacer, porque ahora estamos en la era de la informática, en el mundo de Internet, tienes que sacar informes, tienes que aprender, aprender, cuanto más sepas, mejor, y eso es difícil. Eso es lo que me preocupa, el reciclaje.»

La presión de la formación continua la acusan las mujeres con mucha fuerza y desencadena posiciones antagónicas: es un acicate para la superación, o un pesado lastre. Se convierte en un proceso constante con sus avances y retrocesos, sus idas y venidas para tomar impulso y volver al ruedo una y otra vez.

Educación, matrimonio y familia

Con esta nueva mentalidad de estudio y preparación para el futuro cambia radicalmente la visión que las mujeres tienen de lo que significa el matrimonio y la familia. La formación tiene su continuación en el empleo y el casarse y tener hijos no puede ser la ocasión de echar a rodar todos sus esfuerzos educativos.

«Ahora las mujeres se han formado, antes no se formaban tanto. Actualmente crees que no has estudiado para estar en casa.»

«Me he formado, tengo una carrera, tengo una profesión, ahora estoy estudiando un master, no voy a pretender quedarme en casa.»

El hecho de haber invertido en educación condiciona mucho las opciones posteriores de las mujeres, sobre todo porque desechan la idea de quedarse en casa dedicándose solamente a cuidar de la familia. Los datos reflejan que hay una relación directa y proporcional entre el nivel de estudios de las mujeres y su inclinación a tener hijos. «En el grupo de mujeres de 25 a 34 años, que actualmente es el de máxima fecundidad, las que son analfabetas tienen de media 3,13 hijos, las que no tienen estudios 1,57, las que tienen estudios primarios 1,36, y así va descendiendo hasta las mujeres con estudios superiores que tienen 0,33 hijos de media» (Encuesta de Fecundidad, INE 1999).

La idea de tener hijos, y las dificultades que éstos suponen en el campo laboral, coloca a las mujeres en una disyuntiva específica de su género. No quieren renunciar al esfuerzo de años de estudio, pero son conscientes de las dificultades de continuar combinando trabajo y vida personal:

«¿Para eso he estudiado?»

La respuesta es muy diversa: en unos casos se intenta seguir con el trabajo y posponer la maternidad, en otros se procura seguir adelante con todo, tratar de hacer compatible su trabajo con los hijos, y en algunos casos se rinden ante las dificultades, por lo menos por un tiempo.

Esta variedad de respuestas están directamente relacionadas con su esfuerzo educativo: cuanto más hayan invertido en educación, más se resisten a abandonar su trabajo. Incluso cuando la maternidad se presenta cuando se encuentran todavía en proceso de formación, muchas intentarán a toda costa terminar los estudios, pese a las evidentes dificultades que ello plantea.

«Me quedé embarazada siendo estudiante. Seguí la carrera, la acabé.»

El debate acerca de la compatibilidad entre el empleo y la maternidad está actualmente en uno de sus puntos más álgidos. Socialmente se ha superado la idea de que hay que optar aunque, de hecho, muchas mujeres jóvenes se ven obligadas a hacerlo. Pero la asunción social del tema está

actualmente en la conciliación. Lo que sin embargo está claramente superado es la disyuntiva entre educación y matrimonio. La idea dominante es la de que los estudios van por delante, no sólo que todas las mujeres deben formarse sino que, además eso debe ser previo al matrimonio. Lo más común es que las mujeres antepongan sus estudios al matrimonio y, puesto que hoy en día las estrategias educativas son cada vez más ambiciosas, se alarga considerablemente el período estudiantil, durante el cual se pospone el matrimonio y la maternidad.

Este es uno de los factores que más ha influido en los nuevos patrones de vida de las mujeres españolas, que han retrasado la edad de casarse y, como consecuencia de ello, también la edad de tener hijos. Considerando el universo total de mujeres, esta tendencia se incrementa aún más entre las mujeres altamente cualificadas. Ellas son las que más retrasan el matrimonio y la maternidad. La educación superior femenina va unida a tener el primer hijo a una edad más tardía.

«Yo creo que no puedo embarazarme, porque estoy en el posgrado y creo que en el fondo quiero algo mío, algo propio.»

En las raíces de toda esta evolución late el valor que se le otorga a la educación. Hoy en día se considera como algo fundamental del individuo, como parte de su identidad y como instrumento básico de su independencia personal en el futuro.

El empleo y su significado

En el hablar cotidiano nos referimos al empleo como trabajo, pero apenas usamos la palabra trabajo cuando nos referimos a las mismas actividades si no están remuneradas. El empleo asalariado ha pasado a ser casi exclusivamente la única actividad designada como trabajo. Sin embargo, las mujeres dedican una enorme cantidad de horas a las actividades domésticas que son también trabajo necesario para subsistir. Llama la atención que incluso las mismas mujeres hablen de este modo. Una mujer puede decir que trabaja si es asistenta doméstica, pero no se refiere a estas actividades como trabajo cuando está en su hogar desempeñando las mismas tareas. Evidentemente, las mujeres han interiorizado que el trabajo equivale a empleo, con sus caracte-

rísticas de actividad asalariada, ajena y voluntaria, mientras que su quehacer constante en casa es algo que asumen como «natural», no se le llama trabajo porque no está remunerado, se hace como algo propio y para los suyos, y además tiene el carácter de una obligación a la que no hay posibilidad de negarse. Como consecuencia de estas tres características, se une a todo ello una connotación de falta de valor que termina por hacerlo invisible.

La consecuencia de esta desvalorización del trabajo doméstico es la propia infravaloración de las amas de casa, que se sienten poca cosa en la vida. Como reacción ante ello, se entiende el deseo de un creciente número de mujeres de ser personas, identificando como vehículo para ello el entrar en la esfera del empleo extradoméstico remunerado. «Una característica crucial en la valoración del trabajo doméstico manual es la clara y generalizada desconsideración que merece entre las mujeres, que se corresponde con la falta de valoración social que posee. Las propias mujeres que se dedican exclusivamente al hogar, las amas de casa, comparten también esta visión porque saben muy bien que en la sociedad la idea de trabajar se identifica con las que poseen un reconocimiento social» (Comas, 1995, pág. 123)

En nuestro lenguaje pervive la ideología patriarcal, en cuanto asigna diferentes tareas a cada género, y según la cual el trabajo socialmente valorado es aquél desempeñado en la esfera pública, que tiene un precio en el mercado, por el cual se paga y que, además, está asignado a los varones. También el lenguaje recoge el carácter reificante del capitalismo, según el cual todo se mide y valora en términos pecuniarios. No se considera trabajo cuando el esfuerzo realizado no tiene un salario, la remuneración es lo que da valor a una actividad. El trabajo que sea importante y valioso será recompensado más generosamente que el que esté desvalorizado, aunque exija un esfuerzo enorme en su realización.

Las mujeres españolas siempre han trabajado duramente en el hogar, produciendo una cantidad importante de productos y de servicios. El perfil tradicional de la mujer española, salvo un reducido número de privilegiadas, ha sido el de una mujer que trabajaba de sol a sol limpiando, cocinando, lavando, cultivando el campo o cosechando, cuidando de los animales, de los niños y ancianos, y fabricando todo tipo de productos caseros, desde el jabón hasta los colchones, pasando por conservas, ropa, etc. Todo ello for-

maba parte de sus actividades diarias de una forma inseparable con su situación de ama de casa, aportando su esfuerzo al bienestar del núcleo familiar y sin recibir por ello ingresos en dinero.

Con la revolución industrial comienza la producción masiva de bienes en talleres y fábricas y se van separando las actividades domésticas de las actividades consideradas productivas. Este proceso ha seguido intensificándose hasta ahora saliendo cada vez más fuera de los hogares la producción de los bienes y los servicios que se hacían dentro de ellos. Paralelamente a este proceso aumenta el trabajo asalariado, siendo primeros los hombres y más recientemente las mujeres las que se incorporan a él.

La industrialización del siglo XIX y principios del XX significó una débil incorporación de mujeres al trabajo asalariado en situación muy dramática, inducida por una necesidad económica extrema y profundamente desestabilizadora de la vida de las trabajadoras industriales, incluyendo sus familias. Inicialmente, en España, el empleo extradoméstico comenzó afectando sobre todo a mujeres solteras, que trabajaban principalmente como servicio doméstico, y casadas pobres que vendían su mano de obra como jornaleras para poder sobrevivir.

Con el desarrollo de los años veinte y el cambio de orientación política en los treinta, se produce un aumento extraordinario del número de mujeres activas y, sobre todo, aumentan de forma considerable las mujeres trabajadoras con un cierto nivel de instrucción. Empleadas, maestras, obreras cualificadas, etc., van formando parte de la población trabajadora en un proceso similar al que se observa en otros países europeos pero que, a diferencia de éstos, se quiebra de forma dramática con el desenlace de la guerra civil.

Durante el franquismo se fomentó la vuelta de las mujeres al hogar y se hizo muy difícil su situación en el mercado del trabajo remunerado. La educación, la formación profesional, el mercado del empleo y la legislación discriminaban a las mujeres y no se recuperaron las cifras de actividad femenina hasta los años sesenta. En los años del desarrollismo de los sesenta aumentó la incorporación de las mujeres al trabajo como respuesta a la nueva situación económica y la incipiente cultura del consumo; sin embargo la

actividad de las mujeres estaba dificultada por su situación familiar y no dejaba de concebirse como algo complementario.

La carrera laboral de las mujeres presentaba en estos años una forma interrumpida por el efecto sobre ella de su vida familiar. Las mujeres entraban en el mercado de trabajo en sus años de soltería y dejaban su empleo al casarse y tener hijos; algunas se reincorporaban pasados unos años y muchas de ellas no volvían a incorporarse una vez que los hijos eran mayores. En contraposición a esta trayectoria laboral, los varones presentaban una curva continuada de participación laboral: se incorporaban jóvenes y aumentaban y mantenían su actividad en la edad adulta hasta llegar a la edad de jubilación, en la que salían del mercado laboral. Las mujeres solteras, en su mayoría, mantenían una pauta laboral estable similar a la de los hombres.

El cambio en las pautas de actividad femenina, el verdadero salto histórico, no llega hasta la década de los setenta. Coincidiendo con la transición política, cambian las cifras de actividad. Las mujeres españolas empiezan a incorporarse progresivamente al trabajo remunerado en un proceso ininterrumpido hasta la fecha, pasando de 3,76 millones de activas en 1976 a 6,66 millones en 1999. Este proceso no ha sido homogéneo sino muy desigual, al estar sujeto a condicionantes demográficos, como el volumen de mujeres en edad de trabajar, y a condicionantes económicos que han producido en algunos momentos un aumento mayor de la actividad que del empleo.

La incorporación de las mujeres al trabajo remunerado se ha intensificado en los años ochenta, cuando han confluído varios factores, como el número de mujeres en edad de trabajar por la llegada de las amplias generaciones nacidas en los años sesenta, los niveles medios más elevados de formación de las mujeres de estas generaciones y por una situación de crecimiento económico importante en nuestro país y en toda Europa. En los años noventa, a pesar de la recesión y la tendencia a la destrucción de empleo, debida a las transformaciones organizativas y tecnológicas, el número de mujeres activas no ha dejado de aumentar.

Las cohortes de población que han protagonizado la incorporación masiva de mujeres a la actividad han sido las que tienen actualmente entre 24 y 55 años. Dentro de ellas, las más activas son las jóvenes con formación

profesional media o universitaria. Las mujeres de 16 a 24 años continúan en edad escolar, mientras que las mujeres de más de 55 años, además de tener tasas menores de actividad, se ven afectadas por las prejubilaciones y cuentan con unos niveles de formación mucho menores.

Cuadro 2.2

TASAS DE ACTIVIDAD FEMENINA POR GRUPOS DE EDAD, 1999

Edad	Ambos sexos	Mujeres
16 a 19 años	33,40	30,32
20 a 24 años	68,54	58,72
25 a 29 años	76,74	64,13
30 a 34 años	78,03	61,29
35 a 39 años	77,22	58,94
40 a 44 años	75,93	55,83
45 a 49 años	70,34	45,81
50 a 54 años	62,80	34,42
55 a 59 años	50,61	24,09
60 a 64 años	26,90	13,06
65 a 69 años	3,85	2,36
70 y más años	0,62	0,29
Total	50,86	36,40

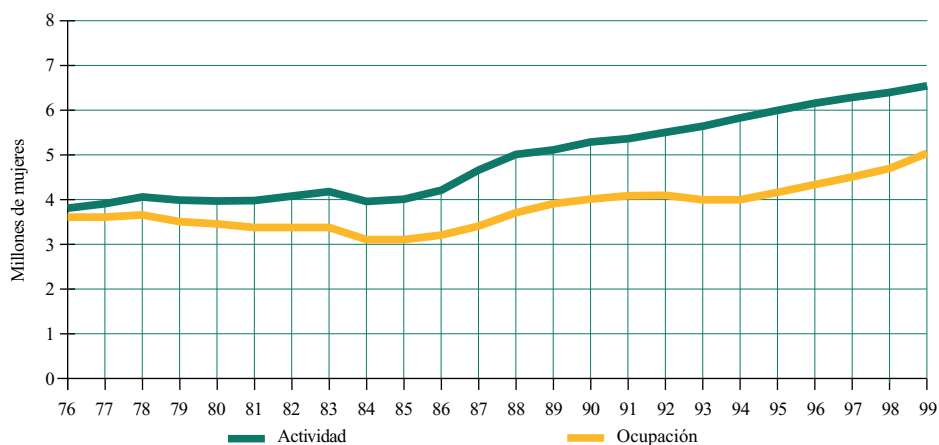
Fuente: INE, Encuesta de Población Activa, 1999.

Desafortunadamente, el proceso de aumento de la actividad femenina no ha coincidido con un proceso paralelo de crecimiento del empleo. La evolución de la ocupación no ha coincidido con el nivel de actividad, con lo que ha crecido desmesuradamente el número de mujeres que desean y buscan un empleo y no lo encuentran. Es decir, que lo que ha aumentado extraordinariamente ha sido el paro.

Lo que queda claro en estas cifras es el cambio de actitud y de expectativas de las mujeres frente al trabajo. Pese a que la obtención de un empleo sea difícil, las españolas no están dispuestas a renunciar a una actividad remunerada que se ve como la vía de acceso a la plena condición de persona independiente.

Gráfico 2.1

EVOLUCIÓN DE LA ACTIVIDAD Y LA OCUPACIÓN DE LAS MUJERES EN ESPAÑA, 1976-1999



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de Población Activa.

De hecho, en términos relativos, las mujeres están hoy en una posición mucho más precaria frente al empleo que en 1976, ya que entonces el 95% de las mujeres activas trabajaban y tenían empleos estables, mientras que ahora sólo un 70% de las que desean trabajar obtienen un empleo y las condiciones de contratación son mucho más precarias en cuanto a tiempo total o parcial y a niveles de contratación indefinida. A pesar de que, en términos generales, la evolución ha sido muy positiva, en términos relativos cabe señalar las diferencias por género que se advierten en cuanto a las oportunidades de empleo y en cuanto a las formas de contratación y las ocupaciones laborales que se alcanzan. «En este sentido, hay que resaltar la ruptura o disociación existente entre el deseo y el derecho de las mujeres de tener un puesto de trabajo y las barreras que se oponen para que esto no sea posible. [...] Cuando el empleo ha escaseado, han sido las mujeres las primeras afectadas por el desempleo, el mercado de trabajo no se ha mostrado neutro y la discriminación por género ha actuado como elemento de filtro y de selección laboral» (García Sanz, 1997).

Las mujeres en el mundo laboral

La tasa de actividad, que es la proporción de mujeres que desean trabajar, ya sea que estén trabajando o buscando empleo activamente, sobre la población total de mujeres, ha crecido enormemente en los últimos años. En comparación con nuestro entorno europeo, cuya media de actividad femenina supera el 50%, este porcentaje sigue siendo bajo, pero la evolución es creciente y se advierte claramente la tendencia a la nivelación con las cifras europeas.

Cuadro 2.3

ACTIVIDAD DE MUJERES Y HOMBRES. PAÍSES DE LA UNIÓN EUROPEA, 1998

En porcentaje

Países	Mujeres	Hombres
Bélgica	54	73
Dinamarca	75	84
Alemania	62	79
Grecia	48	77
España	48	76
Francia	62	75
Irlanda	50	76
Italia	44	72
Luxemburgo	48	76
Holanda	63	82
Austria	63	80
Portugal	62	79
Finlandia	70	76
Suecia	72	79
Inglaterra	67	83
Total	58	78

Nota: Población de 15 a 65 años.

Fuente: Eurostat, 1999.

La actividad viene influida por una variedad de factores, entre los cuales cabe destacar el estado civil, el número de hijos, si están casadas cuál es el sueldo del cónyuge, etc. si bien la variable de mayor peso parece ser la educación. Las mujeres con estudios y las que tienen mayor nivel de prepa-

ración son las que en mayor medida quieren encontrar un empleo. La influencia de la educación también es una variable importante en relación con la actividad de los varones pero las diferencias que se advierten en cuanto a actividad entre mujeres con niveles bajos, medios o elevados de educación son mucho mayores. De hecho, solo en los niveles de educación universitaria se igualan las tasas de actividad de hombres y mujeres.

Cuadro 2.4

TASAS DE ACTIVIDAD POR ESTUDIOS TERMINADOS Y SEXO, 1999

	Total(*)	Analfabetas/os	Sin estudios	Estudios primarios	Estudios medios (*)	Estudios de formación profesional superior	Estudios universitarios 1º ciclo	Estudios universitarios 2º ciclo
Mujeres	38,4	5,4	11,7	24,8	51,0	79,9	69,4	83,9
Hombres	63,1	14,3	28,3	57,4	72,8	86,0	72,3	83,9
Ambos sexos	50,2	7,9	18,6	40,3	62,1	83,4	70,4	83,5

(*) Cifras de población que incluyen todos los activos mayores de 16 años.

Fuente: INE, Encuesta de Población Activa, IV Trimestre 1999.

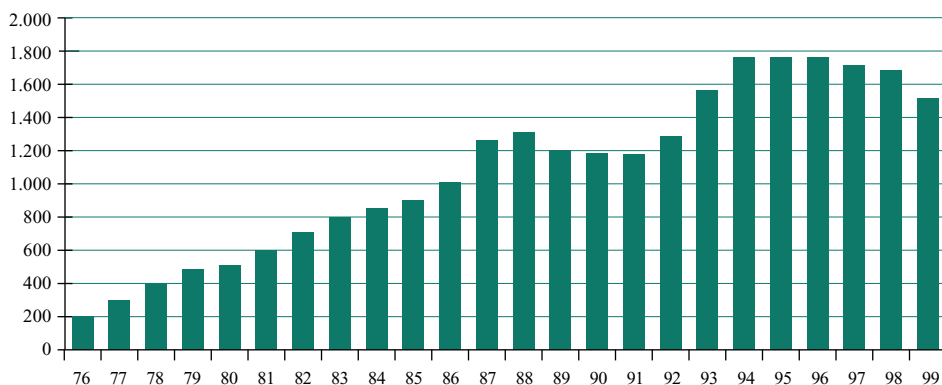
Con respecto a las oportunidades de empleo, la educación es un factor primordial. El nivel de estudios es una de las variables que más influyen para encontrar empleo e indudablemente los estudios favorecen a las mujeres a la hora de ser contratadas. El 62% de las universitarias activas tienen empleo, frente a un 36% de las que cuentan con estudios secundarios. Esto quiere decir que el colectivo de las activas con más estudios es el que menos padece del paro. Sin embargo, los estudios se devalúan en términos de comparación con los hombres, pues se mantienen, e incluso se agravan, las diferencias en cuanto a oportunidades de empleo cuanto mayor es el nivel de estudios de las mujeres. Es en el grupo de las mujeres sin estudios donde se observa que las diferencias de oportunidad de empleo frente a los varones del mismo nivel educativo están más igualadas.

El paro es un problema social de gran alcance y ha sido durante años la primera preocupación de los españoles, coincidiendo con la época en los que las cifras de desempleo alcanzaban los niveles más elevados de toda Europa (Barómetros CIS, 1990-1999). La evolución del empleo en España ha sido muy favorable en los últimos años y el paro se ha reducido, pero aún

existe en nuestro país una conciencia fuerte de la importancia que tiene el desempleo y de las consecuencias que conlleva en el ámbito individual, familiar y para todo el conjunto de la sociedad. Las cifras actuales de desempleo se han reducido a nivel nacional, pero de forma desigual a lo largo del territorio. Persisten diferencias importantes entre unas regiones y otras, aunque la variable que más discrimina en cuanto a las tasas de paro no es la localidad geográfica sino el género. Mientras que el paro masculino ha desaparecido en 23 provincias españolas, donde se ha llegado técnicamente al pleno empleo con tasas menores al 4%, el desempleo femenino sigue siendo importante en todas ellas. La tasa de paro de las mujeres, un 22,4%, dobla la de los hombres, que es de 10,8% a nivel nacional (INE, junio, 2000).

Gráfico 2.2

EVOLUCIÓN DE LAS CIFRAS DE MUJERES EN PARO, 1976-1999



Fuente: Elaboración propia basada en INE, Encuesta de Población Activa.

En España el paro afecta sobre todo a las mujeres que alcanzan las tasas de desempleo más elevadas de Europa. Sin embargo, la preocupación por el paro femenino nunca es tan fuerte como sobre el masculino. Estas cifras tan negativas no alcanzan un eco correspondiente a su magnitud porque, en el fondo, siguen existiendo estereotipos patriarcales que desdramatizan la situación de desempleo en el caso de las mujeres. Al persistir la idea de la diferenciación de roles por género, adscribiendo a los hombres la tarea de

ser el proveedor de la familia y a las mujeres el rol de madre y esposa, la frustración de una mujer que desea un empleo extradoméstico no se considera tan grave como cuando se trata de un hombre.

La edad es un factor que influye en las oportunidades de empleo. La tasa de ocupación también varía con la edad, habiéndose retrasado las edades en las que una mayoría de las mujeres activas encuentran empleo. Las tasas de ocupación se elevan a partir de las mujeres mayores de veinticinco años (un 30,17% están empleadas), aunque están en flagrante inferioridad respecto a los varones del mismo grupo de edad, que doblan su nivel de empleo.

El desempleo es mayor entre las mujeres más jóvenes, alcanzando su máximo en las chicas de 16 a 19 años, un 45% de las cuales están desempleadas, aunque su desocupación no parece socialmente un tema tan grave porque puede considerarse estas edades como un período posible de formación. El paro disminuye progresivamente con la edad, llegando a sus mínimos cuando se superan los 50 años. Esto no se debe a que haya más mujeres empleadas, sino más bien a que hay un menor número de activas en este grupo de edad, y en parte también a que entre las mujeres de más de 50 años el paro puede estar encubierto, puesto que muchas son «desanimadas» que han tirado la toalla y han dejado de buscar un empleo.

Las tasas de paro que nos parecen más alarmantes son las que se dan entre las mujeres de 25 a 35 años, entre las que la alternativa no es la educación sino la resignación al rol doméstico. Es preocupante que una de cada cuatro mujeres en esas edades que desean trabajar no obtenga empleo. (Las mujeres de 25 a 29 y de 30 a 34 años tienen tasas de paro del 25,6 y 23,6% respectivamente (INE, 2000)). En estas edades los estudios generalmente se han terminado y el deseo de emancipación del hogar de origen es mayoritario, además de que fisiológicamente se encuentran en la mejor edad para formar familia. El hecho de encontrarse en paro frustra los deseos de independencia económica y la posible maternidad ya que, salvo en el caso de aquellas mujeres que optan por el matrimonio de forma tradicional, donde las responsabilidades económicas son únicamente del hombre, las mujeres de estos grupos de edad no toman la decisión de tener un hijo mientras no tienen un empleo.

TASAS DE PARO EN EUROPA, 1999

	Eur 15	Bélgica	Dinamarca	Alemania	España	Francia	Irlanda
Hombres	7,9	7,8	4,5	8,4	10,7	9,6	5,8
Mujeres	10,8	10,7	6,0	9,3	22,5	13,3	5,5
Total	9,1	9,1	5,2	8,8	15,3	11,3	5,7

Fuente: Elaboración propia a partir de Eurostat, *Population and Social Conditions*, julio de 2000.

Podemos decir que, en conjunto, la situación de las mujeres en el mercado laboral es muy precaria, situación que se refleja claramente en estas cifras tan elevadas de paro femenino, que alcanzan niveles de récord, en una posible comparación europea.

Se puede distinguir entre dos tipos de paro, el paro de inserción y el paro de circulación. En ambos casos las cifras femeninas son más graves que las masculinas. Se llama paro de inserción al de las personas que buscan empleo por primera vez, y es lógicamente elevado si se tiene en cuenta la falta de experiencia profesional de los primeros aspirantes. Sin embargo, el número de hombres en esta situación es casi la mitad que el de mujeres. Se llama paro de circulación al que se produce al perder un empleo, y puede considerarse como un fenómeno muy peligroso, ya que implica inseguridad para las personas una vez ya se han insertado en el mercado laboral. El paro de circulación también es más elevado entre las mujeres. El hecho de que un gran número de mujeres tengan que afrontar continuamente períodos de paro involuntario demuestra la precariedad de sus empleos y la frustración que sufren en su voluntad de trabajar y obtener un sueldo. Como dato ilustrativo, el porcentaje de mujeres asalariadas en el sector privado con contrato de duración definida llegaba al 39,05% en 1999 (INE, EPA).

El paro de circulación no es un fenómeno coyuntural o aislado y, aunque la legislación intente restringir el uso de la contratación por tiempo definido, las empresas prefieren no contratar de forma indefinida por la reducción de riesgo y costes que ello aporta. La tendencia actual del mercado de trabajo es al aumento de los contratos a fecha definida. Esto es así no sólo en nuestro país sino en la mayoría de los países desarrollados, y no pare-

Italia	Luxemburgo	Holanda	Austria	Portugal	Finlandia	Suecia	Inglaterra
8,7	1,8	2,0	3,2	4,1	9,4	7,1	6,5
15,6	3,3	5,3	4,5	5,2	10,7	7,0	5,2
11,3	2,4	3,4	3,8	4,6	10,0	7,1	6,0

ce que esta tendencia se vaya a frenar. Los datos del Instituto Nacional de Empleo de 1999 reflejan que la mayor parte de los empleos nuevos son contratos definidos del tipo «Eventual por circunstancias de la producción», lo cual muestra que las empresas utilizan este tipo de contratación para cubrir necesidades de empleo que se dan repetidamente y para los que, sin embargo, no están dispuestos a crear puestos fijos.

La mayor parte de las mujeres activas están empleadas hoy en el sector servicios y entran dentro de la categoría socioprofesional de empleadas por cuenta ajena, empleadas asalariadas. El empleo asalariado es mayoritario, pero se está dando un crecimiento muy importante del autoempleo: casi un millón de mujeres trabajaban de forma no asalariada según datos de 1999. El autoempleo puede interpretarse de dos maneras: como efecto de una constante calificación del trabajo femenino que lleva a este grupo a ocupar cotas cada vez más altas de autonomía y riesgo profesional, y también como reflejo de la creciente precarización del trabajo, que obliga a muchas mujeres sin adecuados niveles de cualificación a trabajar por cuenta propia en todo tipo de quehaceres (García Sanz, 1997). Hay que tener en cuenta que el autoempleo es una forma posible de autodefensa frente a las discriminaciones del mercado de trabajo.

No sólo las elevadas cifras de empleo femenino no asalariado nos indican esto, sino que también lo confirman los datos acerca de las mujeres directivas de empresas sin asalariados. Los casos de mujeres que crean su propia empresa y están al frente de ella sin asalariados son más del doble que los hombres en la misma situación. Esto puede interpretarse como una estrategia de emplearse que utilizan muchas mujeres a las que el mercado laboral no hace un hueco o no reconoce su capacidad profesional.

Cuadro 2.6

POBLACIÓN OCUPADA POR TIPO DE CONTRATO, TIPO DE JORNADA LABORAL Y SEXO, 1999

En miles

	Ambos sexos	Mujeres	Hombres	% Mujeres
No asalariados	2.972,6	915,2	2.057,4	30,79
A tiempo completo	2.749,8	765,0	1.984,8	27,82
A tiempo parcial	222,8	150,2	72,6	67,41
No clasificable	–	–	–	–
Asalariadas/os	10.979,3	4.127,7	6.851,6	37,60
A tiempo completo	10.111,1	3.438,9	6.672,2	34,01
A tiempo parcial	868,2	688,8	179,4	79,34
No clasificable	–	–	–	–
Contrato indefinido	7.321,7	2.663,4	4.658,3	36,38
A tiempo completo	6.949,2	2.339,2	4.610,0	33,66
A tiempo parcial	372,5	324,2	48,3	87,03
No clasificable	–	–	–	–
Contrato temporal	3.657,6	1.464,2	2.193,4	40,03
A tiempo completo	3.161,9	1.099,7	2.062,2	34,78
A tiempo parcial	495,7	364,6	131,1	73,55
No clasificable	–	–	–	–
Total	13.951,8	5.042,8	8.909,0	36,14

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Población Activa, III Trimestre 1999, INE.

El mercado laboral no sólo está segmentado por género en cuanto a oportunidades de empleo y formas de contratación, sino que también advertimos grandes diferencias entre sectores en cuanto a la mayor o menor presencia de hombres y mujeres en ellos. Por ejemplo, la proporción de mujeres empleadas en el sector público supera a la de los varones. Las administraciones públicas se han convertido en una importante fuente de empleo femenino. En ello pueden influir muchas razones, entre las cuales nosotras destacamos las mejores condiciones de contratación y la mayor flexibilidad en cuanto a legislación favorable a la compatibilidad del trabajo y la familia que ofrecen las administraciones públicas. Por una parte, el sector público se basa mucho más en pruebas objetivas y exámenes públicos de las capacidades de los aspirantes, lo cual supone un aumento de las oportunidades de empleo de las mujeres que, en las entrevistas de selección de las empresas privadas,

se ven mucho más expuestas a los prejuicios tradicionales acerca de las mujeres. Por otra parte, las administraciones públicas ofrecen, generalmente, una estabilidad, unos horarios y una reglamentación más favorables a la compatibilidad del trabajo y la familia que las empresas privadas. Por todo ello, las mujeres no sólo desean tener un empleo en el sector público, sino que también tienen mejores posibilidades de acceder a él. El aspecto menos favorable del sector público frente al privado es el de las remuneraciones, pero en esta cuestión las mujeres se ven menos afectadas porque la capacidad de diferenciar en cuanto a remuneración de los trabajadores que tienen las empresas privadas suelen ser utilizadas para ofrecer sueldos menores a las mujeres, mientras que, por el contrario, en el sector público no hay discriminación salarial por género.

El número de mujeres empleadas como ayuda familiar sigue siendo muy alto, si bien estas cifras han disminuido en más del 68% desde 1976. Por otra parte, el número de empresarias es reducido. En términos relativos, sólo uno de cada cinco empresarios es mujer lo cual, a pesar de su aumento, sigue siendo una proporción pequeña. A esto hay que añadir, para entender las diferencias de género en el empresariado español, que la gran parte de estas empresarias lo son de empresas muy pequeñas, de uno, dos y tres trabajadores.

Percepción de las desigualdades

Según estudios europeos, España y Alemania son los países donde hay una percepción más acusada de las desigualdades de género. Dos tercios de las mujeres españolas, en algunos casos cuatro quintos de ellas, piensan que su situación es peor que la de los hombres en todos los terrenos y, sobre todo, en cuanto a sus oportunidades laborales, las profesiones a las que pueden acceder, la posibilidad de encontrar un empleo, los salarios que pueden obtener y la posibilidad de promoción (Eurobarómetro, 1996). Estos datos coinciden con encuestas españolas en las que se refleja una conciencia aguda acerca de las menores oportunidades laborales de las mujeres. Según una encuesta del CIS de 1997, las «desigualdades que actualmente existen entre hombres y mujeres en nuestro país en el terreno laboral» son percibidas como muy grandes o bastante grandes entre un 54% de los encuestados (CIS, 1997).

Efectivamente, el panorama laboral español presenta diversas formas de discriminación hacia las mujeres. Ello no sólo se refleja en las aplastantes diferencias de género en cuanto a los niveles de ocupación para todos los grupos de edad y niveles educativos que ya hemos visto, sino también en las percepciones subjetivas de las mujeres que desean entrar, están o acaban de salir de los ambientes de trabajo.

La gran cuestión laboral en relación a las mujeres es la maternidad. Un gran número de mujeres no encuentran empleo o no acceden a los empleos y puestos para los que están capacitadas porque la maternidad, la idea de que las mujeres pueden tener hijos y que una vez los tienen ya no atinan con el trabajo, es un prejuicio ampliamente compartido en nuestra sociedad. Además, apenas se hace nada por acabar con él. Es evidente que ni las mujeres se pasan la vida teniendo hijos, ni los hijos impiden un buen rendimiento laboral, pero la ideología tradicional está tan arraigada que no es posible hacer desaparecer estos temores. Cada mujer española en edad de procrear tiene actualmente menos de un hijo y medio y, sin embargo, los hijos que puedan tener sigue siendo un motivo principal de discriminación a la hora de contratarles.

Las mujeres jóvenes se sienten tratadas de forma discriminatoria e ilegal por demasiados empleadores en España, tanto a la hora de incorporarse a un empleo como una vez dentro de la empresa. Entre las mujeres que hemos entrevistado hay un convencimiento general de que esto es así, de que uno de los obstáculos fundamentales a que se enfrentan a la hora de buscar trabajo es el del miedo que existe en las empresas acerca de que las jóvenes se queden embarazadas y tengan que atender a sus responsabilidades familiares, con las garantías y permisos que la ley les da, que desde las empresas se ven como pesadas cargas. Ello explica que no las contraten y que si lo hacen sea, mayormente, por tiempo definido para no estar comprometidos en el caso de que se queden embarazadas.

La práctica de preguntar a una candidata a un puesto si tiene pareja encubre la pregunta indirecta de si piensa tener hijos. Porque los empleadores no quieren cargar con madres trabajadoras.

«Ahora aquí no cogen a mujeres casadas porque automáticamente piensan “esa mujer va a tener un hijo”; es fuerte eso.»

Los testimonios de mujeres que son despedidas de su empleo por quedarse embarazadas y a las que sencillamente no se les renueva el contrato, son numerosos y tienen el efecto de desincentivar la maternidad en el resto de las mujeres por miedo a que les pase lo mismo.

«Un cliente me comentó que su mujer trabajaba en una empresa muy grande, y no era nada de cara al público ni nada. Y se quedó embarazada, dice que llevaba 10 años trabajando, pero fue quedarse embarazada y a la calle.»

«Yo conozco un caso, una chica que la echaron porque se quedó embarazada. Una chica química y ella no trabajaba en el exterior.»

«Yo tenía una amiga que era super ambiciosa y siempre cuando hablaba de tener un hijo: “Lo dejaré dónde pueda pero yo trabajar ante todo”. Se quedó embarazada y perdió el trabajo.»

Hay tal convencimiento de que esto funciona así, tal ambiente de derrotismo frente a las discriminaciones que sufren las mujeres embarazadas, que los casos que contradicen la regla se cuentan como grandes sucesos.

«Lo dijo, me he quedado embarazada, supongo que no me vais a coger y ¡sorpresa! la cogieron. Ahora está de cinco meses. Es una empresa pequeña, está en Reus, es raro que estando embarazada la hayan cogido.»

Las medidas que pretenden corregir estas formas de discriminación por maternidad son de dos tipos: unas son las que prohíben formalmente estas prácticas discriminatorias, y otras las que incentivan que se contrate a personas que sustituyan a las trabajadoras en períodos de maternidad, por ejemplo reduciendo las cotizaciones sociales de las sustitutas. Las primeras no tienen mucho efecto directo porque se evitan a través de la no-renovación del contrato, lo que formalmente no es ilegal, y porque aunque apenas tienen uso refuerzan de forma indirecta los prejuicios empresariales a la contratación de mujeres jóvenes. Las medidas que se presentan como incentivos son algo más eficaces, pero lo que de verdad está pendiente es un cambio de mentalidad en el ámbito de las empresas y de toda la sociedad.

Los prejuicios no surgen sólo en relación al permiso de maternidad, sino que existe un rechazo a la mujer que trabaja embarazada, como si este hecho fuese incompatible con la realización del trabajo.

«Según qué empresas, en algunos casos te toleran, pero simplemente lo toleran. En muchos ámbitos no les gusta mucho que estés embarazada. Lo pueden llegar a tolerar, pero que lo encuentren normal no. No están acostumbrados, aún no.»

«Mientras estuvo embarazada, no pudo contactar con nuevos clientes.»

Podemos hablar de segmentación horizontal en tanto en cuanto la presencia de hombres y de mujeres está muy diferenciada en unos y en otros sectores, produciéndose una concentración de mujeres o feminización en ciertos sectores y profesiones con menores niveles de prestigio y remuneración. Las mujeres no se reparten de forma generalizada y homogénea en el mercado de trabajo. Hay profesiones que, debido a los estereotipos sexuales que influyen en la formación y aspiraciones de las mujeres, están altamente feminizadas, mientras que otras profesiones presentan cuotas de participación femenina muy bajas.

La segregación de las profesiones está tan arraigada en la cultura española que las propias mujeres emplean muy frecuentemente el masculino, genérico universal, cuando hablan de las profesiones prestigiosas como abogado, ingeniero, médico o cirujano, y el femenino cuando hablan de profesiones de medio nivel, que tienden a estar muy feminizadas, como camarera, secretaria, maestra, o administrativa. Con ello no hacen sino respetar la norma predominante en nuestra sociedad en la que el lenguaje continúa siendo un instrumento de refuerzo de las ideas patriarcales. Hay pocas excepciones a esta regla perversa, aunque encontramos algunas mujeres que hablan de abogadas o médicas y que intentan voluntariamente romper con el lenguaje patriarcal.

El lenguaje no es ajeno a los ambientes sociales de los que surge y en los que se utiliza. La experiencia de las mujeres que se aventuran en terrenos profesionales considerados masculinos suele estar llena de dificultades dados los estereotipos de género existentes. Como explica una mujer abogada:

«Empecé de cero, y eso sí que lo he notado; en mi profesión no sé qué pasa pero la gente confía más en un hombre que en una mujer, depende

también del tipo de asunto que te vayan a encargar, pero el hacer ver que tú también vales me ha costado bastante.»

Hablamos de segmentación vertical para referirnos a la situación de hombres y de mujeres en la jerarquía de los empleos y de la dirección de empresas y organismos económicos. Las mujeres se concentran mayoritariamente en las categorías laborales más bajas, es escasa su presencia en los niveles intermedios de la jerarquía laboral, y casi están ausentes en los niveles superiores y directivos. Las mujeres trabajadoras han venido ocupando puestos bajos y medios de la jerarquía empresarial y, aunque haya aumentado en los últimos años la proporción de mujeres directivas, son muy difíciles para ellas los ascensos en cuanto a categoría y responsabilidades. Esto se refleja cuantitativamente en el escaso porcentaje de mujeres directivas y la menor importancia de los puestos que alcanzan. Según la EPA en 1999, las mujeres ocupaban el 36,9% de los puestos directivos. Dentro de estas directivas, había tan sólo un 13,9% que lo fueran en puestos que tuvieran a su cargo a más de 10 personas, lo cual refleja el grado de dificultad de las mujeres en cuanto a llegar a la dirección en las grandes organizaciones.

Las experiencias individuales coinciden con las percepciones colectivas. Según se refleja en encuestas nacionales, la mayoría de los españoles creen que las perspectivas de promoción profesional son menores y que el acceso a puestos de responsabilidad en las empresas es mucho más difícil para las mujeres. La opinión mayoritaria es que la promoción profesional es más difícil, especialmente en las profesiones consideradas masculinas como la abogacía o la política (CIS, 1997).

Es de señalar que los prejuicios acerca de las mujeres en profesiones prestigiosas y en puestos de responsabilidad también son mantenidos, muchas veces por las mismas mujeres, que creen necesario renunciar a tener las mismas aspiraciones que los hombres.

«Yo no quiero llegar a ser directora general de la empresa, para eso ya está el director.»

Pero no son éstas las opiniones dominantes. Lo que se extiende entre las mujeres altamente cualificadas es una actitud de indignación, una conciencia de la injusticia que supone este techo de cristal que limita sus aspiraciones.

«A mí hay una cosa que me ha preocupado muchísimo, llegar a tener puestos de trabajo como tienen los hombres. La sociedad sigue siendo muy machista.»

«Tenemos muchísimo campo; el día que haya sentadas en un consejo de administración 50% de mujeres, pero no por cuotas sino porque realmente sea así, ese día seremos iguales. El día que haya el mismo número de ministros que de ministras, pensaré que hemos conseguido la igualdad. Mientras tanto pues vamos ocupando puestos muy poco a poco, pero nos queda muchísimo.»

«En la empresa donde yo he estado eran 300 hombres para 6 mujeres. Era imposible que hubiera mujeres, el peor cargo y peor remunerado. Y los peores sueldos para las mujeres y no tenías opción de subir. Para los hombres sí, y cada año te hacías un tú a tú con los hombres, para demostrar que sí podías subir. No sé porqué, pero las 6 mujeres éramos siempre no, no teníamos opción. No lo sabíamos, pensabas “qué extraño”. Hablabas con tus compañeros, decían nos han subido de categoría, veías tu categoría y...»

Discriminación salarial

La discriminación salarial es el resultado acumulado del resto de las discriminaciones que se ejercen hacia las mujeres y, puesto que el salario es un reflejo del valor que atribuyen las empresas al trabajo efectuado por sus empleados, la inferioridad salarial de las mujeres traduce claramente esa estimación inferior de la labor que realizan.

Pese a que la discriminación salarial sea ilegal, además de políticamente incorrecta, apenas es posible combatirla porque es muy difícil demostrarla ante los tribunales. La gran mayoría de las mujeres tienen que aceptar esta injusticia si quieren conservar su empleo.

Las diferencias salariales entre los trabajadores y las trabajadoras son una constante que se arrastra del pasado, tanto en nuestro país como en el conjunto de los países europeos. En Europa, la ganancia por hora de las mujeres que trabajan a tiempo completo representa solamente el 73% de la ganancia de los hombres, es decir que existe un diferencial salarial del 27%.

En España, la diferencia de salarios entre hombres y mujeres es similar a la que existe en Europa: el salario medio femenino se ha estimado en un 75% del masculino (CC.OO., 2000).

Hay diversos factores que justifican la existencia de este diferencial salarial entre hombres y mujeres, como la edad, la ocupación, el sector de actividad, el nivel de cualificación y educación, la antigüedad y el tamaño de la empresa. Pero, aún descontando el efecto de todos estos factores, sigue quedando una parte del diferencial salarial entre hombres y mujeres que no puede ser explicado más que aceptando que existe la discriminación salarial por razón de sexo (CC.OO., 2000).

Las mujeres están peor pagadas que los hombres en todos los grupos de ocupación, y es posible señalar una serie de rasgos de cómo se produce esta diferenciación. Los directivos y trabajadores cualificados de la industria son los que presentan mayores diferencias salariales de género. Las diferencias son menores entre los trabajadores de servicios de restauración y de servicios personales. Según aumenta el nivel educativo, aumentan también la distancia entre los sueldos de hombres y mujeres. Es en las ocupaciones que requieren mayor nivel educativo en las que se advierten las mayores diferencias de ingreso, mientras que entre los peones no cualificados y los obreros especializados es donde las diferencias son menos perceptibles. Por otra parte, aunque de forma poco acusada, el diferencial salarial entre hombres y mujeres aumenta con la antigüedad, la norma general de incrementar el salario masculino con el tiempo no se cumple de la misma manera para las mujeres. Por otra parte, el diferencial salarial aumenta con el tamaño de la empresa: es en las grandes empresas en las que se reflejan las diferencias más acusadas entre los ingresos masculinos y femeninos, teniendo esto mucho que ver con las mayores dificultades para la promoción y el ascenso que se les presentan a las mujeres, siendo el ascenso simbólico, promoción sin elevación similar del salario, una fórmula no infrecuente para las mujeres ejecutivas (CC.OO., 2000).

Es muy frecuente que los medios de comunicación hagan pública esta discriminación y ello acrecienta la indignación de muchas mujeres sin que, sin embargo, se convierta en una vindicación política. Por otra parte, cuando hay negociaciones colectivas, las reivindicaciones de las mujeres tienen mucha

menor presencia dada su debilidad numérica en el seno de los sindicatos. Pero es indudable que los avances que se han dado en esta materia de la igualdad salarial se han conseguido cuando las mujeres se han presentado como colectivo, y no sólo como personas individuales. En este sentido son relevantes las diferencias entre el sector público y las empresas privadas; en el sector público es donde más se ha avanzado hacia la nivelación de salarios entre hombres y mujeres.

«Si que hay muchísimo que hacer, muchísimo. Por ejemplo, las mujeres que trabajan en empresas privadas. Ellas ganan creo que un 30% menos que un hombre, y haciendo las mismas funciones. Eso es injusto. Es para que los políticos, quien sea, diga: “Esto no puede seguir así, esto es imposible”.»

Hay expectativas de cambio, aunque las posturas resignadas ante las evidencias son muy frecuentes.

«Yo pienso que eso está cambiando. Hay mucho machismo y el hombre está mucho mejor remunerado que la mujer a igual capacidad que la mujer, siempre está mejor, pero también conozco casos que es al revés, dan más oportunidad a la mujer.»

Ante este atisbo de optimismo sobre un cambio hacia mejor que manifestó esta mujer, otra contestó contundentemente:

«Bueno, pero eso es mucho de cara a la galería. Ahora nos interesa la maternidad, vamos a darle permiso, no sé qué... eso es política, por el amor de Dios, eso no ha cambiado para nada, no nos engañemos. Para nada.»

Valoración subjetiva del empleo

Las cifras de actividad femenina evidencian el aumento cuantitativo de la participación de mujeres en el empleo, pero el aspecto más singular de esta evolución es el cambio en el significado del trabajo, la importancia que éste ha cobrado en la vida de las mujeres. El trabajo estructura la vida de las mujeres, es lo que les da el perfil social de sí mismas, es en él donde buscan su identificación más que en sus situaciones familiares o de pareja (Alberdi, 1999). Además de la razón fundamental de cubrir las necesidades económicas que induce a las mujeres a buscar un empleo, el valor subjetivo que apor-

ta la ocupación va más allá de lo que el trabajo supone materialmente para ellas o sus familias porque proporciona un pilar básico de independencia personal y autoestima.

La mayoría de las mujeres jóvenes desechan el modelo de sus madres, o de las mujeres tradicionales, y quieren ser personas completas, con una esfera familiar y otra esfera productiva y pública. Por lo tanto están dispuestas a hacer los esfuerzos necesarios para conseguir una vida propia y polifacética. A pesar de las dificultades que tienen que superar para encontrar y mantener un empleo, las mujeres no se desmotivan, sino que apuestan por su propia capacidad de forjarse un lugar en el mundo del trabajo. Estas mujeres reconocen el enorme cambio que se ha producido en la sociedad a raíz de su voluntad de trabajar fuera del hogar y conquistar nuevos terrenos que antes les estaban vetados, y valoran positivamente el cambio aunque estén viviendo situaciones de desajuste, conflicto e incluso discriminación.

En este sentido, la ruptura con respecto al modelo de conducta de sus madres es clara y se convierte en el hilo conductor de la explicación que dan a su situación actual, al proceso de cambio y a sus dificultades de encontrar su propio camino, siendo la incorporación al trabajo el eje clave de los cambios.

«Generacionalmente, yo creo en la incorporación de la mujer al trabajo. No te sirve el espacio de tu madre, tienes que coger uno nuevo.»

«Las mujeres han pegado un cambio de 180°, no tiene nada que ver con cómo vivía mi abuela; yo con mi madre me siento un poco más unida porque mi madre ha trabajado.»

Lo interesante es que no sólo son ellas las que ven así las cosas, sino que también sus madres lo ven del mismo modo, y aunque no se hayan incorporado al cambio ven claramente que éste pasa por la actividad laboral. El trabajo significa tener una vida propia, y lo que se ve como una «vida propia» se relaciona con la independencia. La libertad personal, evidentemente, empieza por tener unos ingresos propios, con la capacidad que tenga una persona de mantenerse a sí misma sin necesidad de depender de otra persona, sin sujeción de tipo material. La independencia económica implica una suerte de liberación con respecto a la dependencia del padre o de un marido que han sido históricamente los mantenedores de las mujeres.

«Mi madre o muchas de las madres ya han visto cómo era el futuro, quiero decir; sé tu misma, sobre todo coge tu independencia, sobre todo hazte tu vida.»

La importancia que adquiere el trabajo fuera del hogar como fuente de independencia se completa con la idea acerca de la vida propia y el enriquecimiento personal que se asocian al empleo por parte de las mujeres. Hasta hace poco no se hablaba del trabajo como realización personal. Es en este sentido en el que se revaloriza la actividad laboral por lo que tiene de alternativa al mandato tradicional, natural, genérico de que la vida femenina se justifique en su dedicación a la familia y la procreación. Como respuesta a esta asignación tradicional de rol doméstico, las mujeres reivindican sus actividades económicas como realización de una vida más propia y más personal, más inventada por ellas mismas y más individualizada.

«Si eres mujer trabajadora yo creo que te valoran más.»

El trabajo fuera del hogar no sólo aporta independencia económica, sino que dota de contenidos y experiencias propias a las mujeres. Sirve para darles un sentido de estar en el mundo, de abrirse a realidades y relaciones más amplias.

«Ahora la mujer no es sólo una madre y esposa, es una persona y se realiza como persona, tiene sus propios intereses, tiene su vida profesional, creo que se ha enriquecido.»

En las sociedades modernas, el individuo reflexivo cuestiona su identidad separándose de lo que es dado por la naturaleza y rechazando el fatalismo de lo adscrito. Para las mujeres que construyen su identidad a través de lo que hacen y de su propio discurso, el modelo heredado de mujer definida por su vida familiar y afectiva es un molde opresor y anacrónico. Quizás no son conscientes del salto prometeico que están protagonizando; sin embargo, manifiestan abiertamente la insuficiencia de la vieja identidad. Lo interesante de la situación, en contraste con movimientos de rebeldía del pasado, es que estas mujeres no quieren renunciar a ninguna de sus posibles facetas, quieren abarcarlas todas, no quieren ser sólo madres y tampoco quieren el extremo opuesto de ser sólo profesionales.

Este sentido del enriquecimiento personal que produce el trabajo fuera del hogar tiene que ver también con otros aspectos del mismo que tienen un inmenso valor para las mujeres, como el ser origen de sociabilidad y comunicación. El trabajar se considera satisfactorio porque aporta a las mujeres una serie de beneficios psicológicos, aparte de la valoradísima independencia económica. Uno de los aspectos más apreciados del trabajo extradoméstico es justamente su condición de ser externo al hogar y de forzar a las mujeres a salir de su entorno inmediato y relacionarlas con el exterior. La sociabilidad, como posibilidad de comunicación, es uno de los aspectos más importantes para entender ese sentido de crecimiento personal que tiene el trabajo. Las múltiples relaciones que se establecen en el ámbito exterior significan la posibilidad de dialogar, de sentirse parte de un equipo, de ampliar los propios conocimientos e incluso de formar amistades. Éste es uno de los sentidos más gratificantes que se dan al trabajo.

«(En el trabajo) compartes opiniones con gente diferente.»

El sentido de enriquecimiento personal también tiene que ver con los estímulos que presenta el desempeño de una ocupación. El trabajo cada día puede traer nuevas experiencias, incluso se pueden presentar problemas imprevistos que suponen un reto. Sean sorpresas agradables o sean retos que precisan audacia e ingenio para ser resueltos, los estímulos actúan como incentivos vitales que hacen de cada jornada algo nuevo. Hay que tener en cuenta que todo lo que el trabajo implica se examina, se mide y se valora con una referencia constante a los posibles ejemplos alternativos de la vida doméstica. Cuanta más responsabilidad y capacidad creativa tenga la trabajadora, más excitante será su experiencia extradoméstica y, posiblemente, más aburrida parecerá la labor doméstica en comparación. El elemento de estímulo es lógicamente más frecuente en los empleos altamente cualificados: cuanto más preparada esté una mujer más estimulante puede ser su puesto, mientras que, previsiblemente, en un trabajo de baja cualificación y con escasa capacidad decisoria los retos y estímulos serán mucho menores.

De una forma similar a como ocurre entre los trabajadores varones, las responsabilidades y capacidad para la resolución de problemas en el trabajo pueden contribuir al desarrollo de la personalidad. El esfuerzo y la supera-

ción de obstáculos, que se reconoce como mérito en los ámbitos de trabajo, incrementan enormemente la autoestima de las mujeres, la sensación de ser capaces y de poder sentirse orgullosas de sí mismas. La construcción de la autoestima será tanto más fácil cuando su capacidad se vea premiada con el reconocimiento e incluso la recompensa económica objetiva y palpable.

«Yo pienso en el trabajo, el sentirme realizada en el trabajo. No voy porque sí, sino porque me gusta, y luego en la vida, en el ámbito personal con los demás.»

Todos estos elementos de enriquecimiento, estímulo y superación personal que aportan ciertos trabajos pesan tanto en la balanza vital de un creciente número de mujeres que el trabajo se convierte en una necesidad, en una prioridad dentro de su vida. Para las mujeres con una fuerte orientación profesional, su trabajo incluso se convierte en condición previa y necesaria a todas sus demás relaciones; sólo si se sienten satisfechas con su trabajo, podrán estar bien en su interior y en el mundo.

«El trabajo es importante en mi vida personal, para mí.»

«Yo no puedo vivir si en el trabajo no estoy bien. Para mí es muy importante, aunque no siempre es la panacea.»

«La decisión fue hacer lo que realmente quería hacer, que es la restauración. Por eso me fui. Supongo que es cuando primero te sientes realizada, luego también puedes estar bien con la pareja, contigo misma, con la gente que te rodea.»

El trabajo fuera del hogar puede convertirse incluso en la esfera de satisfacción y tranquilidad donde se refugian las mujeres de sus problemas, una protección frente a las tensiones familiares.

«En casa es tanto el estrés que estás siempre con niños tan pequeños, que te tienen absorta, que estás continuamente pendiente, que cuando uno no se cae, el otro está rompiendo una cosa, que estás todo el rato. Y en el trabajo es como si se te relajara un poco la cabeza, puedes hacer lo que quieres. Es más personal, puedes ser tú misma, estás realizando algo que te interesa.»

«Yo que he tenido niños, uno cada año, estaba muy a gusto cuando estaba con ellos, pero reconozco que cuando he regresado al trabajo ha sido como una liberación.»

Ingresos propios

El ganar dinero se ve como el medio para controlar la propia vida y como forma de independencia. Hay grandes diferencias en cuanto a la importancia que dan las mujeres a ganar dinero personalmente y a aportar parte de los ingresos de la familia pero, en todo caso, la existencia de ingresos propios se considera una garantía de independencia personal, tanto para las mujeres que viven solas como para aquellas que viven en pareja. Incluso, aunque hay una gran diversidad, la relación de la pareja tiene mucho que ver con el equilibrio económico entre uno y otro.

Las actitudes ante el trabajo remunerado de las mujeres son mayoritariamente favorables en ambos sexos y para todos los grupos de edad.

Las situaciones respecto a trabajo y la capacidad para tener ingresos propios son muy variadas entre las mujeres. Son muchas las variables que van a influir en ello. Por una parte encontramos la formación o capacitación profesional de cada una y la situación del mercado de trabajo. Las mujeres jóvenes son conscientes de las dificultades adicionales que tienen para situarse en el mercado de trabajo por ser mujeres. Otro factor importante es su situación familiar, su libertad o disponibilidad en cuanto a horarios y dedicación laboral, que va a estar condicionada por su situación de convivencia y la existencia o no de hijos. Además del propio carácter y el grado de determinación en su decisión de ser activas.

El empleo supone ingresos económicos y el dinero asegura la independencia. Cuando hablan del dinero que ganan, se refieren a la supervivencia y al mantenimiento económico, pero si hablan del trabajo en su vida personal usan los términos de la independencia y la libertad.

En un extremo se sitúan las mujeres más independientes, las que se han emancipado de su familia y viven solas y las que han formado pareja en términos de igualdad económica. Entre éstas encontramos los ejemplos más

Cuadro 2.8

ACTITUDES ANTE EL TRABAJO REMUNERADO DE LAS MUJERES

«Quieran o no, hoy en día la mayoría de las mujeres tienen que tener un trabajo remunerado para colaborar en el mantenimiento de sus familias.»^(*)

Edad	Hombre	Mujer	Nivel de estudios	Hombre	Mujer
18-24 años	67	81	Analfabetos y sin estudios	70	72
25-34 años	78	85	Primarios	77	83
35-44 años	74	87	Técnicos profesionales	74	87
45-54 años	76	84	Secundarios o medios	64	83
55-64 años	76	84	Universitarios	75	79
Total	74	82	Total	74	82

(*) Porcentajes de quienes afirman estar muy de acuerdo o de acuerdo, según sexo, edad y nivel de estudios, 1997.
Fuente: CIS, *Estudio 2233* de 1997.

Cuadro 2.9

EL TRABAJO REMUNERADO DE LAS MUJERES COMO VÍA DE LA INDEPENDENCIA PERSONAL

«Para una mujer es imprescindible tener un trabajo fuera de casa para ser independiente.»^(*)

Edad	Hombre	Mujer	Nivel de Estudios	Hombre	Mujer
18-24 años	51	73	Analfabetos y sin estudios	46	51
25-34 años	63	73	Primarios	58	69
35-44 años	60	72	Técnicos profesionales	58	80
45-54 años	83	71	Secundarios o medios	57	73
55-64 años	54	65	Universitarios	64	71
Total	57	68	Total	57	68

(*) Porcentajes de quienes afirman estar muy de acuerdo o de acuerdo.
Fuente: CIS, *Estudio 2233* de 1997.

claros de determinación de situarse y mantenerse en el mercado de trabajo. Son las jóvenes que se sienten responsables económicas de ellas mismas sin paliativos o posibilidades de ayuda familiar, padres o maridos, incluso a veces las que ayudan a mantener a su familia o a su pareja. En estas mujeres se advierte de forma paradigmática el cambio en los roles de género: son las más reivindicativas de la igualdad laboral entre ambos géneros, y no depositan su seguridad en la pareja, aunque la tengan, asumiendo la inseguridad y el riesgo en su determinación de trabajar como símbolo de su identidad personal.

«En mi casa, con mis padres, no quería vivir de gorra, daba clases particulares... cualquier cosa para ganar un dinero.»

El rasgo del individualismo se afirma de forma potente en muchas de ellas que incluso declaran sin ambages que no desean asumir las cargas de la maternidad. Su discurso económico es de sobrevivir y de avanzar individualmente.

«El trabajo es sobrevivir, estar sola.»

Entre estas mujeres es donde encontramos más arraigadas las ideas de individualidad, de realización personal y de riesgo. Son las jóvenes las que más crudamente advierten la precariedad de su situación en el mercado de trabajo y las dificultades añadidas que las mujeres tienen dentro del ambiente laboral.

En cierta forma son las que mejor ejemplifican esa sociedad de riesgo de la que nos habla la sociología actual. La movilidad, la libertad y la creatividad son potenciadas al coste de la inseguridad.

«Inseguridad de dinero, de tener que buscarte la vida.»

«Vivo sola desde los 19 años. El tema económico es importante. Porque si vives de alquiler, bueno, dices “ahora es el momento de comprarme un piso”, y sabes que al final de mes no tienes a nadie que te diga: “Si este mes vas mal de dinero te echo una mano”.»

Estas mujeres aceptan el riesgo y se identifican positivamente con esa forma de vida. La presión es fuente de satisfacción, un incentivo y no una amenaza.

«Eso es ley de vida, si no tuvieras presión estabas muerta.»

En las profesiones más vanguardistas y entre las jóvenes que van pasando de una actividad a otra encontramos esa afirmación frente a la relativa inestabilidad laboral, su constancia en mantenerse en el mercado laboral a pesar de que pasan por numerosos altibajos que van señalando los cambios e inflexiones en su vida personal.

El dinero propio se acepta como reflejo del valor individual. La actividad económica va muy ligada a la idea del propio valor, del yo personal.

El valor del dinero es un aspecto central en nuestra sociedad y tiene una gran repercusión en la autoestima de los individuos. Se puede ganar menos como consecuencia del mercado de trabajo, pero es necesario demostrar que se gana, al menos, todo lo que se puede.

«La que trabaja en casa está muy poco valorada, en cambio cuando trabajas fuera... además, como aportas económicamente algo a casa, como que tiene fruto real tu trabajo.»

El trabajo supone la independencia porque aporta unos ingresos propios y el dinero se relaciona íntimamente con el poder. El no tener que recurrir al dinero de otro es visto como posibilidad de decidir por sí mismas. En este sentido, el tener un empleo se identifica con llevar las riendas de su propia vida.

«A nivel económico es fantástico, porque ya no tienes que depender absolutamente de nadie; ¿por qué para comprarte unas medias tienes que pedirle explicaciones a tu marido? Y ya no solamente eso, sino la dominación que ha habido durante muchísimos años; mujeres que han aguantado a un señor, aguantado los malos tratos y situaciones realmente denigrantes para un ser humano por el hecho de depender económicamente y no tener otra salida; pero frente a eso, la mujer sale al mercado, sale a trabajar.»

«Ahora es al contrario, incluso hay parejas en las que ella puede ganar más, en cuyo caso el hombre se siente un poco más... es la que quiere dirigir, es la que quiere dominar.»

Si bien esta última afirmación sobre la inversión de papeles de dominada a dominante parece ser improbable, o cuando menos infrecuente en nuestra cultura, ilustra muy bien la relación que existe entre poder económico y la capacidad decisoria dentro de la familia, en la que el papel de mujer callada que acata las órdenes del cónyuge está en vías de extinción, en parte como resultado de esta creciente liberación económica.

«El dinero lo valora la familia; sí, es mucho mejor, se pueden hacer más cosas, y tu también tienes algo que decir.»

«Yo no sé cómo funcionaban en mi casa, pero siempre pienso que la persona que no trabaja, pues está sometido al otro.»

La idea de que las mujeres deben trabajar está totalmente arraigada entre las mujeres jóvenes más progresistas. Si no lo hacen, se sienten dependientes, «mantenidas», y expresan ese miedo a tener un rol subordinado dentro de su pareja, incluso tomando la decisión de aplazar el momento de vivir juntos. Sólo cuando ellas tienen un empleo se deciden por la convivencia. Para ellas la convivencia sin que la mujer trabaje se parece demasiado a las formas tradicionales de matrimonio y se rechaza.

Seguridad económica

Otra cuestión importante en relación con la actividad de las mujeres es que les ofrece seguridad, idea que se acrecienta cuando se tienen hijos. La idea de responsabilidad económica se acrecienta con los hijos y a muchas mujeres el tener hijos les hace más necesario asegurar su posición laboral.

«Hasta el momento de quedarme embarazada me daba un poco lo mismo estar en paro o no estar.»

Ésta es otra disyuntiva que separa las mentalidades de unas mujeres y otras. El valor del propio trabajo se acrecienta entre los grupos de mujeres profesionales, para las cuales la opción de abandonar el trabajo no existe, y la responsabilidad económica de la familia se puede compartir pero no se puede dividir. No están dispuestas a renunciar a la independencia básica, idea que ellas proyectan a partir de su compromiso laboral.

Siempre ha existido, y seguimos encontrándolo con frecuencia, el discurso de sobrevivir y mantenerse a flote en el mercado laboral por parte de mujeres que asumen solas las responsabilidades económicas familiares. Son las «madres coraje», las que se echan a la espalda conjuntamente su independencia y sus responsabilidades familiares, ya sea por decisión propia o por un azar de su biografía que las obliga a ser las responsables económicas fundamentales de su familia.

Ambiente y reconocimiento personal

El ambiente de trabajo es algo importante para todos los trabajadores y es frecuente que se hable de él, pero parece que en el discurso de las muje-

res tiene una especial trascendencia. De alguna forma, al ser la actividad una conquista reciente para las mujeres, todo lo que en el lugar del trabajo ocurre tiene una enorme significación para ellas. Nuestra interpretación es que, aún cuando el ambiente laboral afecta de manera similar a los hombres y a las mujeres, al estar los primeros mucho más obligados socialmente a trabajar, no hablan en tanta medida acerca de las condiciones en las que ese trabajo se realiza.

El ambiente varía mucho dependiendo del sector en que se trabaje, la ocupación específica, el tamaño y carácter público o privado de la empresa, así como el equipo de compañeros y superiores con quienes se trabaje. Un buen ambiente laboral favorece la cooperación y la realización más eficiente, sirve para que las personas se vean integradas en un grupo, y sientan que su trabajo tiene un sentido. En actividades en las que hay que poner en juego las capacidades y los conocimientos propios, los trabajadores pueden llegar a vivir su trabajo como una actividad placentera y estimulante que les aporte comunicación interpersonal, retos y satisfacciones. Si el ambiente de trabajo es propicio, las personas pueden incluso llegar a sentirse mejor durante la jornada laboral que durante el resto del día.

Además del valor económico, que es lo fundamental que el trabajo aporta, hay muchos aspectos del ambiente de trabajo sobre los que las mujeres emiten su parecer. Hay que tener en cuenta que, para muchas mujeres, el aspecto de «salir de casa» es un factor muy relevante para trabajar. Por ejemplo, las relaciones personales con el resto de los trabajadores y la valoración de sus tareas son cuestiones fundamentales a la hora de evaluar su trabajo. El que haya un ambiente tenso, rígido y de desconfianza o rivalidad entre los compañeros se percibe como un aspecto pernicioso. También en lo que respecta a las dependencias de la autoridad, las condiciones rigurosas y autoritarias se viven como intensamente negativas, sobre todo en lo que pueden afectar a demandas o exigencias incompatibles con el conjunto de su vida diaria.

En este aspecto las mujeres basan sus preferencias por ambientes laborales del sector público en los que la competencia, como saber y capacidad, se valora, pero en los que la competencia, como rivalidad, es más suave. El hecho de trabajar en una empresa privada acentúa la competitividad y ele-

va el nivel de rendimiento requerido. En este sentido, se entiende la cultura empresarial dominante como androcéntrica y un tanto «inhumana» en cuanto que se fuerza la productividad de los trabajadores hasta el límite, premiando a los que más rinden y frecuentemente eliminando a los que «no llegan». De ahí que muchas mujeres prefieran trabajar o bien en el sector público, en el que además el nivel de discriminación para entrar es inferior, o bien se inclinen por ser autónomas.

«Depende mucho del tipo de trabajo que uno tenga, porque cuando entras en una empresa privada ... Yo tengo montones de amigas ingenieros con puestazos y demás y realmente lo han pasado muy mal. Ha habido momentos en los que han estado a punto de dejarlo porque es muy duro, esa es la verdad.»

Estas mujeres hablan de exigencias que son contradictorias con los valores de solidaridad y los deseos de empatía que se quisieran vincular al ambiente laboral. Las imposiciones y exigencias de la cultura empresarial dominante pueden crear tensiones que convierten el trabajo en una tarea que choca con la personalidad y los valores «auténticos» de la persona.

«En el trabajo no puedes ser humano, tienes que estar para la empresa y punto.»

«A mí me exigen en el trabajo un papel diferente, me obligan. Yo soy incapaz de levantarle la voz a nadie, pero en el trabajo tengo que ser un poco dura. Me obligan, yo no lo soy.»

La inflexibilidad de la cultura empresarial y las exigencias injustas parecen aminorarse para muchas mujeres que tienen a otras mujeres como jefas.

«En mi caso es una jefa, entonces yo estoy bien.»

«Yo la sensación de tener que luchar por tu puesto de trabajo no la he vivido porque trabajo en una empresa que todos son mujeres; la jefa es una mujer y la gente que lleva la voz cantante son mujeres. No me he encontrado el problema de tener que luchar, es decir, soy mujer igual que tú.»

Muchas de estas contradicciones no se derivan de una forma diferente de ver las cosas sino de la situación familiar de las mujeres, que las sitúa en una posición intrínsecamente diferente en su trabajo. Las mujeres no rechazan

zan las exigencias laborales, pero desean que sus jefes entiendan sus obligaciones familiares y les permitan una cierta flexibilidad. Por ello, el que sus jefas sean mujeres puede ayudar a que entiendan mejor ciertas cosas.

«Si mis jefes son mujeres, pienso que me entenderán mejor que si son hombres, que ya es más difícil. Que tengas que salir en un momento dado que te han llamado de la guardería a media mañana.»

El trabajo en casa también puede ser una forma de trabajar que favorezca a estas mujeres, y previsiblemente en un futuro cercano será más y más común a medida que las tecnologías de la información hagan independientes los espacios de los trabajos. Estas nuevas formas de trabajar abren un horizonte de nuevas estrategias de flexibilidad a muchas mujeres.

«Llevar el trabajo a casa, a mí por lo menos, me ha facilitado mucho las cosas, en momentos en que mi hija era muy pequeña, el poder mandar el trabajo por e-mail.»

Ser autónomas

Otra solución que muchas mujeres valoran como vía de evitar esa contradicción entre el ambiente laboral, su vida familiar y sus exigencias personales es el de hacerse autónomas. Ser autónoma permite a una mujer trabajar en horarios flexibles y organizarse de manera que le resulte más fácil combinar trabajo con otras facetas de la vida. Asimismo, la autónoma puede elegir exactamente qué tareas desea realizar y cómo quiere realizarlas, sin sentir que desde fuera le imponen unos patrones y le vigilan. De esta manera, como bien indica su denominación, la persona tiene un máximo de libertad entendida como que no depende de nadie.

«Yo trabajo por mi cuenta y la verdad es que no tengo problemas.»

«Al ser una profesión liberal, eliges un poco más tus horarios y colocas las citas.»

El problema fundamental del autoempleo es que los ingresos son muy inestables y el no poder contar con unos ingresos fijos crea sensación de inseguridad y de incertidumbre respecto al futuro. Esto dificulta también

que se hagan planes a largo plazo, como realizar inversiones o que se asuman responsabilidades como la de tener hijos.

La responsabilidad es mayor cuando no cuentan con ningún superior y por lo tanto las decisiones tienen que ser sopesadas con especial deliberación: cualquier error repercutirá directamente sobre la propia trabajadora. Esto también puede ocasionar mayor estrés y quebraderos de cabeza.

«Te preocupas más si tienes tu propia empresa. Yo he tenido una empresa mucho tiempo y tienes dolor de cabeza».

El perfil de las mujeres que se apuntan al autoempleo es muy diverso. En buena medida son las mujeres que organizan su propio negocio y se convierten en pequeñas y medianas empresarias o las que han heredado el negocio de su familia. Por otra parte están las mujeres que tienen profesiones liberales o actividades creativas y prefieren desempeñarlas a su manera, arriesgándose como autónomas, bien porque no encuentran un empleo adecuado o bien porque están predispuestas a asumir el riesgo. En el caso de las primeras, el trabajo autónomo no es una opción, pero en el caso de las segundas vemos un nuevo tipo de mentalidad emprendedora y valiente que rompe con los estereotipos femeninos tradicionales.

«Es difícil ganarte la vida en lo que te gusta. A mí personalmente lo que me gusta es no depender de nadie. Tener una profesión; si te dedicas freelance en algo, ahí sí que en este país no hay nada que hacer.»

Una diseñadora gráfica nos explica su situación de la siguiente manera.

«A mí me gustaría despreocuparme de cosas monetarias, porque claro que me gusta el trabajo, pero económicamente depende del trabajo, pueden pagar muy bien y depende... Y es un constante llegaré o no llegaré a fin de mes.»

El aumento del trabajo autónomo de las mujeres tiene mucho que ver con las especiales dificultades que se encuentran las mujeres para obtener un empleo. A la hora de la contratación laboral todavía tienen un peso enorme las discriminaciones de género debido a las ideas tradicionales que persisten acerca de las mujeres como trabajadoras menos comprometidas y los miedos a que la maternidad interrumpa su disponibilidad para la empresa.

Aunque sean pocas las mujeres empresarias y las profesionales freelance en comparación con los hombres, suponen una forma original e interesante de actividad para las mujeres. De hecho, esta nueva manera de trabajar puede crecer, ya que a través de las políticas europeas para la igualdad de oportunidades, se intenta financiar proyectos empresariales de mujeres y se intenta fomentar la mentalidad emprendedora en jóvenes con estudios avanzados como colectivo más atrevido y proclive a la autonomía y al cambio.

El reconocimiento y las relaciones personales

Un factor fundamental que da sentido al trabajo y que aporta la sensación de satisfacción por el trabajo fuera del hogar, es el reconocimiento individual que conlleva, con la aparición de criterios externos, fundamentalmente materiales, en contraste con la escasa valoración de las actividades femeninas en el hogar y la familia. El reconocimiento que manifiestan los demás a las propias acciones sirve para construir la confianza en una misma, la autoestima y una buena relación con el entorno.

Las labores domésticas suelen carecer de este factor tan importante, el reconocimiento ajeno; no hay compañeros o superiores que valoren efectivamente que has hecho algo y lo has hecho bien.

«Pero también te meten más broncas, pero claro, el ego; “ostras que bien he trabajado, y encima me lo han visto”. Luego otro día será distinto, pero ese día está bien, en cambio en casa es lo que te toca.»

De esta manera, las mujeres que comparan los elogios que reciben fuera de su casa con el escaso reconocimiento que reciben dentro del hogar, donde su trabajo es invisible y todo se da por hecho sin que tenga mérito, claramente se sienten más realizadas fuera.

«Lo que pasa es que en el trabajo, cuando haces algo bien hecho lo ven, en casa...»

Unido al reconocimiento, encontramos el importante factor de las relaciones con los compañeros y la dinámica de formar parte de un grupo. Las estrategias de recursos humanos más sofisticadas recomiendan que se fomenten en la empresa los vínculos entre los empleados, de manera que se

sientan «como en familia», en armonía con sus próximos y sus colaboradores. Efectivamente, las mujeres valoran mucho la calidad de sus relaciones en el trabajo, hasta el punto de que se convierten en relaciones personales.

La comunicación es un elemento vertebrador de la satisfacción personal, y las relaciones de comunicación en el trabajo se pueden convertir en una parte fundamental de su vida privada, en una parte altamente valorada.

«Yo creo que cuando estás acostumbrada a salir a tomar un café con los compañeros o tener una reunión de trabajo y tener una cena, es tu vida. Yo tengo mi vida familiar y mi vida personal, que es mi trabajo.»

Tanto es así que el conflicto con los compañeros de trabajo puede afectar negativa y profundamente a las mujeres. Los problemas personales en el trabajo pueden incluso llevar a dejar el empleo, como fue el caso de una entrevistada que nos cuenta que después de tener una relación de pareja con un compañero de trabajo, la ruptura se tradujo en que ella dejase de ir a la oficina. Aunque no existan otros problemas, las desavenencias con los compañeros pesan mucho para las trabajadoras, dada la carga afectiva que en ellas se pone.

«Los problemas que he tenido en el trabajo con compañeras y compañeros. Eso a mí me ha afectado anímicamente.»

La competitividad

Quizás el elemento más negativo del trabajo fuera del hogar es el elevado nivel de competitividad. La exigencia de ser muy brillantes y ambiciosas para superar a los demás no es un valor en el que se haya socializado a las niñas, aunque sea el principio que rige la lógica capitalista del libre mercado.

La competitividad extrema es uno de los aspectos que viven como más negativos del ambiente laboral, y pocas mujeres lo contemplan como un factor que estimule positivamente a elevar el rendimiento. Se vive como una coerción, una presión externa.

«Profesionalmente es una selva, si no vas pisando, te pisan.»

A menudo se asocia la competencia con los estereotipos masculinos: se considera que el hombre es mucho más competitivo y se vive como una situación personal desfavorable el sentirse inmersa en un ambiente de gran competitividad.

«Será por tradición o lo que sea, pero a nosotras nos asusta más la idea de dedicarnos a este tipo de trabajos y a esos puestos.»

Algunas de las mujeres viven la rivalidad y la competitividad como algo inaguantable y son precisamente las que más se autolimitan en el terreno extradoméstico y se sienten psicológicamente menos dispuestas al trabajo. Su rechazo a la competitividad hace que se sientan mejor en la esfera familiar. Los beneficios del empleo no son lo suficientemente positivos para ellas y prefieren volcarse en el trabajo del hogar, que será el que antepongan en caso de conflicto de intereses o de escasez de tiempo.

«No renunciando, pero no aspirando a entrar en la batalla competitiva, personalmente no me lo he planteado.»

Podemos decir que según sea la relación de una mujer con su trabajo y según se sitúe en el ambiente fuera del hogar, dedicará más o menos tiempo a ello, se involucrará más intensamente y antepondrá unas u otras responsabilidades.

En estos momentos coexisten dos tipos opuestos de mujeres y entre ambos tipos se definen las opciones de la mayoría de mujeres jóvenes. Las que valoran por encima de todo su esfera familiar atribuyen al trabajo un valor subsidiario y de seguridad económica para la familia. Son asimismo las que, de trabajar, prefieren puestos en los que no tengan que volcarse completamente, de modo que puedan dedicar mayor tiempo a sus familias. No apuestan por el ascenso dentro de la empresa, sus aspiraciones se resumen en tener un empleo, no en hacer carrera. Si pudieran, cambiarían sus horarios laborales y optarían por una jornada a tiempo parcial.

«Puedo renunciar a parte del trabajo por estar con mis hijas y no ganar tanto dinero.»

Son algunas de las que han tenido que optar entre trabajo y familia y han elegido retirarse y, aún si piensan en volver, proyectan este modelo de dedicación parcial al mundo del trabajo exterior.

«Estoy segura de que trataría de pedir una jornada a un tiempo parcial, pero no desde luego ser una ejecutiva agresiva.»

Una solución que mencionan estas mujeres es el trabajo parcial. Vislumbran que un trabajo de jornada reducida podría ser una solución óptima, pero saben que aquí y ahora el tiempo parcial es un empleo precarizado y minoritario, y que las empresas son muy reticentes a conceder la flexibilidad en los horarios. El trabajo a tiempo parcial significa muy frecuentemente peores condiciones laborales, (sólo un 11,5% de las mujeres que trabajan a tiempo parcial tienen un contrato indefinido), sueldos muy reducidos y mayores dificultades de promoción.

«El otro día estaba hablando con una amiga mía que es ingeniero de caminos, trabaja en un puesto bastante bueno y me dice: “Yo me he querido parar aquí porque no me apetece no ver a mis hijas, llegar a casa a las 8 o así y dar todo para el trabajo, porque no me compensa”.»

«Yo prefiero comer en media hora, ir rápido y estar luego con los niños»

«Trabajar horarios intensivos.»

En el otro polo se sitúan las mujeres que encuentran tal satisfacción en su trabajo que lo anteponen a todo. No es que pasen a considerar la familia como algo secundario, pero sí que la ven como algo constantemente en paralelo y sobre lo que no se plantean nunca tener que elegir. Estas mujeres piensan en términos de carrera profesional, desean la movilidad ascendente dentro de su empresa, están dispuestas a esforzarse y competir arduamente y son especialmente sensibles a las discriminaciones que perduran.

Esta opción supone una transformación radical de las prioridades de las mujeres y generalmente se traduce en horas de dedicación, con lo que tiene un impacto enorme en el conjunto de la vida familiar. «El mundo social que determina la lealtad de la persona también imparte un diseño temporal. Cuanto más ligados estemos al mundo laboral, más configurarán nuestra vida sus plazos de entrega, ciclos, pausas e interrupciones y la vida familiar será forzada a acomodarse a las presiones del trabajo» (Hothschild, 1999).

Estas mujeres son las que consideran que el trabajo fuera del hogar no sólo aporta independencia económica sino que porta contenido y experiencias propias a la vida de las mujeres.

«Ahora la mujer no es sólo una madre y esposa, se realiza como persona y tiene sus propios intereses, tiene su vida profesional.»

El trabajo ofrece vías de sociabilidad y de comunicación. Las múltiples relaciones que se establecen en el ámbito laboral significan una salida al exterior con la posibilidad de comunicarse, de sentirse parte de un grupo, de ampliar los conocimientos y de formar amistades.

«En el trabajo compartes opiniones con gente diferente.»

Puesto que la comunicación es un elemento vertebrador de la satisfacción personal, las relaciones de comunicación en el trabajo se pueden convertir en una parte muy valorada de la vida privada. Los estímulos que aporta el trabajo rompen la monotonía y hacen la vida más excitante.

Los elementos de relación, comunicación y superación personal que aportan ciertos trabajos pueden hacerlos más atractivos que la vida familiar, doméstica y cotidiana, de modo que el trabajo se convierte en el ámbito fundamental de sus vidas.

«Cuando primero te sientes realizada en el trabajo, luego también puedes estar bien con la pareja, contigo misma, con la gente que te rodea.»

Hothschild habla de esta sensación de liberación que sienten algunas madres cuando llegan a la oficina, esta idea de llegar a un ambiente personal en el que van a realizar tareas no solo más reconocidas por el exterior sino también más valoradas por ellas mismas.

«Reconozco que cuando regresé al trabajo fue como una liberación.»

Los obstáculos que encuentran las mujeres que se plantean de este modo el trabajo son innumerables, y entre ellos uno no despreciable es el de las imágenes que tiene nuestra sociedad acerca de lo que deben ser las prioridades de hombres y mujeres. La imagen de la mujer que la sociedad espera es la del modelo mujer-madre, o de trabajadora que antepone su familia a sus ocupaciones. Esta imagen se traduce en un estereotipo que actúa como barrera para las nuevas mujeres profesionales, que tendrán que demostrar su

diferencia y a menudo despertarán suspicacias y resistencias. No es fácil subvertir los roles sociales, ya que supone romper imágenes muy interiorizadas socialmente.

La mayoría de las mujeres se sitúan en algún lugar intermedio entre estas dos posiciones, entre los dos tipos, en una suerte de conflicto por determinar cómo reparten sus esfuerzos para no tener que renunciar ni a la familia ni al desarrollo profesional. Desdichadamente, para estas mujeres no hay modelos a seguir, no funcionan como referencias positivas la de la mujer madre ni la de la ejecutiva agresiva, y tampoco se dan fácilmente las condiciones que permitan una armoniosa conciliación.

«Yo creo que es así, si quieres triunfar como profesional, en una gran empresa con una gran responsabilidad, tienes que dejar de lado tu vida familiar; estar viajando y dejar a un lado tus hijos. Y al contrario, puedes querer un puesto de 8 a 3 o de 5 a 8, que también puede ser fantástico y te puede desarrollar muy bien como persona, pero entonces en la balanza pesa más tu vida familiar en detrimento de tu vida profesional, porque eso desgraciadamente las empresas lo castigan.»

III. La autonomía personal

La afirmación de la autonomía personal es una constante en la presentación del yo de estas mujeres jóvenes que, paralelamente a su independencia asentada sobre la formación y los ingresos económicos propios, buscan su definición vital de forma autónoma y previa a cómo configuren sus relaciones personales y de pareja.

«Tienen que vivir su tiempo, las chicas de ahora.»

Muchas de estas mujeres jóvenes tienen madres que viven dentro de un modelo tradicional de familia pero que las han impulsado a la autonomía y a la independencia, que las han ayudado a hacer sus estudios o a mantener su trabajo, aun en casos en los que ayudarlas ha supuesto incrementar sus horas de trabajo.

«Mi madre y muchas de las madres ya han visto cómo era el futuro, y nos han dicho: “Sé tu misma, coge tu autonomía, sobre todo hazte una vida”.»

La relación de pareja es central en las imágenes sociales de la felicidad. Hay muchos tipos de parejas: casadas o no, conviviendo o no, del mismo sexo o parejas de hombre y mujer, pero todas ellas tienen en común el presentarse como la representación máxima del amor y de la idea de felicidad. Una pareja en concreto puede ser el origen de problemas y conflictos, puede no traer más que sinsabores, pero la imagen ideal de la felicidad individual, en nuestra sociedad, pasa por tener una pareja.

El vivir solas sin descartar las relaciones de pareja es una de las fórmulas más reivindicadas por las mujeres jóvenes activas como garantía de su independencia. No es posible como realidad más que para las mujeres que tienen ingresos propios. Y es dentro de estas mujeres, que son las que más pueden elegir sus formas de relación, donde vamos a encontrar todas las opciones, las que viven solas, las que viven en pareja sin casarse y las que optan por contraer matrimonio. Los argumentos a favor de cada una de estas opciones son diversos. Sin embargo, la característica que las impregna a todas, y les da en conjunto un rasgo afín, es que todas ellas tienen en la actualidad una cierta eventualidad. Se han acabado las certezas y no hay seguridad de que ninguna de estas formas de vida y convivencia sean para siempre. Las que más apuestan por la estabilidad son obviamente las que contraen matrimonio, pero aun éstas saben que las cosas pueden evolucionar de manera imprevista y con frecuencia hablan de la posibilidad de una ruptura.

Formas de convivencia

Cada uno viviendo con sus padres

Entre los jóvenes es muy frecuente tener una pareja sin convivencia. Se trata de parejas con relaciones sexuales, con estabilidad y fidelidad, pero viviendo cada uno por su cuenta. Ésta es la versión moderna del noviazgo. Es una situación muy frecuente entre los jóvenes en la sociedad española, cuando tienen una relación estable viviendo cada uno en casa de sus padres.

Esta forma de relación de pareja en la que cada uno sigue viviendo con los padres es un equivalente español peculiar a lo que los americanos han llamado LAT, *living apart together*, que encarna al máximo los valores de la autonomía personal junto al ideal de la relación de pareja como forma máxima de expresión del yo y de consecución de la felicidad.

Esta convivencia tiene, muy frecuentemente, una serie de pasos previos. Como forma de ir estableciendo y reforzando las relaciones de pareja, se mantiene previamente, en muchos casos, una forma intermedia de compromiso de estabilidad, con convivencia esporádica en fines de semana y vacaciones.

Esto se parece bastante a las relaciones de un noviazgo formal, aunque se usa poco esta palabra salvo en las denominaciones que hacen los padres respecto de la pareja de su hijo o su hija. La diferencia de mayor importancia en cuanto a esta modalidad de noviazgo actual, con respecto al pasado reciente de la sociedad española, radica en la creciente aceptación social de las relaciones sexuales entre la pareja.

En la tolerancia o aceptación de las relaciones sexuales antes de la convivencia estable hay una gran variación de actitudes y comportamientos que dependen de dos variables fundamentales: las actitudes de la pareja sobre la conveniencia o no de sus relaciones sexuales, y las actitudes de los padres respectivos. En la combinación de todas ellas se concreta la enorme diversidad de situaciones que se producen.

Siempre han existido, y seguirán existiendo, parejas de jóvenes que prefieren no mantener relaciones sexuales mientras no se casen. Aparte de estos casos, menos frecuentes en la actualidad, interesa señalar la enorme cantidad de parejas, que tienen relaciones estables, que piensan en formar en el futuro un hogar y una familia, que no conviven pero sí tienen relaciones sexuales. Ya sea con el acuerdo tácito, explícito o contra la voluntad de sus padres respectivos, entre los que incluso puede haber una cierta diferencia de criterios, tenemos una enorme cantidad de parejas jóvenes que se sitúan en esta posición intermedia entre la convivencia y la ausencia total de compromiso.

La novedad más interesante desde el punto de vista de las costumbres de la sociedad española es la aceptación, las más de las veces de forma tácita, por parte de los padres y del entorno, acerca de las relaciones sexuales de estas parejas y la mayor frecuencia con la que se aceptan o toleran que dichas relaciones sexuales se lleven a cabo en las viviendas familiares. Siempre hemos sabido de parejas sin hogar que recurrían a los hoteles, el piso de amigos, el campo, las playas o los parques como lugar para sus encuentros sexuales más o menos clandestinos. La novedad que se advierte, como diferencia significativa con respecto a épocas de mayor intransigencia en cuestiones de relaciones sexuales, es la aceptación de que las parejas puedan estar juntos y a solas en las viviendas de la familia, ya sea de forma habitual o de una forma un tanto más esporádica como son las épocas de vacaciones,

los fines de semana, las casas de campo o la residencia de los padres cuando éstos se ausentan.

Cuadro 3.1

NIVELES DE LIBERTAD DE LOS JÓVENES EN CASA DE LOS PADRES

En porcentaje

De las siguientes actividades, ¿cuáles puedes (o podías) realizar en casa de tus padres?

	Puede (o podía hacerlo)	No puede (no podía hacerlo)	NS/NC
Levantarte cuando te apetezca	61	38	1
Reunirte en casa con un grupo de amigos	82	16	2
Llegar por la noche a la hora que quieras	58	40	2
Estar en casa con tu novio/a	64	27	9
Pasar la noche fuera de casa	60	38	2

Nota: Población de 16 a 29 años.

Fuente: CIS, *Estudio 2262*.

La mayor tolerancia de la generación actual de padres influye indirectamente en la más larga permanencia de los hijos en la casa familiar, que permite la prolongación en el tiempo de estas formas de relaciones estables de pareja sin matrimonio. En ello influyen varias cuestiones además de la liberalización de las costumbres de los jóvenes y la mayor apertura de la mentalidad de sus padres. Por una parte, esta situación suaviza el compromiso, cosa que va acorde con los estilos de vida dominantes en los tiempos actuales: hay un compromiso de fidelidad, hay una exclusividad en las relaciones, pero no se ha firmado un acuerdo de por vida. Por otra parte, la dificultad de adquirir o comprar una vivienda es uno de los grandes frenos que tienen los jóvenes españoles para casarse o irse a vivir juntos, y a esto se añade, como factor fundamental, la inseguridad del mercado laboral. La incidencia del paro es muy alta, los contratos laborales indefinidos muy poco frecuentes y tanto para las mujeres como para los hombres es muy difícil tomar la decisión de emanciparse sin saber muy bien cómo van a seguir manteniéndose económicamente.

Por todo ello, consideramos que las parejas estables que se mantienen separadamente viviendo en las casas de sus padres respectivos es la versión española del *living apart together* de los americanos. Se sienten indepen-

dientes y tienen pareja, lo mejor de los dos mundos, la libertad y el amor. En el caso español, lo mejor de tres mundos: son libres, tienen pareja y tienen familia.

Hay que tener en cuenta a los padres en este acuerdo tácito de los jóvenes de no decidirse a la emancipación y de continuar viviendo con ellos. Esta permanencia conlleva aspectos de mantenimiento económico mientras los hijos se preparan laboralmente o ahorran para establecerse por su cuenta. A menudo presenta aspectos complicados por tener que armonizar una convivencia prolongada entre personas ya adultas. Sin embargo, creemos que, en el ámbito cotidiano, las familias españolas son bastante acogedoras, no sólo porque apoyan y mantienen a sus hijos sino porque, gracias al enorme sacrificio doméstico de miles de mujeres de mediana edad, los hogares españoles están bien cuidados y organizados. Demasiado bien, desde algún punto de vista, porque encontramos a muchas mujeres jóvenes que se quejan de que debido a la atención tan generosa que han recibido de la generación de sus madres ni ellas ni su pareja sirven para nada domésticamente.

Juntos pero no revueltos

Una parte de las mujeres jóvenes que viven solas tienen pareja estable. Pareja que a su vez también vive de forma independiente. Esta es la forma más innovadora en cuanto a formas de convivencia alternativas al matrimonio. Se trata de una forma de vida que pretende salvaguardar las ventajas de la libertad individual sin renunciar a la pareja y a las relaciones amorosas.

Desde una perspectiva individualista, ésta es la opción que se perfila como el óptimo en cuanto supone tener libertad y también tener pareja, que permite poder compaginar libertad con intimidad, que ofrece la posibilidad de mantener relaciones personales y amorosas pero sin que el otro interfiera mucho en las costumbres propias y el estilo de vida. Es una forma de vida minoritaria, pero que se ha hecho más frecuente entre gente joven, de clases acomodadas, en las grandes ciudades europeas y americanas. Es un arreglo, o forma de convivencia, que aporta los beneficios de tener un compañero, una pareja estable, sin muchas de las limitaciones que implica vivir constantemente juntos.

«Hasta hace poco vivía en pareja, ahora vivo sola, vivo en un ático, muy a gusto y tengo novio pero ninguna intención de vivir con nadie.»

En cierta manera, supone la quintaesencia del individualismo. Cada miembro de la pareja mantiene su trabajo, su apartamento, incluso sus amigos, a la vez que se relacionan entre ellos como pareja sexual estable y aparecen como tal socialmente. Son una pareja con algunos de los compromisos que ello implica, pero se reservan para cada uno un máximo de independencia personal en el día a día. Esta forma se presenta incluso como una aspiración desde la perspectiva de las mujeres que, viviendo en pareja, soportan con dificultad las limitaciones que tiene la convivencia.

«A ver, si algún día cambio de pareja, yo hago esto; puerta por puerta, este es mi territorio, ese es el tuyo, allí calzoncillos, ropa por el suelo, pasta de dientes, todo en tu casa. Pondría dos casas separadas: la tuya y la mía, y pienso que funcionaríamos mejor.»

Los LAT ya mencionados parecen ser uno de los grupos en los que se concentran mayores niveles de recursos económicos. No es casualidad, ya que vivir en común permite un gran ahorro de recursos, y poder seguir viviendo de forma independiente supone el mantenimiento por duplicado de todos aquellos bienes domésticos necesarios para el bienestar, empezando por el piso y siguiendo por la cocina, la nevera, los muebles, etc. Es decir, en términos generales, esta forma de vida requiere un cierto nivel económico, pero sobre todo supone que el nivel económico de la mujer sea similar a la del hombre y es sobre todo desde este presupuesto desde el que es más fácil entender las formas en las que aparece esta peculiar manera de mantenerse establemente como pareja, con convivencia sexual pero sin convivencia doméstica.

El vivir solas es para muchas mujeres jóvenes la forma de garantizar que nadie les imponga su autoridad. En estos casos, no están dispuestas a tener que soportar lo que consideran como abusos anacrónicos, puesto que tienen su propio espacio que quieren proteger a toda costa. Lógicamente, hay pocas mujeres que tengan la posibilidad de disponer de casa propia y sabiéndose afortunadas no quieren renunciar a ser «dueñas y señoras» de su territorio.

«Es mi casa, tengo mi vida y no necesito a nadie que venga a mi casa y se ponga a hacer zapping.»

El control del mando del televisor adquiere una connotación de autoridad de la que estas mujeres, independientes y autónomas económicamente, no quieren abdicar dentro de su casa. Los estudios de mercado nos hablan de la simbología de autoridad y poder del mando del televisor y la posibilidad de hacer zapping con él. Hace muchos años, el mundo entero supo que los hábitos de ver la televisión con el control en manos masculinas fue una de las causas del divorcio de Margaret Trudeau y del primer ministro canadiense. Actualmente la posibilidad del zapping está al alcance de miles de hogares familiares y en ellos el control del mando sigue teniendo connotaciones de poder masculino.

En este sentido, tiene un gran interés escuchar las explicaciones que sobre estas formas de arreglos de parejas expresan las mujeres, y cómo justifican y explican las ventajas o los problemas que en ellas se plantean. Al igual que en las grandes urbes americanas, aunque en mucha menor cuantía, una de las formas emergentes de relación de pareja es la de aquellos que no establecen de forma estable su convivencia.

«Vivo sola con una gata, y mi pareja con otra gata.»

«Tengo pareja estable, no convivo con ella. Pero, bueno, es igual.»

Convivencia

La decisión de casarse o de vivir juntos supone un cambio muy grande en cuanto a los hábitos de vida diaria. Las mujeres anticipan que la convivencia con su pareja va a suponer una serie de obligaciones que antes no tenían y, sobre todo, que buena parte de esas obligaciones no son recíprocas. Las ideas de control acerca de sus actividades y las del aumento del trabajo doméstico son las que más se asocian al cambio de las mujeres que pasan de vivir solas a establecer una convivencia estable.

«Pasar de no tener que dar una explicación a tener que compartirlo todo.»

«Yo he notado un cambio muy fuerte, porque al vivir sola a mi rollo, a mí no me controlaba nadie nada, si como, si hago la faena o no. Ahora, al casarme.»

«Cuanto más tiempo lleves viviendo sola, más cuesta.»

La diferencia mayor entre las parejas casadas y las no casadas es precisamente eso, que no tienen papeles y ello significa un menor compromiso social y una mayor libertad para ambos en cuanto a poder finalizar sus relaciones.

«La presión psicológica es menos fuerte cuando dices que te vas a vivir con tu pareja que cuando te casas. El momento de la decisión es menos fuerte.»

Algunas veces esta perspectiva de mantener la libertad de modo potencial está muy clara desde el principio.

«Si vives en pareja parece que tienes la puerta abierta para salir.»

«Mi intención no es separarme ni nada, pero el día que nos vaya mal no hay porqué meter abogados, ni nada. Cada uno tiene su trabajo, tiene su dinero, tiene todo y ya está.»

Otras veces no se anticipa la ruptura, sino que simplemente se tiene miedo a un compromiso muy fuerte. La sensación de exclusividad y la búsqueda de estabilidad son muy similares con matrimonio o sin él.

«El sentimiento cuando te vas a vivir con una pareja es para que dure, no es para ver qué pasa.»

Bajo cierta perspectiva, las relaciones sin matrimonio se consideran más igualitarias, ya que el convivir sin matrimonio implica, en la mayoría de los casos, que tanto el hombre como la mujer trabajan y tienen unos ingresos económicos, y este es otro de los aspectos que se señalan en las relaciones de convivencia, la autonomía.

El compromiso es lo que más atemoriza del matrimonio. En esta época de relaciones y experiencia efímeras, la idea de estabilidad y compromiso vitalicio produce grandes temores.

«Es que me da miedo incluso la palabra matrimonio.»

Sin embargo, la fuerza del compromiso es mucho más personal. De alguna forma, las relaciones interpersonales en la pareja casada y en la de aquellos que no están casados pueden ser similares, pero la relación estructural de convivencia marca una serie de diferencias, fundamentalmente esa precariedad en cuanto a la continuación, que exige un mayor compromiso cotidiano. El matrimonio es un compromiso tan potente que no tiene por qué ser reconsiderado diariamente. Por el contrario, la convivencia sin matrimonio es tan precaria que requiere una actualización constante. Es en este sentido en el que muchas parejas de hecho se ven a sí mismas como parejas más auténticas y más firmes.

Las parejas de hecho

Muchachas jóvenes, y no tan jóvenes, que tienen la edad a las que sus madres ya tenían hijos, nos dicen que se están planteando comenzar la vida en pareja. El vivir juntos aparece como una etapa, quitándole toda la carga de novedad o protesta. Se ponen a vivir juntos porque les parece más natural, pero no hay reivindicación sobre ello: se casarían si fuera necesario, se casarían si a sus padres les pareciera importante.

Cuadro 3.2

ACEPTACIÓN DE LA CONVIVENCIA SIN MATRIMONIO

En porcentaje

De las opiniones sobre personas que conviven sin casarse, ¿cuál de ellas se acerca más a tu modo de pensar?

Yo nunca lo haría y desapruedo que la gente lo haga	4
Yo personalmente, nunca lo haría, pero acepto y comprendo que otros lo hagan	37
Yo puedo imaginarme a mí mismo viviendo en pareja sin casarme	57
Yo podría hacerlo / Yo actualmente vivo así	2
NS / NC	

Nota: Población de 16 a 29 años.

Fuente: CIS, *Estudio 2262*, 1997.

Salvo en ciertos medios sociales muy religiosos, o entre algunas personas un tanto conservadoras, se ha desdramatizado mucho la cuestión de la institucionalización matrimonial. La pauta, que comenzó entre los grupos

más vanguardistas y se abre paso en todos los medios y todas las clases sociales, es la de comenzar conviviendo por un tiempo y pasar al matrimonio posteriormente. Y la aceptación por parte de los familiares es creciente.

«Me fui de casa con mi pareja, sin casarme, y conté con el apoyo de mis padres.»

«Es lo mismo casarte que vivir en pareja, en el ámbito psicológico es lo mismo.»

«En el ámbito burocrático quizás no, no tienes unos derechos, es una estupidez, pero bueno. A la hora de convivir y demás, es lo mismo.»

«Es lo mismo casarte que vivir en pareja. Lo único que cambia es el estado civil.»

De esto ya hablaban los primeros estudios sobre la cohabitación en España, en los que se reflejaba un sentido de superioridad moral en cuanto a la relación que unía a los cohabitantes (Alabart *et al.*, 1988). Las parejas no casadas creían tener una vinculación más profunda y estrecha que los matrimonios por la razón de que, al gozar de la totalidad de su libertad social para separarse, tenían que reiterar constantemente su voluntad de vivir en común. En este sentido, también aparece entre nuestras entrevistadas, repetidamente, la observación de que las relaciones de pareja son mejores, más libres o espontáneas o satisfactorias, que las que pueden tener esos mismos individuos una vez contraigan matrimonio.

«Hay gente que ha estado en pareja muy bien, y se ha casado y lo ha fastidiado todo.»

Matrimonio

Algunas de las jóvenes más rupturistas rechazan el matrimonio porque lo asocian a la relación de dependencia tradicional. Al constatar todo el sacrificio y la entrega de sus madres piensan «ésto yo lo voy a evitar», y no porque no deseen una relación amorosa sólida y estable, sino porque tienen miedo a repetir los problemas que vieron en la situación de sus madres. Miedo de que el anillo se convierta en cadena, y sobre todo miedo a que se esta-

blezca entre ellas y sus parejas el mismo tipo de dinámicas que han visto. Si casarse implica ser «mujer de» para siempre, desde luego no ofrece ningún beneficio que les pueda motivar.

Además pueden permitirse esta opción, cosa que no pudieron hacer sus madres. Estas jóvenes no necesitan la protección institucional que antaño proporcionaba el matrimonio, a modo de protección material, ni la «tarjeta verde» para convivir con sus parejas, a modo de permiso. Son jóvenes que no tienen urgencia de qué escapar, ni del control paterno, ni del posible estigma social de quedarse «solteronas», ni de la carencia de recursos materiales.

Por todo ello, al haber perdido el matrimonio buena parte de su significado de garantía social y libertad sexual que tuvo para mujeres de otras generaciones, el casarse puede, por el contrario, tener un significado de pérdida, pues significa consagrar su vida a alguien en vez de vivir todas las posibilidades que la vida les ofrece a ellas.

«El matrimonio es lo mismo en realidad, pero no, un día tienes ganas de ver a las amigas y claro, no puedes. Yo no me veo casada.»

La idea de estar casada es, para algunas de ellas, equivalente a haber renunciado, a haber tenido que elegir y haber seleccionado una entre las distintas opciones vitales y haber excluido muchas otras. Todas las decisiones que implican renunciar a otras cosas asustan, hay un miedo al compromiso. Mayor será este sentido de pérdida cuanto mejor sea su vida independiente y mayores oportunidades les ofrezca la vida. Esta perspectiva nos puede ayudar a explicar por qué las mujeres con mayores niveles educativos y mejor posición socioeconómica se casan más tarde y se casan menos.

A nivel agregado, el matrimonio es la forma mayoritaria de realización de pareja entre un hombre y una mujer, tanto en la realidad concreta de las formas de convivencia como en la imagen de cuál es la relación mejor aceptada como símbolo de una vida completa. Contraer matrimonio sigue siendo la forma más habitual y más aceptada socialmente de formar una familia. El matrimonio concita buena parte de las ilusiones de amor y de estabilidad de la pareja y se sigue viendo como la forma más comprometida de apostar por esa estabilidad.

Las ventajas que ofrece el matrimonio frente a la alternativa de la convivencia sin papeles son muy diversas. Por una parte, socialmente plantea menos problemas en cuanto que es la forma más convencional de vivir juntos un hombre y una mujer y, también, es la forma que ofrece más garantías de carácter social en cuanto a derechos y reconocimiento de la pareja. Podríamos decir que, desde un punto de vista práctico, casi todo son ventajas para el matrimonio en contraste con la convivencia.

Sin embargo, entre la gente joven aparecen una serie de reticencias al matrimonio por esas mismas razones, por ser muy convencional, por estar mejor visto por la gente conservadora y por ser más comprometido y estable, es decir porque produce una unión algo más difícil de romper.

Por otra parte, el matrimonio forma parte de las imágenes de una vida completa. Se habla de él como de un aspecto de logro y de plenitud.

«La ilusión de mi vida es casarme, tener hijos, tener un piso en el centro.»

Todavía existen presiones por parte de las familias, de los padres y madres, de la pareja, para que se casen. Se ha suavizado el estigma público de la convivencia sin matrimonio, pero todavía para muchos padres y madres es un trauma aceptar que su hija o su hijo no se casen.

«A mi madre le haría feliz, me lo dice. Quiere que me case. Cuando me fui a vivir fue un trauma.»

Las presiones familiares son muy diversas, desde las posiciones más intolerantes de los padres que condicionan su ayuda económica o incluso el mantenimiento de las relaciones con los hijos a que contraigan matrimonio, hasta aquellos que ven más prudente o aconsejable la convivencia, pasando por los que la aceptan aunque no les guste. En todo caso, las situaciones evolucionan y no es infrecuente el caso de aquellas parejas que se van de casa inicialmente con la reprobación paterna o materna y posteriormente, ya sea debido a las presiones que no cejan o a que ellos mismos le quitan importancia, contraen matrimonio para dar gusto a sus padres.

RAZONES PARA CONTRAER MATRIMONIO EN LUGAR DE VIVIR JUNTOS

¿Hasta qué punto crees que influyen las siguientes razones para elegir casarse en lugar de vivir juntos?

	% de los que creen que influye mucho o bastante
Presiones familiares	72
Tener hijos o pensar tenerlos	70
Comodidad (a la larga se evitan problemas de todo tipo)	62
Estabilidad de la pareja	61
Ventajas económicas	55
Presiones sociales	53
Creencias religiosas	50
Ventajas fiscales	42

Fuente: CIS, *Estudio Barómetro*, enero 1999.

No son solamente las presiones de la familia las que pueden influir en la decisión de casarse de una pareja; también tienen importancia otros factores como el trabajo, los cambios en este, como por ejemplo si a uno de los dos le ofrecen un trabajo en otra ciudad o en el extranjero, (porque no hay que olvidar las ventajas laborales del matrimonio), el ambiente social en el que se relacionen, etc.; las razones posibles son de todo tipo. Eso sí, en términos generales pasar de la convivencia al matrimonio cobra el perfil de una claudicación.

«Algunas vivían en pareja (las amigas), pero la gran mayoría se están casando. A lo mejor yo al final también caeré.»

Este mismo sentido de convencionalidad y de estabilidad es lo que hace del matrimonio un peligro desde el punto de vista de las relaciones «auténticas» de pareja; al estar casados y tener en cierta forma asegurada la continuidad de la relación, muchas mujeres se plantean la posibilidad de la rutina, de la monotonía, de perder la perspectiva del interés mutuo.

«Que no dejes perder eso. Que no te apalanques en el matrimonio.»

El cambio en las costumbres ha sido enorme. Los modelos de comportamiento reflejan el cambio de las relaciones sexuales y la mayor separa-

ción entre relaciones sexuales y procreación, y entre procreación y matrimonio.

Cada vez más se acepta como una opción posible el casarse o no, el convivir o no cuando se tienen hijos. Aun así, la pauta dominante en España es la de casarse, sobre todo cuando se tienen hijos.

«Yo me casé cuando estaba de siete meses.»

Los rituales

Respecto a cuáles pueden ser las formas de institucionalizar el acuerdo de pareja, no dejan de tener importancia las formas de celebración y los festejos y modos de conmemorarlo.

La diversidad es creciente. La homogeneidad que ha dominado la sociedad española hasta hace pocos años va dejando paso a una gran variedad de acuerdos y, sobre todo, de formas de celebrarlos.

Las razones para unos y otras suelen ser las preferencias de los dos miembros de la pareja pero también entran en el juego las preferencias de los padres de cada uno de ellos. Muchas jóvenes deciden casarse o no según las presiones familiares. Otras lo hacen para dar gusto a su pareja.

«Si hubiera supuesto una tragedia familiar hubiera accedido al matrimonio.»

Cada vez tienen menos dramatismo, pero todavía son cuestiones relevantes para la familia, los amigos y los mismos interesados. Las opciones van desde la menos institucionalizada, la de aquellos que comienzan a vivir juntos sin pasar por ninguna formalidad ni hacer celebración, pasando por la de aquellos que celebran el momento en que comienzan su vida en común como pareja de hecho, hasta la de aquellos que contraen matrimonio. Unas hacen un matrimonio civil, generalmente con celebraciones familiares e invitaciones, y otros lo acompañan con boda religiosa en una iglesia.

Las razones para unirse según una modalidad u otra son múltiples. Por interés, por principios, por comodidad, por no darles un disgusto a los padres. Hay todo tipo de razones para casarse de una y otra manera.

«Yo me casé un poco por esto, para no dar el disgusto, por la iglesia y todo.»

Una regla no escrita de la sociedad española es que es más elegante casarse por la iglesia. Otro acuerdo tácito que le acompaña es que hay que hacer un regalo más importante cuanto más solemne sea la celebración de la boda religiosa. Sumadas ambas ideas, vamos a encontrar que, además de las parejas que genuinamente se sienten católicos y creen que su compromiso es más firme y más adecuado si lo celebran religiosamente, hay gran cantidad de situaciones en las que los contrayentes se deciden por la boda religiosa sin que sus razones sean estrictamente religiosas. Además, en las posibles razones religiosas, de prestigio o de interés que influyen en esta decisión, intervienen en mayor o menor grado al menos seis personas: él, ella, el padre y la madre de él y el padre y la madre de ella. Y esto cuando no haya un jefe, una madrina con recursos o unos tíos con lazos de cariño o importantes recursos económicos que traten de intervenir en la decisión acerca de cómo realizar y cómo celebrar la unión de la pareja. El juego de posibilidades es enorme, dependiendo de las opiniones y posiciones ideológicas, religiosas y sociales de todos ellos. Hemos advertido que la boda tradicional ya no despierta sentimientos unánimes entre las mujeres. Para muchas de ellas es un momento de satisfacción y felicidad, mientras que para otras está asociado con imágenes anticuadas y poco deseables.

«Me veo saliendo de la iglesia con velo de novia y me parece un mal sueño.»

Lo interesante a señalar es la enorme cantidad de variaciones que se producen y la creciente tolerancia del entorno social y familiar a los deseos y a las decisiones de la pareja.

Vivir solas

El número de hogares unipersonales está creciendo en España, aunque todavía es un fenómeno minoritario en comparación con la mayoría de los países de Europa, donde las tasas de hogares unipersonales son muy elevadas y donde las personas solteras tienen un peso creciente en la estructura social.

La edad media de contraer matrimonio ha aumentado, así como las tasas de separación y divorcio, de manera que se incrementasen las cifras de personas adultas que tienden a vivir solas. Aunque el modelo culturalmente construido siga siendo el de casarse, una vez que la situación económica lo permite, un número creciente de mujeres jóvenes, y sobre todo urbanas, optan por mantenerse independientes frente a la posibilidad de casarse o convivir. De este modo crecen las cifras de mujeres que viven solas. Junto con las mujeres viudas y separadas o divorciadas, aparece el fenómeno de las solteras que optan por esta forma de vida.

Nos interesa especialmente este fenómeno de vivir voluntariamente solas, de forma independiente gracias a su trabajo, en cuanto que supone la afirmación más rotunda de autonomía, la de vivir por su cuenta. Es una forma de vida que rompe de manera clara con el pasado. Las características básicas de la femineidad han sido tradicionalmente la dependencia y la pasividad, y las mujeres que deciden vivir, aunque sea temporalmente, separadas de su familia y sin el apoyo de una pareja, innovan en cuanto que renuncian a la vez a la seguridad que la convivencia supone y afirman su capacidad de independencia y de actividad propia. Siempre han existido mujeres que han vivido solas, pero las características de esta nueva forma de vivir solas son muy diferentes. Como lo ha analizado magníficamente Carmen Alborch, la primera diferencia, y más fundamental, es la de la voluntariedad. Las nuevas mujeres que viven solas no son un resultado del pasado sino las más vistosas afirmaciones del futuro. «Hay mujeres que viven inmersas en la renovación cultural y son partícipes de un fenómeno social que rompe esquemas. Mujeres que sin glorificar su estado demuestran que vivir sin pareja es una alternativa legítima y positiva que, por otro lado, no necesariamente ha de ser definitiva» (Alborch, 1999, pág. 92).

El perfil de las mujeres de nuestros grupos de discusión que viven solas se podría clasificar como innovador y posmoderno. Casi todas tenían profesiones de carácter vanguardista y creativo (como pintoras, diseñadoras, periodistas, fotógrafas) y la profesión constituía para ellas una parte importante de su bienestar como personas, a pesar de tratarse de profesiones inestables, la mayoría en régimen de *freelance*, en las cuales la seguridad económica no está garantizada. Esto implica que son mujeres que aceptan el

riesgo, y lo hacen de manera valiente, confiando en sí mismas y en su capacidad para luchar y salir adelante, como reflejo de la importancia de «ser ellas mismas».

El no tener pareja tiene, algunas veces, un sentido muy positivo. Las mujeres que han decidido tener hijos viviendo solas o las mujeres que se han separado o divorciado y han sacado los hijos adelante ofrecen un testimonio de valor personal del que están orgullosas. Se quejan, echan de menos los posibles apoyos de una pareja, pero valoran sus logros y su independencia.

«Eres tú la que tiene que sacar adelante, no hay nadie detrás de ti, el haberme divorciado a mí me hace ser mucho más fuerte.»

Las mujeres advierten la competencia entre su vida personal y su trabajo. Aquellas que no tienen pareja e hijos están más libres y se ven más impulsadas a luchar por su posición laboral porque no tienen a nadie que les ayude y les permita relajarse en sus esfuerzos laborales.

Por eso, la pareja y los hijos, la vida familiar en general, aparece como un rival poderoso frente a sus caminos profesionales, les dificulta avanzar a la vez que limita sus ambiciones. Como lo expresa muy bien una mujer divorciada:

«Si no me hubiera divorciado, no estaría donde estoy ahora, hubiera dado prioridad a mi vida personal.»

Estas mujeres entran claramente en el grupo de personas identificadas con un modo de vivir volcado en el crecimiento personal, en la construcción de un proyecto existencial autónomo. Son personas que definen por contraste el prototipo tradicional de mujer realizada a través de la maternidad y la pareja. Se buscan a sí mismas por encima de todo, no necesitan depender de una pareja que les facilite la seguridad afectiva y material. «No necesitan ni buscan los beneficios materiales que les pueda aportar un hombre, ni una excusa para llenar sus vidas. Tampoco necesitan la compañía de un hombre para sobrevivir, ni para sentirse bien consigo mismas, ni alguien que defina sus vidas y dé sentido a su existencia, al haberlo logrado en buena parte» (Alborch, 1999, pág. 99).

Las mujeres que viven solas no renuncian a tener pareja sino que a lo que renuncian, al menos temporalmente, es al matrimonio y a la convivencia. Y renuncian a ello en tanto que forma de vida cotidiana. Lo que se altera estructuralmente, en esta definición de autonomía, es la relación con los hombres, que se mantiene en cuanto a relación personal y amorosa, pero se rechaza en cuanto a vinculación institucional y dependencia económica. Es decir, justamente lo que hacen es rechazar las tradicionales ventajas del matrimonio: la identificación social con un varón, la protección y la dependencia económica. Es una forma de plantearse la vida que contradice intrínsecamente la visión tradicional de lo que debe ser el desarrollo de las mujeres adultas. En este sentido es en el que podemos considerar a las mujeres en esta situación como aquellas que más se arriesgan socialmente en cuanto que toman opciones vitales no habituales.

Lo interesante de la situación actual, en cuanto a nuevas formas de convivencia, es que un rasgo que se añade a todas ellas es el de la temporalidad, el de no ser necesariamente definitivas. Empezando porque ya no es definitivo ni el matrimonio que sería, por definición, el más comprometido y estable entre todas las formas de organizar la vida y la convivencia. Pues bien, este rasgo de temporalidad le da a esta decisión de vivir solas la característica más claramente posmoderna, la de la precariedad. A la vez, las personas que viven solas, de esta forma voluntariamente decidida y autónoma que vemos aparecer en la actualidad, no aseguran con ello que no vayan a vivir con alguien o a casarse en un futuro. Y en este sentido es en el que menos arriesgan con esta decisión.

Aquí radica lo paradójico de la situación, que desde un punto de vista es absolutamente novedoso y arriesgado, mientras que la motivación intrínseca de los individuos que adoptan esta forma de vida puede entenderse como una estrategia de reducir el riesgo. Un aspecto del vivir solas implica riesgo, en cuanto falta de seguridad o apoyo económico; pero una parte de *vivir a solas* supone evitar riesgos emocionales, evitar compromisos que puedan suponer una carga en el futuro. Es en este doble sentido en el que aparece como la forma más autónoma de vida y como la forma más personal e individualista de organización cotidiana.

Solteras convencidas o escépticas ante el matrimonio

La mayoría de estas mujeres están abiertas a las relaciones amorosas. El hecho de estar solas lo viven como una situación que merece la pena cambiar solamente en el caso de que encuentren al compañero adecuado. Vivir solas no es una opción radical ni una afirmación de valores feministas, sino una forma de vida que valoran como agradable en tanto en cuanto no encuentren la persona adecuada, aquella con la que convivir compense su pérdida de autonomía. Como dice Carmen Alborch, a estas mujeres les gustan los hombres y les encantaría estar enamoradas, pero tienen ciertas exigencias que las obligan a perseguir una relación de más calidad. Saben lo que quieren y no están dispuestas a negociar a la baja.

En muchas de las mujeres que deciden vivir solas sí hay un cierto rechazo del matrimonio, en tanto que obligación o necesidad femenina, es decir un rechazo al matrimonio con cualquiera que se les presente. Se trata de mujeres que ponen unas condiciones tan elevadas para elegir a la persona con la que podrían casarse o ponerse a convivir que, de hecho, el resultado es que optan por vivir solas. Estas mujeres no están dispuestas a formar parte de una pareja de corte tradicional en la que les parece que hay un desequilibrio de poder y de recursos entre el hombre y la mujer. El único tipo de convivencia que estarían dispuestas a formar es una relación de tipo *convergente*, con paridad absoluta e igualdad de *inputs* de esfuerzo y tiempo y de *outputs* de reconocimiento y afecto (Giddens, 1995).

También hay muchas de ellas que rechazan, junto a la convivencia con un hombre, todos los peligros de dependencia y sujeción que anticipan en el matrimonio y, ya de antemano, deciden que esa no es su opción.

«Antes soltera y sin hijos que casada y esclava.»

Sin embargo, la mayoría de estas mujeres que viven solas hablan de la pareja y de las relaciones amorosas como de algo muy importante en sus vidas. Se podría decir que están, usando la expresión de Adrienne Rich, «reinventando el amor». No se trata de renunciar al amor, a esa atracción individual, exclusiva e íntima entre dos personas, sino que le dan otros contenidos y, sobre todo, que lo desvinculan del matrimonio y de la reproducción (Rich, 1996). Por supuesto que estas mujeres no descartan, eventual-

mente, casarse y tener hijos, pero sin embargo su definición del amor no se vincula necesariamente a esos proyectos.

En esta voluntariedad de autonomía hay muchas razones de prudencia o de miedo a que la convivencia sea un freno para su bienestar. En el estar sola se renuncia a ciertas ventajas que tiene la compañía, pero se evitan sobre todo los peligros que la compañía puede suponer. Podemos llamarlo prudencia, miedo o egoísmo, pero lo que queda claro es que se trata de una opción y no de una resignación. Estas mujeres tienen muy claro que es «mejor estar sola que mal acompañada», o incluso mejor sola que regular acompañada y se acomodan a esta situación con una actitud positiva, ya que se encuentran a gusto.

«Ahora me voy, vivo en mi casa, estoy solita, me cojo mi libro si me apetece, si no, me voy a dormir o de fiesta. Para mí es muy importante que yo estoy a gusto sola. Aunque haya tenido novios y haya estado a punto de casarme, yo realmente estoy muy, muy a gusto sola.»

De hecho, el vivir sola es algo intermitente, y estas mujeres alternan; en distintos períodos viven con pareja, otras veces no. Lo significativo de esta situación es que no consideran que la pareja sea una solución necesaria y definitiva en sus vidas. Más bien prefieren probar la experiencia con distintos hombres y, si la relación no funciona como ellas quieren, simplemente vuelven a vivir solas. Estas rupturas no tienen por qué ser traumáticas, puesto que no han basado todas sus expectativas vitales en el mantenimiento de esa relación.

«Yo me fui a vivir con mi pareja, viví un tiempo sola, y volví a vivir sola.»

Esta actitud de mayor insensibilidad a las rupturas les da una cierta fortaleza, se puede deber a que no basan su autoestima exclusivamente en el refuerzo de la pareja, sino que, como si fueran racionales inversoras, han distribuido sus activos en distintos valores y, al diversificar, reducen el riesgo. Este control sobre sus vidas les aporta una mayor seguridad en sí mismas.

«Estás sola pero tienes la ventaja de que te organizas, tienes la sensación de que dependes únicamente de ti, que todo lo manejas tú, todo lo dispones tú, y te acostumbras a pensar para ti sola.»

El vivir a solas proporciona un aplomo y una madurez muy convenientes antes de embarcarse en una relación. En este sentido, los jóvenes tienden a valorar positivamente, tanto para los hombres como para las mujeres, el haber pasado por una etapa de autonomía antes de empezar a vivir en pareja. El entrenamiento doméstico y la autonomía personal se consideran como una especie de formación profesional muy adecuada antes de la convivencia o del matrimonio.

«Ventajas (de vivir sola) todas, es genial. Yo no lo cambio por nada, yo creo que es básico, creo que todo el mundo antes del matrimonio debe tener una vida individual.»

Ahora bien, en el caso de las mujeres, esta experiencia toma un mayor valor en cuanto que esta forma de autonomía tiene un carácter de novedad indiscutible y supone para ellas una afirmación frente a los modelos tradicionales de conducta femenina.

Las mujeres jóvenes se afirman fundamentalmente frente al modelo de esposa maleable que rechazan completamente: el tipo de mujer-niña, inmadura y dependiente del marido que no puede establecer con éste una relación de igual a igual. En este sentido, una buena preparación para una relación entre iguales es el que ambos hayan vivido previamente por separado. De este modo, la mujer será lo suficientemente fuerte para no dejarse dominar y el varón habrá tenido que apañarse y aprender las labores de mantenimiento de la casa, estará ya educado para compartir las tareas y sabrá lo que implican.

«No es lo mismo que te cases o te juntes con una persona que viene de su casa, de estar con su madre que en casa se lo hace todo, a que te juntes con alguien que ha vivido solo.»

Diferencias de género

Tanto los hombres como las mujeres solteras viven mayoritariamente con los padres, pero comparativamente son más los hombres solteros que desean vivir con sus padres que las mujeres (Martín Serrano, 1994).

Esta situación se produce porque hay un desequilibrio en cuanto a las motivaciones de cada género para emprender este camino. Escuchando a estas jóvenes, cobra sentido que sean más los varones los que no dejen el hogar de origen hasta que se casan o se van a vivir en pareja, mientras que sean las mujeres jóvenes las que deseen dejar antes el hogar familiar.

«Son más prácticos que las chicas, es comodidad. Las chicas como siempre hemos estado un poco más presionadas, quieres salir, independizarte, tener tu libertad.»

Estos datos son indicativos de la distinta voluntad que tienen muchas jóvenes urbanas, ya que, pese a estar en una misma situación de precariedad laboral, hacen un gran esfuerzo por independizarse, y aunque ello implique sacrificios y un nivel de vida menos cómodo, les llena de orgullo conseguirlo.

«Llevo muchos años demostrándole a mi familia que he podido hacerlo yo sola y estoy muy orgullosa de ello.»

Cuando se comparan con sus amigos, consideran que los hombres que se mantienen con el cuidado de su madre son unos comodones que buscan ante todo el máximo bienestar con el mínimo esfuerzo. Y, evidentemente, denota un menor valor y autosuficiencia por parte de estos jóvenes que redundan en una mayor autovaloración por parte de las mujeres jóvenes y atrevidas.

«Ahora las chicas se van antes de casa que los chicos. Ellos se apalancan en casa, si no fuera porque la novia les dice: “Vamos a vivir juntos”, ellos son los reyes del mambo.»

Buena parte de las mujeres jóvenes valoran el ser libres más que el estar cómodamente instaladas.

«¿Cómo me voy a echar un crío apalancado y comodón de pareja?»

En esta dimensión, aparte de las ideas de individualidad y autonomía, quizás aparecen otros valores posmaterialistas, en el sentido que apunta Inglehart, de colocar ciertas ventajas materiales en un puesto secundario frente a logros inmateriales (Inglehart, 1991). La autonomía y la creatividad se hacen más importantes que el bienestar material y, aunque se vea como necesario tener suficientes recursos para vivir sin agobios, los recursos económicos no son la principal meta de estas mujeres.

«Los chicos piensan que es mucho gasto, en casa están bien, tienen todo.»

Sentirse libres

La sensación de libertad que tienen las mujeres jóvenes que viven solas es un elemento indispensable para ellas, muchas se sienten liberadas respecto a sus familias de origen o respecto de pasadas relaciones y todo ello es un cambio estimulante y satisfactorio.

«Me fui de casa de mis padres con él y a los pocos meses decidí dejarle. Fue como una apertura, dejé la casa de mis padres, el novio y ¡a vivir sola!»

En la decisión de salir antes o después de casa influye notablemente la actitud que tengan los padres y las madres. Ya no se trata sólo de irse de casa para romper con una situación de tensión, sino que el mayor esfuerzo puede venir de querer dejar una relación agradable y un hogar permisivo. Muchos de los padres, que proporcionan toda serie de ventajas a sus hijos sin poner restricciones, temen por el futuro de sus hijas viviendo en solitario, de ahí que las jóvenes tengan que cargarse de energía para romper con esa sobreprotección que no quieren.

«Cuando me fui de repente, mi madre “¿Qué pasa?, ¿por qué te vas?” y a la larga vieron que yo estaba bien y mi madre lo reconoció, que se alegró que me fuera de casa, que me veía muy contenta, que estaba mejor.»

«A mí me costó mucho, mi madre no quería que me fuera de casa, le costó mucho. Mi hermano sigue en casa todavía, y bueno... Ha visto que era una manera de que yo controle mi vida y está contenta y eso, pero a ella le hubiera encantado que siguiera toda la vida en casa.»

Hay otros casos en los que los padres educan a sus hijos en la autosuficiencia y la responsabilidad, que les preparan para «levantar el vuelo» antes, sin rupturas inesperadas. Sin embargo, este tipo de padres, probablemente de perfil urbano y estatus socioeducativo medio alto, no ha sido hasta ahora muy abundante.

«En mi casa son muy modernos, y decían que una vez que estuviéramos trabajando, que estaba bien; ya les tocaba a ellos disfrutar de su pareja. (...) Ellos no hubieran permitido que a los treinta años yo siguiera en casa, que mi madre me planchara la ropa mientras yo me iba a esquiar con el novio. Y eso lo hace mucha gente.»

Una vez acostumbradas a regir su vida autónomamente, sin restricciones exteriores, a estas mujeres les cuesta mucho renunciar a este estilo de vida y adquirir compromisos que, desde una óptica altamente individualista, implican renunciaciones. El hecho de sentirse controladas, de tener que dar explicaciones por sus actividades, es algo que realmente les cuesta y no les apetece.

«Más cómodo sí, más fácil, más que nada, que no tienes que dar explicaciones, haces lo que quieres.»

«Dar explicaciones, poco a poco lo voy asumiendo pero me cuesta muchísimo, porque soy muy independiente. Así como él tiene su trabajo, y tiene su vida, que tampoco sé dónde, porque tiene que hacer viajes o lo que sea, tampoco me gusta que me digan: “He llamado a casa y tenías que estar y no has estado”.»

En este sentido, la comparación entre el vivir solas y el vivir en pareja adquiere unos tintes muy positivos porque son mucho más amplios los márgenes de su libertad. Incluso ésta es una cuestión que hace difícil el paso de una situación a otra porque aquellas que se han acostumbrado a vivir por su cuenta resienten la sujeción que puede suponer vivir con la pareja.

«Estás acostumbrada y de no tener que dar ninguna explicación a tener que compartirlo todo...»

El espacio y el tiempo

Vivir solas también supone tener un espacio propio, que es algo que llena de orgullo a las mujeres jóvenes, en cuanto que es un símbolo de poder y autosuficiencia. En las actuales circunstancias esto demuestra su determinación. Tener un espacio propio en las condiciones actuales del mercado inmobiliario de las ciudades españolas no es una opción económicamente fácil y generalmente estas mujeres tienen que pagar un alto precio por su espacio.

El tener su propio lugar también significa una intimidad, un refugio frente a las tensiones del mundo exterior, donde se sienten libres y protegidas, en esa versión individualista que han escogido. Contar con un espacio libre de intromisiones les permite trabajar; las artistas y diseñadoras dicen tener su estudio en casa, y alejarse del ruido y el ajetreo. El piso propio, lo cual no implica necesariamente la propiedad del mismo, es para ellas su reducto de paz y tranquilidad.

«Yo vivo sola desde los 19 años; aunque haya tenido relaciones de pareja y haya convivido, siempre he estado en mi casa. Ha sido mi casa.»

Otro aspecto que señalan, en estrecha relación con ese sentido de tener su lugar, es el de tener su tiempo, el de ser capaces de organizarse el ritmo de su vida.

«Poder tener mi tiempo.»

En la sociedad actual, el tiempo es un bien escaso, y altamente fragmentado en parcelas, dada la necesidad de abarcar muchas actividades a lo largo del día. De esta idea de escasez nace una obsesión por el tiempo que se agrava entre las gentes muy activas que quieren incluir muchos compromisos y actividades en su agenda. En este sentido, el tiempo se libera cuando no hay que contar con otros, o con otro, para organizar las propias actividades.

«Tienes tu ritmo. Pero no sólo en el ámbito de comida, sino que incluso el salir, si sabes que hoy no te apetece, pues estás sola.»

Las mujeres que tanto valoran su libertad están recelosas de tener que dividir también su tiempo personal y tener que ajustarse a los ritmos de otros. Las mujeres que conviven con su pareja, y si tiene hijos mucho más, se ven obligadas a adoptar un compromiso cronológico y se resienten de la falta de tiempo que les queda para ellas mismas. Las jóvenes que viven solas notan con alivio la ruptura de esas ataduras de tiempo con respecto a la situación de los que viven en pareja.

Rompiendo esquemas culturales

Este tipo de vida, de mujeres que viven solas, supone un nuevo modelo de comportamiento que está forzando el cambio de estereotipo

cultural. Las innovaciones que supone frente a los comportamientos reglados se responden socialmente con bastantes resistencias. Mientras que, tradicionalmente, la mujer que vivía sola era la solterona que no había podido conseguir un hombre, la mujer soltera actual es ella la que decide no tenerlo. Pero las presiones a la convencionalidad persisten y se las acusa de individualistas y egoístas. En cualquier caso, estos estereotipos ilustran los intentos de encerrar a la mujer no casada dentro de una determinada categoría. Las razones son otras, pero la sanción social persiste. La visión peyorativa reaparece como forma de presión social para empujarlas a los comportamientos correctos y habituales. Mientras que a la primera se la consideraba rara y se la veía como a una persona frustrada que no había conseguido casarse, a la segunda también se la critica y su rechazo del matrimonio resulta rechazable.

Sin embargo, para muchas mujeres jóvenes esta forma de vida aparece como un ideal inalcanzable. Es complicado, no sólo por las posibles presiones sociales en contra sino, sobre todo, porque supone un nivel de independencia económica y personal muy difícil de alcanzar. Las mujeres que se van a vivir solas son un ejemplo relativamente envidiable de mujer autónoma que requiere, además de la independencia de su familia de origen, un empleo con ingresos suficientes y una autonomía personal con respecto a las relaciones de pareja.

«Antes, encontrar una mujer soltera o separada era como un bicho raro, hoy en día hay muchísima mujer sola. ¿No será que algo está ocurriendo? Quizá es que no nos importa tanto estar en pareja o tener una pareja.»

En este sentido, llaman la atención los resultados de la encuesta sobre *Actitudes y conductas interpersonales de los españoles en el plano afectivo* realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas. En su indagación de cuáles serían las razones para adoptar una u otra forma de relación amorosa contaba de una manera muy significativa como motivación «el deseo de no ser diferente a los demás» (CIS, 1995). De alguna forma, la presión a la convencionalidad juega un papel importante para ralentizar estos procesos de cambio y reducir el número de las personas que toman actitudes nuevas y establecen formas de convivencia innovadoras. Asimismo, otra razón muy importante, más señalada por los hombres que por las mujeres,

era «el temor a estar solos el día de mañana». Según la encuesta, el «temor a quedarse solo» influye algo más en los varones que en las mujeres para que se mantengan en una relación. En este sentido, quizás estos resultados reflejen una posición más convencional de los varones que de las mujeres.

Estas formas de vida aparecen con más frecuencia en las grandes ciudades, quizás porque en ellas es menor la presión social y las mujeres se sienten más libres de innovar en cuanto a sus formas de comportamiento. El anonimato de las grandes ciudades juega a favor de la libertad de las nuevas generaciones y no es infrecuente que las gentes que no se adaptan a las formas convencionales de vida opten por la salida de las poblaciones pequeñas, donde el control social se ejerce fácilmente. Las mujeres que no quieren amoldarse a los papeles convencionales tienen que buscar sus ámbitos de libertad, aunque ello implique incluso la emigración. En las ciudades pequeñas y en las zonas rurales, los patrones de vida no incluyen fácilmente estas opciones y muchas de estas mujeres tienen que buscar en el pluralismo y en las oportunidades laborales de las ciudades el lugar donde llevar a cabo su proyecto personal.

«El hecho de vivir en un pueblo es totalmente diferente. Allí con 18, 19 años si no tienes novio es que te vas a quedar soltera para toda tu vida. Yo simplemente tenía muchas ganas de cambio. Dejé todo y me vine a Barcelona.»

El alto precio que tienen que pagar muchas de estas mujeres independientes es precisamente verse excluidas y criticadas por su manera de ser, por retar al sistema establecido de valores. Al no someterse a las reglas clásicas de la feminidad, al no aceptar las limitaciones que éstas les imponen, se ven a menudo abocadas a la soledad.

«Ir contracorriente es duro, porque estás muy sola.»

«Es que hay situaciones que son insostenibles, creo que las mujeres tenemos que luchar mucho, mucho.»

A la vez, estas mujeres que se muestran muy exigentes en cuanto a la valoración de la autonomía reducen su mercado potencial de pareja que se ve restringido al pequeño sector de hombres urbanos e innovadores que tengan unos planteamientos parecidos a los suyos.

El encontrar pareja, y sobre todo el mantenerla, se hace difícil para estas mujeres. Las relaciones han de mantenerse en términos de igualdad y esto no es fácil con muchos de los jóvenes que se encuentran. En el caso de que los varones tengan una mentalidad algo tradicional, o unos valores claramente patriarcales, se produce un choque que normalmente se resuelve con la ruptura de la relación de pareja. Hay mujeres que expresan cómo «sencillamente no pueden soportar amoldarse a los ideales femeninos de su pareja», porque ello implica dejar de ser ellas mismas y dejar de hacer lo que les gusta. En definitiva, no están dispuestas a cambiar de identidad. Exigen que los hombres evolucionen de manera que puedan llegar a una armonía entre las pretensiones de cada uno, pero si no lo consiguen, o bien ceden o bien tienen que romper su pareja.

Las dificultades de las relaciones de pareja se acrecientan cuando las mujeres se han acostumbrado a vivir solas y cuanto más innovan respecto a los estereotipos habituales de los comportamientos femeninos. Así lo relataba una reportera de Barcelona:

«Me encantan las motos, es mi pasión. Es un mundo total de hombres, y entonces a menudo viajo porque hay grandes premios, a ver carreras cuando puedo. Entonces conocí a la persona de mi vida, es la persona con la que he estado mejor, y en cambio le dejé, porque él no tragaba que estuviese en un mundo tan de hombres, lo de viajar... y yo veía que no. Y yo pensaba ¡lo ideal es compartir! ¡Yo comparto lo suyo, él lo mío! Y siempre había problemas por ahí. Y a mí me encanta, si me sale la oportunidad, me voy a cualquier país, por las carreras. No pasa nada, forma parte de mi trabajo. Y le dejé porque me pareció... y tampoco me he arrepentido.»

Algunas mujeres que adoptan estas formas innovadoras de comportamiento dicen estar encantadas de vivir solas y hablan con cierta ironía de los prejuicios que le muestran sus colegas de trabajo.

«En el trabajo no tengo mucha relación con compañeros y compañeras, siempre hay esas tonterías que parece que no son importantes pero que sí lo son: la mayoría están casados o tienen pareja, y tienen más o menos relaciones entre ellos. Y claro, siempre están: “Como ella vive sola e independiente”. Y ¿qué haces?, pues pasas un poco de todo y simplemente vas a tus cosas.»

Es indudable que el deseo de cambiar los moldes se ve castigado por la soledad. Esto se refuerza a través de muchos modelos e imágenes que aparecen en los medios de comunicación mediante los estereotipos de mujer que presentan. Un ejemplo sutil de reflejar los problemas a los que se enfrentan estas mujeres profesionales jóvenes que quieren ser independientes es el de la serie televisiva *Ally MacBeal*. En ella aparece como protagonista una abogada joven que, a la vez que es una buena profesional con éxito en el mundo de la abogacía, en la que muchas mujeres podrían encontrar un modelo positivo de referencia, aparece como insegura y poco exitosa en su vida personal. La trama de la serie, y las situaciones más cómicas, se basan precisamente en mostrar cómo esta profesional de éxito es a la vez una treintañera anoréxica que busca el amor de su vida y sufre por no encontrarlo. Se la muestra, más que como abogada, como una mujer extremadamente frágil e insegura. El personaje de *Ally MacBeal* produce una gran compasión y empatía, lo cual refuerza el mensaje de que ella ha llegado al éxito en el campo profesional y, sin embargo, está incompleta y deprimida porque el verdadero éxito, el de las relaciones amorosas y de pareja, no lo ha conseguido.

Creemos que, a pesar de todos los cambios acaecidos y aunque se advierten rasgos inequívocos de aumento de la tolerancia respecto de los comportamientos innovadores de estas jóvenes, todavía existen profundas resistencias culturales que intentan mantener a las mujeres en una posición secundaria y tradicional que, en cierta forma, se transmite a través de los medios de comunicación. Resistencias que suponen una poderosa barrera para la concienciación y el cambio. Un elemento que refuerza estas tendencias conservadoras, que muestran los peores aspectos de la soltería, es la escasez de modelos de referencia positivos, figuras públicas a las que admirar y con las que estas mujeres se puedan identificar.

La sexualidad como parte del yo

La condición contemporánea de la persona está fuertemente ligada a la identidad, y la identidad sexual ha adquirido una relevancia que no tenía en la sociedad tradicional, en la que se consideraba que era una característica adscrita e incuestionable de los hombres y las mujeres. Con el carácter reflexivo que han adquirido las sociedades actuales, las personas se preguntan

por su identidad sexual e incluso se atreven a cuestionar o negar el sexo con el que nacieron. Surge lo que Giddens llama la sexualidad plástica, que significa la liberación del sexo frente a la servidumbre ancestral del poder diferencial. Cada vez más, el individuo puede elegir sus prácticas sexuales libremente, incluso independientemente de que haya nacido hombre o mujer y, de hecho, su comportamiento constituye una manifestación de autonomía y una expresión de libertad (Giddens, 1995).

La actual separación entre sexualidad y procreación, debido al poder que tienen las mujeres de controlar la concepción, supone una transformación extraordinaria de todo lo referente al sexo. Las relaciones sexuales se hacen más libres, más autónomas y personales que nunca, quedando ligadas al proyecto reflejo del yo y la expresión más personal del individuo. Como dice Giddens, «la sexualidad se ha convertido en un código de comunicación».

En este sentido de definición del yo se podría establecer una dicotomía entre dos tipos hipotéticos de mujeres según se definan a sí mismas con respecto a la sexualidad y cómo conceptualizan su vida sexual, tipología con referencia a dos polos entre los cuales podríamos situar al conjunto de las mujeres jóvenes. Estaríamos hablando de las mujeres identificadas sexualmente como *objetos* o como *sujetos* de la atracción y el placer sexual. Esta tipología es meramente heurística, ya que la realidad es más ambigua y difícil de definir, pero puede servir de orientación.

Las primeras, en un extremo del abanico de posibilidades, son las mujeres que entienden la identidad sexual de la mujer en cuanto objeto de deseo de los hombres y como futuras madres. Son las que han interiorizado la concepción esencialista y biologicista del sexo según la cual la mujer se define por lo que *tiene*, por tener hijos y por tener atractivo físico para los hombres. Por lo tanto, su satisfacción sexual individual pasará a un segundo plano frente a la prioridad de la satisfacción masculina y del tener hijos.

La sexualidad del *tener* y de la reproducción es la que caracteriza el modelo androcéntrico, en el que la genitalidad domina las relaciones sexuales. En ese planteamiento, el coito es el sexo que supuestamente todos necesitan, y el pene el órgano principal del placer sexual para ambos sexos (Caplan, 1992). Este tipo de mujer necesitará un compañero estable y sólo se

sentirá una verdadera mujer si cumple con su destino natural de ser madre, puesto que tener un hombre y unos hijos completa su vacío y resuelve su existencia.

Ésta es la identidad que han asumido tradicionalmente la mayoría de las mujeres, que guardaban su sexualidad para asegurarse un matrimonio y que, una vez casadas, entregaban su cuerpo a cambio de la seguridad económica, la protección y el estatus que garantizaba el esposo.

En este modelo, el placer sexual de estas mujeres no aparece con suficiente entidad, ya que se considera subsidiario a sus obligaciones para con el placer del hombre. En esta perspectiva, la experimentación y la búsqueda de placer son zonas oscuras y peligrosas en las que la mujer no debe entrar. Esta visión acerca de la sexualidad femenina asume que sólo hay un modelo posible de mujer. La sexualidad femenina es inmutable, se configura como un bloque monolítico de rasgos que engloba todas las posibles y diversas experiencias de las mujeres (Osborne, 1993).

Generalmente, este tipo de identidad tiene como consecuencia, en el terreno del encuentro sexual, que la mujer se sienta incompleta, se vea a sí misma como carente de recursos y tienda a la sumisión frente a un compañero, que es el que determina las pautas. Estas mujeres aceptan la dominación masculina puesto que se ven a sí mismas como diferentes e inferiores, e incluso llegan a ensalzar su capacidad de sacrificio como un valor propiamente femenino que les llena de orgullo. La protagonista de la película de Benito Zambrano *Solas* sería un ejemplo a la vez magnífico y admirable de este arquetipo de mujer.

La infidelidad masculina se acepta bajo estas premisas, en tanto en cuanto el hombre es diferente de la mujer. Por naturaleza se atribuye un mayor impulso sexual a los hombres, lo que justifica en ellos un comportamiento promiscuo que viene legitimado por la biología. Por mucho que duele, se excusa la infidelidad del hombre porque se la ve como un rasgo intrínseco de la sexualidad masculina.

«Es una cuestión física, ellos son igual que los animales, tienen que procrear, tienen que ir plantando su semillita. Si no, no saben dónde parar. En cambio las mujeres... Es que es igual que en el mundo animal, yo creo

que no dejamos de ser animales y por eso los hombres se comportan distinto a las mujeres. Lo que pasa es que tú recibes y sabes que te puedes quedar embarazada. Un macho sabe que da y no sabe lo que va a pasar. Entonces creo que esto tiene mucho que ver con el comportamiento de la gente.»

Otro tipo de planteamiento, en las antípodas del anterior, es el de las mujeres que buscan su propia identidad sexual sin asumir una definición previa, heredada de la imagen tradicional de la feminidad, y que por tanto serán lo que ellas decidan *ser*. Aquí es donde se sitúan las mujeres que se afirman como sujetos sexuales, aquellas que definen su identidad de ser mujeres por sí mismas, no por lo que representan para los hombres. Son las que no creen que su esencia femenina se limite a ser madres y rechazan la posición de objetos del deseo masculino como vía de construcción de su identidad sexual. Para ser mujer no es necesario ser madre ni aparecer como objeto de placer a los ojos de los hombres. Son mujeres que para reconocerse a sí mismas no necesitan desesperadamente la aprobación masculina, si bien la mirada del otro es un elemento del que no se puede prescindir completamente.

Son mujeres que se sienten en igualdad de condiciones que los hombres para buscar su satisfacción sexual y para explorar e inventar su propio erotismo, que no viene predefinido en un supuesto código biológico ni por unas características psicológicas inamovibles, sino que es algo que se define y se construye con el desarrollo de su propia identidad. Las relaciones sexuales satisfactorias cobran para ellas una enorme relevancia. Al considerarse que ellas son igualmente importantes que su compañero, en cuanto al desarrollo y a la satisfacción personal en el encuentro sexual, se pide también del hombre un esfuerzo por comprender sus necesidades y preferencias. El compañero ideal para una mujer que quiera ser ella misma será aquel que, a través de la comunicación, pueda llegar a conocer a su compañera como persona única y específica.

Este tipo de mujer se identifica como sujeto y no concibe que su deseo esté subrogado al deseo del varón; puede congraciarse con la idea de ser objeto sexual, puede desear resultar atractiva, siempre y cuando a la vez sea también ella sujeto de deseos y actividades sexuales. De este modo, el deseo se hace equilibrado, recíproco y simétrico, y la búsqueda de satisfac-

ción es igualmente legítima para ambos, se acaba con la idea de que la mujer tiene que conformarse con lo que se encuentre.

Estas mujeres son las que, según Giddens, pueden más fácilmente establecer *relaciones puras* de tipo asociativo e igualitario con los hombres. La comunicación cobra un aspecto primordial, y la afirmación de la identidad sexual de ambos se incorpora en el conjunto de las relaciones que se entrelazan en la pareja. Por otra parte, para ellas la heterosexualidad es una elección personal y la exclusividad sexual no es algo dado, sino algo pactado. Si ellas personalmente valoran la fidelidad, hablarán con sus compañeros para establecerla como requisito mutuamente vinculante. En este sentido, se entiende la posición ejemplificada por una de las mujeres entrevistadas que decía:

«La infidelidad es un pacto entre los dos, es un pacto entre la pareja; si es un pacto, perfecto, entonces ya no es infidelidad, no es engaño.»

El pacto de libertad sexual puede ser aceptado si es el resultado de la comunicación y negociación íntima que se sella con la confianza recíproca. Siempre y cuando ambos se comporten en consonancia con su pacto, la relación será sincera y reconfortante. Este es uno de los sentidos en los que vemos que estas son las mujeres que pueden establecer esas puras relaciones asociativas e igualitarias de las que habla Giddens. Según este modelo relacional, si ambos aceptan la infidelidad, la relación no se romperá. La verdadera ruptura es la mentira. El engaño no se define ya por un acto sexual sino por la mentira u ocultación que destruya la sinceridad y quiebre las bases de la relación de esa pareja.

«Si no hay sinceridad, ahí sí que soy intransigente.»

«Creo que se rompe la base del diálogo.»

«Si ocurre algo, contarlo, una noche, no solamente que ocurra sino que empiece a desaparecer lo que haya, ser sinceros.»

Madres e hijas: un cambio radical

Debido a sus nuevas condiciones educativas y laborales, las jóvenes españolas pueden separarse, y de hecho están alejándose, del primer tipo extremo que hemos denominado del «tener» y acercarse en el continuum a la

identidad sexual al tipo del «ser». Esta evolución condiciona directamente su vida sexual y cambia sus actitudes ante la elección de pareja, las relaciones íntimas, la búsqueda de la satisfacción sexual, la estabilidad y la infidelidad.

Las mujeres jóvenes cuando hablan con sus madres y sus abuelas constatan el cambio tan profundo que se ha producido en España con relación a la sexualidad femenina. En un primer momento se produjo una ruptura con la forma en la que las mujeres se relacionaban con su cuerpo, ruptura que no vino de la mano del erotismo, sino de la educación naturalista, del aprendizaje de las ciencias naturales y la biología en la escuela (Duran, 1988). Hubo un período de tal oscurantismo con respecto a las funciones básicas del cuerpo femenino que no era posible para las mujeres saber nada acerca de sí mismas.

«Mi madre me ha contado, ¡fíjate!, “pensaba que con un beso se podía quedar embarazada”. Son mundos lejanos, son otras maneras de ver las cosas.»

La educación se ha extendido y, sobre todo, se ha hecho más laica. La extensión del laicismo ha contribuido enormemente a disminuir la carga moral que antaño cubría todo lo referente al sexo. La sexualidad ha pasado de ser un tabú a ser un tema de carácter general, abierto y público que se trata en todos los ámbitos, la escuela, las familias, con los amigos y que está constantemente presente en los medios de comunicación. Especialmente con respecto a la sexualidad femenina, el cambio ha sido total. El silencio y el oscurantismo que tuvo la sociedad española durante décadas ha dado paso a un interés creciente, animado sobre todo por los medios de comunicación, en cuanto a la divulgación y la discusión de estos temas. Hemos pasado en pocos años de un silencio total acerca del sexo a una presencia frecuente de imágenes, debates e informaciones sobre ello, lo cual refleja la curiosidad de la población sobre estas cuestiones. Las encuestas indican que las mujeres siguen con interés las informaciones sobre estos temas y las revistas dirigidas al público femenino son las que más frecuentemente tratan temas de sexualidad. Incluso, según una encuesta de carácter nacional, son las mujeres las que en mayor medida siguen los programas de radio y televisión sobre el sexo, y las que más acostumbran a conversar sobre ello con sus amigos y amigas (CIS, 1995).

Los jóvenes actuales reciben una educación sexual básica en la escuela y tienen acceso a todo tipo de información. De este modo, tanto ellos como ellas conocen las características y el funcionamiento del cuerpo femenino y masculino, saben acerca de las funciones reproductoras de ambos, y conocen las formas posibles de controlar las consecuencias de las relaciones sexuales. Hay todavía numerosos embarazos indeseados entre jóvenes y adolescentes que son debido en mayor medida a la imprudencia que a la falta de conocimientos (Delgado, 1998).

Antiguamente la sexualidad se temía porque se desconocía. El gran factor del miedo ha sido el desconocimiento. Durante siglos la sexualidad femenina ha estado dominada por la ignorancia y el miedo. Se reprimía a los individuos mediante el temor, de modo que las mujeres sólo se podían sentir protegidas dentro de un matrimonio. Y un resultado colateral de la ignorancia y el miedo fueron las inhibiciones con respecto al placer y la desconfianza respecto a las propias capacidades individuales (Puleo, 1995).

Por otra parte, la naturalidad con que se habla actualmente de estas cuestiones han producido una banalización de las mismas. Hemos pasado de que tener o no tener relaciones sexuales fuera lo más importante en la vida de una mujer a que sea un aspecto más de su biografía individual. La información, la libertad sexual y la autonomía que han alcanzado las mujeres respecto a los límites y las prohibiciones del pasado se ven, por parte de los jóvenes, como una mejora, pero sin embargo tampoco le dan mayor importancia.

«Sin tanta cosa, sin tanto tabú, sin tanto problema para hablar las cosas.»

El miedo se ha disipado de las mentes de las españolas, que han pasado a integrar su sexualidad como parte de la personalidad total y como un derecho individual respecto al cual pueden exigir un nivel de libertad. Sólo se ve como un peligro en ciertas edades y en ambientes muy determinados, cuando lo que se pone en cuestión es la libertad de la mujer y cuando puede romperse el equilibrio que la sexualidad debe mantener con los demás componentes de la personalidad, como por ejemplo en las etapas primeras de la adolescencia.

Probablemente se inicia ahora una nueva ruptura de permisividad y búsqueda de experiencias hedonistas a través del cuerpo, a la que accedan sobre todo las nuevas generaciones urbanas. Las mujeres se han hecho dueñas de sus cuerpos y son las que deciden sobre su reproducción. De este modo, pueden disfrutar de una sexualidad más desinhibida y placentera. El sexo ha perdido su connotación de peligro y ya no tienen por qué soportar consecuencias no deseadas en sus cuerpos. Así, las mujeres están en una posición mucho más igualitaria respecto a los hombres, al menos en cuanto a lo que les pueden comprometer las relaciones sexuales.

«Según lo que me ha explicado mi madre en este caso, las mujeres tenemos muchísima más capacidad para decidir lo que queremos o no queremos. Esto para mí es un paso. Por lo que me ha dicho ella, antes no era así.»

El lenguaje de la sexualidad

La valoración positiva que hacen de su mayor información y sus posibilidades de control es uno de los aspectos claves de las vivencias actuales de las jóvenes con respecto a la sexualidad. Otro elemento que consideran fundamental es la posibilidad de comunicarse con su pareja. Para la mayoría de las mujeres, la sexualidad es una forma de expresión que se inscribe en una relación de pareja como un cauce de comunicación que refuerza la intimidad y la sensación de unión. La satisfacción psicológica y física depende en gran medida de lo franca que sea la vida sexual, en el sentido que ambas partes se conozcan lo mejor posible y expresen sus deseos verbalmente.

En los años sesenta, en la literatura de los sexólogos norteamericanos, se empezó a hablar de la enorme incidencia de la frigidez femenina y, como consecuencia de la enorme cantidad de estudios que se han dedicado al tema desde entonces, ha pasado a ser del conocimiento general el hecho de que la sexualidad femenina no es algo simple y natural que se satisfaga automáticamente con el coito a la vieja usanza patriarcal, sino que requiere un conocimiento y un interés por parte de ambos miembros de la pareja. Y esto lo saben y lo manifiestan las mujeres jóvenes.

«A las mujeres, conociéndolas, (...) no es tan difícil.»

La satisfacción sexual de la mujer ha pasado a ser también una aspiración de muchos hombres que buscan en las relaciones sexuales un entendimiento personal y amoroso completo. Y para las mujeres forma parte de sus aspiraciones y de sus exigencias en consonancia con la unión y vinculación afectiva. El éxito en una relación amorosa pasa por el éxito en sus relaciones sexuales, y para alcanzarlo se pide la colaboración y el esfuerzo de las dos partes de la pareja.

«Yo veo una comunicación con mi pareja, lo que me gusta, lo que no me gusta, y todo.»

Tanto es así que, en función de una mejor preparación para el entendimiento sexual, está desapareciendo el concepto positivo de la virginidad. Hay una idea del desarrollo de la sexualidad como aprendizaje, e incluso se valoran las experiencias anteriores como preparación. Se ha llegado al punto en el que la pareja aprende sobre la base de sus relaciones pasadas, y algunas mujeres pueden explicar sus necesidades al reflexionar retrospectivamente sobre sus relaciones anteriores.

Sin embargo, hablar de cuestiones sexuales sigue siendo espinoso y ello se refleja en el hecho de cómo, estas mujeres jóvenes, rehúsan utilizar algunas palabras, inventando rodeos alusivos y sin querer hablar abiertamente de ello, ni siquiera en un grupo de discusión donde solo hay mujeres. Incluso la palabra sexo se utiliza poco, se da por sobreentendida, prefiriendo frases incompletas y poco concretas.

«Eso no necesariamente tiene que influir en la pareja.»

«Ese tema era alarmante.»

«Yo no me creo que eso vaya a ser la maravilla de mi vida.»

Tales omisiones lingüísticas reflejan la persistencia de inhibiciones tradicionales que están todavía profundamente enraizadas. Las nuevas generaciones van perdiendo muchas de las resistencias y de los tabúes ligados a las cuestiones sexuales, pero es evidente que la influencia del pasado marca todavía la difícil relación de los españoles con las cuestiones sexuales. Las encuestas del Instituto de la Juventud reflejan cómo en el ámbito familiar, por

ejemplo, aunque no se prohíba abiertamente hablar de estos temas se tiene una actitud evasiva sobre el tema (INJUVE, 1996).

Por supuesto que el cambio es importante. No hace demasiados años que hubiese sido impensable que una mujer hablase abiertamente de su pasado sexual. Si era casada, por entender que no podía haber tenido relaciones anteriores a su matrimonio, y si era soltera con mayor razón, ya que la virginidad femenina se ensalzaba como valor positivo e imprescindible. Una mujer joven experimentada no podía hablar sobre su sexualidad sin tapujos so pena de ser tachada por los hombres, y por el resto de las mujeres, con todo tipo de epítetos despectivos. Para ser juzgada positivamente, una mujer tenía que ser virgen, o al menos aparentarlo. Y con la desaparición de la obsesión con la virginidad femenina han desaparecido también de nuestro vocabulario todas aquellas palabras, como «doncella», «virtuosa», «casta», etc. que venían a significar positivamente este valor máximo y mínimo que se exigía de las mujeres antes del matrimonio.

«Yo estoy más suelta que mi madre cuando tenía mi edad [...] A veces te hablan de relaciones sexuales pasadas, pero de buen rollo, antes...»

Se advierte una progresiva liberalización de la sexualidad femenina entendida como una equiparación de derechos. Se identifica la libertad y la igualdad sexual con el derecho a la información y la educación en estas materias, con el derecho a controlar el propio cuerpo, las posibilidades de expresarse a través de la propia sexualidad y, en definitiva, el derecho a alcanzar el propio placer.

Sin embargo, este proceso de cambio sigue en marcha, pues las imágenes sociales de hombres y mujeres están todavía muy diferenciadas en relación a la sexualidad. Los comportamientos reales muestran que los hombres todavía tienen mayor libertad interna y externa a la hora de definir su sexualidad y buscar el placer. Aún se advierte la vigencia de los estereotipos tradicionales que oponen las imágenes de la virgen a la de la prostituta y las utilizan como designaciones relacionadas con la sexualidad y con la represión del derecho de las mujeres al placer. La interiorización de esta alternativa sería aún la causa explicativa de muchas de las tensiones y angustias que sienten las mujeres a la hora de manifestar sus deseos (Puleo, 1995).

¿Se acabó la doble moral?

Al hablar de la revolución sexual de los años setenta, Osborne explica cómo los modelos masculino y femenino del comportamiento sexual se regían por la doble moral, es decir, existía un código de conducta mucho más estricto para las mujeres. Este doble rasero de evaluación permitía a los hombres disfrutar de una libertad sexual que, precisamente por descansar en la negación de un derecho igual para las mujeres, se podía convertir en abusiva (Osborne, 1993). Afortunadamente, esta norma de desigualdad va perdiendo vigencia al reconocer la sociedad los mismos derechos a las mujeres. Son sobre todo las mujeres urbanas con un buen nivel de educación las que pueden ejercerlos pero, en términos generales, se ha deslegitimado esta doble moral, aunque se resista a desaparecer del todo.

«Antes que te iban a decir... si lo conocías. Igual que él: ¿qué derecho tiene a exigirlo (que sea virgen)?»

Algunas autoras optimistas, como Helen Fisher, consideran que este proceso tiene un carácter global. «Al hacerse económicamente independientes y al expresar su sexualidad más libremente, las mujeres han empezado también a recibir nuestros modales y códigos de conducta sexuales y a reducir con ello las faltas masculinas en materia de sexo. En resumen, la vieja doble moral está desmoronándose» (Fisher, 2000, pág. 293). Según ella son varias las fuerzas que aceleran el proceso, entre las que destacan el aumento de la vida urbana, los mayores niveles de educación, la contracepción, la posibilidad del divorcio, las familias reducidas, la televisión y el poder económico de las mujeres.

Por otra parte, y como consecuencia de la mayor importancia y seguridad de las mujeres en los protocolos que rigen las relaciones sexuales, están entrando en éstas muchas de las formas femeninas de relación y se están refinando las maneras del entendimiento sexual. Como dice Fisher, hay unas nuevas normas de relación sexual. «Las costumbres sexuales están cambiando. Cada vez son más las mujeres que reivindican sus derechos sexuales y reproductivos de un extremo a otro del mundo, los hombres están adoptando una perspectiva más femenina de la cortesía sexual. Las mujeres están feminizando el erotismo» (Fisher, 2000, pag. 298). En su lucha por

defender los estándares femeninos de conducta sexual, las mujeres han empezado a controlar poco a poco el ancestral apetito humano y a crear un ambiente internacional de urbanidad sexual. Según esta autora, las mujeres exigen su derecho a ser tratadas con el debido respeto y, como consecuencia, las normas de cortesía de los encuentros sexuales se han hecho más refinadas y agradables.

Al considerarse que las mujeres pueden marcar las líneas de la interpe-lación sexual por igual que los hombres, la justificación de la doble moral y de la menor importancia de la satisfacción sexual femenina va retrocediendo. Como resultado de este proceso de aumento de las exigencias y de los apetitos sexuales de buena parte de las mujeres se dan, en la actualidad, las condiciones más favorables que nunca al disfrute de todos en las relaciones sexuales. Las mujeres exigen una equiparación con los hombres en su libertad sexual. Se niegan a ser coaccionadas y rechazan el doble rasero en la moral sexual feme-nina y masculina, con lo cual sus comportamientos son más libres, más autó-nomos, más auténticos y potencialmente más satisfactorios para todos.

Como en la mayoría de los aspectos que reflejan el cambio social que se ha producido en la sociedad española en las últimas décadas del siglo XX, también en las cuestiones sexuales se puede advertir todavía una gran distan-cia entre las actitudes y los comportamientos. Las mentalidades han evolucionado enormemente, pero todavía es importante la influencia de las imágenes tradicionales, de los valores y de las normas del pasado. Cabe destacar en este sentido los resultados de la encuesta sobre *Actitudes y conductas interperso-nales de los españoles en el plano afectivo*, que muestran la persistencia de diferencias en la valoración de los comportamientos sexuales de los españoles y españolas, y en los que se refleja la aceptación mayor de la actividad sexual en los hombres, y cómo esta redundo en la mayor facilidad que tienen para hablar de sus relaciones sexuales sin miedo a ser juzgados (CIS, 1995).

Son varios los indicadores que en esta encuesta reflejan la persisten-cia de un estándar diferenciado por género en cuanto a las actitudes, los comportamientos, las valoraciones sociales y los juicios que los propios implicados emiten sobre sus propias conductas. La promiscuidad, medida a lo largo de su vida, a través de la pregunta de «¿Con cuántas personas apro-ximadamente ha mantenido usted relaciones sexuales?», parece ser mucho

mayor entre los hombres que entre las mujeres. La proporción de hombres casi cuadruplica a la de mujeres entre aquellos que dicen haber mantenido relaciones con entre 5 y 10 personas, y es seis veces superior en el caso de aquellos que dicen haber mantenido relaciones sexuales con entre 11 y 20 personas. Estas enormes diferencias pueden arrojar dudas sobre el grado de sinceridad de los encuestados, ellos y ellas, a la hora de reconocer el número real de parejas sexuales que han tenido, pero en cualquier caso esta falta de sinceridad sería indicativa de la diferente sanción social de la actividad sexual de unos y de otras.

En esa misma encuesta, la cantidad de relaciones sexuales que dicen haber mantenido los varones con personas que no eran su pareja habitual es muy superior a la de las mujeres que manifiestan lo mismo (tratando la pregunta, por supuesto, de relaciones sexuales personales y voluntarias en las que no se incluyen las de prostitución). Los hombres declaraban que habían sido infieles «por una sola vez» el doble de veces que las mujeres, que ello había ocurrido «varias veces con la misma persona» el triple de veces que las mujeres, y que la infidelidad ocurrió «varias veces, con distintas personas» seis veces más que las mujeres. De alguna forma, esto no puede ser, porque como ya explicó Lewontin acerca de una encuesta norteamericana en la que los resultados daban una distancia numérica enorme entre las respuestas de los hombres y de las mujeres, esos encuentros sexuales se han de producir necesariamente entre los hombres y mujeres de ese país y, generalmente, de dos en dos (Lewontin, 1995). No podemos pensar en que hubiera un ejército de mujeres solteras y sin pareja, para que la idea de infidelidad no se les aplicara, dispuestas a relacionarse sin parar con los hombres teóricamente ya emparejados. De lo que nos informan estos datos, más que de los auténticos comportamientos sexuales de hombres y mujeres, es de las peculiaridades de la sexualidad y de los valores sociales que las dominan. Se entiende que la *deseabilidad social* ha influido en las respuestas de unos y de otros, y que los encuestados han respondido más de acuerdo al deber ser de género que a la realidad de sus actividades sexuales.

La norma social sigue señalando como muy positivo que el hombre tenga numerosas relaciones sexuales, mientras que se sigue viendo como improbable que una mujer sea promiscua. De acuerdo con ello, los hombres,

tanto los españoles de 1995 como los americanos de 1994, contestan aumentando en el recuerdo el número de sus infidelidades, mientras que las mujeres, aquí y en América, tienden a ser discretas cuando les preguntan acerca de relaciones sexuales que hayan tenido de forma clandestina.

Ello se corrobora en otros datos de la misma investigación. La cantidad de hombres que declaran que desearían iniciar «relaciones cortas o esporádicas que incluyeran relaciones sexuales» es casi el doble que la de mujeres: un 24% frente a un 15%. En cuanto al valor de la infidelidad, las opiniones de hombres y de mujeres también se muestran muy diferentes. El 71,0% de las mujeres consideraron la fidelidad sexual como un valor muy importante frente a tan sólo un 59,5% de los varones que opinaban lo mismo (CIS, 1995).

Un tema que se aborda en esta encuesta es el de la importancia de las relaciones sexuales en conexión con los lazos afectivos y el compromiso personal. En esta cuestión también se reflejaba una distancia muy grande entre hombres y mujeres: el número de varones que se muestran de acuerdo con la idea de que se puedan tener relaciones sexuales sin sentir amor hacia la otra persona dobla al de las mujeres. Éste es un tema de debate constante al examinar y discutir las diferencias y peculiaridades de la identidad sexual femenina.

Hay una gran cantidad de literatura que defiende que las mujeres tienen una mayor propensión a vincular sexualidad y afectividad, y que están más inclinadas al compromiso personal cuando comprometen su intimidad en las relaciones sexuales. Es cierto que las evidencias sociales que tenemos reflejan que ésta es la tendencia mayoritaria entre las mujeres, pero lo que no está muy claro es si ello se debe a un rasgo intrínseco del ser femenino, debido a la evolución biológica diferenciada de las mujeres o se debe, algo más prosaicamente, a la diferencia de libertad personal e independencia económica que tienen la mayoría de las mujeres y que las impulsa a ser más prudentes y conservadoras en cuanto al compromiso personal que implican las relaciones sexuales.

Otra cuestión en la que encontramos diferencias interesantes entre los hombres y las mujeres es en todo lo que hace referencia al galanteo y a las

estrategias de unos y de otras para encontrar su pareja sexual. En ello vuelve a plantearse la pregunta de si estas diferencias responden a rasgos sexuales derivados de la naturaleza o son comportamientos de género aprendidos en un determinado medio cultural. Con frecuencia leemos análisis sobre las estrategias de los machos humanos como si de aves del paraíso se tratara, a las cuales la naturaleza ha dotado de determinado color en el plumaje para atraer la atención de las hembras. Más bien nos inclinamos a pensar que los humanos, como tales, tienden a contrariar muy frecuentemente la naturaleza y que sus comportamientos sexuales diferenciados responden a las posiciones sociales tan desiguales que los dos géneros han tenido en las sociedades conocidas hasta ahora. Solamente ahora, y desde hace relativamente pocos años, conocemos sociedades en las que los niveles de autonomía, de libertad y de derechos de las mujeres y de los hombres se están equilibrando.

En este sentido de conocer las peculiaridades en el encuentro sexual que muestra cada género, son esclarecedoras las respuestas obtenidas en la encuesta antes citada, a la pregunta acerca de qué estrategias emplearía cada uno de los entrevistados para seducir a la persona con quien desea tener una relación amorosa. Las diferencias entre lo que declaran las mujeres y los hombres son enormes. Mientras que un 20% de las mujeres creen que lo mejor sería «mostrarse difícil de conseguir», sólo a un 7% de los hombres se le ocurriría ensayar esto. Además, a un 44% de los hombres le parecería una buena idea el «mostrar que se siente atraído por ella», mientras que mostrar lo atraídas que se sienten sólo les parece buena idea a un 31% de mujeres (CIS, 1995). A través de estas respuestas se puede entender las diferentes posiciones relativas de los hombres y de las mujeres en una sociedad en la que todavía se reserva a los hombres la iniciativa de dar el primer paso en el terreno sexual y a las mujeres la posición más pasiva de esperar a ser elegidas.

Las estrategias indicadas por las mujeres como más eficaces reflejan la reproducción del estereotipo de mujer difícil que ensalza su valor mediante una posición de reserva y distanciamiento sexual. Aunque las mujeres realmente se sientan atraídas, deben esperar a que el hombre tome la iniciativa y realice el ritual de galanteo para finalmente ceder, como si las relaciones sexuales fuesen algo que él busca y ella concede resignadamente. Tras este juego subyacen las imágenes socialmente construidas de la diferencia

sexual, la idea de que las mujeres no desean activamente sino que se dejan seducir pasivamente. Y, una vez más, nos tenemos que preguntar si tal actitud pasiva es compatible con la reivindicación del propio placer.

El refuerzo de estas ideas acerca de la sexualidad femenina no viene siempre de mentes conservadoras y de moralistas rigurosos sino que, muy frecuentemente, cuenta con la colaboración espontánea de psicólogos y sexólogos que confunden los comportamientos que encuentran a su alrededor con leyes de la naturaleza como si fueran principios científicos que no es posible contrariar. En la gran mayoría de los casos, la sexualidad ha sido tratada por los expertos bajo supuestos esencialistas. Es necesario tomar con reserva las supuestas explicaciones científicas realizadas por numerosos autores que presentan como indiscutibles las explicaciones biologicistas del comportamiento humano. Nosotras creemos, como dice Caplan, que «ningún comportamiento sexual humano puede dissociarse del contexto sociopolítico en el que tienen lugar y del sistema de relaciones sociales en el que está asentado. Asumir o afirmar esto es caer en la trampa del naturalismo y el esencialismo» (Caplan, 1992, pág. 77).

Por otra parte, el volumen de estudios antropológicos que describen la diversidad de comportamientos sexuales según las diferentes culturas, y la variedad histórica de las mismas, bastan para refutar la idea de que la sexualidad se fundamente sólo en el cuerpo y se derive simplemente del mandato biológico. Las diferencias fisiológicas sólo pueden explicar una parte de los comportamientos sexuales, mientras que las diferencias de género respecto al sexo son de origen cultural.

La importancia de la fidelidad

Es indiscutible que en España las definiciones culturales de los sexos siguen teniendo un peso enorme en la forma en la que se relacionan los hombres y las mujeres y constituyen un obstáculo a la efectiva igualdad de sus comportamientos.

El terreno de la fidelidad es uno de los ejemplos de la contradicción entre las ideas de igualdad en el ámbito ideológico y la supervivencia de la doble moral en la forma de juzgar los comportamientos. La fuerza de la cos-

tumbre impone sus reglas en los comportamientos, y la mentalidad colectiva tiende a justificar de una manera más tolerante a los hombres.

Las explicaciones, en uno y en otro caso, se apoyan acumulando razones para exculpar y comprender a los varones. Son las mismas mujeres las que coinciden en atribuir la diferencia en comportamientos sexuales a la mentalidad diferente de hombres y mujeres. La idea tradicional de que el sexo significa mucho para las mujeres y las compromete en mayor medida que a los hombres está todavía en vigor. Se tiende a ver a los hombres más impulsivos y capaces de mantener relaciones puramente sexuales, llevados por impulsos no reprimibles.

«El hombre piensa más con eso, y la mujer piensa con la cabeza; el hombre tiene parcelas y ya está, piensa con eso.»

«Para ellos es una cuestión fisiológica más que...»

Mientras que ellas se perciben más cautas, controladoras y enfocan la sexualidad globalmente. Las mujeres son más reflexivas.

«Nosotras no nos dejamos llevar tanto, nos controlamos más.»

«Te puede pasar, pero lo piensas antes.»

«Cuando yo estoy con alguien no me fijo en ningún otro, a ellos sí les pasa. Ellos no necesitan que ocurra algo raro en la relación para tirarse a una señora.»

Estas mujeres posiblemente sean capaces de perdonar a su pareja al entender que el hombre es así y hacer una distinción entre fidelidad «física» y fidelidad «mental». Sin embargo, cuando piensan en ellas mismas creen que la infidelidad en su caso sería cualitativamente distinta a la del varón que echa una canita al aire. Ellas no pueden pensar en tener un desliz puramente físico como los hombres.

Hay otras razones más profundas, además del peso de los estereotipos tradicionales, que explican la trascendencia de la fidelidad sexual. Una mayor asunción de la propia personalidad en la sexualidad les lleva a una mayor responsabilidad en sus relaciones y a dar mayor importancia a la fidelidad.

Esta autopercepción de exigencia que hacen estas mujeres jóvenes, que a la vez se sienten libres e independientes, tiene que ver con la importancia que dan a la sexualidad en su definición de la propia identidad y con el carácter global, holístico, de esa individualidad personal. Al enfocar la sexualidad de modo romántico, como medio para establecer un proyecto común, estas mujeres no tendrán relaciones extraconyugales a no ser que se enamoren de otro hombre. La infidelidad sería un indicio de que su relación se ha deteriorado y ya no se sienten completas o satisfechas con su pareja. El tener un amante constituiría una alternativa a la pareja actual.

«Desde el momento en que yo engaño, es que no estoy bien con esa persona, y la dejo. Desde el momento en el que me voy con otro es que algo falla.»

Pero la diferencia con el modelo tradicional es que exigen reciprocidad. De la misma manera que dan gran importancia a su compromiso sexual, también plantean una exigencia de fidelidad total a su pareja. Sin embargo, a la hora de aceptar o perdonar el desliz en su pareja se muestran más abiertas, no porque el hombre deba tener mayores prerrogativas, sino solamente en tanto en cuanto pueden entender que, para él, la infidelidad sexual no ha sido más que un desliz pasajero, que no ha cobrado mayor importancia. El hecho de que perdonen a su compañero o su marido viene influido por distintas variables, entre las que destacan por su importancia las razones del entendimiento y la sinceridad personal, que saldrían reforzados al entender que siempre que ocurriera algo ellas lo sabrían.

La intransigencia ante la infidelidad está en relación con la importancia que otorguen a la idea de confianza mutua. Cuando conciben la confianza como el soporte necesario de su relación afectiva, no pueden tolerar que esta confianza se quiebre por nada, aunque sea sólo algo físico. La infidelidad es una falta de respeto y lealtad que rompe la relación global.

«Yo puedo aceptar que en un momento dado ocurra esto, pero se acaba, no te compensa estar con esa persona.»

«Tú te comprometes con una persona, hay una fidelidad de por medio.»

«Es una falta de respeto.»

«Para mí es sagrado.»

La infidelidad es importante porque quiebra la confianza. Además, esta ruptura de la confianza provoca una gran inseguridad ya que, si él es capaz de ser infiel una vez, ellas no pueden confiar en él nunca más y vivirán siempre con la sospecha.

«Si te lo hace una, te lo hace dos.»

«La reacción es que te ha traicionado, ya no le creo.»

Las mujeres que conciben su relación de pareja más como una unión de convivencia y no tanto como una fusión afectiva, serán más propensas a tolerar los deslices, siempre y cuando se mantengan dentro de unos ciertos límites y no se trate de relaciones paralelas. Esta posición se ve reforzada en el caso de mujeres casadas con hijos, que se sienten atadas por sus hijos y dan prioridad ante todo a la estabilidad de la vida familiar.

«Toleramos, tenemos detrás toda esa carga que también te puede.»

«Tú porque no estás casada y no tienes unos hijos y puedes dejar la relación más fácilmente.»

Muchas mujeres sacrifican su bienestar afectivo al de sus hijos y toleran la infidelidad para proteger la estabilidad de la familia. Este planteamiento coincide con la posición tradicional de las mujeres, que anteponen el bien ajeno a su realización personal. Puesto que la ética del sacrificio personal y de las actitudes comunitarias está retrocediendo ante el avance de la ética individualista, es previsible que este tipo de mujeres sea cada vez más escaso entre las nuevas generaciones, pero todavía es una actitud muy frecuente que impone la ponderación en la respuesta que dan a la infidelidad del marido.

La infidelidad femenina

Sin embargo, observamos cómo entre las mujeres jóvenes, aun entre mujeres casadas y con hijos, se abre paso una mentalidad exigente e igualitaria que plantea las mismas responsabilidades a la conducta sexual de su pareja que a la suya propia. Son las mujeres que se han aproximado más a la postura, considerada masculina, de separar sexualidad y afectividad las que

tienen un enfoque mucho más igualitario frente a la infidelidad. En contraste con las mujeres que se conciben distintas a los hombres, estas mujeres sí se imaginan como potencialmente infieles y dejan de hablar de la infidelidad como un supuesto alejado de ellas. Frente a las mujeres que, cuando se habla de infidelidad, se imaginan en la situación de engañadas, estas mujeres también se visualizan como posibles engañadoras.

«Aunque yo esté enamorada de mi pareja, puede ser una cosa completamente pasional. Mi relación de pareja no está basada totalmente en eso. Totalmente pasional no es. Es otro tipo de relación. Con lo cual puede ser que esa persona me dé algo que no me da él. Puede ser puntual.»

«Yo no creo que se rompa nada, pero hablo por mí, una cosa es lo que me puede pasar a mí, y me pasa y no pasa absolutamente nada.»

La infidelidad se desacraliza y pasa a ser tratada como un tema que hay que negociar. El que sea admitida o pactada en la relación no dependerá tanto del compromiso formal que hayan adquirido sino de la disposición psicológica subjetiva de la pareja. Se intuye aquí la nueva concepción de la moralidad como algo plástico, variante, circunstancial y relativo. La infidelidad no es un mal en sí mismo, absoluto y amenazante, sólo es negativa si para alguno de los dos resulta perjudicial. Esto es característico de la posmodernidad en tanto que no existen valores únicos sino diversidad de formas subjetivas de construir los proyectos vitales. Por tanto, el verdadero determinante del valor de la infidelidad será que ambos lleguen a un consenso.

«Si te va bien (...) Es el carácter, porque hay gente que puede olvidar y gente que perdona, y gente que no lo lleva bien, que está aguantando y sufriendo.»

«Depende de con quién se vaya. Quizás un día se va con una desconocida una noche. Si un día se fuera con una amiga o con mi mejor amiga es más duro.»

Estas actitudes de equilibrio en cuanto al juicio que harían de la infidelidad masculina tienen también relación con la situación de libertad y movilidad en la que ellas se encuentran. Las mujeres que se ven a sí mismas con esa libertad personal de elegir tienen una exigencia más igualitaria con

respecto a su pareja, y ello sobre todo por adoptar una postura, que podemos llamar posmoderna, en la que no hay juicios definitivos a priori sobre una conducta, sino que se relativiza constantemente la importancia que ésta alcanza en cada situación.

«¿Qué pasaría si alguna vez tuviera una relación en un viaje? Yo antes pensaba que eso estaba totalmente fuera, porque con 18 años estaba con tres a la vez a lo mejor, pero dije ¡no! Porque eso me perjudicaba a mí y no lo volví a hacer, pero ahora, y este sí que ha sido un cambio de mentalidad, al ir teniendo más años, pienso “que él lo vaya a buscar no lo veo como tan malo” y antes era partidaria de sinceridad absoluta y, bueno, ahora no. Ahora pienso que te puede surgir y que nadie está libre de pecado, y que ojalá te lo tomases lo mejor posible. Si me tiene que pasar, que sea con calma.»

«No sabes, no puedes decir ¡buah, yo no lo consentiría! Yo creo que hasta que no te pasa, y según te pase y cómo te pase. No hay determinantes.»

Para estas mujeres, cuya actitud se asemeja más a la disponibilidad sexual entendida tradicionalmente como masculina, tiene sentido aceptar la infidelidad dentro de la pareja porque hacen una distinción clara entre una relación física y una relación psicológica y profunda.

«Una de mis mejores amigas, llevan años, una pareja modelo, y ella sabe que va con prostitutas, él se lo cuenta. Y yo le dije, quizá un toque de madurez, pero ¿cómo se puede llevar? Y ella dice: “Es sexo, lo malo sería que se enamore”.»

«Si realmente pensara que me he enamorado, que no es una cosa simplemente pasional, sí que se lo diría. Para mí una cosa sin amor no resulta importante, y por una cosa simplemente sexual, pasional, no le daría ninguna importancia.»

La infidelidad será mucho más difícil de superar si la otra relación adquiere también sentimientos fuertes de apego personal porque, en este caso, la primera relación perdería el sentido y la razón de ser. Incluso alguna mujer plantea la infidelidad mental como más grave que el encuentro físico con otra mujer.

«Infidelidad mental, eso sí que sería mucho más agudo y me plantearía mi pareja en ese caso. Si está pensando en otra, ya no está pensando en mí en ese momento.»

El que se admita la posibilidad de encuentros extraconyugales puntuales y fortuitos se basa en el supuesto de que la pareja sigue aportando suficientes beneficios como para ser más importante que el amante. Siempre y cuando la infidelidad se limite a un desliz, se puede incluso ocultar y este «silencio» se legitima por el hecho de no herir a la pareja por un asunto clasificado como irrelevante e insignificante.

«Si tú quieres mucho a esa pareja y sabes que le vas a causar sufrimiento, porque para ti (el desliz) no representa nada, tiene derecho a mentiras piadosas.»

«No engañar no; un desliz que he podido tener yo y si no lo he contado no he engañado a nadie, pero si llevo siete meses...»

«Yo una infidelidad de un día, de un momento, un desliz, pues bueno, puede ocurrir, ... no se busca pero puede ocurrir.»

En estas actitudes domina una mentalidad pragmática y racional, basada en que cada sujeto se rige por un cálculo de costes y beneficios y, por tanto, la unión está determinada por el balance positivo de los mismos; no se piensa en la fidelidad sexual como algo incondicional. El que muchas mujeres jóvenes empiecen a pensar así equilibra la asimetría tradicional y las lleva a una igualdad que tiene un toque de utilitarismo desencantado. Podemos decir que se impone el pragmatismo pero que a la vez se produce un cierto desencanto, sobre todo en tanto que se pierde la firmeza de algunos principios sólidos del pasado. Por ejemplo, cuando se comparan con su madre en estas cuestiones, aunque admiran a su madre, no quieren ser como ella al constatar que ella se imponía un principio de sacrificio y se regía por unos ideales de generosidad e incondicionalidad que no eran correspondidos. Si no se puede lograr que los hombres adopten una actitud más unitaria en cuanto a vincular amor y sexo, ¿por qué van a ser ellas las tontas de las que se aprovechen los demás?

«Ahora por igual, de hecho hay muchísimas, que yo me alegro, que han puesto los cuernos ellas. Implícitamente están diciendo: yo no voy a ser la tonta engañada, que se entere de que yo no voy a tolerar esa injusticia.»

La sexualidad de las mujeres ha alcanzado unos destacados niveles de libertad en relativamente poco tiempo. Han conquistado el derecho de conocer a fondo todos los temas relacionados con ella, de hablar libremente de la sexualidad, y de gozar de ella como algo desligado de la procreación sin sufrir una estigmatización social. Sin embargo, sigue habiendo importantes resquicios de mentalidad católica y estereotipos de género que implican desigualdad entre hombres y mujeres. La fidelidad sigue siendo muy valorada por hombres y mujeres, pero la actitud de éstas está cambiando radicalmente respecto al pasado. Este cambio simboliza un cambio de actitudes respecto a la pareja. Creemos que existe un conflicto entre lo que muchas mujeres dicen y lo que realmente desearían. Al perder la esperanza de tener una pareja que llene plenamente a ambos y en la que haya total reciprocidad, deciden adoptar posiciones más pragmáticas y realistas. Esta actitud y las relaciones que a partir de ella se establecen pueden ser una defensa, una reacción, ante la injusticia de dar y no recibir, de ser fieles y engañadas. Ante esto las mujeres jóvenes se plantean una nueva moral de la igualdad como segunda opción, menos mala que la situación clásica del doble rasero.

«La mujer es un poco ingenua, piensa que su pareja no le va a poner los cuernos nunca, que es muy bueno.»

En general, se advierte una incipiente tendencia hacia el equilibrio de exigencias en cuanto las relaciones amorosas y sexuales en la pareja que resulta como consecuencia de un equilibrio entre el yo y el tú en la pareja que hace considerar en el mismo plano las necesidades propias y las ajenas. Por otra parte, se extiende la tolerancia y el reconocimiento de los valores ajenos. En estos cambios también tienen importancia los aspectos pragmáticos, el considerar primeramente si la unión es conveniente para ambos, qué les aporta a cada uno, sin incluir sacrificios excesivos. Por otra parte, la comunicación afectiva se hace primordial, el placer personal se hace recíproco y se exige para alcanzarlo la participación cooperativa. También influye en estas actitudes el reconocimiento de que las relaciones de pareja son menos duraderas y ello hace preciso estar dispuesto a enfrentarse a todo tipo de problemas y situaciones.

IV. Compromisos y vínculos

La defensa de la propia identidad se enfrenta con la necesidad de compromiso implícita en las relaciones de pareja. Y en ese equilibrio entre el compromiso y la salvaguarda de la autonomía personal se dilucidan las relaciones de pareja. Las mujeres jóvenes, que se encuentran insertas en un proceso de cambio, tienen ante ellas una serie de contradicciones para las que no existen aún modelos, tanto en el ámbito de las cuestiones prácticas de intendencia doméstica como a niveles afectivos.

La convivencia cotidiana es el terreno en el que se debaten los problemas más profundos y a la vez más inmediatos de las parejas. Ocupa un lugar prioritario en las relaciones de la gente joven porque es la arena en la que se debaten una serie de cuestiones íntimamente unidas al concepto de feminidad y masculinidad, que trascienden incluso los afectos. La convivencia, y las reglas de juego que sobre ella se establecen, son críticas en cuanto es donde se definen los roles y los espacios respectivos del hombre y de la mujer. El equilibrio en el reparto de responsabilidades y deberes de cada uno en la vida cotidiana constituye una reclamación esencial de las mujeres que lo ven como elemento necesario para romper con la dicotomía tradicional de género, según la cual el espacio privado es para las mujeres y el espacio público para los hombres.

La vida en común

La mayoría de las mujeres, que no tienen ni ambiciones ni posibilidades de acceder a compartir el poder de decisión en otros ámbitos de la sociedad, advierten que su lucha fundamental por la igualdad está en el terreno cotidiano, en el día a día. El éxito de la convivencia en las parejas jóvenes, aquellas que ofrecen las mentalidades más progresistas, pasa sin duda por la equidad en el contrato doméstico, y pasa por no tener que exigir diariamente el cumplimiento de lo pactado en cuanto a ese nuevo contrato social de paridad doméstica.

«Si tienes a tu lado un individuo que es egoísta, que realmente va a lo suyo y tú eres una burra de carga, pues la pareja se resiente.»

En esta intimidad diaria de la vida cotidiana no sólo está comprometido el éxito de la convivencia, sino igualmente la autoestima como persona de las mujeres, en la medida en que conseguir un reparto equilibrado de las funciones domésticas, supone ante ellas mismas y ante los demás una revalorización de su imagen, y el haber alcanzado y adoptado los valores que definen a las mujeres modernas.

Para entender la preparación de los jóvenes para la convivencia en pareja es preciso tener en cuenta las formas de socialización que tanto hombres como mujeres hayan recibido. A este respecto tiene mucho que ver la edad de emancipación de los jóvenes y las pautas de mantenimiento durante un largo período de tiempo de los jóvenes adultos en el hogar de sus padres. La emancipación temprana de los jóvenes, en aquellos países en que se produce, va mayoritariamente unida a que éstos viven por su cuenta durante una serie de años antes de formar pareja y contraer matrimonio. Esto les obliga a un cierto entrenamiento doméstico que es mucho menos frecuente cuando los jóvenes viven en el hogar paterno hasta una edad más avanzada.

Hay una gran diferencia en las pautas de comportamiento de los padres y, sobre todo, de las madres, cuando se trata de hijos o de hijas. Pues mientras que es habitual, al menos en nuestro país, que los hijos no compartan apenas las tareas y ocupaciones domésticas en casa de los padres, para las mujeres esta norma no es regla general. A la mayoría de las mujeres se les obliga a colaborar en las tareas domésticas aunque vivan en casa de sus

padres. Sólo en los últimos años y como consecuencia de esta transformación del rol femenino encontramos una serie de mujeres apenas entrenadas, la mayoría de las veces como consecuencia de ese deseo de las madres de ayudar a sus hijas a que se desenvuelvan en el mundo exterior evitándoles, en la medida de lo posible, cualquier ocupación doméstica, que les quitaría tiempo para sus otras actividades.

De modo que la prolongación de la convivencia en el hogar paterno produce la incapacidad doméstica de buena parte de las generaciones jóvenes, que se acostumbran a vivir en casa de sus progenitores sin apenas aprender a cuidar de sus necesidades cotidianas. Dejando fuera a esa minoría de familias de las clases más acomodadas en las que ninguno de los miembros de la familia se ocupa de las tareas domésticas, en el conjunto de nuestro país son sobre todo las mujeres de mediana edad las que están cargando con el peso de todos esos trabajos que son necesarios para hacer llevadera la vida cotidiana.

Pues bien, entre las parejas jóvenes hay una gran diferencia según los grados de preparación que unos y otros tengan antes de ponerse a vivir juntos y un dato que marca bastante la diferencia es el que el hombre haya vivido por su cuenta previamente al matrimonio.

«Es importante irse de casa de sus padres y haber vivido solo. Mi novio ya había vivido dos años solo.»

La independencia de los hombres respecto a su familia supone un obligado paso por la educación en los trabajos domésticos. No hay mejor escuela que haber vivido solo, y sin ayuda de ningún tipo, para aprender de forma natural los quehaceres cotidianos.

Las reglas del juego

Las mujeres que consideran que han avanzado más en este aspecto son las que obtienen un compromiso previo, que definen las reglas de juego antes de vivir juntos:

«Desde el primer día que salí con él, y cuando las cosas fueron un poco más serias, yo le dije: “El día que nos vayamos a vivir juntos o nos

casemos todo al cincuenta por ciento, así que luego no me eches la bronca diciendo que te he engañado. Si yo no trabajo, bueno, pero como yo tenga un trabajo del día entero, te va a tocar fregar, hacer la cena y todo” y así ha sido.»

La firmeza en la actitud respecto de esta nueva norma de compartir se refleja en algunas mujeres que prefieren abandonar sus criterios y exigencias de pulcritud en el hogar a ceder al comportamiento tradicional del hombre de no responsabilizarse de la intendencia del hogar.

«Si él pasa, yo paso... se llega incluso a la dejadez.»

«Hay personas que pueden hacerlo, platos de toda la semana, ropa.»

Con tal de no ceder el terreno al contrario se pasa por el abandono, la dejadez, se cierran los ojos ante el desorden, se reducen las exigencias y se come cualquier cosa antes que claudicar cocinando sólo ellas.

«En mi casa se toman pizzas.»

Aunque muchas veces la resistencia masculina es más fuerte que la insistencia femenina.

«Yo conozco casos que al final no ha fregado él, ha contratado una asistente.»

«Yo friego y hago la cama, pero cuando él tira los calcetines por ahí en cualquier rincón, lo voy recogiendo todo, abro la puerta del estudio y hago ¡pumba! y cierro. Cuando viene alguien y dice: “Qué limpia tienes la casa”, digo: “Ahí no se mira porque es el basurero”. Luego le digo: “Entra y recoge eso”.»

Los hombres se escudan en que no han sido enseñados para realizar las tareas domésticas y hay que tener en cuenta que no es infrecuente, también entre las mujeres, la falta de preparación en estas cuestiones domésticas. Incluso, la falta de entrenamiento y la ignorancia de estas cosas a veces se tienen a gala. Se observa entre algunas mujeres jóvenes un cierto orgullo por el abandono de los saberes tradicionales y un distanciamiento de la posición de expertas en las tareas domésticas, ya que ser torpe en alguno de los cometidos clásicos de las amas de casa no lo consideran ningún deterioro de su imagen.

Este desprecio a todo lo doméstico tiene que ver con el impulso que muchas mujeres reciben de sus madres, para que estudien y trabajen, que les liberan, mientras que viven en la casa materna, de todas las obligaciones y responsabilidades domésticas.

«Yo no sé poner la lavadora, en mi casa nunca la había puesto, estaba mi madre.»

De modo que muchas mujeres jóvenes están recibiendo en la actualidad el mismo tipo de educación que se daba tradicionalmente a los hombres, a los que no se responsabilizaba de las tareas domésticas y a los que no se entrenaba para ellas.

Como consecuencia de estas formas de socialización familiar, los hombres y las mujeres de buena parte de las parejas que inician su convivencia tienen la misma falta de preparación y de conocimientos acerca de los trabajos cotidianos del hogar. Esto puede suponer un punto de partida equilibrado e igualitario, pues ambos, a partir de una ignorancia común, han de construir una forma de relación en la que compartir y aprender juntos sea el camino inicial. Desafortunadamente, estos procesos no se producen en el vacío. A pesar de ese punto de partida similar, frecuentemente se repiten las pautas tradicionales de género en estas parejas. Y es en estos casos en los que las mujeres se sienten más injustamente tratadas porque, aunque ambos estén igualmente desentrenados para la vida doméstica, a ellas se les exige en mayor medida un desempeño para el que, igualmente, no se les ha preparado. Ello se debe a que, una vez que se inicia la convivencia, comienzan las presiones sociales de todo tipo para que ambos, el hombre y la mujer, cumplan con sus roles de género.

Las dependencias afectivas y el peso de la tradición

Un aspecto que hay que señalar es el temor al chantaje sentimental de los primeros momentos de la convivencia, el temor que muchas mujeres expresan de ser cariñosas y débiles al principio y no sentar las bases del reparto desde el primer día.

Algunas mujeres han manifestado su cautela ante el temor de caer en la trampa de seguir la trayectoria fácil que marcan las pautas tradicionales.

«Llevamos poco tiempo viviendo juntos, porque aunque él estaba trabajando desde hace tiempo, yo no me quise arriesgar a no encontrar un puesto de trabajo y ponerme a vivir juntos. Aguanté en la casa familiar por eso, porque era meterte en el papel de “mujer de” y como lo cojas desde el principio, luego es mucho más difícil cambiar el chip. Por eso me dije, espérate. Yo tenía miedo de empezar así.»

Hay que destacar esta nueva forma de establecer las relaciones de convivencia en las mujeres con actitudes más progresistas. Por una parte, están llenas de cautelas reveladoras de lo incierto aún de sus propias convicciones y, por otra parte, temen del efecto devastador de la dejadez del hombre sobre las vivencias emocionales de las primeras fases de su unión.

Ante la incompetencia doméstica masculina, algunas mujeres optan como solución por prescindir de su apoyo. A medio camino entre estas posturas más drásticas ante el nuevo contrato de pareja y las más conservadoras que aceptarían el reparto doméstico tradicional, aparece lo que Kaufmann ha denominado «el hombre alumno» que disciplinadamente se somete al aprendizaje de las tareas domésticas teniendo como solo instructor a su pareja femenina. Es de ella de la que aprende y a ella a la que informa sobre sus éxitos o fracasos en cualquiera de los deberes domésticos encomendados (Kaufmann, 1992).

«Él asume que si hay que cenar él hace de pinche. ¿En qué quieres que te ayude? ¿Qué tengo que hacer ahora?»

El mayor problema proviene de que en general, como demuestra Kaufmann en su análisis de la pareja a través de la ropa de la casa, el hombre es en estos temas un «mal alumno». Aprende despacio y trabajosamente y sólo una dosis de comprensión amorosa es capaz de tolerar sus torpezas.

«No es que no quiera hacerlo es que –dice él– si tu me dices cómo se hace, yo no tengo problemas en hacerlo, pero si no me lo dices no sé.»

No obstante el alumnado masculino ha tenido que avanzar a un ritmo que, según los testimonios de sus parejas, supera lo que ellos mismos son capaces de asumir:

«Es el gran cambio en una generación. Pensar que mi padre no hacía nada en su casa y ahora hacerlo todo, para ellos es un cambio muy brusco.»

«Se quejan porque dicen... todo en una generación. En época de mi padre nadie hacía nada de nada, todo se lo encontraban hecho.»

Esta posición de hombre-alumno es según Kaufmann una realidad social construida sobre la desigualdad entre los sexos en el ámbito de las tareas domésticas, la medida del *decalage* en el ámbito doméstico es sintomática de la desigualdad de género.

Efectivamente, para muchas mujeres el éxito en el reparto igualitario de lo doméstico supone algo más profundo que el simple lavado de la vajilla o hacer las camas. Supone llevar a su terreno al varón indomable y hacer que se superen muchos de los prejuicios históricos ante estas tareas «de mujeres». Se trata de descargarse de tareas y responsabilidades. Por supuesto que hay un aspecto fundamental de estas reivindicaciones ya que suponen reducir el tiempo y la carga del trabajo doméstico de las mujeres. Pero también hay otro aspecto que es fundamental y es el criterio de compartir y de sentirse personas del mismo tipo, de poder consolarse igualmente respecto a la pesadez de algunos trabajos y de poder disfrutar igualmente del ocio. Es en este sentido de no aceptarse como individuos de segunda categoría frente a aquellos otros que no se dignan en ocuparse de una serie de actividades por considerarlas propias de seres inferiores.

«El problema no es que lo hagan o no, es que se lo tengas que decir.»

Es natural que estos cambios impliquen resistencias y éstas se advierten a veces de forma indirecta, incluso residual. Por ejemplo en el estudio sobre *Las actitudes de los hombres españoles* realizado en 1987 para el Instituto de la Mujer, se reflejaba que algunas de estas resistencias eran mayores ante el temor de poder ser observadas por los demás. Por ejemplo, aparecía como frecuente que algunos hombres se resistieran a limpiar cristales o a tender la ropa ante el miedo a ser vistos por los vecinos en mayor medida que a barrer o planchar. Había una serie de hombres que no se negaban a colaborar en los trabajos domésticos pero que se resistían a que este acuerdo trascendiera más allá de los muros de su casa, lo aceptaban pero entendiéndolo como un acuerdo en cuanto a sus relaciones de pareja sin que ello pusiera en cuestión su imagen en el exterior (Escario *et al.*, 1988).

El dinero en las parejas

La situación histórica de cambio en la que vivimos hace que los roles socialmente asignados a las mujeres estén aún en discusión. Hay una cierta ambivalencia social acerca de cuál es la posición adecuada de las mujeres y cómo deben atenerse a ella. No está claro si la familia, los hijos o el trabajo deben ser las prioridades y ello hace más complicada la decisión femenina.

La diferencia mayor con el pasado es el equilibrio de poder que se deriva de los ingresos económicos de las mujeres. Actualmente los ingresos económicos son fundamentales a la hora de entender el nuevo rol de la mujer en la familia. Entre las mujeres participantes en el estudio se advierte la conciencia del cambio que esto produce, a pesar de las grandes desigualdades que persisten en el terreno laboral:

«Hay que reconocer que hemos avanzado un poquito. Antes como era el marido el que llevaba el dinero a casa. ¿Quién tomaba las decisiones? El marido.»

La autoridad, las decisiones, el poder en una palabra, está cambiando en el interior de los matrimonios. Es una idea muy generalizada la de que se produce un equilibrio de poder entre el marido y la mujer como consecuencia de que ella también aporte un sueldo a la familia. Esto se aprecia sobre todo cuando se mira retrospectivamente hacia las relaciones matrimoniales en las que los papeles estaban más diferenciados, él traía dinero a la familia y ella trabajaba dentro de la casa. En esta situación, las mujeres se sentían más dependientes ya que no tenían recursos propios y no era posible la supervivencia fuera de la familia.

«Los matrimonios se llevaban mal y aguantaban, ahora no.»

Aunque todavía las tareas domésticas se repartan desigualmente y la diferenciación de responsabilidades por género persiste, las mujeres ya tienen voz y voto ante su pareja. Las mujeres han alcanzado otra posición y, aunque no han abandonado todavía sus papeles domésticos tradicionales, se sitúan de una forma diferente en relación con los hombres, sobre todo como consecuencia del trabajo remunerado, por tener acceso a ingresos propios. Los ingresos económicos cambian el interior familiar porque ayudan al bie-

nestar de la familia, pero cambian sobre todo la relación de fuerzas entre los hombres y las mujeres.

La gestión del dinero en la pareja

En cuanto a sus relaciones de pareja, es entre las mujeres que trabajan entre las que se encuentra más claramente el discurso del compromiso emocional como prioritario sobre la relación institucional. Para ellas hay poca diferencia entre vivir juntos y estar casados porque conllevan el mismo tipo de compromiso personal. Y en lo que respecta a la administración de ingresos y gastos se comportan de forma parecida. La economía es un elemento importante para demostrar independencia.

«Por mucho que confíes en tu pareja, por mucho que la quieras hay que tener ingresos [...] yo no podría, te sientes mantenida.»

En los casos más habituales, en las parejas en que ellas trabajan, el dinero influye las relaciones de pareja en la medida en que a través de la determinación de tener ingresos propios se manifiesta un rechazo frontal a las formas tradicionales de pareja. «Tú a mi no me mantienes» es la frase con la que rechazan la posición tradicional que les amenaza si mantuvieran la convivencia sin trabajar por su cuenta.

En cuanto a las formas concretas de gestión de los gastos llegan a veces a una extrema escrupulosidad en la determinación de equilibrar las relaciones económicas entre ambos. El dinero propio adquiere un significado extraordinario, tanto entre las mujeres autónomas como entre las que objetivamente son más dependientes porque sus ingresos son notablemente inferiores a los de sus parejas.

El dinero es uno de los vehículos más fundamentales de las relaciones de poder en la pareja y las mujeres son especialmente sensibles a ello.

«El dinero es una fuente de poder.»

«Es una manera de dominar al otro.»

A pesar de que las leyes que dominan las normas del matrimonio en nuestro país sean igualitarias, estas leyes no se ponen de manifiesto hasta

que uno de los dos se muere o cuando la pareja se rompe. Mientras dura la convivencia la realidad cotidiana viene marcada por las diferencias en quién ingresa el dinero y cuánto aporta cada uno al mantenimiento económico. Incluso entre las parejas jóvenes, es mayoritariamente el hombre el principal sostenedor económico, en un 78% de los casos cuando no hay hijos y en un 92% cuando hay hijos. (INJUVE, 1996).

«El único conflicto que tengo es que él tiene un salario muy bueno y además está fijo en su trabajo y me está diciendo: “Venga, no te preocupes que si eso te ayudo yo”, y yo soy la típica mujer que no quiere vivir de su pareja ¿pero qué más da? “Que tú a mí no me mantienes”. Cuando va a hacer la compra y dice: “Esta vez la pago yo” compra leche Pascual con calcio y cuando pago yo... leche Dia. Lo nota a nivel económico y aunque él hace como si no pasara nada la que se siente incómoda soy yo.»

Las posiciones de ambos géneros todavía no se han equilibrado. Si hacemos la ecuación de dinero igual a poder, el problema del poder no ha desaparecido ya que todavía, en la mayoría de los casos, las mujeres siguen ganando menos que sus parejas. Podemos decir que la distancia se ha acortado pero todavía la desigualdad de ingresos puede marcar diferencias en el seno de las parejas. Sobre todo en aquellos casos en los que se toma la decisión de que la mujer se dedique menos al trabajo remunerado.

«El problema es decir: “No trabajo como tú, no gano como tú”; es lo típico que hacemos todas.»

No está muy claro si, en este caso, el poder de decidir viene mediado por la cuantía de los ingresos. Estamos ante una disyuntiva nueva que se resolverá de diversas maneras, teniendo en cuenta la decisión de quién cogerá la baja por maternidad o el permiso de paternidad, y otras decisiones que vendrán guiadas por los ejemplos de la tradición y los estereotipos clásicos o en los que la pareja tratará de innovar y emprender caminos nuevos. Ello puede suceder porque la mujer sea la que más aporta económicamente en el hogar y siguiendo la lógica económica deberá cambiar los patrones clásicos.

«Si la mujer es la que económicamente trae el dinero a casa, cuando su vida profesional es superimportante y sabe que coger la baja maternal le

impide poder seguir con el cargo que está desempeñando, y el marido no tiene ningún problema, a ver, no hay ningún problema.»

Una de las resistencias que se advierten para la equiparación de las mujeres y los hombres es que el trabajo fuera del hogar de la mujer se sigue considerando como una ayuda al sueldo masculino que es el fundamental. Lo complicado de la cuestión es que esta mentalidad, esta forma de valorar el trabajo de las mujeres, se apoya y se refuerza en las discriminaciones salariales que producen que, en la realidad de la mayoría de los casos, las mujeres ganen salarios menores que sus maridos. (Alberdi, 1999). La situación es como una espiral que se autoalimenta, porque a menudo esta visión de la voluntariedad del trabajo femenino, de su importancia subsidiaria, es la que justifica que la mujer sea la que tiene que asumir más responsabilidades familiares y limitar la dedicación a su carrera para facilitar la buena marcha de la carrera del cónyuge.

Pocos hombres anteponen el desarrollo profesional de su mujer al suyo propio, mientras la situación contraria es la predominante. Así tenemos que, mientras que el proyecto profesional del hombre acaba siendo el «proyecto familiar», el de la mujer es algo singular, es algo suyo propio en exclusiva, aunque encuentre, en los casos más favorables, comprensión y ayuda por parte de su familia. La idea que está implícita en este planteamiento es que el proyecto principal de la mujer tiene que ver más con el terreno afectivo y familiar que con el profesional (Informe España, 1998).

Esta identificación del trabajo asalariado con la vida propia y con la independencia personal se advierte también a través de aquellas mujeres que saben que están sacrificando esa vida propia en función de otras obligaciones o responsabilidades familiares. Ya sea por la propia experiencia, o la de sus madres o la de amigas de generaciones anteriores, nos hablan de cómo tantas mujeres asumen el papel de madre y educadora que propicia las carreras de los hijos y renuncian a su profesión o deciden entregarse menos a su profesión para dedicarse a apoyar el ascenso profesional del marido. En este caso, sus carreras están a merced de las necesidades familiares.

«Mi marido se siente responsable de la familia, lo que ocurre es que tiene claro su camino profesional, vamos, por ejemplo, si tuviera que cam-

biarse de residencia lo tendría que asumir, yo estoy más paralizada, la verdad.»

«Él también es médico y trabajamos en horarios diferentes. Pero bueno, yo soy la que tengo que restringir más el horario, y él es el que trabaja más horas. Y estoy en casa.»

Esta actitud está siendo superada poco a poco a través de la defensa del propio empleo de las mujeres más jóvenes y formadas, pero esta pretensión de entrega profesional choca, sin embargo, no sólo con las imágenes sociales predominantes, sino también con los intereses de muchos hombres, que sienten la necesidad de defender su posición. En la decisión acerca del futuro profesional, en aquellas parejas en las que ambos tienen deseo de volcarse y promocionarse laboralmente, el entendimiento, a la hora de tomar responsabilidades familiares, está presidido por la situación económica, es decir por los ingresos de cada uno. La manera de enfocar la disyuntiva entre el trabajo fuera del hogar y las responsabilidades familiares se lleva a cabo guiándose por criterios supuestamente económicos. Las necesidades económicas del hogar y los niveles deseados de consumo requieren dos sueldos, y sobre todo si se tienen hijos. Por otro lado, una mayor cantidad de mujeres jóvenes tienen contratos definidos y sueldos bajos. En el caso de que el sueldo femenino no sea lo suficientemente alto para cubrir los gastos del coste de oportunidad, es decir la sustitución de sus servicios de cuidado y atención familiar, lo «eficiente» desde un punto de vista económico es que la mujer deje su empleo.

«Simplemente lo que te aporta tu trabajo es un sueldo a fin de mes que lo pierdes si tienes que dejar a tres hijos en la guardería, tener una asistente, son opciones personales.»

Sin embargo, este coste de oportunidad puramente económico no determina el abandono del empleo en todo los casos porque también se valora la satisfacción de la mujer por tener un empleo extradoméstico y también se sopesa en la decisión el «coste personal» de dejar su trabajo y la previsible dificultad de reincorporación.

A nivel agregado, podemos ver, en los datos y estadísticas laborales, como hay una incidencia de todos estos factores en la decisión de mantener

o dejar el empleo. Las mujeres con estudios universitarios son las que en mayor medida prefieren continuar con el empleo y no interrumpir sus carreras, lo que es coherente con las expectativas de promoción profesional y también como se mide si el sueldo puede compensar en mayor grado los gastos de sustitución de su actividad doméstica.

Los arreglos prácticos respecto del dinero, en cuanto a cómo se administra y cómo se distribuye el gasto, son muy variados y no necesariamente coinciden con las formas en cómo se ingresan los recursos de la pareja. Van desde la forma más comunitaria de poner todos los recursos en común y gastar indistintamente de este fondo para todo, hasta aportar separadamente un tanto cada uno para los gastos corrientes, pasando por aquellos que ponen un fondo común para lo más habitual y se reservan el resto como parte personal de cada uno. En Cataluña se advierte una mayor costumbre de separar los ingresos y los gastos de la pareja, quizás por la tradición legal de separación de bienes dentro del matrimonio, que influye en el desarrollo de una mayor sensibilidad ante estos aspectos económicos de las parejas. De todas formas encontramos, entre las mujeres y las parejas jóvenes, una enorme diversidad de comportamientos en cuanto a los acuerdos económicos que marcan sus situaciones de convivencia o de matrimonio.

«Yo, por ejemplo, los dos tenemos una cuenta compartida y una de cada uno aparte, siempre he querido conservar la de cada uno, tener siempre tu rinconcito y luego la hucha para las cosas que tengas en común, tener intimidad que quieras o no, el dinero da intimidad.»

Los jóvenes reflejan en sus manifestaciones acerca de los acuerdos económicos de pareja la importancia de dos factores, la mayor precariedad laboral de las mujeres y el peso de la tradición patriarcal que todavía atribuye a los varones las responsabilidades económicas en la familia. Para entender los acuerdos de las parejas es preciso entender las diferencias de posición que hombres y mujeres tienen en el mercado laboral como en los modelos mentales de organización social y familiar.

«Él gana más dinero que yo a veces. Él tiene un sueldo fijo y yo puedo ganar un montón un mes y de repente nada, pero yo no lo veo como una lucha, yo lo veo que tenemos los dos un sueldo que está en común.»

Incluso se dan las situaciones en que la mujer gana más que el hombre, y esta subversión puede ser muy difícil de llevar para un hombre educado en la cultura del varón proveedor.

«Cuando empezó a hacer aguas mi relación sentimental fue porque yo empecé a ganar más dinero que él.»

Relaciones de pareja

A medida que cambian las mujeres y adquieren una serie de capacidades y funciones nuevas, ha de reflejarse necesariamente esto en sus relaciones y en su vida íntima. Respecto a los hombres, su posición está cambiando radicalmente, pues al dejar de ser mujeres, en el sentido tradicional del término, y empezar a ser «personas del sexo femenino», exigen de los hombres que cambien sus actitudes hacia ellas. Este es un cambio muy deseado por las mujeres que necesitan el espejo reflejo de sus compañeros para afianzarse en su nueva identidad en la que la referencia de valía individual es fundamental.

«Te consideran más. Antes eras la mujer que les hacía la comida, les tenías los calzoncillos limpios y la cama hecha, y no podías rechistar.»

Las mujeres arrastran nuevos derechos a la intimidad de la pareja al cambiar su estatus en el mundo público y exigen de los hombres el reconocimiento de esa nueva posición. Las reticencias de los hombres a reconocer este cambio en los patrones de relación interpersonal pueden desembocar en una tensión dinamitadora de la relación.

Estos cambios son especialmente difíciles dado lo acelerada que ha sido la evolución en la sociedad española. La mayoría de los hombres y de las mujeres españoles de entre 25 y 35 años han sido socializados en familias donde la madre no trabajaba y asumía la identidad doméstica como referencia fundamental, por tanto, las nuevas condiciones sobre las que se asientan las parejas de jóvenes carecen de modelos culturales y referentes a los que guiarse dentro de su propia familia.

«Es evitar eso, la referencia a la familia anterior, lo que se hace es producto de la pareja, no herencia de algo.»

Las mujeres jóvenes quieren romper con los patrones aprendidos y crear una relación de pareja completamente nueva, construida desde cero en un marco de consenso y de comprensión mutua. Pero, sobre todo, en un marco que descarta los modelos anteriores, inmediatos, los que han visto en sus madres y sus padres.

«Cada uno trae de casa lo que su mamá hacía, yo creo que el secreto es hacer algo completamente diferente.»

A continuación se analizarán algunas de las trabas que se presentan para las parejas a la hora de convivir. El lazo psicológico viene acompañado de una serie de peligros que es preciso superar para mantener la unión. La convivencia es potencialmente una fuente de satisfacciones vitales, siempre que los obstáculos no se conviertan en infranqueables.

La precariedad de la pareja

Aunque vivir en pareja sea un proyecto de relación estable, ya no existe una ciega esperanza en los poderes mágicos del amor como fuerza que disipa los conflictos y hace que todo sea perfecto. La racionalidad pragmática, que poco a poco penetra en todas las relaciones sociales, también está apareciendo en la manera de enfocar la relación de pareja de estas jóvenes. Ya nada se considera eterno o sagrado y el amor no escapa de esta nueva mentalidad laica. Por lo tanto, la manera más práctica de vivir en pareja es dejando abierta la puerta de salida, teniendo en mente que si la pareja no funciona, simplemente, se disuelve.

Las mujeres jóvenes están dejando de ser, en este cambio de enfoque de las relaciones amorosas, la parte que da generosamente sin recibir nada a cambio. Este modelo clásico de la entrega amorosa se percibe con desconfianza y se acepta de antemano que si en un momento dado los beneficios de la pareja no compensan los costes que suponen, la mejor solución es la ruptura. Se van imponiendo, también en las relaciones amorosas los criterios de pragmatismo, de inmediatez y de urgencia de gratificación como valores dominantes y afines a los que predominan en las sociedades actuales. El compromiso amoroso no puede eludir esa connotación de riesgo y de precariedad que se va extendiendo en todos los ámbitos de la vida social. Apenas

quedan seguridades, si la relación de pareja no funciona lo mejor es acabar con ella y «a vivir que son dos días».

Este planteamiento de reserva frente a la institución del matrimonio también puede ser considerada como una reserva de juventud, un intento de vivir como adultos sin pasar por el ritual de tránsito (el matrimonio) y todas las cargas que ello conlleva.

Resulta paradójico que precisamente sea, ahora, cuando el matrimonio es menos rígido que nunca, cuando más reticencias vemos ante el mismo. El matrimonio está perdiendo mucho hierro, ya que el divorcio es una práctica que está a la orden del día y, pese a que la separación sea más complicada para una pareja legalizada que para una pareja de hecho, no tiene por qué ser algo más dramático.

Las parejas de hecho actuales, y menos aún las parejas matrimoniales, no parecen escapar a los riesgos de decepción y cansancio que acompañan las enormes expectativas de satisfacción personal que se cifran en las relaciones amorosas.

Si la vida en pareja ha dejado de ser la obligación matrimonial para convertirse en una unión libre y deseada, cabría pensar que va a tener mayor capacidad de satisfacer a sus integrantes, que tan voluntariamente se han embarcado en ella. Pero no es así siempre, aunque siga siéndolo como pretensión y aspiración. Porque siendo este objetivo algo tan ambicioso y tan central en la vida de los individuos actualmente, esa enorme dimensión de las expectativas es también la explicación de las decepciones que se producen y de las actitudes escépticas y agrias que impregnan muchas veces las afirmaciones de la gente joven.

«Por la gente que escucho muy pocas están satisfechas con la relación de pareja, muy pocas, y la que lo reconoce...»

Existe una multiplicidad de factores, íntimamente relacionados entre sí, que ayudan a entender esta situación precaria en la que están tantas parejas actualmente. Hay múltiples problemas que afrontar: los niveles insuficientes de compromiso desde que se inicia la relación, las expectativas de satisfacción sexual cada vez más altas, los intereses laborales encontrados, etc.

Dos culturas del amor

Hay otro aspecto a tener en cuenta y es en cuanto a la influencia de la sexualidad en la dificultad de entendimiento estable entre un hombre y una mujer. Shere Hite da una explicación de la precariedad de las parejas actuales como resultado del conflicto entre dos culturas amorosas que parten de valores diferentes, la distancia entre la cultura de las mujeres y la de los hombres frente al amor (Hite, 1995).

Tras estudiar los testimonios de miles de norteamericanos, Hite ha llegado a la conclusión de que existen dos culturas, o dos sistemas de valores distintos, entre los hombres y las mujeres, respecto de la sexualidad y las relaciones amorosas. El sistema de valores femenino tiene una concepción del amor y de las relaciones interpersonales que entra en constante conflicto con lo que es el amor según la ideología masculina.

Según Shere Hite, la historia ha ido cincelando una cultura femenina con una serie de rasgos distintivos. Los valores de la cultura de la mujer son los de «trabajar junto al otro en lugar de poner el acento en la competición, valorar la amistad, escuchar con empatía, tratar de no enjuiciar, intentar que emerja lo mejor en los demás, proteger, no dominar» (Hite, 1995, pág. 194). Pero el origen de sus problemas no son, naturalmente, esos criterios tan positivos que Hite identifica con los valores de la cultura femenina, sino la práctica femenina de la reflexión y de la introspección que lleva a las mujeres a examinar y evaluar constantemente sus relaciones de pareja y, muy frecuentemente, dado el nivel tan elevado de sus aspiraciones, a sentirse decepcionada por ellas. «Cuando la mujer intenta desentrañar sus relaciones, suele empezar por examinarse a sí misma, preguntándose si está haciendo ella algo equivocado [...] Al hacerse tantas preguntas sobre ella y sobre el hombre en su vida, la mujer se ve abocada a reflexionar profundamente sobre toda la cultura y, decepcionada por sus relaciones con los hombres, a menudo se siente dominada por la ira y decepcionada con la propia sociedad» (Hite, 1995, pág. 198).

Por otra parte, los valores de la ideología masculina son otros muy diferentes. Hite dice que aunque los hombres deseen amar, se impone sobre ellos una ideología que tienen interiorizada, a partir de su socialización

infantil, que les dificulta el acercamiento emocional y la entrega afectiva. El choque entre las culturas femenina y masculina supone, según Hite, un nivel alto de conflicto, con los consiguientes resultados de precariedad y ruptura. Una intimidad auténtica es un estado de emocionalidad amenazador que muchos hombres no pueden afrontar. Los hombres aprenden que nunca deben bajar la guardia por completo ni perder el control de la situación. Un hombre tiene que defender continuamente su independencia y afirmar su dominación. Para los hombres existe una contradicción inherente entre seguir siendo dueños de sus sentimientos y amar a otra persona porque temen que pueden llegar a convertirse en débiles y hacerse vulnerables (Hite,1995).

De tal manera, la mayoría de los hombres se encuentran trágicamente atrapados en una especie de aislamiento y soledad permanentes por un sistema que les ofrece dominación y afirma que su única alternativa no es la igualdad sino lograr la sumisión del otro, a cambio de refrenar sus sentimientos, mantener controlada su vida emocional y soportar la soledad, mientras intentan enjuiciar cada situación de manera racional y acaban encontrándose con que no tienen con quien hablar, poder hablar de veras sobre sus sentimientos. Finalmente, terminan a menudo por perder a las mujeres de su vida que no les entienden y se sienten abandonadas emocional y sexualmente (Hite, 1995).

Las alternativas a esa tensión inherente entre las demandas diferentes de las mujeres y la socialización de los hombres es la reeducación masculina y el aprendizaje de éstos en virtudes y características consideradas tradicionalmente como femeninas, tales como la ternura, el cariño, la cercanía emocional y la sensibilidad. Virtudes que se aprecian enormemente cuando algún hombre las reúne.

«No me casaría con él porque es mi hermano, pero es perfecto, ayuda en casa, la sabe llevar y no es que sea un calzonazos, pero es sensible.»

Puesto que las mujeres ven a los hombres, en cierto sentido, como unos disminuidos amorosos, en sus parejas intentarán derribar las defensas que les privan de sentir y les dificultan compartir. Éste es uno más de los frentes de rehabilitación masculina que se plantean muchas mujeres jóvenes,

aparte de la reeducación en las tareas domésticas y el cuidado de los niños, que también afectan en otra área fundamental de las relaciones de pareja. Las mujeres han recibido todo un entrenamiento en las artes del cuidado del prójimo y piensan que si los hombres aprenden también estas técnicas y se abren a estas sensibilidades, todos podrían llegar a una mayor compenetración y reciprocidad.

Estas diferencias en la manera de vivir el amor pueden llevar a las mujeres a una situación de profunda frustración ya que, a pesar de invertir enormes esfuerzos para que el hombre salga de su fuerte de orgullo masculino y desarrolle el compañerismo emocional, a menudo se darán de bruces contra el muro de la ideología masculina.

«Sacarlo de su educación para que entre en tu campo [...] que al menos llegue a entender lo que tú piensas.»

Si bien ella desea que él se feminice emocionalmente, para que sea capaz de compartir sus sentimientos, en muchos casos ni siquiera logrará expresar estos valores de modo que él los comprenda.

«Él tiene una manera de ver la vida y, claro, muchas veces intentas convencer al otro de lo que tú piensas pero, claro, es imposible.»

Estas preocupaciones diferentes de hombres y de mujeres con respecto de las relaciones amorosas y en cuanto a las relaciones recíprocas de la pareja, se manifiestan también, de forma colectiva, a través de las encuestas de opinión en las que se advierten significativas diferencias de género. Por ejemplo, las mujeres consideran que ellas cuentan mucho más con su pareja al hacer sus planes que los hombres y que la tienen mucho más presente en la mente, aún en los momentos en que no están juntos (CIS, 1995). Las mujeres pasan más tiempo a lo largo del día pensando en su pareja y en mayor medida, creen que dan más de lo que reciben.

Lo que quieren las mujeres jóvenes es entenderse y vincularse con su pareja a partir de una situación de comprensión mutua y de expectativas compartidas. Además, estas mujeres aspiran a encontrar esta misma disposición en los hombres, no a tener que construirla. Lo que no quieren es tener que cargar con la educación del novio o marido. Ven esta tarea como enorme

Cuadro 4.1

PERCEPCIÓN DE LAS DIFERENCIAS ENTRE HOMBRES Y MUJERES EN LAS RELACIONES AMOROSAS

Porcentaje de los que creen que:

	Total	Hombres	Mujeres
Dan más de lo que reciben	14	11	17
Existe equilibrio entre lo que dan y lo que reciben	71	74	68
Dan menos de lo que reciben	13	13	12
NS / NC	2	2	3

Fuente: CIS, Estudio 2157, 1995.

y esta responsabilidad como abusiva e injusta. No desean estar continuamente recordándoles lo que tienen que hacer, pues si lo hacen porque ellas lo exigen se van a sentir como las «malas de la película» y eso es agotador. Esperan que, por pura sensibilidad y amor propio, ellos mismos se concienten de lo que deben hacer.

«Tiene que salir de ellos, creo que nadie tiene que cambiar a nadie.»

Puesto que el cuidado y la atención constituyen elementos que definen el amor, al menos para la mayoría de las mujeres, el hombre insensible está aportando menos a la relación. Al hombre que se agarra mucho a la educación que ha recibido se le reprocha su egoísmo y se le considera que, implícitamente, está enviando un mensaje negativo. El que la pareja, o el marido, no cambie sus hábitos a este respecto no sólo resulta frustrante, sino que también se interpreta como rechazo al compromiso amoroso, traduciendo de algún modo su persistencia en los mismos hábitos como falta de cariño, leyéndolo en el sentido de «si actúa así es que no me quiere».

Se mantienen las diferencias por género en cuanto a las razones para querer tener una relación amorosa y sexual estable. Las mujeres dan más importancia al deseo de tener una familia, mientras que los hombres, en mayor medida que las mujeres, quieren asegurarse las relaciones sexuales. Asimismo, hay una distinta concepción de la separación entre la sexualidad y el afecto.

Cuadro 4.2

RAZONES PARA DESEAR TENER UNA RELACIÓN AMOROSA Y SEXUAL ESTABLE

En porcentaje

¿Cuáles fueron/serían los principales motivos que le impulsaron/impulsarían a buscar una relación sexual estable? (*)

	Total	Hombres	Mujeres
Buscar un sentido a su vida	42	42	43
Asegurarse relaciones sexuales regulares	18	23	12
El deseo de formar familia y tener hijos	34	28	42
El deseo de no ser diferente a los demás	4	3	5
El temor de estar solo/a el día de mañana	28	29	26
Buscar seguridad material/ económica	5	5	6
El deseo de sentirse protegido/a	17	13	24
La necesidad de compartir su vida con otra persona	67	68	66
Evitar enfermedades de transmisión sexual	12	13	10
Otras	7	5	6

(*) Multirrespuesta: máximo cuatro respuestas.

Fuente: CIS, *Estudio 2157*, 1995.

Cuadro 4.3

SEPARACIÓN ENTRE AMOR Y RELACIONES SEXUALES

En porcentaje

Se pueden tener relaciones sexuales con una persona sin sentir amor hacia ella.

	Total	Hombres	Mujeres
De acuerdo / Muy de acuerdo	47	63	33
En desacuerdo / Muy en desacuerdo	45	30	60
NS / NC	8	7	7
Ni de acuerdo ni en desacuerdo			

Nota: Porcentaje de los que están de acuerdo o en desacuerdo con esta afirmación.

Fuente: CIS, *Estudio 2157*, 1995.

Tiempo y palabras para entenderse

El instrumento esencial de la relación amorosa y del acuerdo sentimental con el compañero o marido es la comunicación. Comunicarse es la base del entendimiento amoroso y, en la mentalidad femenina, se antepone a cualquier forma de amor, como requisito básico del mismo. Hablar, expre-

sarse y escuchar al otro son los ingredientes necesarios de la comunicación que se eleva, para muchas mujeres, a ser el ingrediente indispensable de las relaciones amorosas.

El diálogo es un objetivo a la vez muy deseado y muy difícil de alcanzar. Como ha escrito Carmen Martín Gaité, se ha convertido en una utopía. «Ese afán por buscar interlocutor, unos ojos que nos miren, pregunten o escuchen, se ha acrecentado de tal manera que casi se ha convertido en una utopía» (Martín Gaité, 1999). Mediante el diálogo se puede llegar a acercar posturas, sin él no se puede alcanzar la intimidad ni se puede llegar a la complicidad con el otro. Todos estos rasgos fundamentales de ese vínculo entre interlocutores son, para las mujeres, un elemento *sine qua non* del amor.

«Para mí la comunicación es básica, si no es así, no entiendo como puede tirar para adelante un matrimonio, es imposible.»

A la vez, estas mujeres nos dicen que la comunicación, como conversación, se hace más difícil con la convivencia. Cuando una pareja convive parece dar por sentado que se ven y se hablan entre ellos y parecería que hay un temor, entre nuestras entrevistadas, a que se pueden descuidar esa atención constante del uno al otro, ese hablarse y escucharse que les parece tan fundamental para afianzar y mantener la relación amorosa.

«Cuando éramos novios, buscabas el tiempo de donde fuera.»

Este es quizás uno de los elementos que diferencia las citas de los novios de la convivencia estable. Mientras se tratan como novios, las parejas se citan frecuentemente con el exclusivo fin de conversar y pueden pasar horas hablando, descubriéndose el uno al otro, contándose la vida como buenos amigos, además de que tengan también relación de amantes. Una vez que están instalados en la convivencia, a menudo constatan que el ritmo de su vida cotidiana y las obligaciones laborales acaban con ese tiempo de pareja, ese tiempo para hablar.

«El problema que tengo, sobre todo entre semana, es el poco tiempo que compartimos juntos, estoy deseando que llegue el sábado y decir ¡oye, te cuento! Y ponernos un poco al día.»

A pesar de las ideas de espontaneidad y naturalidad que se consideran rasgos necesarios del entendimiento amoroso, en esta cuestión de la comunicación no se rechaza el voluntarismo. No hay reparos en hacer un esfuerzo y poner los medios necesarios para alcanzar esa relación de entendimiento hablado que consideran tan importante. La comunicación es tan importante que muchas mujeres dicen que la pareja ha de imponerse una disciplina, estudiar como sacar tiempo para hablar entre ellos aunque sea restándolo de otras actividades como ver la televisión o preparar la comida.

«Yo creo que se necesita más tiempo cuando estás viviendo en pareja, hay que apagar la televisión en un momento dado, para hablar aunque sea media hora con tu pareja, antes de irte a la cama, a la hora de cenar o cuando sea, hay que hacer un esfuerzo, lo mismo que te dedicas a lavarte los dientes todas las mañanas.»

«Pues a lo mejor tienes que traerte comida de la calle –hoy un pollo– y dedicarte el tiempo.»

El tiempo, y el momento, dedicado a la comunicación no es fácil de encontrar para estas parejas llenas de ocupaciones y de actividades. Esta situación se verá muy agravada si además tienen hijos pequeños que precisan atención y dedicación continua.

«Sobre todo, cuando tenemos niños pequeños. Llevar conversaciones es difícil, te tienes que mirar y decir: “A partir de las diez, ya te explicaré algo”.»

Algunas hablan de soluciones que han ideado para encontrar tiempo para ellos como pareja y evitar el posible naufragio de la incomunicación. Lo que han empezado a hacer algunas mujeres es concertar regularmente una cita durante la semana con su marido para poder dialogar tranquilamente. Lo consideran un pequeño espacio de tiempo de calidad, un tiempo para ellos, al margen de la cotidianidad de la familia.

«Nosotros tuvimos un tiempo que íbamos muy agobiados, entonces los viernes, que ambos plegábamos a las dos, quedábamos para comer fuera. Como si fuéramos novios, hasta las cuatro o así. El caso era estar a solas y no hablar de niños.»

Las relaciones más satisfactorias, según esta filosofía de mujeres, se hacen a base de hablar mucho y sinceramente. En el caso de que logren mantener el nivel de comunicación habrán logrado el éxito en su relación. El entendimiento personal se mide en comunicación y el éxito de la relación de pareja se vincula al mantenimiento de esa confianza basada en la conversación mutua a través de la cual el hombre seguirá siendo un amigo.

«Yo creo que mi marido, más que como mi marido lo tengo como mi mejor amigo. Yo busco el momento, que me escuche, para cualquier cuestión.»

Aparte de la escasez de tiempo hay otros obstáculos que se oponen a la comunicación. Por ejemplo, las diferencias en la manera de pensar y de expresarse pueden también dificultar la comunicación. A través de las diferentes formas que unos y otras tienen de relacionarse Tannen y Gray han mostrado que, efectivamente, hombres y mujeres hablan lenguajes distintos. Según Tannen, los hombres y las mujeres tienen patrones de comunicación distintos. Los hombres tienden a ir directos al grano, es decir, tienden a exponer sus deseos y sus posiciones sin reparos y en forma directa. Por el contrario, las mujeres usan en mucha mayor medida una forma circular, indirecta de presentar sus demandas, sugiriendo más que exigiendo. Por otra parte, los hombres tienden a hacer un uso puramente instrumental del lenguaje mientras que las mujeres emplean la conversación con fines expresivos (Tannen, 1994).

El aspecto que señala Gray es la diferente forma en la que hombres y mujeres necesitan y demandan refuerzos emocionales para considerar que han sido positivamente interpretados. Así, puede surgir el tipo de malentendidos, tan frecuentes, como que las mujeres interpreten un sí como «te estoy escuchando» y los hombres interpreten un sí como «tienes razón», de manera que las mujeres necesitan constantemente recibir señales de que les están escuchando y que no reciben. Dice Gray que el tipo de amor que los hombres necesitan se integra de confianza, aceptación, valoración, admiración, ánimo y aprobación, mientras que lo que las mujeres necesitan, para sentirse queridas, es cuidado, comprensión, respeto, devoción, estima y seguridad acerca de sí mismas. En esta diferente forma de situar cada uno los valores que les parecen más importantes en cuanto a integrar ese sentido del amor y de sentirse apreciados radican, según Gray, buena parte de los malentendidos

que separan a hombres y mujeres, aún a aquellos y aquellas que están dispuestos a entregar en esa relación lo mejor de sí mismos (Gray, 1994).

Las mujeres se escuchan unas a otras y se dan apoyo sin darse consejos condescendientes, pero cuando el interlocutor es varón, éste intenta «solucionar» el problema que la mujer simplemente quiere expresar para desahogarse. Las mujeres quieren ser escuchadas pero no necesitan que les digan lo que hay que hacer mientras que los hombres quieren verse valorados como personas capaces de solucionar los problemas que se les presenten (Gray, 1994).

Como si hubieran analizado las teorías de estos autores, muchas mujeres expresan en las entrevistas esa sensación de encontrar obstáculos para entenderse debido a que los hombres y las mujeres utilizan e interpretan de forma disimilar el mismo lenguaje.

«El tema de la comunicación es difícil porque él tiene una mentalidad y yo otra, cuesta. Pero bueno, el hecho es sentarnos y exponerle tu punto de vista, intentar que entienda. Sacarlo de su educación para que entre en tu campo, al menos que llegue a entender lo que tú piensas.»

Las diferencias no sólo se limitan a la actitud frente a la comunicación, que para las mujeres cobra una importancia primordial, sino también al significado que atribuyen a las posiciones corporales, a los gestos, a todo el entorno expresivo del uso de la lengua. En este sentido la comunicación no verbal y los signos y gestos que se traducen en la ocupación de espacios también son muy importantes.

«Mi novio viene muchas veces y lo único que hace es sentarse, ¡y ya está!»

Para las mujeres los pequeños detalles y los gestos emitidos u omitidos por su pareja tienen una gran significación, y aunque no puedan reprimir verbalmente ciertos gestos a su pareja, que no entiende en que ha fallado, se resienten en silencio. Esta es otra de las facetas de la sensibilidad que creen tener las mujeres y que echan en falta en los hombres, a quienes ven más burdos y carentes de tacto en este terreno de las relaciones emocionales.

«Hay diferencias en la manera de pensar [...] hay momentos en los que pensamos diferente, en los que hablamos y no nos entendemos, tú ves muchas posibilidades y ellos escogen la vía recta y ni se plantean el resto.»

El desencanto

Las relaciones de pareja tienen sus etapas y, a los ojos de las mujeres, la posibilidad del desamor se verbaliza como desencanto. Domina la idea de que la etapa inicial de una relación es la más emocionante, a la vez que la menos realista, y que es muy probable que con el tiempo se desinflen las enormes expectativas que se han puesto en ella.

«Yo estoy muy desengañada de la relación con los hombres, porque es todo muy bonito al principio, pero siempre hemos acabado como el rosario de la aurora.»

Hay una serie de sentimientos contradictorios acerca de la estabilidad y el éxito en la relación de pareja. Por una parte existe la ilusión de mantenimiento a largo plazo, de relación única y estable para toda la vida. Pero este proyecto choca con el escepticismo y con los mensajes de los medios de comunicación actuales que establecen una relación intrínseca entre la felicidad y la novedad.

En este sentido advertimos una cierta resignación a la idea de que las relaciones de muchos años han de ser tediosas y ese aparece como el riesgo mayor. El fracaso se vincula más al desencanto y al aburrimiento que a la aparición de incompatibilidades personales. En cierto sentido porque los problemas irreconciliables se dan por superados, no hay previsión de tener que aguantar lo que, de salida, resulta inconcebible.

Por todo ello, el riesgo que se anticipa a la estabilidad matrimonial, se deriva de la convicción de que se produce, en la gran mayoría de las parejas, una sucesión de fases en las que se concentran inicialmente los aspectos más atractivos y se prevén que los problemas aparecerán necesariamente con el tiempo.

La idea del tiempo como mecanismo fundamental de erosión de las relaciones amorosas está íntimamente interiorizado.

«Yo llevo diez años casada y pienso que todo llega a cansar.»

Se sigue considerando como inicial desencadenante de todo el primer período, el momento mágico del enamoramiento, donde hay lugar al misterio y a la pasión arrolladora. Esta fase de enamoramiento intenso puede llevar a la decisión de vivir en pareja o de casarse, y durante los primeros meses o años la pareja puede vivir en armonía y mantener su pasión. Inevitablemente, el tiempo produce el desvanecimiento de la pasión y llega el desencanto, la etapa crítica de desequilibrio, en el que la pareja se enfrenta a una serie de conflictos de cuya resolución depende que sigan juntos y alcancen una nueva armonía o que se separen. Es precisamente en esta fase donde aparece como mayor peligro el mundo de la rutina, del aburrimiento en el que amenaza la cotidianidad carente de magia.

«Se acaba y llegas a una rutina.»

Este proceso de enfrentamiento con la realidad se vive, muy frecuentemente, como fin del amor y produce un desánimo o falta de entusiasmo que anticipan muchas mujeres como desenlace inevitable. En este sentido se advierte un cierto pesimismo acerca de las posibilidades de mantenimiento de una «auténtica relación amorosa» a lo largo del matrimonio. Se ponen fechas, se marcan los plazos de tiempo en los que es posible tener una relación excitante, y más allá de estos tiempos o se cubren los ojos esperando a ver que pueda pasar o se resignan a que las compensaciones de la vida familiar, especialmente los hijos, justifiquen el mantenimiento de unos lazos de pareja que ya se anticipan mustios o rutinarios.

«No es un matrimonio de 20 años que estás hasta las narices.»

«Yo qué sé dentro de 20 años, yo qué sé.»

«No es esa pasión que se pierde.»

La conclusión que se advierte, en este proceso de reflexión y de escepticismo con respecto de las posibilidades de duración de la relación amorosa, es que las mujeres jóvenes ya no se definen por ser objetos del deseo del hombre y que vindican su derecho a ser ellas mismas, emprendiendo un proceso de superación de la concepción de amor como enamoramiento y estableciendo relaciones de pareja más realistas y equitativas. Cuanto más

autónoma y más autodefinida sea su identidad, menos necesitará espejos irreales que la ensalcen, menor será su tendencia a poner al otro en un pedestal y, por tanto, menores serán las crisis del desencanto. En este sentido la solución a los procesos de entendimiento de la pareja no será comenzar de nuevo el mismo proceso con una pareja nueva.

«Yo no quiero encontrar otra persona, hay gente maja pero [...] al final va a tener los mismos vicios, va a ser igual de descuidado que el tuyo.»

La búsqueda de una nueva pasión o aventura cuando su pareja se hace cotidiana no es más que un remedio ilusorio, porque el acuerdo perfecto y maravilloso no existe, hay que construirlo. En esta mezcla de escepticismo y voluntarismo se dibuja la superación del mito del amor romántico y la alternativa de construcción de unas formas de relación más auténticas, personales y profundas.

Las ideas del amor romántico son contradictorias a las de estabilidad y compromiso y es, sobre todo, desde este punto de vista donde se le ponen reticencias al matrimonio. Los miedos que suscita el matrimonio son de carácter psicológico, miedo a la comodidad, a la seguridad, a la rutina y, como consecuencia de ello, a la pérdida del amor.

La importancia del amor romántico como razón y justificación del matrimonio ha producido, en buena medida, una revitalización del interés mutuo de los hombres y las mujeres por encontrar una pareja a la que amar y en la que poner toda la carga máxima de ilusiones de realización y plenitud. La vinculación de amor romántico y matrimonio ha fomentado el adaptarse a la pareja y procurar unas relaciones significativas con ella. Este mismo mito del amor romántico, exacerbado en nuestras sociedades actuales, plantea una cierta dificultad de adaptación a la idea de estabilidad familiar y matrimonio para toda la vida. El amor y unión sexual son el contenido fundamental del matrimonio y, al mismo tiempo, son el origen de muchos de sus problemas. El miedo a la monotonía y al aburrimiento acechan como peligros casi insuperables.

En este sentido, escuchamos a muchas mujeres un discurso terapéutico acerca del amor y de las relaciones de pareja. Se trata de cuidarlo, atenderlo, de evitar caer en la rutina y en el olvido de los deseos y necesidades

del otro. Hablan de ello mostrando por una parte la disposición o propósito de cuidar y atender a su pareja y, señalando simultáneamente, las demandas y los deseos que ellas tienen de ser tratadas y atendidas como si sus relaciones fueran nuevas, excitantes, interesantes.

«La pareja hay que cuidarla.»

«Para mí, (la comunicación) en un matrimonio es básico, si no es así no entiendo como puede tirar adelante un matrimonio.»

La terapia fundamental es la comunicación, poder hablar, poder entenderse como instrumento básico del amor y del interés mutuo.

Resocialización de los hombres

El llegar a un modelo de convivencia más acorde con las expectativas de las mujeres implica un aprendizaje por parte de los hombres de sus nuevas funciones en la pareja. No sólo se trata de adiestrarse en tareas del hogar sino de asumir un nuevo papel social.

El papel que se pide a los hombres que desempeñen en la pareja y en la sociedad es nuevo, no tanto por lo innovador como por la falta de aprendizaje que tienen para ello. En la medida que, en las generaciones anteriores, la familia, como entorno educativo, no ha llegado a completar este cometido de socializar a los jóvenes en nuevas pautas de relación, debido al arraigo del modelo patriarcal en la mayoría de los cónyuges, la tarea queda pendiente hasta que convive la nueva pareja.

Los hombres socializados en sus familias de origen, familias en las que mayoritariamente las mujeres asumen exclusivamente el rol doméstico tradicional, aunque probablemente ya eran conscientes del cambio que se avecinaba, no llegaron a aprender nuevos roles familiares, de manera que el reparto de tareas y la ayuda en cuestiones domésticas estaban marcados por las diferencias de género.

De esta forma, se aplaza el enfrentamiento con esa nueva realidad, esa demanda de equidad en cuanto al reparto de responsabilidades entre hombre y mujer, al momento en que comienzan a vivir con la propia pareja.

Y es en esta convivencia entre las parejas más jóvenes donde se produce ese proceso de adaptación y de cambio. Un proceso complejo porque siendo una fuente de conflictos constantes, es el origen de nuevas formas de entendimiento y de relación entre hombres y mujeres.

Es necesario esperar a las generaciones de los jóvenes actuales para observar como no es la familia, sino la pareja actual, y especialmente las parejas en la que ambos trabajan, donde ocurre una transformación profunda del perfil masculino en su nuevo papel dentro de la familia y en la sociedad.

La familia tradicional pierde protagonismo como entorno socializador en favor de las nuevas formas de familia, siendo la más representativa las parejas en las que ambos trabajan.

Ya el estudio realizado para el Instituto de la Mujer en 1988 sobre *Las actitudes masculinas* reflejaba como eran los hombres jóvenes de mayor nivel de instrucción, casados o viviendo con mujeres activas los que tenían una posición más igualitaria con respecto a las oportunidades laborales de las mujeres y con respecto al reparto de las tareas domésticas (Escario *et al.*, 1988).

Es la pareja moderna, por tanto, más que la familia de origen, el nuevo agente socializador de los hombres, la que está generando los cambios más significativos y que tienden a asentarse con perspectiva de futuro en la sociedad. En las nuevas relaciones de matrimonio y convivencia es donde aparecen esos rasgos de igualdad, de intercambio de roles domésticos y laborales entre el hombre y la mujer. Tanto en el terreno laboral como en el terreno doméstico se observa un cambio en las pautas de responsabilidades de cada uno como una realidad de futuro y no como algo coyuntural o pasajero.

Ahora bien, no es meramente el hecho de vivir en pareja lo que impulsa tal transformación. La convivencia de pareja será el caldo de cultivo para los cambios, pero es la mujer la promotora y responsable del mantenimiento de esta transformación, la que se ha atribuido a sí misma el papel de vigilante de esos cambios que, inexorablemente, están apareciendo y están siendo interiorizados por su pareja masculina.

Los cambios en cuanto a las actividades laborales de las mujeres han tenido una repercusión importantísima en la transformación de los hogares

familiares. Comenzaron a producirse de forma numéricamente importante desde hace varias décadas y no han cesado de aumentar hasta ahora. Son un aspecto básico y fundamental de las nuevas relaciones de pareja y, como consecuencia de su impacto, se están transformando actualmente las relaciones en el interior doméstico.

Podemos decir que, aunque con efecto retardado y lentamente, los cambios observados hacia el exterior, en concreto la participación más equitativa de las mujeres en el trabajo remunerado, están empezando a dejar sentir sus efectos en una revolución interna en cuanto a una nueva redistribución de tareas y responsabilidades de ambos géneros en las funciones domésticas.

Puede afirmarse que es un cambio de doble dirección. Por una parte, la insatisfacción de las mujeres en el desempeño de tareas domésticas como único horizonte vital es el desencadenante de buscar desde dentro, un medio de vida más estimulante y enriquecedor como personas fuera del hogar. Esto es más patente entre las mujeres mayores que se han incorporado al mercado de trabajo después del matrimonio. Por otra parte, las mujeres en las que el trabajo ya está en su agenda, aunque sólo sea el cambio de mentalidad que supone «salir de casa» es suficiente motivo para reconsiderar el reparto de tareas con sus parejas. El cambio que se desarrolla en su vida de familia es de fuera a dentro, se origina en su entorno laboral y es más evidente entre las mujeres jóvenes.

En cualquier caso lo que sí se puede afirmar es que es la mujer la que determina un cambio drástico e irreversible en el papel masculino doméstico. Asimismo también se puede decir que esta iniciativa es generada por la toma de contacto con el mundo del trabajo, es difícil imaginar una transformación de esta índole sin el paso por la experiencia laboral. Como también es difícil imaginar que estas transformaciones en la reorganización de lo doméstico fuera el resultado de una iniciativa masculina.

El establecimiento de esa nueva función doméstica para los hombres tiene un fuerte impacto en la vida compartida. Es un desencadenante de toda una serie de fenómenos dispares. La mayor integración de los hombres en el hogar y la intensificación de sus relaciones familiares produce un mayor equilibrio de poder y de responsabilidades entre los hombres y las mujeres.

También se puede observar un mayor nivel de conflicto en casos de resistencias al cambio.

El aspecto inicial más relevante de estos cambios es que la construcción de la convivencia implica necesariamente una resocialización del varón. Esto constituye un peso desigual en la balanza del esfuerzo, al que aluden las mujeres de nuestro estudio, dando muestras de lo agotador de la tarea.

«¿Sabes lo que de verdad me cansa más?... educar a los hombres.»

Hay una gran cantidad de hombres que se resiste a estos cambios. Muchos por la falta de preparación para ello y, sobre todo, por la falta de modelos que les puede llevar a asumir como una claudicación individual lo que, socialmente, es un cambio cultural inexorable. Los niveles de resistencia son muy diversos. No son infrecuentes las resistencias al cambio por parte de algunos hombres que, aunque son ideológicamente favorables, no llegan a transformar su ideología en comportamiento. Y esto repercute en dificultades en la vida de la pareja. El no ser capaces de alcanzar pautas de igualdad parece que es uno de los escollos más notorios en la vida de las nuevas parejas actuales, en las que la adaptación se percibe como un largo proceso.

En el citado estudio sobre los hombres españoles, realizado en 1988, se ponía en evidencia como, muchos de ellos, que eran favorables hacia la causa feminista desde una postura genérica de *igualitarismo abstracto*, no podían transformar sus comportamientos en la misma medida que sus actitudes y al descender a lo cotidiano y concreto se desgajaban en una doble vivencia por el peso de los valores tradicionales. De este modo, muchos hombres mantenían una postura avanzada y progresista en lo genérico, pero conservadora e incluso sexista en lo concreto (Escario *et al.*, 1988). Es decir, mostraban una actitud favorable a la llamada «liberación de la mujer» y a que la mujer con mayúsculas alcanzase una posición de igualdad con el hombre en la sociedad, pero se resistían a las implicaciones que esto pudiera tener en el terreno particular, en el de su mujer y las labores que venía desarrollando hasta ahora. Lo más notable es que, tal como se mencionaba en el citado estudio, no se resistían tanto a hacer más cosas en el hogar, sino a realizar dentro de este las tareas que se definen como femeninas. No ponían pegas a los arreglos caseros, a preparar la comida o ocuparse de los niños,

jugar con ellos sobre todo, pero sí a las actividades más claramente vistas como femeninas, tales como planchar, tender o limpiar los cristales, actividades en las que temían ser vistos por los vecinos. Esta contradicción entre el discurso y el comportamiento se mantiene y se agudiza todavía más en la actualidad, como se refleja en numerosos estudios (Alberdi, 1999).

Después de más de una década, es posible comprobar la lenta marcha del proceso, que aunque avance según el modelo esperado por las mujeres y también aceptado por las nuevas generaciones de hombres, choca por su lentitud con la rápida evolución, en esta misma década, de la posición social de las mujeres.

En el plano de la vida cotidiana de la pareja ello implica grandes transformaciones y, desde la óptica femenina, este proceso conlleva un duro aprendizaje. Son sobre todo las mujeres más jóvenes, las más conscientes de la importancia de su papel en el proceso de resocialización de su pareja masculina.

Hablamos de resocialización en alusión a ese necesario reciclaje de los hombres, a ese proceso de educación adulta a través del cual han de aprender las nuevas formas de relación y de comportamiento familiar, que implican los consabidos temas de compartir –no ayudar–, el cuidado de los hijos, de repartir equitativamente las tareas domésticas, de compartir las responsabilidades económicas y las tareas de mando.

Pero no se trata sólo de estas cuestiones más estructurales. Las mujeres más avanzadas y con una mentalidad más progresista incluyen en el «paquete de medidas» detalles hacia los que son especialmente sensibles y que consideran como metáforas del dominio masculino en el espacio diario de la convivencia: posturas varoniles, actitudes típicas que determinan los estereotipos:

«Él tiene siempre el mando de la tele.»

«...el periódico.»

«Está absorto de lo que está pasando a su alrededor.»

«El desorden les da igual.»

Si en el inicio de la convivencia las habilidades domésticas pueden formar parte de la valoración del «sí mismo» en los hombres o pueden entenderse como mecanismos del juego de la seducción, con el tiempo y la convivencia estable las reglas de este juego se pueden alterar con el resurgimiento de las maneras y los gestos tradicionales. Se trata, por lo tanto, de un cambio profundo en la medida en que afecta a los valores masculinos acuñados a lo largo de la historia, pero también en lo cotidiano, en lo visual, en «la piel» de la vida en pareja.

En cualquier caso, la dificultad de resolver las cuestiones domésticas está siempre presente. La convivencia se ensaya con dificultades sea cuál sea la fórmula de origen y entre los problemas que se plantean aparece inexorablemente la cuestión de la socialización en lo privado del compañero masculino.

«Yo le digo: “Pero vamos a ver, aunque no sea tu casa, no hemos comido los dos en estos platos?”»

En este proceso y frecuentemente por estas cuestiones, se pierden muchas parejas por el camino. Muchas sucumben ante el intento de encontrar una fórmula de convivencia aceptable para ambos.

Las cuestiones cotidianas de la regulación doméstica aparecen como una de las causas más invocadas entre los temas de conflicto de las parejas jóvenes. En esta conflictividad influyen tanto las pretensiones igualitarias de las mujeres como las resistencias y desentrenamiento de los hombres. No se trata sólo de resistencias de la voluntad masculina. En este contexto es un factor clave el peso de unas formas tradicionales de socialización que no han preparado a los hombres para asumir nuevos roles y la ausencia de entrenamiento y desarrollo de habilidades.

En definitiva, se puede afirmar que las parejas actualmente son más inestables debido a la desarticulación de los sistemas tradicionales que servían de apoyo. La pareja es a la vez más importante que nunca y, a la vez, más vulnerable, por la dinámica del cambio y porque es en el interior de la pareja donde se viven los aspectos emocionales más significativos del individuo.

Una vez que se ha elegido esta forma de convivencia, la relación cotidiana cobra una importancia decisiva en el desarrollo de la pareja. La vida en

pareja es un constante cuestionamiento de propio concepto de los dos. Es como un tejido que hay que tejer y destejer cada día, frágil y, actualmente, con la amenaza de ruptura siempre presente.

En las nuevas parejas el reparto de tareas es utilizado como un arma arrojadiza cargada de reivindicaciones femeninas. En este terreno los términos de intercambio están aún por definir, está todo por hacer. ¿Quién hace qué?, es la pregunta clave. En esta incertidumbre se requeriría aplicar un cierto esfuerzo de revalorización de esos deberes domésticos para que las batallas internas de las nuevas parejas que ensayan formas alternativas de convivencia no resulten estériles.

V. La maternidad

Tener los hijos muy joven se vive como una frustración, como una interrupción en un proceso más paulatino y satisfactorio de maduración personal en el que las etapas son más lentas y pensadas. La vida de las mujeres tiene ahora una agenda muy diferente de la que tuvo en el pasado en el que el matrimonio era la culminación de una etapa y a partir del mismo la realización «natural» de las mujeres era la maternidad, un proceso indiscriminado de reproducción al que se obedecía espontáneamente y del que solamente se podía separar la mujer si le faltaba salud. Los primeros pasos para frenar legítimamente este proceso se van dando a lo largo del siglo xx. La generalización de los anticonceptivos permite un nuevo enfoque de la maternidad y la reproducción. Es en los países más desarrollados donde se aceptan como comportamiento legítimo el posponerlos, el reducir su número o el negarse a tener hijos, mientras que en la mayoría de los países del mundo todavía la naturaleza o las presiones sociales y políticas son las que guían el comportamiento y controlan la reproducción de las mujeres. En buena parte de los países menos desarrollados la natalidad se ve todavía como fuente de riqueza y de seguridad para el futuro de los padres y las mujeres no pueden controlar el número de sus hijos, han de aceptar los embarazos como una consecuencia natural de las relaciones sexuales.

Pues bien, esta gran novedad histórica de que las mujeres puedan decidir si tienen o no tienen hijos, en los dos sentidos del poder, en cuanto a tener los medios materiales para ello y en cuanto a que la sociedad considere

legítimo que puedan tomar esta decisión, supone una nueva manera de enfrentar la responsabilidad de tener hijos.

Al analizar las explicaciones personales y los discursos sociales que se construyen alrededor de los hijos, del sentido de la maternidad, así como de los deseos de tenerlos, hay importantes contradicciones, en la medida en que a la vez se sostienen razones para tener hijos y para no tenerlos.

El núcleo central de las contradicciones gira en torno a los valores muy positivos vinculados a la maternidad como experiencia de tener un hijo, y las valoraciones negativas en cuanto a las implicaciones del embarazo, el nacimiento y la crianza de los niños. El deseo de tener hijos se expresa normalmente vinculado a la experiencia de la maternidad y a la felicidad potencial, o ya experimentada, de la relación personal con el hijo. En oposición a esto se advierten una serie de imágenes negativas, de temores y de limitaciones sociales que se experimentan en relación con la maternidad.

«Yo los tuve demasiado pronto. Me casé y me quedé embarazada a los cuatro meses, no he saboreado nada. Me casé un poco para hacer mi vida y de repente ¡zas!»

Por otra parte, todo ello tiene un correlato inmediato en un análisis paralelo de lo que significan los hijos para los hombres, tanto positiva como negativamente, relación que nunca parece alcanzar la misma importancia o intensidad que tiene la maternidad para las mujeres.

La idea de «egoísmo» asociada a la renuncia a tener hijos, que a veces se aplica a la juventud, suele ser una descarga en los jóvenes de la envidia que sienten aquellos que no pudieron planificar. La creencia de que tener hijos supone sacrificios responde a todas estas limitaciones que hemos visto que supone la llegada del primer hijo. Además, en las sociedades actuales los hijos no significan tanto en términos de seguridad futura y garantías ante la vejez, ya que han dejado de ser el recurso fundamental frente a los avatares de la vida, como fueron en el pasado.

La extensión de sistemas estatales de seguridad social y la universalización de la atención médica ha transformado en los países europeos el significado económico de los hijos. Ello, naturalmente, ha venido acompañado de una reducción de la natalidad. Ya no son tan necesarios individualmente,

pero se sigue pensando que en el ámbito colectivo sí suponen una aportación necesaria a la sociedad, por lo que persiste el sentido de deber en cuanto a tenerlos. El 68% de los españoles encuestados afirman que el descenso de la natalidad que se ha producido es malo o muy malo para la sociedad española (CIS, 1997). Podríamos discutir hasta qué punto es conveniente o no, en el ámbito social, que nazcan pocos o muchos niños, pero la idea de tener hijos como aportación a la sociedad es predominante, y los jóvenes enfrentan esa demanda con justificaciones y excusas personales cuando creen no estar cumpliendo esa expectativa social de tener descendencia.

El deseo de ser madre

La idea de tener hijos como una obligación contradice las posibilidades reales de elegir entre tener o no tenerlos. La libertad real en esta cuestión contrasta con el sentido del deber asociado a tener hijos. Los jóvenes siguen sus propios deseos cuando se lanzan a ello, pero no por eso dejan de ser conscientes de estar cumpliendo con un mandato social. Por eso, la discusión acerca del egoísmo personal persiste, porque el balance entre las satisfacciones derivadas de la maternidad y los sacrificios que impone es inestable: No es fácil definirlo *a priori* ni para todo el mundo, ya que mide al mismo tiempo contenidos sociales y personales de diferente significado económico, emocional y psicológico para cada individuo y cada pareja.

Sin embargo, está claro que persiste la idea del deber social de tener hijos, por una parte como realización del ser de una mujer, como destino vital de la reproducción individual y, por otra parte, como deber social de aportación a la reproducción colectiva. Es en este doble sentido en el que encontramos las explicaciones que las mujeres ofrecen a no tener hijos o a posponerlos para el futuro. A partir de la aceptación del sentido de la necesidad, individual y colectiva de tener hijos, se manifiestan las reticencias y las excusas de una gran cantidad de jóvenes que no terminan de identificarse con lo que consideran la norma social de la maternidad. Se espera que las mujeres tengan hijos una vez que están casadas, el hecho de ser madre aún tiene un carácter normativo en nuestra sociedad, y es simbólicamente importante porque confirma la identidad femenina de las mujeres.

El hablar del instinto maternal es una forma de reconocimiento de ese sentido biológico y natural del destino femenino de la maternidad. Se esgrime el instinto maternal para señalar la obligación de las mujeres de tener hijos, en el sentido de destino biológico. Y cuando, aceptando esa obligación biológica femenina, se rechaza *de facto* el cumplimiento de la misma, se presentan excusas por ello.

Es interesante advertir las contradicciones tan frecuentes en que se debaten las mujeres jóvenes con respecto a su deseo de tener hijos: es un deseo muy fuerte, una experiencia a la que no quieren renunciar, pero a la vez desean aplazar esa experiencia, por temor a los cambios que esto pueda suponer en su vida.

«Es que soy muy joven todavía, no tengo ningún instinto maternal.»

El deseo de tener hijos adquiere una importancia fundamental desde el momento en que tenerlos es fruto de una decisión y no es el resultado del azar.

«Ahora el tener niños está más pensado, es una paternidad más responsable. El día que yo decida tener un hijo será porque realmente quiero tenerlo, porque me apetezca muchísimo.»

De algún modo, esta mayor responsabilidad en el asumir la decisión de tener un hijo produce un proceso de mayor participación de los hombres en ello. Se tienen los hijos como un gran acontecimiento, incomparablemente más planificado que antes. La llegada del hijo no es una ley de vida, sino que es algo voluntario, central en la vida de la pareja que lo vive intensamente, quizás de una forma mucho más aparatosa socialmente que antes, cuando la normalidad del acontecimiento y la repetición del mismo le quitaba ese sentido de trascendencia que tiene actualmente.

La libertad de poder elegir entre tenerlos y no tenerlos también aparece algunas veces como un problema. La decisión acerca de tener hijos es libre y por eso supone una mayor responsabilidad, un compromiso que se ve como carga.

«A mí me dan miedo las cosas a largo plazo, las cosas tan comprometidas. Lo veo como una cosa enorme, una responsabilidad, que no me veo.»

Cuanto más se considera que los hijos no son un deber sino que son una fuente de satisfacción, menos se achaca al egoísmo individual el no tenerlos. A veces, incluso, aparece la idea de los hijos casi como un bien de consumo. Si se considera que es bueno tener hijos, en cierta medida es para disfrutar a través de ellos, como con otros tipos de consumo.

«Yo creo que no tener hijos no es ser egoísta. Es como querer tener un coche o no.»

La idea de los hijos como una fuente de gastos y de limitaciones se compensa en esa valoración positiva del disfrute e incluso de la ostentación que, a través de los hijos, puede hacerse de un cierto estilo de vida.

«Es muy egoísta, pero también es egoísta tenerlos, porque no los tienes para darle al país más habitantes, sino para tu propio disfrute.»

Las limitaciones que los hijos suponen son evidentes y las gratificaciones que los hijos aportan no se conocen hasta que se tienen.

Presiones favorables a la maternidad y la paternidad

El entorno personal o familiar sigue ejerciendo una presión importante sobre la maternidad. La emulación y los círculos de jóvenes parejas que ya han dado el paso de tener hijos con frecuencia transmiten un mensaje de optimismo respecto a las posibilidades de llevar una vida agradable y «sacar adelante» a un hijo.

«Todo el mundo te dice que es realmente maravilloso, que te cambia la vida y que vives por él y para él, con todas las madres que hablas.»

Los medios de comunicación y los modelos sociales presionan en el sentido de buscar el placer de forma individualista, pero desde el entorno más cercano y familiar se percibe muchas veces la parte más positiva y de ilusión de ser padres. La familia, las relaciones y amistades transmiten un modelo próximo en que la maternidad y la paternidad se aprecian de otra forma y que también se hace seductor y es contagioso.

«Algunos amigos no han empezado a tener hijos hasta ahora y están ilusionadísimos con la idea de ser padres, están participando en el embarazo desde el primer día.»

Un aspecto más de una vida completa

Las mujeres jóvenes expresan sus deseos de tener hijos dentro del conjunto de una serie de aspiraciones, como algo más, como un complemento, pero ya no como el único aspecto central de su proyecto vital. La idea de una vida «completa» para las mujeres jóvenes incorpora el que quieran tener hijos y el tener un trabajo, tener una actividad personal y exterior a la de la familia. En cierta forma, el crear una familia o tener hijos aparece como el complemento que vendrá después, como la etapa posterior a la de su realización personal que se identifica más con la formación y el trabajo remunerado.

La maternidad es un proyecto que viene después de haber completado otros, que se llevará a cabo después de haberse realizado personalmente.

«Primero es hacerte a ti misma, y luego sentir si está en tu programa ser madre.»

«Tengo 26 años y veo el futuro que es otra cosa. Con 26 años mi madre ya tenía tres hijos. Pero ya llegará el futuro, ahora tienes tus proyectos.»

Ya no se trata de elegir entre tener hijos y trabajar; tampoco se trata de tener hijos y además trabajar, sino de trabajar primero y, luego, tener hijos. En cierto modo, el trabajo como realización personal va tomando una primacía, mientras que la idea de la maternidad es un complemento. Se desea tener hijos, no se quiere renunciar a ello, pero la primera etapa es la búsqueda de la identidad y la realización personal.

«Es una decisión tomada, responsable... me he desarrollado profesionalmente, estoy a gusto con mi trabajo, ahora lo que quiero es tener un hijo.»

El momento de tener los hijos

En los cambios relativos al momento en el que se tienen los hijos influyen mucho todas estas indecisiones acerca de cuál es el camino más directo a la felicidad, pero también hay que tener en cuenta los cambios sociales que han hecho posible la libertad de opción frente al embarazo. La maternidad ha dejado de ser un destino femenino para ser una opción. En pocos años, hemos pasado de la maternidad obligada por la falta de control

sobre los embarazos a la maternidad libre basada en los medios anticonceptivos y en las decisiones acerca de continuar o no continuar con la gestación.

Las mujeres postmodernas, las que asumen más directamente las riendas de su propia vida, con todos los riesgos que ello comporta, son las que en mayor medida están transformando el sentido de la maternidad. Son, a la vez, las que expresan más apasionadamente su deseo o su rechazo de tener hijos y las que, en mayor medida, tienen hijos de forma menos convencional, a edades más avanzadas o al margen de la estabilidad de una pareja. Encontramos entre estas mujeres un nuevo discurso sobre la maternidad. Hay en ellas menos sentido de la obligación de tener hijos y menos excusas por no tenerlos o posponerlos. Aparecen algunos discursos resueltos en contra del instinto maternal. Este nuevo discurso va unido a una serie de reservas acerca de los peligros de la estabilidad afectiva; es, entre éstas dónde escuchamos manifestaciones contrarias al matrimonio y reticencias al compromiso que supone la convivencia.

La libertad de decidir cuando se tienen los hijos influye en el retraso de la fecha de la primera maternidad. La responsabilidad acerca de los hijos hace que las parejas analicen cual es el mejor momento para ello, y el resultado es un retraso en cuanto a la fecha de tener el primer hijo.

«Los dos tenemos claro que queremos tener hijos. Nos gustan mucho los niños, pero de momento no.»

El momento de tener los hijos no se puede posponer indefinidamente pero entre las más jóvenes se pospone. Para ellas, tener un hijo puede seguir siendo un deseo, pero, desde luego, es un deseo que no plantea ninguna urgencia. Es un proyecto que se incluye entre los proyectos vitales centrales, una cosa que se debería hacer, una cosa que se hará, pero algo que no corre prisa. Lo que está más difícil de definir es cuándo.

«No encuentro el momento.»

La idea del reloj biológico

Con la edad, muchas mujeres adquieren una visión fatalista de la vida. Se tienen hijos porque hay que tenerlos. Se desean porque todo el

mundo los tiene y, aunque haya bastantes dudas, se deciden porque el reloj biológico les hace pensar que si lo dejan para más adelante va a ser muy tarde. Ante la falta propia de resolución, en las edades límite se lanzan a la maternidad como algo con lo que tienen que cumplir.

«Me ha llegado la hora y no tengo más remedio.»

Hay que ordenar el proyecto vital por capítulos y uno de ellos es la maternidad. Pero es un capítulo que a veces no encuentra la ubicación adecuada. Más que nunca, el momento de la maternidad está por definir. Si se piensa en tener los hijos pronto se cree que se reduce la libertad y se tropieza con problemas económicos. Si se aplaza la maternidad aparecen otros temores acerca de si la edad reduce la capacidad física o la preparación psíquica para ser madre. Además del miedo a arrepentirse si no los tienen.

«Ahora no los quiero tener. Simplemente cuando nos llega la edad, los 35 años, ahí lo tengo ya.»

«Que ya te llega y me tengo que poner, porque si no me voy a poner con 40.»

Lo interesante es advertir como en ese sentido de obligación y de destino femenino, aunque no ha desaparecido la idea de maternidad, va unido a la legitimidad de posponerlo. Ya que es algo ineludible se reservan el derecho de ponerle fecha.

«Me planteo la familia en dos o tres años, ahora quiero disfrutar.»

¿Hijos? Sí, en el futuro

Desde algunos medios, se lanza el mensaje de que vivir es urgente y tener hijos puede esperar. Así lo expresaba la modelo Leticia Casta cuando le preguntaban acerca de sus proyectos vitales y declaraba que su mayor ambición era ser madre, fundar una familia y ver crecer a sus hijos. Sin embargo declaraba simultáneamente que quería aprovechar al máximo su juventud y, por el momento, aplazaba esos proyectos tan valorados (*El País*, 29-11-99). Es decir, teniendo toda la libertad para elegir no optaba por la familia y la maternidad, aunque era lo que más valoraba teóricamente, mientras que en sus opciones reales demostraba que eso lo podía posponer.

Las mujeres jóvenes reciben, desde la sociedad y a través de los medios de comunicación, una serie de mensajes enaltecedores de la maternidad que luego en la práctica contradicen las dificultades de la vida real. La maternidad puede revestirse incluso de una imagen de aventura, de reto social cuando se plantea afrontarla sola, como en el caso de la cantante Madonna que decidió ser madre sin ser primero esposa.

Los valores actuales no tratan tanto de poner obstáculos económicos o domésticos a la maternidad, sino de confrontarla directamente con las ideas de libertad, de realización y de disfrute de la vida.

Esto se ha transformado en discurso asumido por parte de la generación joven. Para gran parte de los jóvenes lo más urgente es vivir y disfrutar, y en ese panorama no encuentra hueco ni la paternidad ni la maternidad. Tener hijos se considera como un proyecto de ilusión, pero es un proyecto de futuro. Llevado al extremo, de alguna forma parecería que tener hijos es un proyecto para la jubilación, algo similar a los que compran más libros de los que pueden leer y los reservan para un futuro lejano cuando les llegue la edad del retiro.

«Cuando vea el momento oportuno, a largo plazo. Por ahora, me apetece un poco la vida de pareja.»

Además de los mensajes y modelos que se transmiten a través de los medios de comunicación, hay que considerar el elemento cultural, las costumbres de ocio que pertenecen al entorno de las jóvenes parejas que en principio estarían en situación de plantearse el hecho de tener hijos.

La pérdida de la libertad

A la imagen social de desfase temporal se añade y contribuye el concepto de atadura que suponen los hijos. Se diluye, en parte, la imagen de mujer libre, dinámica, dueña de su vida y de su tiempo.

El tener un hijo se asocia, fundamentalmente, con reducir la libertad de movimientos y perder el control de proyecto propio de vida. Con un niño, ya no es posible salir y entrar, ya no es tan fácil viajar y, desde el momento en que se tiene un hijo, la esfera del reloj gira alrededor de las necesidades del bebé.

«Lo que no me cuadra en ningún sitio son los hijos.»

Entre las mujeres jóvenes que no tienen hijos se plantea la comparación constante con sus amigas que los tienen y ven con temor el cambio que se produce en cuanto se tiene un hijo.

«Yo me digo, si quiero hacer esto lo hago, si quiero salir salgo, hago lo que quiero, no tengo a nadie.»

Muy frecuentemente son las mujeres las más sensibles a esa pérdida de libertad que el hijo pueda suponer.

«Yo digo que no y me sabe mal por él, que dice siempre que quiere tener un niño, pero no puedo cortarme las alas. Lo hemos hablado muchas veces. Yo le intento decir que a mí me quita mi libertad.»

Cualquier visión optimista tropieza con la contraria avalada por la experiencia y las circunstancias que han rodeado el hecho de ser madres. Las mujeres que son madres saben de las enormes renunciaciones que les ha supuesto tener un hijo y manifiestan los pros y los contras de su decisión. No es muy frecuente el arrepentimiento por haber tomado esa decisión, pero sí que reconozcan las renunciaciones que implica.

«Yo a mi hijo le quiero muchísimo pero, de verdad, si lo pensase ahora pues no lo sé, yo he perdido el ocio, en el trabajo sí.»

Cuántos hijos

Aunque las encuestas nos hablan de que el número *ideal* de hijos que los españoles dicen que les gustaría tener supera «la parejita» (2,3 hijos por familia de media, CIS, 1998), escuchamos un discurso muy diferente entre las mujeres entrevistadas. Se desean los hijos, hay una ilusión importante en tenerlos, pero para muchas de ellas esta experiencia de la maternidad se realiza suficientemente con tener un hijo. En un estudio estadístico sobre las variables que influyen en la fertilidad de las mujeres españolas, se llegó a esta misma conclusión. «Un primer hijo es deseado por la inmensa mayoría de las parejas. [...] la gran caída de la fertilidad en estos últimos años se ha debido, en gran medida, a que muchas parejas han decidido no tener un segundo hijo» (Álvarez, 1996, pág. 37).

«Mi marido piensa que con el que tenemos es suficiente, ya dos es una multitud.»

A veces se piensa en no tener un hijo único, pero la decisión de tener un segundo hijo es difícil de tomar. Supone además plantearse de nuevo el momento más adecuado para ello.

«Pero no quiero esperar muchísimo. Quiero tener uno más y ya está.»

La decisión de un segundo hijo vuelve a plantear las cuestiones del momento, del trabajo, del tiempo libre. Igualmente que el primero, un segundo hijo compromete más el tiempo de las mujeres que de los hombres.

«Mi hija ya es más mayor. Ahora que empiezo a ... se me hace un mundo tener otro hijo.»

Los problemas que se presentan con un segundo hijo son diferentes y a la vez son muy parecidos. Pero la diferencia fundamental es que ya se ha pasado por la experiencia de la maternidad y a veces con un solo hijo la ilusión de la maternidad queda colmada.

Las mujeres reconocen que, antes de casarse o cuando eran muy jóvenes, han fantaseado con la posibilidad de tener tres o cuatro hijos. En el momento de tomar la decisión sobre el número de hijos que se desean, este número se reduce.

«Decías cuatro o cinco. Pero una cosa es pensarlo y otra mantenerlo.»

«Todas mis amigas que tienen un hijo cuando hablas de tener dos te dicen: ya verás cuando tengas uno.»

«Yo tengo una amiga que tenía uno y ahora va a tener gemelos y está hecha polvo.»

Lo que apenas defiende nadie como proyecto es tener muchos hijos. En una serie de TVE a finales de 1999, se comentaba con humor la vida de un grupo de jóvenes entre 20 y 25 años. Se planteaba cuál podría ser su vida en el futuro y se proyectaban imágenes de ellos casados y rodeados de cinco niños que gritaban y jugaban en un cuarto de estar. Las imágenes aparecían

en blanco y negro y se asociaban a un futuro negro y amenazador. No se anticipaban problemas económicos ni de salud, ambos aparecían sonrientes y saludables, pero tanto ellos como sus amigos se sintieron horrorizados ante esa perspectiva, y el rasgo que concentraba su ansiedad era la cantidad de hijos (Serie *Siete Vidas*).

Los medios de comunicación, de los que sería un ejemplo este programa, reflejan un hecho demográfico reconvertido en opinión social. Frecuentemente se lee en la prensa noticias referentes a mujeres cargadas de hijos, expresadas en tono que denota el desfase de este dato. Los premios a la natalidad concedidos durante el franquismo se conciben como algo «retrógrado» e impensable en el momento actual. Esta percepción va más allá del hecho en sí de tener muchos hijos aún en el caso de que se pudiera mantenerlos sin problemas. Simplemente no es moderno ni deseable. El tener muchos hijos «se ha pasado de moda» nos dicen las mujeres jóvenes de nuestro estudio, y en la actualidad es un fenómeno que sólo se da entre los matrimonios católicos muy conservadores.

«El tener hijos se asocia con el pasado, no es moderno. Tú, a una chica joven, la ves con cinco hijos y dices: ¡qué horror!»

La mujer que tiene muchos hijos ya no tiene una aureola de realización. Se ve como una debilidad o una cesión ante imperativos biológicos, y es muy poco atractivo. El tener muchos hijos se asocia muy frecuentemente con ser ama de casa, con elegir la vida convencional y no hacer nada. El rechazo de la vida en un pueblo pequeño se une al rechazo de todo un modo de vivir en el que los hijos son una obligación más.

«En un pueblo pequeño es diferente. Tener hijos, a ser posible uno cada dos años. Quedarte ahí y ama de casa toda la vida.»

Los hijos encajan naturalmente con las formas más tradicionales y no con los estilos de vida a que aspiran las mujeres que quieren seguir caminos innovadores. Las estadísticas señalan que las mujeres que sólo se dedican a las labores del hogar son las que tienen mayor promedio de hijos, con 1,52 hijos, frente a las que son ocupadas por cuenta propia 1,46 hijos y las asalariadas fijas, 1,07 hijos, frente a las asalariadas temporales y paradas, estas últimas con 0,85 hijos (INE, 1999).

Tradicionalmente se ha pensado que los hijos daban estabilidad a la pareja y no era infrecuente, ante la aparición incipiente de conflictos, la recomendación de tener hijos, o de tener alguno más como forma de solventar el problema y seguir unidos. Hay una profunda razón en estos consejos, y es que, evidentemente, es mucho más complicado separarse cuando hay hijos. Pero estos consejos se encuadran dentro de una superior valoración de la estabilidad institucional que de la libertad individual.

Las parejas que valoran más la libertad e independencia ven asociada a los hijos la atadura que reduce esta libertad individual.

«Tienes más libertad sin niños, a la hora de un conflicto tú por tu lado y yo por el mío, en el momento que hay niños...»

La decisión de tener hijos en la pareja

Una vez que se trata de una decisión tan importante como ésta, hay que tener en cuenta los deseos del hombre y de la mujer; los dos miembros de la pareja entran en el debate, en el análisis de las razones y los proyectos que se hacen alrededor de tener un hijo. Pero como ya hemos visto, en general, predomina la idea de que son las mujeres las que tienen la última palabra. Al ser ellas las que desarrollan el embarazo y al saberse ellas más comprometidas personalmente por el nacimiento y la crianza de un hijo, tienden a considerar como un derecho propio la decisión última acerca de tenerlo o no tenerlo.

«Es algo que te atañe a ti más que a los hombres.»

De este modo, muchas mujeres empiezan a hablar de tener un hijo por su cuenta o explican por qué no piensan tenerlo hasta que ellas lo quieran, a pesar de los deseos del marido o de la pareja de tener un hijo.

«Yo creo que la decisión es de la mujer. Lo habíamos hablado pero fue una decisión mía.»

«Yo soy mucho más egoísta que él. Por la comodidad, sencillamente a mí no me apetece tenerlo. No me apetece levantarme cuatro veces cada noche. Quiero dormir de un tirón.»

La importancia del proceso biológico que implica la maternidad, en las circunstancias actuales de disponibilidad de métodos anticonceptivos eficaces, ha dejado el derecho de veto en las manos de las mujeres.

«Si la mujer dice que no es que no.»

«Tenerlo es decisión de los dos. No tenerlo es decisión de la mujer.»

Pero la gran preocupación de las mujeres a la hora de decidirse a tener un hijo es la de la compatibilidad de atenderlo y de continuar con su trabajo y sus actividades habituales, por eso son las que más influyen en el retraso de la decisión de tener un hijo.

«A mi marido no le importaría tener más hijos. Claro es que me apetece mucho los niños y pienso en tener, pero cuando lo pienso y lo razono digo no.»

La maternidad es muy valorada y, a la vez, al haberse sobredimensionado los significados de la misma causa bastantes miedos:

«Tengo un miedo ahí, al tema de los hijos.»

El significado de los hijos

Una vez que se tienen hijos hay dos visiones paralelas e inseparables acerca de los hijos y lo que estos representan en la vida de las mujeres. Los hijos son la mayor riqueza de la vida personal, suponen la satisfacción de aspiraciones y deseos profundos de continuidad y mantenimiento hacia el futuro, y son el origen de relaciones personales profundas y muy importantes. Los hijos son una fuente de satisfacción y un activo vital primordial. El momento de su nacimiento marca un antes y un después en la vida de la mayoría de las personas.

A la vez, los hijos suponen una enorme cantidad de obligaciones y responsabilidades. Los hijos cambian la vida de los padres, del padre y de la madre, y limitan en buena medida sus recursos económicos, su tiempo de trabajo y su libertad. En este sentido, los hijos son percibidos como una fuente de preocupaciones, de gastos y de nuevas obligaciones.

Por otra parte, cuando las mujeres jóvenes hablan de los hijos mezclan sus vivencias actuales acerca de sus hijos con las imágenes de lo que estos pueden representar en el futuro. Muchas mujeres jóvenes, que todavía no tienen hijos, también tienen sus ideas acerca de lo que significan los hijos que son representaciones de lo que ven en su entorno, de lo que valoran, desean y no desean que les suceda a ellas. En sus discursos se mezclan las imágenes de los hijos como fuente de satisfacción y felicidad con la otra visión concreta de las limitaciones que representan los hijos en la vida cotidiana.

Del mismo modo que se manifiestan las mujeres en la obra teatral *Criaturas*, en la que un grupo de mujeres pasa el primer acto quejándose de sus hijos y el segundo rivalizando a ver quién demuestra que los quiere más, las madres jóvenes que hemos entrevistado expresan la enorme contradicción que viven en su experiencia de tener hijos que son a la vez una fuente interminable de problemas y algo de lo que no quieren renegar porque es una vivencia muy rica y fundamental en sus vidas.

«Yo creo que pueden dar (los hijos) más sacrificio que recompensa.»

«Yo si hubiera podido no habría tenido, no me han traído más que problemas, y los quiero con toda mi alma.»

En su libro llamado *Las contradicciones culturales de la maternidad*, la americana Sharon Hays analiza la problemática de la maternidad desde un interesante punto de vista; su tesis es que existe una contradicción profunda en la cultura actual respecto al significado de los hijos. Por una parte, las amas de casa que se dedican exclusivamente a sus hijos son vistas como mujeres poco útiles, apartadas de la vida social y esto les lleva a una situación en la que sienten que están perdiendo su identidad porque el mundo exterior no reconoce el trabajo de la madre como valioso. La cultura devalúa las tareas que carecen de ingresos económicos y de poder pero, dentro de esta misma cultura, hay también una fuerte presión contra las madres que trabajan fuera del hogar, ya que la imagen valorada de la madre es la de la maternidad intensiva que requiere altísimos niveles de dedicación a los hijos. Se llega pues a una situación en la que las mujeres con hijos pequeños no tienen manera de acertar. Si una mujer permanece sin hijos voluntariamente, algunos dirán que es fría y que no se realiza como mujer. Si es una

madre que trabaja demasiado en su empleo o carrera, algunos la acusarán de negligencia hacia sus hijos. Si no trabaja lo suficientemente duro, la situarán en el perfil de «mamá» y el avance de su carrera se verá frenado porque la dedicación a sus hijos interfiere con el trabajo. Y si se queda en el hogar con sus hijos, muchos la llamarán improductiva e inútil. En otras palabras, una mujer no puede nunca hacer lo correcto (Hays, 1996).

Ante estas demandas contradictorias, las mujeres intentan llegar a un argumento que trate de reconciliar la ideología y sus presiones cotidianas. Las madres trabajadoras se justifican a sí mismas diciéndose cosas como «*si me quedo en casa me volveré loca*», «*mi salario contribuye a su bienestar*», «*es mejor que aprendan a ser independientes*», etc. Con estos argumentos, las madres trabajadoras están intentando demostrar que no están anteponiendo sus propios intereses a los de los hijos. Por su parte, las madres que se quedan en casa argumentarán que «*los niños que no reciben suficiente amor y atención desarrollan problemas*», «*los beneficios no me compensan los costes que me supone*» y «*prefiero criar a mis propios hijos antes que encomendárselo hacer a otras*».

De este modo, las madres intentan buscar un equilibrio entre sus propios deseos y las exigencias de la crianza de niños, pero es todavía inaceptable socialmente que pongan sus propias necesidades por encima de las necesidades de los hijos. De alguna manera, sus argumentos siempre han de ser altruistas porque la presión cultural tiende a culpabilizarlas del aspecto que dejen más desatendido.

Al analizar la ideología de la «maternidad intensa», Hays ofrece una explicación de por qué se ha asignado a las mujeres el rol de madre cuidadora, que es una forma de dominación sutil que sirve a los intereses masculinos. «Las mujeres hacen mucho más de la mitad del trabajo doméstico y de crianza y hay evidencia de que esto ahorra a los varones competencia en el mercado laboral. Las madres intentan criar a hijos que sean ciudadanos obedientes, que ni se rebelen ni dependan del estado. Y están produciendo trabajadores a un precio relativamente bajo a la vez que entrenan a sus hijos para ser consumidores de bienes comerciales.» (Hays, 1996, pág. 165).

Por otro lado, constata que, precisamente, esta lógica de «maternidad intensa» es algo que las mujeres valoran en su calidad de contrapunto a la

lógica de la competitividad e individualismo que rige el mercado y los ambientes laborales. Como explica a través de las mujeres que ella entrevistó, el materialismo es una razón egoísta que se opone a la lógica de la cercanía humana, y de estas dos líneas de relaciones, el contacto humano personal afectivo y desinteresado de la relación materna les parece claramente como más importante. Hay pues una dicotomía entre las madres cuidadoras y el mundo frío y calculador de la eficacia económica. Las madres de su investigación explicaron que los hijos enseñan a no ser egoísta, a dar, y que es muy valiosa la creación de lazos de cariño y generosidad a largo plazo. Además conciben estas relaciones de cuidado como una vía de mejora no sólo personal sino que hace del mundo un sitio mejor.

Biología o cultura

Actualmente, se discute acerca de las raíces de las relaciones entre padres e hijos y acerca de si la maternidad responde a un instinto o es un aprendizaje cultural. En nuestras entrevistas hemos encontrado argumentos, desde posturas muy diferentes, discutiendo el vínculo biológico como el origen de esa relación fundamental que une a las mujeres con sus hijos.

«(La maternidad)... es un instinto. La paternidad es más educacional o cultural.»

«Yo sí que creo en el instinto maternal, se crean muchos vínculos desde que el niño está dentro, al darle el pecho.»

Cuando predomina la explicación biológica, se defiende la especial relación entre madre e hijos. Las mujeres reivindican que ellas tienen unas relaciones privilegiadas con los hijos, derivadas fundamentalmente de las vinculaciones biológicas que les han unido desde el nacimiento.

«Se ha establecido un vínculo entre mi hija y yo desde que nació, bueno desde antes de nacer.»

La discusión está abierta acerca de si se trata de un instinto natural irrenunciable o se debe a la educación recibida.

«Eso no se aprende, eso es una cosa que sale de dentro, como mujer.»

«Es la educación que nos dan, la educación pesa un montón.»

Se produce un drama íntimo muy potente en estos momentos, porque se sienten requeridas, están orgullosas de ello pero ven muy difícil atender a esas llamadas.

«Mi hija me reclama a mí, no me voy a negar.»

«Lo empiezas a hacer tú y luego la niña, o el niño en mi caso, te reclama más a ti.»

Sea producto de la educación o sea un instinto natural de las mujeres, lo que a veces se presenta como reproche hacia los hombres toma también, generalmente, la forma de orgullo acerca de la esencia femenina.

«Yo creo que los hombres pueden querer muchísimo pero no es lo mismo.»

Las mujeres tienen arraigada dentro de ellas la idea de disponibilidad hacia sus hijos, tienen un sentido innato de la dependencia que sus hijos tienen de ellas y, espontáneamente, tienden a ocuparse de ellos, a satisfacer sus necesidades, a conocer esas necesidades y a atenderlas. Esas características de sensibilidad y disponibilidad con respecto a los hijos configuran el concepto de la maternidad. Y es una creencia muy extendida el que las mujeres son madres no sólo porque son las que dan a luz a los hijos sino porque son más capaces de entenderlos, de escucharles y de conocer sus necesidades.

El ejercicio de la maternidad es dar respuesta a esas necesidades básicas, es atender a esas demandas que conocen espontáneamente. Y, precisamente, el hecho de sentirse necesitadas puede darles un sentido vital, puede responder a la pregunta: ¿Quién me necesita? De alguna manera ser madres es el único vínculo duradero al que tienen acceso voluntario. Como explica Richard Sennet en *La corrosión del carácter*, en el capitalismo actual los lazos y compromisos a largo plazo van erosionándose, de modo que los hijos pueden ofrecer un ancla emocional frente a las mareas del cambio (Sennet, 2000).

El empleo, la pareja, la familia extensa y las relaciones locales son mucho más inestables que en el pasado, sin embargo las madres siguen siendo madres para siempre. Además de suponer una ancla emocional, los hijos son una faceta de la vida muy distinta a la laboral o incluso a la pareja.

Mientras que lo demás puede presentar limitaciones a las señales de afecto y otros peligros, los hijos son personas a las que se puede amar incondicionalmente y sin reparos. Otros análisis de las relaciones de maternidad coinciden en la importancia del altruismo y de la vinculación afectiva para toda la vida como las características que las distinguen de cualquier otro tipo de amor o afecto. «Los hijos proveen a las madres de un contexto en el que es posible e incluso esencial mostrar afecto y compromiso [...] Puede que haya pocas otras oportunidades para los adultos en expresar su lado cálido, cuidador y altruista» (Phoenix *et al.*, 1991, pág. 56).

Y en esta adhesión a la maternidad reside el problema que tienen las mujeres en la sociedad actual porque ellas siguen atendiendo la llamada de la naturaleza, o de ese rol social al que no renuncian, pero el entorno de la sociedad actual les pone muy difícil dar la respuesta adecuada, ya que no les ayuda a desempeñar este papel que la naturaleza o la sociedad les encarga.

Vivencia de la paternidad

Al expresar su discurso acerca de la maternidad, las mujeres se comparan con los hombres y sus relaciones con los hijos. La referencia de ese sentimiento maternal, que las obliga y que las enorgullece al mismo tiempo, son los hombres. Ellas se identifican más con los hijos, les conocen más y les entienden mejor.

«Yo le traduzco todo a su padre, y eso que es un padrazo que les ha dado siempre los biberones, no sé si les presta menos atención o yo tengo un sentido distinto, me sale todo bordado y le traduzco todo al padre.»

La discusión acerca de si esto es una cuestión de educación o biología no está zanjada y las explicaciones sociales de cómo van cambiando los hombres aparecen como forma de contravenir el destino biológico de las mujeres.

«Aunque tu pareja sea estupenda y tenga claro lo de compartir responsabilidades, no es una madre.»

«¿Quién ha criado a los hijos? Tú. Es lógico que tú les entiendas, no sé si por instinto o por regla matemática.»

Con ese sentido de superioridad en cuanto a entender a los hijos y en cuanto al deseo recíproco de los hijos de estar con la madre, las mujeres creen tener una superioridad sobre los hombres. Los hijos son algo que corresponde a las mujeres, que les es más propio.

El problema que se deriva de esta postura es que las mujeres se sienten atrapadas en esa situación «especial» de maternidad responsable que, de acuerdo con la literatura de muchos otros países además de la española, las compromete de una forma incomparablemente mayor de la que se produce con los hombres.

«Un padre no puede ser lo mismo, es que no. Por mucho que lo cuide, por mucho que pueda estar con él, es que no. Es naturaleza femenina, no es ser madre, es ser todo.»

«El padre se ha desligado mucho más.»

No queda muy claro hasta dónde es una queja contra los hombres y hasta dónde encubre un orgullo y una reivindicación de la vivencia de la maternidad.

«Ellos no se responsabilizan. Les bañan, les dan la cena, les acuestan pero no deciden.»

No está muy claro si esto es una traba o una superioridad, y esta confusión es tan profunda que encontramos mujeres que se quejaban por la falta de implicación del padre y acto seguido hacían algún comentario acerca de su superioridad como madres.

Las mujeres reivindican con fuerza esos lazos especiales que les unen con los hijos. Van a quejarse de ellos pero también los van a esgrimir en momentos de crisis en los que la vinculación materna a los hijos se les aparece como una ventaja.

«Le cuesta más prescindir de un hijo a una madre que a un padre.»

Por ejemplo, frente a la ruptura matrimonial obtener la custodia de los hijos aparece como una cuestión clave.

«La madre lucha siempre por quedarse con los hijos cuando un matrimonio se separa.»

Muy frecuentemente, tanto el padre como la madre quieren quedarse con los hijos y, frente a esta decisión, se esgrimen los derechos maternos como superiores, sin apenas distinción del tipo de situación.

Cambio de vida: nuevas responsabilidades, nuevos sentimientos

La llegada de un hijo se relaciona con el final de la libertad: los horarios, las obligaciones fijas, la imposibilidad de salir por la noche o de hacer un viaje. Incluso la convivencia cambia, pues si hay hijos es más necesario tener la casa limpia y las comidas a su hora.

«A la hora de tener hijos es diferente, el niño tiene que comer [...] Es el cambio total.»

«El llevar la casa no, el problema es cuando tienes un hijo.»

Es muy frecuente la vivencia de los hijos como personas que dependen de una y a los que hay que solucionar problemas y sacarlos de apuros. La idea de «sacar adelante a los hijos» tiene una connotación doble, de criarlos y de ayudarlos con sus problemas. Los problemas de los hijos y de las hijas se convierten inmediatamente en problemas de las madres.

«Tiene el niño un problema. Fracaso escolar o una depresión, y el problema no es él el que lo tiene, lo tiene la madre.»

Hay una cierta queja de la enorme responsabilidad que se carga sobre las madres, incluso se incluye en esa responsabilidad maternal al marido.

«Tú estás ahí para ser su madre, su compañera, la persona que saca los problemas adelante.»

Esto plantea una contradicción en muchas mujeres que pretenden liberarse de esa responsabilidad para tener algo más de vida propia. La forma más legítima, o más aceptada, para liberarse de los problemas de los hijos es a través de su propia libertad y maduración. Los hijos que no dependen tanto de sus madres salen más autónomos, maduran antes.

«La responsabilidad les hace crecer en todos los sentidos.»

«Los hijos se habían acostumbrado a que ella resolviera los problemas y es que los hijos tienen que resolver sus problemas.»

Por otra parte, estas responsabilidades del papel de madre se viven como exigencia de disciplina y como autoridad que se hace antipática para los hijos.

«La madre es la mala siempre. La que obliga.»

La realización de la mujer como persona se vincula a lo profesional, a sus amistades, a sus aficiones y a sus gustos. Parece que las mujeres jóvenes tienen muy claro que las familias son el aspecto colectivo, de la continuidad de la transmisión de la vida, pero que individualmente sus reivindicaciones de vida personal son las más particulares, las de su vida privada, en las que entra el empleo y las conexiones sociales que éste conlleva. Por tanto, hay mujeres que no tienen nada claro que «los hijos sean lo más importante de la vida». Por otra parte, la presión social sobre la maternidad es tan acusada que puede llegar a generar conflictos internos en esas mujeres que no tienen sentimientos de afecto tan potentes por sus hijos que impone el concepto clásico de la maternidad:

«Eso es culpa de que nos tenga que salir el instinto maternal.»

«Deberían aprender a querer como se aprenden otras muchas cosas y no tener complejo por el hecho de que yo no tengo instinto maternal y soy mala.»

Este conflicto personal por no sentir afecto suficiente hacia los hijos, es impensable en un hombre, sin embargo, atenaza a algunas madres que se comparan con las imágenes ideales de la maternidad y creen que no llegan a alcanzarla.

«Por mi profesión de psicóloga estoy encontrando cada vez más mujeres que llegan a reconocer que no quieren a sus hijos, mujeres a las que no les sale de dentro, y es un agobio porque tienen que ocuparse de ellos.»

En este sentimiento de culpa, por no ser una madre auténtica, influyen también, como señalan los análisis de Hays, todo el conjunto de presiones culturales que tienden a responsabilizar a las mujeres del cambio ocurrido en las familias y en el conjunto de la sociedad. Los mensajes que

argumentan que se han empobrecido las familias como resultado del enriquecimiento personal de las mujeres son muy frecuentes y ello, unido a la nostalgia de una visión idealizada del pasado, refuerza la inseguridad y el sentido de culpa de muchas madres jóvenes que tienen una vida diaria muy difícil.

«Mi madre estaba siempre con nosotros. Yo no sé si tendré hijos o no pues tendré que ir a trabajar. Es diferente, veo más enriquecedor ser mujer trabajadora, pero por otro lado ahora las familias se han empobrecido.»

Lo que se pone de manifiesto son contradicciones que tienen las mujeres jóvenes frente a la cuestión familiar derivadas sobre todo de estar inmersas en un intenso proceso de cambio, donde aparecen simultáneamente los valores y los argumentos de las lógicas anteriores con los valores y los objetivos innovadores que les atraen, pero que no dejan de plantearles inseguridad y dificultades.

La llegada de los nuevos padres

Actualmente vivimos una etapa de desajuste y cambio en lo concerniente a la figura del padre. No es que los padres estén más ausentes sino que, y esto es lo novedoso, se exige de ellos que estén más presentes. Las interpretaciones acerca de los cambios acaecidos en las familias y acerca del papel de los padres dentro de ellas son muy variadas. Es indudable que la autoridad paterna está en declive y que eso tiende a identificarse con el ocaso de los padres.

La paternidad y la maternidad se están acercando porque la primera ha perdido sus connotaciones de autoridad y la segunda su exclusividad. Pero la transición no se hace sin resistencias. Tanto los hombres como las mujeres se resisten a dejar sus privilegios.

El equilibrio de poder entre la madre y el padre, la importancia creciente del estado de bienestar que garantiza la protección que antes ofrecía el padre proveedor, la generalización del trabajo asalariado de las madres, la universalización de los derechos individuales que pueden invocarse frente a la autoridad paterna, todo ello ha influido en la transformación de la figura del padre que ha pasado de ser el centro del poder y la autoridad en la fami-

lia a ser uno más en la autoridad y la protección de los hijos. Ha perdido buena parte de sus contenidos patriarcales y está ganando terreno en cuanto a las líneas de relación y afecto. Actualmente se reivindican para los padres nuevos aspectos en la línea de los afectos y del cuidado de una forma algo similar y cercana a lo que serían las imágenes de la maternidad.

Algunas de las interpretaciones que intentan explicar esta transición ponen el mayor énfasis en el debilitamiento de las figuras del padre. «En nuestras sociedades, el padre tiende a desaparecer de la escena familiar en diversos aspectos, ya sea físicamente en el caso de las familias monoparentales, ya sea psíquicamente en el caso de la delación voluntaria de responsabilidades, ya sea simbólicamente en el caso de su sustitución por el estado proveedor que vela en última instancia por todos los ciudadanos. El resultado es que la familia queda reducida a su mínima expresión. La relación maternofilial tiende a convertirse en el esqueleto sobre el que se asienta la institución familiar: es lo que se ha dado en llamar la familia matrifocal» (Flaquer, 1999, pág. 197).

Otras interpretaciones atienden preferentemente la rivalidad creciente entre la filiación y la pareja. La tendencia a la conyugalización en las sociedades occidentales se ha producido a costa de un cierto debilitamiento de los lazos de filiación. Este proceso se ha notado con menor intensidad en las sociedades mediterráneas, donde todavía las relaciones padres hijos son de una gran intensidad. Pero es indudable que un cierto cambio se ha producido. Como indica Sullerot, el modelo familiar desde los años setenta ha sido tal que «para el padre la relación de pareja es primera y fundadora y tiene preponderancia sobre la relación de filiación» (Sullerot, 1993, pág. 179). La madre ha protagonizado la relación con los hijos cada vez más, mientras el desconcierto en torno al padre y su nuevo papel ha crecido. De modo que, como ya hemos resaltado, la madre es el eje vertebrador de la familia y el padre ha dejado de ser el que disciplina para pasar a ser el que «ayuda» a la madre con la crianza de los hijos.

¿Qué significa «nuevos padres»?

Siguiendo la clasificación que propone Gerardo Meil (1999), en sus análisis sobre las familias españolas, se puede hablar de tres modelos de

padre: el autoritario, el colaborador y el cuidador. Los padres autoritarios están alejados de las tareas de cuidado de los hijos, se limitan a ser proveedores económicos y ejercen la disciplina del comportamiento. Esta figura está actualmente en extinción, aunque su pervivencia en España haya sido superior a la que ha tenido en el entorno europeo. Durante los años setenta y ochenta se ha debilitado aceleradamente este modelo paterno ante la extensión de los valores democráticos.

El padre colaborador, el que puede considerarse la transición al nuevo modelo de padre, es un tipo de padre que se implica en el cuidado de los hijos de una manera subsidiaria, sólo a petición de la madre o cuando ésta falta. Es el padre que asume las tareas que se le encomiendan pero sin tomar nunca la iniciativa por sí mismo.

El padre cuidador es aquel que toma como modelo de comportamiento la imagen ideal de la madre, la persona capaz de ocuparse y preocuparse por el bienestar del hijo, la persona cercana y cariñosa que ofrece el ámbito de seguridad y afecto que los hijos necesitan.

Este nuevo padre está apareciendo por demanda de las mujeres que quieren compartir los hijos, pero también por iniciativa de los hombres que aspiran a darle un contenido más global a su paternidad.

Por el momento, el tipo de padre más frecuente, el modelo de transición, es el padre colaborador, modelo al que alude Lipovetsky resumiendo su posición de la siguiente manera: «Aún cuando los hombres intervienen más que en el pasado en las actividades domésticas, la gestión de la vida cotidiana sigue siendo prioritariamente la incumbencia de las mujeres, y ello en todos los medios. Si bien los hombres las ayudan más, no se han hecho cargo de la responsabilidad principal de los hijos ni de la de organizar la ejecución de las tareas. Cabe calificar su participación de puntual, en muy raras ocasiones de estructural» (Lipovetsky, 1999, pág. 230). Lo que ha cambiado no es tanto la lógica de la división de los roles familiares como la aparición de una mayor cooperación masculina en el seno del ámbito doméstico tradicional, que sigue estando basado en la preponderancia femenina.

Las familias de los nuevos padres se definen por la presencia de los siguientes rasgos: norma de división del trabajo doméstico participativa; toma

de decisiones conjunta entre hombre y mujer; liderazgo familiar en el que se discuten los temas y cuando hay diferencias se acaba decidiendo conjuntamente; tanto el hombre como la mujer tienen trabajo extradoméstico; los ingresos relativos de ambos se aportan al bienestar conjunto del grupo familiar. Hay una ideología contraria a la idea de que la mujer deba abandonar el trabajo si interfiere en sus obligaciones familiares.

La mayoría de los jóvenes han vivido la experiencia de padres del modelo clásico y autoritarios o padres «progres» que podemos traducir en padres colaboradores, hombres ideológicamente igualitarios que ayudaban a sus mujeres. Apenas algunos de ellos han vivido en su infancia una experiencia de familia con padre cuidador y por ello no tienen un modelo claro de la paternidad ideal, de cuál es el tipo de pareja, marido y padre mejor ajustado a las condiciones de vida actuales.

El «nuevo padre» será el padre cuidador, el que se ocupe y preocupe de los hijos al mismo nivel que la madre y que no sólo echa una mano en las tareas de alimentación y cuidado sino que se responsabiliza de ellos. Se puede entender este rol mejor con el concepto ideal de «intercambiabilidad». La intercambiabilidad supone que el padre haya llegado a igualarse a la madre con respecto al cuidado de los hijos y por tanto sea indiferente quién de los dos desempeña las tareas en un determinado momento.

Necesidad de cambio hacia los «nuevos padres»

La mayoría de las mujeres de 25 a 35 años trabajan o aspiran a trabajar durante la crianza de sus hijos. Esto impide, o va a impedir, que ejerzan de madres con el mismo nivel de dedicación temporal que las mujeres de otras generaciones que se dedicaban a la familia en exclusiva. Como consecuencia de ello, a menudo tienen el sentimiento de no llegar, de no estar dando el máximo a sus hijos y, a la vez, cuando logran distanciarse de esta preocupación interna, se dan cuenta de que sus maridos no hacen ni una pequeña parte de lo que ellas hacen y sin embargo esto a ellos no les preocupa.

«¿Por qué tienes que ser tú la madre? A lo mejor tu marido tiene un papel o tiene un trabajo que le permite dedicarle el tiempo que tú no dedicas

a tus hijos, la maternidad y paternidad es de los dos, damos por hecho que tenemos que ser nosotras ¡Tú también eres el padre!»

Desde una perspectiva de igualdad de obligaciones económicas las mujeres quieren también igualdad de condiciones familiares y a veces sienten como una injusticia la mayor carga que asumen con respecto a los hijos. Lluís Flaquer describe la situación de la siguiente manera: «Las madres, que al hacerse cargo de los cuidados prácticos y más inmediatos a los hijos difícilmente pueden sustraerse a sus obligaciones, asumen a menudo una carga onerosa y desproporcionada con relación a sus maridos, quienes al no haber encontrado todavía su ubicación en el futuro diseño familiar, permanecen a menudo con los brazos cruzados en el hogar.» (Flaquer, 1999, pág. 198).

Como resultado de la sobrecarga de responsabilidad, salvo las madres solteras que deciden tener hijos por su cuenta, la mayoría de las mujeres que trabajan quieren que su pareja no sólo sea el padre de sus hijos sino que ejerza como tal, que sea un «nuevo padre». En el tránsito hacia un replanteamiento de las responsabilidades de los hombres en casa y en los nuevos desempeños de la pareja, las mujeres ponen en cuestión el equilibrio emocional entre ser padre y ser madre. Además de las cuestiones relativas a compartir tareas, desean ver también como asumen responsabilidades nuevas con los hijos.

«Queda mucho camino por recorrer, nuestros hijos verán que sus madres trabajan, que sus madres tienen puestos de responsabilidad o puestos de trabajo, que van a trabajar como el padre y en muchos casos el padre también se va a ocupar de ellos. Tiene que haber un cambio de base, lo que pasa es que no se puede producir de la noche a la mañana.»

Los padres colaboradores, es decir los que participan con una cierta dedicación pero que no asumen las *responsabilidades*, son una fuente de irritación y conflicto para las mujeres que constatan la desigual atención a los hijos, que al fin y al cabo:

«...también son suyos, ¿no?»

Son las mujeres las que siguen asumiendo la responsabilidad casi absoluta de administrar y planificar las actividades de los hijos, desde cosas tan aparentemente nimias como elegir su ropa, comprarles sus libros, hasta

decisiones como elegir el colegio. El hecho de responsabilizarse solas de todas estas cuestiones es una enorme carga psicológica, puesto que siempre tienen que estar pensando en adelantado, y si llega algún imprevisto como la enfermedad de un hijo, saben que son ellas las que tienen que llevar al niño al médico y ocuparse de cuidarlo cuando esté en cama.

«No se responsabilizan.»

«El sentir por lo menos que los hijos le importan tanto como a ti.»

Tienen conciencia de que necesitan compartir entre dos, si su marido fuese un padre cuidador este constante sentido de la responsabilidad sería más llevadero. La responsabilidad de los hijos no compartida se suma al resto de las responsabilidades (su trabajo extradoméstico y su trabajo doméstico), y aunque se sientan satisfechas emocionalmente por realizar labores de cuidado, se ven a menudo desbordadas. Cuando se preguntan por las posibles salidas, llegan a la conclusión de que sus maridos podrían y deberían responsabilizarse a medias con ellas, cosa que echan en falta:

«Yo soy la que tiro del carro, en mi familia igual; mis decisiones han sido si operan o no a mi padre, si operan o no a mi hija.»

«Con los hijos es diferente, les bañan, les acuestan, les dan la cena pero no deciden, no, ellos no deciden.»

La falta de apoyo en la toma de decisiones y la asunción de responsabilidad respecto a los niños llega en algunos casos a límites en los que la mujer se desespera y enfada con el invisible padre de sus hijos. Llevado al extremo, este vacío en los momentos difíciles puede deteriorar mucho la imagen del padre como persona en ojos de la madre.

«Cuando yo he operado a mi hija quien ha estado en el hospital he sido yo, quien ha firmado yo, todo yo y él: ¡Por teléfono! Y viene y cuando ya ha subido a la habitación y ¡Qué coño haces aquí si yo ya estoy en reanimación! ¿Qué haces? ¿Lo ahogas? “bueno mujer, no te pongas así...”»

«Es que si el niño está enfermo, tú sabes que cada siete o ocho horas toma una medicación. Si no le dices que se la tiene que dar... Él sabe que trabajamos los dos y que el niño está enfermo y necesita un ritmo de medicación. Pues si no llamas o no lo dejas escrito es que no se la da. No, no se la da.»

Para evitar la irritación y los problemas de pareja ante tal situación, intentan justificar la negligencia del padre como un rasgo masculino, por defecto del «instinto maternal» que (cómo ya hemos visto) ellas tienen y que consideran innato, por el que sienten con especial ahínco las necesidades de los niños. Aún con esta excusa, el reproche en su interior es inevitable ante tales signos de pasividad y distanciamiento.

«Si el hijo está enfermo, la madre es la que realmente está sufriendo y si no va a trabajar porque el crío está muy enfermo, el padre ni se lo plantea.»

Cambios cuantitativos y cualitativos

Los datos estadísticos muestran una creciente dedicación a los niños por parte de los padres, sobre todo en las familias de clase media y media-alta en las que la madre trabaja y tiene una menor dependencia económica dentro de la relación conyugal. Sin embargo, esta participación sigue siendo insuficiente tanto cuantitativa como cualitativamente: no sólo dedican un menor número de horas a sus hijos en términos absolutos, sino que las tareas que desempeñan son cualitativamente diferentes a las que desempeñan las madres. En los primeros años de vida, el cuidado como bañar, llevar al pediatra, pasear al niño, es mayoritariamente ejercido por la madre, si bien en la diferencia se reduce en las familias de padres menores de 35 años y con estudios superiores (Torres, Alvira y Blanca, 1994). Asimismo, son las madres las que cocinan y comen con los niños. El informe señala como significativo el hecho de que casi la mitad de las madres de la muestra dicen que desayunan siempre con el hijo mientras que sólo la cuarta parte de los padres dice lo mismo.

Otros estudios confirman que la diferencia del tiempo dedicado a los hijos por los padres y las madres sigue siendo muy elevada. (CEAPA, 1994).

Con los cambios acaecidos en el tamaño y la estructura de las familias, la incorporación de las madres al trabajo y de los padres a la atención cotidiana de los hijos, el triángulo padre/madre/hijo/a empieza a equilibrar lentamente la distancia entre sus vértices. Los hijos son un bien precioso en la medida en que son escasos y deseados. Esto hace que la accesibilidad de los padres se amplíe, que la disponibilidad de tiempo sea mayor para su cuidado, incluso en el caso en que ambos trabajen. Lo que producen estos cam-

bios es, sobre todo, que el hijo o la hija reciban una mayor concentración de afecto y atención por parte de ambos, del padre y de la madre.

«Los niños lo que piden es más atención y más dedicación de sus padres, pero de los dos.»

Es sin duda con el primer hijo y, sobre todo, cuando el proyecto no va más allá de este reducido tipo de familia de hijo único, cuando se observa un mayor acercamiento de los hombres a lo que las mujeres han considerado siempre como un terreno propio, el de vivir la paternidad.

«Mi hijo ha sido un hijo muy deseado, muy buscado, muy querido por ambas partes. En este sentido los hombres están cambiando. Sobre todo en mi generación, algunos amigos que no han empezado a tener hijos hasta ahora, están ilusionadísimos con la idea de ser padres. Participan en el embarazo desde el primer día.»

Obstáculos a los nuevos padres

Los obstáculos *externos* al cambio provienen sobre todo de la esfera laboral.

La discriminación de género en cuestión de empleo plantea una dificultad para que se equiparen las posiciones de las mujeres en el ámbito público y económico. Las empresas contribuyen fuertemente a mantener la ideología patriarcal, poniendo frenos a la mayor implicación de los varones en la esfera doméstica. «Si el mercado de trabajo se complace de extender sus obligaciones en el terreno de la privacidad “robándosela” al varón, no sucede lo mismo con el espacio doméstico: se declara abiertamente en contra. Toda demanda que provenga del mismo será tratada como interferencia y rehusada, por impropio, en las prácticas laborales. Como buen previsor, lo doméstico deberá ser detectado para excluirse» (Murillo, 1996, pág. 19). Y es que los varones, para hacer carrera o incluso para conservar su puesto, no pueden mostrar signos de indisponibilidad a la empresa: tienen que asistir a todas las reuniones, viajes, cursillos. No pueden decir «esta noche no voy a la cena con los clientes porque mi hija tiene la varicela» sin ser penalizados por los compañeros y jefes. Encontramos, pues, hombres que aunque quieran no se atreven a retar las normas no escritas de la cultura empresarial.

«Yo le digo: “Tú te pides la baja”. Podría hacerse. Pero él me dice: “No tengo narices”.»

«Si lo pide la mujer, de toda la vida, no pasa nada. Si lo pide el hombre, vale, que está en su derecho, pero otra cosa es lo que la empresa piense y lo que después diga. Es como un chantaje emocional. Hay empresas que no ponen problemas pero...»

Aunque existan iniciativas legislativas que intentan incentivar a los hombres para que también asuman responsabilidades, como son las bajas «paternales», la realidad es otra. Sólo el 0,81% de las personas con un permiso de maternidad o paternidad eran hombres según los datos de la Encuesta de Población Activa (INE, segundo trimestre de 1999).

Como explica filosóficamente una madre joven que se encuentra ante estos dilemas:

«Todo tiene su tiempo. Hemos empezado dando la ley, después viene la práctica y el uso. Todo viene poco a poco.»

Esta resistencia no sólo se trata del ambiente laboral sino también del conjunto de las valoraciones sociales que todavía ponen de relieve la importancia de que sea el marido el que aporte mayores ingresos al hogar. Hablando de necesidad de repartir la responsabilidades en las parejas en que los dos trabajan en un grupo de nuestras entrevistadas apareció la expresión despectiva *mitja merda* para referirse al marido que gana menos que su mujer. Unas lo utilizaron sin intención peyorativa pero para otras era una descripción de una situación poco aceptable.

«Si en una pareja la económica la lleva la mujer y el hombre es un “mitja merda”.»

«A mí me sienta fatal, perdona.»

«No, pero la que lleva la economía es ella.»

«La que gana el sueldo.»

«Yo me lo he planteado. Llevar el sueldo y que mi marido fuera “mitja merda”.»

«Es que me parece muy fuerte lo que acabas de decir.»

«Es que no me has entendido lo que quiero decir. Si la mujer está superapoyada y el marido no está tan apoyado pues que lo coja él.»

«Lo que pasa es que nuestro instinto maternal no nos deja.»

«Yo me lo he planteado.»

Los impedimentos más profundos parecen provenir de las propias mujeres, de los valores más tradicionales que han interiorizado de pequeñas y de su identidad como madres. En esta cuestión se produce un conflicto interior que plantea globalmente uno de los aspectos más difíciles de la transición a un nuevo tipo de paternidad y de maternidad. Son los sentimientos hacia los hijos y la especial relación de las madres con ellos.

Lipovetsky hace una interesante interpretación de la pervivencia del papel de la madre: «Más allá de la lógica de dominio de un sexo sobre el otro y del peso de los determinantes culturales, en la implicación doméstica de las mujeres cabe ver un fenómeno en el que está en juego la búsqueda de sentido así como estrategias de poder y objetivos identitarios [...] Habría que estar ciego para no ver que la condición de madre es algo más, y otra cosa que el sometimiento a roles impuestos desde fuera. La relación privilegiada con los hijos reduce la implicación profesional de las mujeres pero enriquece su vida relacional o emocional; supone un *handicap* en la conquista de posiciones jerárquicas, pero dota a la existencia de una dimensión de sentido particularmente intensa. Si el lugar preeminente de las mujeres en los roles familiares se mantiene, no es sólo en razón de las pretensiones culturales y las actitudes “irresponsables” masculinas, sino que también en razón de las dimensiones de sentido, de poder, de autonomía que acompañan a las funciones maternas.» (Lipovetsky, 1999, pág. 236).

Para muchas mujeres parece incuestionable, como ya hemos visto en el capítulo anterior, que lo maternal tiene por derecho propio mayor fuerza que lo paternal. Los lazos son más estrechos y el vínculo tiene un carácter de indisolubilidad y permanencia que no se da en la misma medida en la relación del padre con los hijos.

«Se lleva dentro, hay algún hombre especial, pero lo normal es que a la mujer le sale y al hombre no.»

El sentimiento maternal está interiorizado en las mujeres de tal forma que se da por hecho que es algo intransferible y que, por tanto, sería difícil reclamarlo a los hombres. Ellos se han de ocupar de los hijos, pero, cuando se llevan estas cuestiones al terreno de la relación profunda, se sigue pensando que la diferencia es incuestionable. Las mujeres explican esta relación especial en la gestación, el llevarlos dentro como origen de este vínculo, reforzado por la crianza y por su especial dedicación al cuidado de los hijos, lo que define las reglas del contrato tradicional de «ser madre».

Sea por estar más tiempo con ellos, sea por un instinto especial del que hablan las mujeres respecto a los hijos, o sea por una costumbre acuñada a través de siglos por la sociedad y la cultura, el hecho es que se establece un circuito casi cerrado de vínculos entre madre cuidadora e hija, o hijo, que reclaman de sus cuidados y que apenas se rompe por la accidental colaboración de los padres.

Esta especial reivindicación de protagonismo que exigen las mujeres respecto a los hijos es la última barrera que se levanta delante de los hombres en cuanto a ese deseo de mayor participación masculina en las relaciones internas de la familia.

«Mi marido colabora mucho conmigo, lleva a la niña al colegio cuando yo tengo que ir a trabajar temprano, pero se ha establecido un vínculo entre ella y yo, desde que nació, bueno antes de nacer.»

El mayor acercamiento de los padres al hijo y su participación activa en los cuidados supone un cierto relajamiento del círculo aprisionador de la madre que cuida al hijo que la reclama. Esta relativa liberación supone para las mujeres un alivio y una ampliación de sus posibilidades para dedicarse a otras tareas o responsabilidades laborales. Sin embargo, la mayoría de las mujeres todavía defienden una mayor legitimidad de sus derechos a ser más profundamente responsables de sus hijos. El paso que está aún pendiente de producirse es la ampliación de estas responsabilidades a los hombres. Porque, todavía, esta liberación que les llega a las mujeres con la nueva forma de paternidad sigue siendo considerada como una liberación física pero no mental. La responsabilidad sigue corriendo a cargo de las mujeres.

La relación de las madres con los hijos se ve como especial, con matices de exclusividad. A pesar de las nuevas tendencias que se apuntan, esta relación con los hijos se sigue considerando como algo privativo de las mujeres y algo asumido por todos los miembros de la familia, empezando por los propios hijos. Los sentimientos de afecto y la responsabilidad en el cuidado de las primeras etapas infantiles siguen derivando en costumbre y obligación para las madres.

«Los hijos se han acostumbrado a que tu les resuelvas todos sus problemas...»

Las satisfacciones y la ilusión de los momentos de mayor contacto y necesidad de protección se contrastan con los problemas e insatisfacciones consecuentes del estrecho vínculo que encierra a las madres a veces en un callejón sin más salida que la entrega, la adaptación o la renuncia.

La comunicación entre padres e hijos

La clave para entender las nuevas formas de relación que se producen en el interior de las familias es la comunicación entre sus miembros. No sólo se da esto entre las parejas, sino que también en las relaciones entre padres e hijos aparece la comunicación como el aspecto clave que va a distinguir las formas alternativas de entendimiento y de relación. Es más, el concepto de la nueva paternidad se apoya, fundamentalmente, en las formas y mecanismos de comunicación que enlazan al padre con los hijos y permiten a estos una reciprocidad nueva de los hijos con respecto al padre.

Por otra parte, con la prolongada convivencia de los jóvenes en el hogar familiar, la comunicación entre padres, madres e hijos se ha convertido en una cuestión crítica para el éxito de la vida familiar. Hay muchas razones sociales y económicas para explicar la permanencia de los hijos en situación de dependencia familiar en la sociedad española, pero es indudable que, de no mediar una nueva forma de comunicación, esta convivencia entre adultos sería explosiva porque derivaría en una situación de conflicto permanente.

Dejando de lado muchas cuestiones, porque no podemos examinar tantos otros problemas que afectan a las familias, actualmente, como el alco-

holismo o la drogadicción, hoy en día una de las claves para el mantenimiento de la convivencia familiar es la transformación en forma de entendimiento y comunicación.

En este aspecto es en el que se creen innovadoras las mujeres entrevistadas en cuanto a la clase de relación que establecen con sus hijos. Son mujeres que han interiorizado los valores democráticos y se sienten más tolerantes y cercanas a sus hijos. Piensan que han acortado distancias al compararse con el foso ideológico que a menudo dividía a padres e hijos no hace muchos años. Rechazan relaciones de hijos distantes pero obedientes, se quieren ver como amigas, confidentes, personas comprensivas.

«Mi hija tiene más confianza, es una relación tan distinta...»

De aquella relación jerárquica característica, y aún presente de forma residual, de la familia dominada por la autoridad, se ha evolucionado a una forma de relación más emocional y comunicativa entre padres e hijos, es decir entre padres y madres con sus hijos e hijas. En cierto sentido éste es el criterio más distintivo del cambio acaecido en el seno de las familias, el que marca de una manera más nítida el proceso de vinculación entre generaciones. Y, quizás, este cambio sea aún mayor entre las madres y las hijas.

«Yo no soy amiga de mi madre y si soy amiga de mi hija...»

Entre las aspiraciones unidas a las nuevas formas de maternidad y de paternidad, que aparece en este estudio, está la de poder convivir con los hijos en una relación centrada en la comunicación. Los hijos empiezan a ser algo tan único, individualizado y distinto que el proyecto de tenerlos aparece, fundamentalmente, como individuos con los que relacionarse en el futuro.

«Alguien con quien ir de vacaciones, una chica con quien ir de compras, un chico con el que hablar de chicos, algo para sentirte joven de nuevo.»

«Lo mío es transmitirle todo lo que yo tengo dentro, enseñarle todo lo que pueda.»

Las nuevas madres se distinguen, especialmente, por ese deseo de asumir una relación completa con sus hijos en cantidad de tiempo y en calidad de contacto. El problema que ello plantea es la dedicación enorme de horas que estas relaciones pueden exigir.

«No quiero tener hijos para que me los críe mi madre.»

Y, sobre todo, no quieren delegar en otros la posibilidad de entendimiento y comunicación:

«Desde muy pequeños.»

«El papel de la madre ya no es el de antes, los niños se acostumbraban a estar criados por una persona ajena, les faltaba el contacto directo con su padre, con su madre.»

Esa nueva forma de comunicación, idealizada en tanto que valor familiar central, es deseada y considerada como una de las claves para la educación de los hijos. Al mismo tiempo, la comunicación con los hijos forma parte de la nueva agenda de los deberes maternos. Son las mujeres las que asumen espontáneamente el papel de comunicadoras con todas sus consecuencias, positivas en cuanto a la satisfacción afectiva y sentimiento de deber cumplido, pero negativas en cuanto a que la comunicación conlleva la responsabilidad de la disciplina y rompe con la idea tradicional de que la madre es la que proporciona afecto.

«La madre es la mala siempre, la que obliga a comer.»

El reparto de tareas lleva implícito un cierto reparto de papeles, pues son las madres las que aparecen «ligeramente más inflexibles» que los padres a la hora de obligar a los niños. También son las madres las que mejor conocen, y juzgan más, a los amigos de sus hijos. El papel disciplinario de los padres se concentra sobre la hora de acostarse y la firma de las notas escolares y por lo demás se puede decir que las madres ejercen mayor control sobre las actividades de los niños (Torres *et al.*, 1994).

Por lo que hemos visto, los estudios empíricos coinciden con las experiencias que describen las mujeres en este estudio. Este hecho de ser la encargada de la disciplina puede llevar a un fuerte conflicto, ya que la madre es la que carga con el trabajo duro de la crianza de los niños y, por lo tanto, éstos la consideran la autoridad que les disciplina, mientras que el padre permanece como una figura más alejada pero también más permisiva. Esto crea un malestar para las madres, a las que no les gusta verse a sí mismas como madres duras y anticuadas, pero que saben que los niños necesitan algo de

control. El triángulo entre el padre, la madre y los hijos llega a un punto especialmente delicado cuando la madre disciplina a los hijos frente a la tolerancia del padre, ya que la madre le reprocha al padre su laxitud y desapego, mientras los hijos pueden intentar capitalizar las diferencias entre padre y madre para presionar a su favor:

«El papel de mala, de dura, pregúntale a tu madre, la presión a veces cansa, agota.»

«Tengo que estar, que hagan puzzles, el otro a ver que has leído, los deberes... A lo mejor él es más comodón.»

Esta tensión se ve agravada cuando el padre dedica escaso tiempo a los hijos o cuando las actividades que realiza con los niños son sólo actividades lúdicas, de fin de semana, mientras que la madre es la que está «ahí» de forma permanente, proporcionándoles lo necesario todos los días.

«Los padres lo que hacen es que se divierten con los niños.»

La reacción de la madre, ante las muestras de afecto de los hijos hacia el padre, puede llegar a ser de resentimiento por pensar que ella no recibe el crédito suficiente por todo el trabajo «sucio» que hace constantemente. Se percibe como una injusticia derivada de ese reparto de papeles en el que a ella le toca la parte menos atractiva, como dice una mujer ama de casa que busca empleo fuera del hogar pero que, por el momento, pasa el día con sus hijas.

«Tengo dos hijas y están super empadradas, quieren a su padre con locura y yo siento celos, abiertamente. A veces te molestan pequeñas cosas, no es una cosa que digas me ha sentado mal y me enfado, pero me duele, yo aquí todo el día, esto, lo otro... ¡papi dame un beso! Hay conflictos siempre.»

Sobre las mujeres recaen los dos papeles, el afectivo y el normativo. Los nuevos padres rechazan el modelo autoritario, al menos en las familias con mentalidad progresista, y delegan en la mujer la imposición del orden. El papel ha cambiado, en el modo de relacionarse y comunicarse con los hijos, y se ha desdibujado el modelo de padre autoritario que, como tal modelo, no ha sido todavía reemplazado por otro.

Otra cuestión diferente, que se presenta como un problema de índole más pragmática, es la privación de intimidad entre los cónyuges que se pro-

duce por la presencia de los hijos y la falta de comunicación de la pareja que, debido a las demandas de atención por parte de los hijos, pierden su tiempo de estar juntos y a solas.

«Tenemos menos tiempo, el que los niños te dejan. En comunicación, intentamos una vez al año irnos, aunque sea cuatro o cinco días.»

Este problema no tiene tanta importancia como la ausencia de comunicación, las alianzas familiares excluyentes, los reproches y los celos y además es transitorio: se da en la época en la que los niños son muy pequeños y dependientes.

El modelo de nuevo padre o padre cuidador anteriormente descrito es una realidad incipiente; todavía está en sus albores. Pero a medida que aparece el nuevo tipo de padre se puede transformar profundamente la relación padre, madre, hijo/as. La relación se acercaría a la idea de un triángulo equilátero, en el que existe la misma distancia, en lo bueno y en lo malo, entre la madre y el hijo o la hija, y el padre y el hijo o la hija; es decir, igual nivel de comunicación y afecto e igual nivel de responsabilidad y disciplina. Es éste el modelo de coparentalidad que acabaría con las asimetrías, para la madre supondría una menor carga diaria de cuidados y responsabilidades, y para el padre desembocaría en una mayor implicación emocional con los hijos.

La relación de afectos y responsabilidades en el seno de las nuevas familias es multidireccional en el sentido que implica en múltiples y recíprocos sentidos al padre, a la madre, al hijo, la hija o los hijos. En la intimidad que caracteriza las familias actuales de padres jóvenes, el padre y la madre ejercen de equipo unido frente al exterior, sin embargo en las relaciones cotidianas e internas de la familia ambos aún están claramente diferenciados. Los flujos de comunicación, de refuerzo identitario y de atención tienen una compleja estructura que no está exenta de tensiones. Los conflictos potenciales son múltiples pero también hay muchos factores que juegan positivamente para afianzar este triángulo de relaciones afectivas entre madre, padre e hijos. La reflexión mutua entre los padres puede ser un instrumento pacificador de las guerras internas, siempre y cuando la familia se rija por la comunicación, como método propio de las *relaciones puras*.

VI. Conciliaciones

Hay dos campos fundamentales de experiencia vital en la vida de las mujeres. Uno es el que abarca el conjunto de las relaciones afectivas, la relación de pareja, y como derivado de ello la formación de una familia y la experiencia de la maternidad. Éste es el terreno tradicionalmente contemplado como terreno propio de la feminidad. Otro campo de desarrollo personal es aquel en el que las mujeres tienen cada vez más expectativas: el de la realización de la personalidad social, con la formación de la capacidad de acción exterior, del empleo, y el reconocimiento social. La importancia creciente de este terreno como la base fundamental de la expresión de la personalidad y de la individualidad acrecienta su importancia y le hace adquirir un valor extraordinario como símbolo de la «vida propia» de las mujeres.

Ahora bien, existen una serie de contradicciones y de incompatibilidades entre ambos desempeños que se viven como obstáculos a la consecución de una vida completa. Porque el ideal de la vida actual implica el desarrollo de la persona en ambos campos. Esto presenta una dimensión de género muy marcada. Las mujeres que han accedido al mundo exterior de forma relativamente reciente dan una enorme importancia al desarrollo de sus potencialidades en este terreno, a la vez que mantienen una parte de las aspiraciones que tradicionalmente han tenido en el terreno de la vida familiar. Esto contrasta con la situación de los hombres, en la que no se advierte una tensión de aspiraciones nuevas con respecto a su incorporación al terreno familiar, en el que si acaso se involucran, ocurre en mayor medida como res-

puesta a la presión de las mujeres que por sus deseos de completar su vida con un mayor desarrollo en este ámbito.

Las exigencias y demandas contradictorias, o al menos difíciles de simultanear, entre uno y otro terreno se viven, se analizan y se describen por parte de las mujeres jóvenes a través del concepto de conciliación.

La experiencia de demandas múltiples y contradictorias que viven cotidianamente las mujeres jóvenes les lleva a plantearse como un objetivo inmediato, constantemente evocado y escasamente resuelto, el de la compatibilidad de todas esas dimensiones en las que desean desarrollar sus potencialidades: a un lado la formación, el trabajo, las diversiones, el tiempo libre, etc., y a otro lado los hijos y la familia. Las relaciones de pareja están a caballo entre ambos mundos, antes del matrimonio pertenecen al mundo exterior y después del matrimonio se integran en el mundo interno de la familia.

La conciliación tiene un aspecto teórico presidido por la idea de armonía frente a esa realidad fragmentada y contradictoria en la que viven cotidianamente. El objetivo de la vida es la compatibilidad, en el sentido de unidad armónica que integre las diferentes facetas vitales de la vida de las mujeres. En este sentido se habla de combinar, armonizar, unir, integrar o conciliar todos aquellos aspectos de sus vidas y sus relaciones sociales que se les amontonan desordenadamente exigiendo atención de forma simultánea.

Las dificultades para alcanzar esta situación de armonía, de logro simultáneo en múltiples facetas, son enormes. Las mujeres nos hablan de los obstáculos a la compatibilidad desde un doble punto de vista. Por una parte hay una dimensión concreta de integrar y conciliar, que hace referencia a satisfacer efectivamente demandas de trabajo y atención a diferentes desempeños personales. En este sentido las mujeres hablan de alcanzar a todo, abarcar todos los campos posibles de actuación, llegar a desarrollarse en todos los diferentes aspectos en los que desean hacerlo. Por otra parte también señalan dificultades derivadas de aspectos espirituales o mentales, es decir de aquellas formas de pensar y entender sus obligaciones o resolver su conflicto de lealtades en una dirección que les hace difícil alcanzar las realizaciones a las que aspiran.

Frente a este ideal de conciliación se presenta constantemente la tentación de optar, de tener que elegir entre unos campos y otros, entre desarrollar-

se en una línea o en otra. Optar, elegir y renunciar es el peligro que constantemente amenaza a estas jóvenes porque se presenta como una posible solución, como una forma de reducir los esfuerzos, de coger por un solo camino y olvidar las posibilidades y las aspiraciones que tuvieron respecto del otro.

La cuestión de elegir se ve como solución potencial y amenaza al mismo tiempo porque supone la renuncia a una serie de ambiciones y aspiraciones. La posibilidad de optar está siempre ahí, al menos entre las mujeres jóvenes, y la superación de esta amenaza se vive con satisfacción pero nunca con tranquilidad. El poder continuar en todos los campos se ve como un logro, aun cuando no sea posible destacar en ninguno de ellos.

El deseo de vivir una vida completa, que se concreta en formar una familia y seguir teniendo vida propia, es decir tener hijos y empleo, es una aspiración que choca cotidianamente con múltiples dificultades y cuya solución ideal se resume en la idea de compatibilizar ambos mundos. La armonía total de demandas contradictorias, de exigencias simultáneas, de lealtades enfrentadas se resuelve difícilmente en la experiencia vital de estas mujeres, y advertimos que una forma de asumir este conflicto sin resolverlo es la de establecer prioridades. Es una manera aceptada como solución alternativa a la renuncia que consiste en racionalizar que no se opta por un terreno o por otro, sólo se establecen prioridades, no se renuncia a las aspiraciones nuevas de la modernidad pero tampoco se reniega de los valores tradicionales asimilados a la naturaleza femenina. Se abarcan todos los campos, se intenta combinarlos lo mejor posible y para ello se señalan las prioridades que unas u otras cuestiones van a tener. Es una forma de establecer una jerarquía de valores entre las diferentes demandas, de señalarse a una misma y a los demás cuáles son los aspectos más importantes, más definitivos y superiores de la propia vida.

La definición de estas prioridades se anuncia como superación de las contradicciones ideológicas, que se producen como consecuencia de la evolución histórica que se ha producido y que se refleja simbólicamente en la vida de las mujeres. Cada una de ellas se sitúa en el punto en el que, a pesar de las dificultades cotidianas que encuentra, concilia más armónicamente los valores que sustentan su forma de ver la vida. Las prioridades de las que hablan las mujeres son resultado de esos valores que les van guian-

do como una brújula personal en las dificultades que encuentran en su evolución biográfica.

Y el equilibrio reflejado en esas prioridades no deja nunca de ser inestable porque los valores cambian y las circunstancias del entorno también. Las dudas son constantes, sobre lo que se hace y sobre el porvenir, incluso también sobre el pasado. En muchas ocasiones las mujeres reconocen que no tuvieron toda la información que ahora tienen y que se equivocaron cuando tomaron determinadas decisiones que, ahora, con la experiencia vivida, tomarían de otra manera.

Una cuestión central en estas prioridades es el tipo de familia que quieren formar. El concepto de familia en la que ambos comparten el trabajo y el cuidado de la familia va calando en la sociedad española y se advierte en las sucesivas encuestas el aumento de aquellos que consideran que esta sería la familia ideal, aunque todavía no se refleja en la práctica.

Cuadro 6.1

EVOLUCIÓN DE LA OPINIÓN SOBRE EL CONCEPTO IDEAL DE FAMILIA

De las familias que existen actualmente, ¿cuál es el tipo que más se acerca a su ideal de familia?

	Abr. 90	Oct. 95	Ene. 99
Una familia en la que tanto el hombre como la mujer trabajan fuera de la casa y se reparten las tareas del hogar y el cuidado de los hijos	45	53	75
Una familia en la que la mujer trabaja a tiempo parcial fuera de su casa y se ocupa en mayor medida de las tareas del hogar y el cuidado de los hijos	23	21	14
Una familia donde sólo el hombre trabaja fuera de la casa y la mujer es la que se ocupa de las tareas del hogar y del cuidado de los hijos	27	22	6
NS / NC	5	4	5

Nota: Porcentaje de encuestados que optaron por cada concepto de familia.

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS, Encuestas (1990-1999).

Desde un punto de vista ideológico, las mujeres se preparan mentalmente para aceptar las limitaciones que ese ideal de compatibilidad presenta en su vida diaria. Desde un punto de vista afectivo y emocional, es necesario

encontrar una explicación y una razón a la incorporación de los nuevos valores de la libertad e independencia personal que chocan contra los valores tradicionales «santificados» en nuestra cultura, como son los de la maternidad, el amor y la dedicación a los hijos como un rasgo natural y necesario del ser mujer.

Hacer compatibles la familia y el trabajo

La cuestión que se plantea con más prontitud en las conversaciones con mujeres jóvenes cuando tienen hijos, es la de la dificultad cotidiana de hacer compatible su trabajo con la vida familiar y la atención a sus hijos. La compatibilidad entre la vida del trabajo y la vida familiar es una aspiración constante, un objetivo casi imposible de alcanzar para las mujeres trabajadoras con hijos pequeños. La dificultad de conciliar ambos campos se vive con angustia, como si se vieran obligadas a estar simultáneamente en dos sitios, como si tuvieran constantemente que poner sus capacidades al servicio de dos causas diferentes.

«Las mujeres estamos en una disyuntiva, entre la vida familiar y la laboral.»

Hay dos aspectos diferentes de esta disyuntiva, uno es la de hacer compatible el trabajo y la familia en el tiempo y en cuanto a dedicación concreta, y otro es el aspecto más abstracto y filosófico de las lealtades respectivas y de la dedicación primordial a un campo o a otro. Es en este terreno de los valores y de las prioridades en el que las mujeres jóvenes se mueven con mayor preocupación y acusan una serie de dificultades en cuanto a encontrar su posición, a identificarse como trabajadoras y como madres y a aceptarse en ambas dimensiones.

La mayoría de las mujeres jóvenes, sobre todo cuando tienen hijos, viven de una forma intensa y dramática las demandas simultáneas de su trabajo y de su familia.

«Tengo que abandonar una cosa u otra.»

Y en el ambiente late la idea de que no existen soluciones perfectas, que escojas lo que escojas, siempre renuncias a algo, *«nada es absolutamente perfecto»*.

La solución más fácil y a la vez la más rechazada es la de tener que elegir, la de decidirse por una actividad u otra. Pero las mujeres jóvenes no quieren optar, quieren compatibilizar.

El tener que optar es difícil y doloroso. Además, nunca es una cuestión resuelta, las madres que deciden seguir con la actividad laboral se desesperan día a día en el ajuste de sus horarios y responsabilidades, soñando con una jornada más reducida o un empleo más flexible, y las que tiran la toalla y abandonan la actividad laboral se pasan el día pensando en la forma de volver a ella. Podríamos decir que las madres jóvenes viven este período como una constante búsqueda de soluciones, pues las realidades en las que se desarrollan sus vidas son insatisfactorias.

El abandono de la actividad por la necesidad de atender a los hijos no está exento de culpabilidad. Se vive como una renuncia a la identidad moderna. Las más racionales se excusan de que trabajar «no les compensa», porque en su cálculo de costes y beneficios el desequilibrio entre una situación y otra es muy grande, debido a los horarios o a los sueldos, ya se trate porque el ajuste de los tiempos hace difícil la vida familiar o porque el salario es muy reducido en comparación con los gastos que hay que aumentar cuando ellas trabajan fuera de casa.

«Además elijas lo que elijas siempre tienes el sentimiento de culpa.»

La elección no es fácil ni queda nunca totalmente resuelta, sino que se va haciendo día a día frente a situaciones cambiantes, y las mujeres que hablan de renunciar, unas veces a todo, otras veces a una parte, siguen teniendo difícil compatibilizar todas sus obligaciones y sus deseos. No tienen manera de encontrarse totalmente a gusto.

«Creo que a cualquier madre le sigue ocurriendo, de decir hasta que punto lo puede llevar.»

Otras dicen que lo han pasado muy mal, sobre todo en las empresas privadas muy exigentes en cuanto a productividad, que han estado a punto de dejarlo porque era muy duro, mientras que a los hombres no les suele pasar eso.

El matrimonio, y sobre todo los hijos, impone una serie de renunciaciones y eso no cabe en la nueva filosofía vital de las mujeres jóvenes que no tienen

voluntad de renunciar a nada. Es curioso advertir las diferentes explicaciones que dan del matrimonio las mujeres casadas y solteras. Las casadas se encuentran pilladas y tratan de manejarse lo mejor posible. Las solteras están libres y creen que pueden poner condiciones; como el matrimonio no es una necesidad imperiosa se reservan la capacidad de casarse o de no casarse, según se cumplan o no las condiciones que van a poner.

«Yo no voy a renunciar, no pienso cambiar nada de lo que me parece bien por un matrimonio.»

Mientras que cuando se ven casadas y con dificultades de compatibilizar, plantean sus propósitos de cambio supeditándolos a su familia, y vuelven a esgrimir la idea de no renunciar totalmente, sino de aplazar sus proyectos en función de las necesidades de los hijos. Las aspiraciones se ponen simultáneamente en el terreno personal y en el familiar, se reduce el ritmo y se analiza fríamente la elección. *«Yo me he querido parar aquí»* dice una mujer ingeniero que prefiere dedicar más tiempo a su familia a costa de sacrificar parte de su carrera profesional. Explica que no le compensa entregar todos sus esfuerzos en el trabajo, que quiere trabajar a menor ritmo y tener algo más de tiempo para sus hijos.

«Tampoco tengo unas grandes aspiraciones. Desde el momento en que me casé antepuse mi familia.»

El ideal es mantener el equilibrio. La única solución satisfactoria de esta tensión es la de encontrar un equilibrio entre unas y otras actividades. El sentido de equilibrio se ve como la resultante de armonizar todas las exigencias que tienen consigo mismas y desde el exterior. Se ven a sí mismas sometidas a tensiones contradictorias, la familia y el trabajo aparecen como dos polos tirando y exigiendo de una sola persona. Las mujeres se ven sometidas a fuerzas opuestas y quieren equilibrarlas.

«Mantener la balanza equilibrada es complicadísimo.»

Estas mujeres hablan mucho de la *balanza* como metáfora de su propia vida, en la que pesan más o menos las diferentes exigencias de uno y otro campo. En esa balanza imaginaria se ponen respectivamente las obligaciones y las responsabilidades, con el relativo peso o importancia de cada una de ellas. La idea de la balanza implica que no quieren optar, que no

quieren elegir entre un terreno y otro, sino que van a estar en ambos. La balanza significa dar una importancia similar a ambas facetas de la vida pero hacerlo de modo que ninguna de las dos desequilibre a la otra. El desequilibrio es peligroso.

«Tarde o temprano si decides ser madre, entonces en la balanza pesa más tu vida familiar en detrimento de tu vida profesional y eso, desgraciadamente, las empresas lo castigan mucho.»

Demanda de soluciones

A la hora de buscar soluciones, las más urgentes y más demandadas son las que permiten a las mujeres seguir en ambos mundos, las que de verdad ayudan a compatibilizar más que las que les premian o recompensan por elegir una de las dos opciones. Las mujeres jóvenes apenas hablan del éxito profesional total, basado en renunciar a la maternidad, ni se muestran muy favorables a las medidas que, ya sea mediante un sueldo o mediante una excedencia, las aparten de la vida activa. Salvo las mujeres con muy escasos recursos económicos y con empleos muy duros las opciones que más defienden las mujeres son las de reducir la jornada laboral, asegurar los permisos maternos y paternos, coordinar los horarios de padres y de hijos, y crear servicios sociales de ayuda a las familias, tales como guarderías, comedores escolares y centros culturales y deportivos en horarios flexibles.

El panorama que se ofrece en la sociedad española a las parejas con hijos pequeños es muy duro. Es difícil ver qué solución puede encontrar una pareja para acudir ambos a un trabajo de jornada completa teniendo un niño de entre cuatro meses y tres años, porque aunque el niño quede en buenas manos son muchas horas diarias. A ello se añaden las dificultades económicas, ya que las soluciones son de carácter particular y privado. Apenas hay servicios públicos y, en todo caso, los que hay casi nunca cubren horarios tan extensos como los de los padres y las madres trabajadoras.

El resultado es desolador y las mujeres expresan este desgarró entre sus diferentes deseos.

«El ambiente es que te corta el instinto maternal.»

Por otra parte las mujeres no están completamente solas a la hora de atender demandas familiares y laborales. Los hombres también empiezan a compatibilizar y se implican más activamente en la esfera familiar. Pero parece que los hombres no viven con tanto dramatismo las exigencias contradictorias de su familia y su trabajo. Al tener más claras las prioridades y no haberse dado socialmente un cambio tan radical en los modelos prescritos de sus comportamientos, los varones pueden tener un problema de tiempo pero no acusan esa sensación de angustia ante las demandas difíciles de conciliar que les plantea su trabajo y su familia.

Aunque las demandas concretas de tiempo se plantean con inmediatez y gravedad es, sin embargo, en el terreno de la identidad personal y de la aceptación de su posición social en el que las mujeres tienen mayores contradicciones. Ello es consecuencia de que los cambios han sido muy recientes y las definiciones de las pautas son todavía ambiguas y contradictorias para las mujeres.

Atrapadas por las contradicciones

Está de tal forma desdibujado el rol definido socialmente para las mujeres, que muchas jóvenes tienen miedo a encontrarse atrapadas en una posición indeseada si transigen, aunque sea temporalmente, con modelos rechazados simbólicamente. Muchas jóvenes optan por no casarse o tener hijos antes de haberse situado laboralmente por miedo a empezar una vida adulta en una posición equivoca que luego pueda ser irreversible, más que por no tener recursos económicos suficientes.

«No me quise aventurar a no encontrar un puesto de trabajo y vivir con él... como cojas ese rol desde el principio es mucho más difícil cambiar el chip.»

«Cuando tuve mi segunda hija estuve un tiempo sin trabajar porque me veía muy agobiada para llevarlo todo.»

Con los hijos se acrecientan las responsabilidades y se hace más difícil continuar en ambos campos. Hay mujeres que dejan su trabajo, a veces sólo temporalmente, y las explicaciones que dan reflejan lo difícil de la decisión.

Las expresiones acerca de «dar de sí», «poder abarcar» o «llegar a todo» reflejan ese sentimiento íntimo de no estar a la altura de las circunstancias que muchas mujeres viven con intensidad y dramatismo. Los modelos sociales de éxito implican triunfar en ambos campos y ellas se sienten disminuidas si tienen que renunciar a alguno de estos aspectos familiar o laboral.

Cuando la incompatibilidad es total, las mujeres viven la renuncia al trabajo como un fracaso. Sólo se abandona en casos límite, lo que hay que sacrificar es el empleo. La renuncia es difícil y dolorosa, pues se asocia a la desvinculación del mundo exterior.

Las mujeres explican su renuncia como resultado de sus prioridades, pero se quejan de tener esas prioridades. Es como si todavía tuvieran valores antiguos, lealtades profundas que les obligan a sacrificios que querrían no tener que hacer.

El coste de la renuncia es muy fuerte. Las mujeres nos hablan de soledad, de falta de alicientes, de depresión como consecuencia de abandonar el terreno laboral.

«Cuando me quedé en casa tuve una depresión.»

Nos dice una psicóloga que dejó temporalmente de trabajar al nacer su segunda hija.

La decisión se hace más difícil porque las necesidades económicas también cuentan, además de los criterios de valoración y autoestima personal.

La solución ideal, la más frecuente entre las mujeres jóvenes, es simultanear las dos tareas, estar en los dos campos: trabajar y tener hijos. Esta solución es la más apreciada y es también la más difícil de mantener porque supone un esfuerzo enorme, no sólo desde un punto de vista de las tareas a realizar sino también desde el punto de vista psicológico, ya que implica asumir una doble función con demandas y exigencias muchas veces contradictorias.

Las mujeres profesionales son las que más resisten como activas en este período de dificultades y son las que, más frecuentemente, se dan cuenta de la importancia de tener una profesión y de las promesas de futuro que

tienen si resisten el tirón de los años difíciles de cuando los hijos son pequeños. También son las que tienen más fácilmente recursos económicos para pagar servicios y ayudas domésticas.

«Me gusta mucho mi profesión, me gustaría poder compatibilizar más en cuanto a horarios con los niños pero tampoco me quejo porque soy una privilegiada.»

Es también entre las mujeres con estudios superiores que se encuentran a la vez las situaciones de mayores exigencias de compatibilizar, debido sobre todo a la enorme competencia laboral que encuentran en el terreno profesional. Las mujeres profesionales son privilegiadas y a la vez son las más vulnerables en cuanto a los recursos que han de poner en juego para solucionar los problemas de horarios y de tiempos infantiles. Sus posiciones son difícilmente sustituibles y sus empleos incluyen viajes, horarios largos y disponibilidad total. Sus ausencias por razones familiares se utilizan contra ellas como un factor más de la misoginia de sus ambientes laborales.

La novedad que plantean muchas de estas mujeres jóvenes es el cambio en el establecimiento de sus prioridades. La situación histórica de cambio en la que vivimos hace que los roles socialmente asignados a las mujeres estén aún en discusión. Hay una cierta ambivalencia social acerca de cuál es la posición adecuada de las mujeres y cómo deben atenerse a ella. No está claro si la familia, los hijos o el trabajo deben ser las prioridades, y esto hace más complicada la decisión femenina. Sin embargo, comienza a advertirse el cambio en cuanto a las decisiones que se toman en situaciones de difícil compatibilidad.

Una consecuencia de la indefinición social de cuáles son las responsabilidades prioritarias de las mujeres es el que muchos hombres vean la situación femenina como un privilegio, no entienden esa indefinición de rol como un problema, no consideran la angustia existencial que produce el tener que tomar una decisión y optar por un ámbito u otro. Desde fuera lo ven como una suerte, juzgan como una libertad la posibilidad de elegir que ellos no tienen y añaden a las dudas y temores de las mujeres el escarnio de burlarse de sus actividades.

«Yo en la reencarnación me gustaría ser mujer.»

Cuenta que le dicen sus amigos a una «involuntaria» ama de casa a la que le hacen hincapié en las ventajas de la vida femenina. La situación es bastante dramática y cuando hablan las recientes amas de casa, esas mujeres jóvenes que han tirado la toalla y han optado por dedicarse a cuidar de sus hijos abandonando el trabajo o han perdido su trabajo por causa de la maternidad y no han podido encontrar otro, advertimos que la mayoría de las mujeres no lo ven como un privilegio, sino que sienten como una dificultad añadida el tener que elegir entre su familia y su trabajo. Siguen teniendo sus dudas aun después de haber tomado la decisión de abandonar la actividad.

La conciliación también es cosa de los hombres

Domina la queja de que a las mujeres les toca llevar un fardo más pesado, que no se pueden librar de sus responsabilidades familiares. Muchas aducen que están en desventaja por llevar enraizada en su mente el «instinto maternal», que no les permite olvidarse de las responsabilidades de carácter familiar. Esto es un lastre, dado que se están abriendo camino en el mundo laboral y tienen que dar bastante de sí en este campo si no quieren perder terreno. Y en este doble juego se comparan con los que tienen más cerca, con los hombres, a los que encuentran bastante más relajados. Ven a su pareja y no advierten esa tensión y esa inquietud que ellas tienen, les ven más centrados en su trabajo y más desentendidos de cuestiones domésticas. Les admiran y a la vez se impacientan con ellos, admiran esa capacidad de concentrarse y de olvidarse de lo que ocurre en su casa y a la vez se lo reprochan.

A las mujeres les gustaría que los hombres se ocuparan más de los hijos y no dejan de decírselo, pero querrían que saliera de ellos. Les molesta tener que recordarles sus responsabilidades paternas, sobre todo porque eso les hace aparecer como pesadas y conflictivas. Hay conciencia de la diferencia y, a la vez, asombro ante ella.

«El hombre no se involucra en la educación de los hijos y en la casa.»

Parecería natural que ya que ellas han cambiado, los hombres lo hicieran también, espontáneamente. Entienden fácilmente las explicaciones

sociales y psicológicas que se dan de la distinta evolución masculina, pero a la vez les reprochan que esto sea así.

Coexiste la satisfacción por haber conquistado el terreno exterior con el reproche de que los hombres no se hagan más responsables en el interior.

«Nosotras hemos salido de la casa, pero el hombre no se involucra en la casa ni con la familia.»

El uso del tiempo

En estas sociedades caracterizadas por la diversidad de ofertas y posibilidades de empleo del tiempo, la fugacidad del tiempo se acrecienta. «El tiempo vuela», no hay tiempo para nada, hay que «aprovechar el tiempo» son todas las máximas que nos van indicando ese drama cotidiano de no alcanzar suficientemente a realizar, en un tiempo limitado, una gran cantidad de deseos y actividades.

La medición y el control del tiempo es una de las peculiaridades humanas que más nos distinguen del resto de las especies animales. Todas las civilizaciones se han interesado por controlar el tiempo, medirlo y acotar las diferentes actividades a un ritmo humano, en el sentido de un ritmo que supere los imperativos de la naturaleza. Esto se acrecienta en las civilizaciones modernas y estamos cada vez más sometidos a este cronos que, inicialmente, hemos inventado. La medición del tiempo lo racionaliza, lo ordena, pero sobre todo nos hace tomar conciencia de sus limitaciones, y es que el tiempo también es una construcción social y como tal está fuertemente impregnado de la ideología productivista del capitalismo en la que el tiempo es un recurso económicamente valorado que no se debe «perder».

En las sociedades actuales el tiempo se plantea con una inmediatez y una urgencia cada vez mayor. Hay una serie de expresiones, como «el tiempo es oro» o «no se puede perder el tiempo», que nos reflejan el valor que se le da al tiempo como riqueza vital individual. El día dura 24 horas para los ricos y para los pobres, aunque la forma en la que dispongamos de este tiempo va a ser muy diferente según nuestra edad, género, recursos económicos, nivel educativo y múltiples características de las que cada uno disfruta.

DIFERENCIAS EN EL USO DEL TIEMPO ENTRE HOMBRES Y MUJERES, 1990

Media de horas diarias dedicadas a diferentes actividades, en un día promedio de la semana

Actividades	Total	Hombres	Mujeres
Necesidades personales esenciales	10,52	10,41	10,64
Trabajo profesional y estudios	3,49	4,87	2,21
Trabajo doméstico y familiar	2,95	0,70	5,07
Tiempo libre	6,26	7,23	5,33

Fuente: Ramos. R. 1990. *Cronos dividido*. CIS, Madrid (Estudio CIS 1709).

En este sentido, hay una creciente cantidad de investigación sobre el tema del uso del tiempo, y las encuestas muestran que la distribución del tiempo depende mucho de ciertas variables como son el género y la edad. Encontramos que los jóvenes que estudian y los jubilados son de los que más tiempo *libre* disponen para el ocio y las necesidades personales, mientras que el tiempo *libre* se reduce drásticamente en el caso de los adultos empleados, de estado civil casados y urbanos. Dentro de estos grupos, se da un hecho muy significativo para el tema que estamos tratando: son las mujeres las que menos tiempo emplean en estudiar, las que menos tiempo disponen para sus necesidades personales y las que menos tiempo de ocio y de trabajo remunerado tienen (Ramos, 1990, Álvaro, 1996).

Hay algo intrínsecamente unido a la cultura occidental y que se desarrolla paralelamente a la medición del tiempo y es la reflexión sobre la caducidad de la vida. La conciencia del tiempo como algo limitado, que transcurre de modo inexorable se ha desarrollado muy intensamente en las sociedades modernas al hilo del desarrollo de recursos técnicos y avances científicos. El carácter inexorable e imparable se ha acrecentado en los últimos tiempos, la sensación de que transcurre más rápidamente de lo que alcanzamos a constatar va unido al aumento de las oportunidades de todo tipo que se han producido en las sociedades avanzadas de finales del siglo xx. Nunca hemos vivido tan longevamente como ahora pero el tiempo parece haberse encogido y hecho más breve. En esta situación, las mujeres se hacen conscientes de la necesidad de estar a la altura de los cambios.

«En el mundo en el que nos estamos moviendo adaptarte tú a los cambios, cada vez son más rápidos.»

«Como no cojas el tren en ese momento lo pierdes y ya no lo enganchas.»

Tiempo de vida: etapas

En la vida de estas mujeres hay una referencia constante al tiempo y ello adquiere distintas dimensiones. Una tensión temporal muy potente se manifiesta en cuanto dimensión biográfica del tiempo de su vida, los momentos para hacer cada cosa, el tiempo que hay que esperar y la asunción de lo limitado del tiempo. Se ha roto con la disposición tradicional del tiempo en el que las estaciones marcaban profundamente la vida y las convenciones culturales dictaban qué se debía hacer a cada edad.

Las mujeres tienen actualmente mayor libertad personal para decidir cómo «ordenan» su vida y cuándo quieren empezar etapas nuevas. «La erosión de la estandarización de las edades y el declive de la noción de carrera debilitan una concepción cronológica del tiempo. El universo simbólico resultante ya no sirve para clasificar las distintas fases de la biografía, ni para guiar su aprehensión subjetiva», descripción que coincide con las experiencias que las mujeres jóvenes de este estudio hacían sobre estos procesos en los que «las incertidumbres respecto del matrimonio, de la vida en pareja o del trabajo incitan a aminorar el transcurso del devenir, o más bien, a darse un presente que dura» (Lasén, 2000, pág. 115).

Ahora el período de estudios y residencia en el hogar paterno varía de caso en caso, la edad en la que las mujeres deciden formar pareja estable también. Los aspectos en los que la elección individual está más constreñida son el empleo y la maternidad. Como hemos visto en otro capítulo, la obtención de un empleo no es tan fácil para las mujeres, que a menudo pasan años sin encontrar un empleo adecuado a sus necesidades y esto puede limitar el resto de sus decisiones vitales, especialmente la maternidad.

Es sobre todo respecto a la cuestión de la maternidad cuando la dimensión del tiempo cobra una importancia enorme. Las mujeres han de

tener en cuenta la biología porque la edad marca un límite a esta decisión. La etapa de la vida en la que pueden optar a ser madres está limitada biológicamente, y aunque cada vez mayor número de mujeres tengan embarazos en edades fisiológicamente tardías, existe un miedo a no poder tener hijos si fuerzan demasiado el *reloj biológico*.

«A veces lo pienso y es que los años se me echan encima y que tampoco puedo esperar mucho tiempo.»

La etapa de crianza de los hijos también tiene distintas etapas, y las mujeres asumen esto como algo natural; cuando los niños son muy pequeños es una etapa de dedicación más intensa y quizás algo más difícil de acomodar en sus vidas pero también pasará.

«Esos son los problemas de una determinada edad.»

«Lo mejor está por llegar y todavía no ha llegado. He pasado mucho tiempo con los niños pequeños y pienso ¡qué bien! Estaré más tranquila.»

«Ellos ya se van haciendo mayores y yo estoy más contenta.»

Sigue habiendo mujeres que optan por dejar el trabajo durante los primeros años y reincorporarse cuando los hijos son más mayores. Pero este modelo de vida laboral partida va siendo cada vez menos frecuente, en parte porque las mujeres no quieren dejar de trabajar y en parte porque el mercado laboral es tan difícil, que salir de él supone un fuerte riesgo de no volver a encontrar otro trabajo tan satisfactorio como el primero.

«Una cosa es el permiso de maternidad y otra cosa es plantearte dejar de trabajar para dedicarte a tu hijo. Ni te lo planteas por el trabajo que tienes, porque te compensa económicamente o socialmente te encanta, para nada lo dejas.»

Además, hay una acusación de que la etapa en la que transcurre la vida laboral es cada vez más corta, de modo que si las mujeres tienen más de un hijo y dejan de trabajar para dedicarse a ellos, creen que con ello consumen una gran proporción de su vida laboral.

«Está claro que nuestra jubilación llegará antes, porque cada vez se está llegando más pronto y llegará antes.»

Algunas mujeres llegan incluso a dar un salto en el tiempo hasta su jubilación para preguntarse cómo serán ellas, y ven un fuerte contraste con el planteamiento que actualmente tienen las personas jubiladas.

«Yo siempre pienso, cuando me jubile no haré nada, pero la verdad es que nunca me he planteado si cuidaré a los hijos de mis hijos.»

«Mi padre [...] es una generación muy sacrificada.»

Lo que sí se evita es pensar en el final de la vida, hay una negación de la muerte, un miedo muy fuerte que se manifiesta en cuidado de la salud y el miedo a la enfermedad.

«Desde pequeña he tenido pánico a que mis padres se murieran, las cosas que quiero mucho me da miedo que se vayan.»

«Yo tengo miedo a envejecer.»

Tiempo cotidiano

Otra relación fundamental con el tiempo es la del tiempo como dimensión vital cotidiana. No hay tiempo para todo ya que el día viene marcado y limitado. Las nuevas aspiraciones femeninas suponen que hay que dividir el tiempo, no hay posibilidad de estirarlo. Y en este aspecto también vamos a ver cómo el tiempo es el reflejo auténtico de las prioridades. Lo que se valore o no el trabajo remunerado, lo que se atienda o se desatenda a los hijos va a tener su traducción en el tiempo que se les dedica, y ello presiona todas las decisiones de las mujeres.

La percepción de escasez de tiempo en parte responde a un sentido general de diversidad de alternativas, ofertas y sugerencias sociales que no es posible utilizar. La multiplicidad de actividades que se presentan eleva las expectativas de satisfacción y la diversidad de las mismas hace crecer la intranquilidad acerca de las posibilidades reales de llevarlas a cabo.

Las ofertas variadas y numerosas convierten la vida diaria en una lucha contra el tiempo. No caben todas las actividades deseadas en el tiempo limitado del que se dispone, y esto puede generar un cierto grado de frustración.

«Tengo ganas de hacer tantas cosas...»

«Todos los problemas que hay que solucionar en el día a día porque una cosa es lo que quieres hacer y otra cosa, en mi caso, lo que puedo...»

«Yo creo que somos mujeres muy inquietas, que queremos hacer muchas cosas, queremos abarcar mucho. Yo creo que aunque no tuviera dos hijos y tuviera 50 horas al día me faltaría tiempo para hacer todo lo que quiero.»

Tiempo de trabajo

La jornada laboral de las mujeres suele ser algo más corta que la de los hombres, aunque la diferencia entre las mujeres jóvenes y los varones se esté reduciendo. Además, las medias estadísticas muestran que ellos gastan más tiempo en traslados, muchísimo más tiempo que las mujeres en viajes de trabajo e incluso en algunos casos están pluriempleados, cosa que en el caso de las mujeres es rarísimo. Junto a esto cabe destacar que en «asistencia a cursos relacionados con la profesión», los varones emplean más de tres veces de tiempo que las mujeres (Álvaro Page, 1996).

El que los hombres sean los que más horas de trabajo remunerado tengan de la pareja es producto, pero también consecuencia, del hecho de que la mujer, aunque trabaje, automáticamente sienta que tiene que asumir más trabajo doméstico.

«Los dos trabajamos pero él trabaja más horas. El fin de semana él trabaja, así que me toca a mí.»

El trabajo remunerado, que se vive como una opción, plantea su contradicción en el tiempo y hay que elegir. Aquí entran las prioridades y la justificación de las mismas. Pero las prioridades de las mujeres empiezan a ser distintas que las de su entorno. El deseo del marido y los hijos respecto de que la madre esté en casa, las exigencias de su presencia constante, se viven como una demanda egoísta. Las mujeres jóvenes dividen el tiempo en tres partes; una parte para el trabajo remunerado, una parte para la casa y la familia y una parte para ellas.

El problema fundamental para las mujeres jóvenes es compatibilizar el trabajo remunerado con el trabajo doméstico, sobre todo si tienen hijos, puesto que son éstos los que marcan un antes y un después en términos de dedicación familiar.

«Nosotros cuando estábamos solos teníamos todo el tiempo del mundo, todo era tranquilamente, poco a poco, no había prisa, ahora todo el tiempo estás mirando el reloj.»

«Cuando estás a tope, pasan las horas y dices, si casi no he tenido tiempo de estar con mis hijos, me podría haber venido antes pero bueno, como tenía trabajo.»

«Yo me planteo de verdad que intento ser competitiva en todos los sitios pero me crea muchísimo estrés y encima cargar con los niños.»

«Todo es compatibilizar tu horario profesional con tu horario de casa, familiar.»

«Me gusta mucho mi profesión, me gustaría compatibilizar más en cuanto a horarios con los hijos y estar más.»

Como consecuencia de todo ello la percepción más frecuente es la de «no tener tiempo para nada». En el caso de las mujeres jóvenes que tienen que hacer frente a demandas muy contradictorias de atender a su familia y a su trabajo, ambas muy extensivas en tiempo, la vivencia de la fugacidad del tiempo y de su propia incapacidad para «llegar a todo» se acrecienta de manera dramática.

El tiempo se vive como cerrado y estricto y la vida cotidiana se convierte en una lucha contra el reloj, en una carrera por alcanzar a realizar todas las propuestas en un tiempo cerrado que se vive limitado.

«Yo con mis tres hijos, no doy más de sí.»

«El tiempo, no tienes tiempo, el compaginar la familia, el trabajo, los hijos.»

Los horarios ajenos les imponen unos límites a su tiempo contra los que se rebelan. A veces las quejas se plantean frente a los colegios, otras veces frente a las empresas o, en términos genéricos, frente a la sociedad:

«Que me permitan un horario que me haga llevar más, menos mi familia y mi trabajo.»

«Es que la sociedad no te da facilidades.»

Con frecuencia, el horario familiar y el horario laboral están totalmente desincronizados. Los niños salen temprano de casa para el colegio o la guardería pero, muchas veces los padres y las madres tienen que salir aún más temprano. La vuelta a casa del padre y de la madre es más tardía que la de los hijos y la consecuencia es que falta tiempo compartido en común.

«A mi hija la veo los fines de semana.»

«El niño no lo ves hasta las siete, se acuesta a las 8.30.»

La queja de las madres con horario profesional que llegan a su casa de noche, cuando sus hijos están ya en la cama, plantea de forma dramática la incompatibilidad horaria.

«No puedes estar a todo. Los niños salen del colegio a las cinco y ese es el momento en el que yo empiezo a recibir a mis pacientes.»

Ciertas profesiones, como la de esta psicóloga, que no logra coordinar su trabajo con los horarios de sus hijos, obligan justamente a un horario cruzado con el de los hijos, pues comienza su tarea cuando la mayoría de los niños salen del colegio.

Muchas profesiones requieren un constante reciclaje de conocimientos, dedicar algunas horas del tiempo personal para estudiar. Esto se suma a la ya imposible agenda de tareas diarias, y no resulta muy fácil estudiar y estar a la vez cuidando niños.

«Yo tengo cosas de trabajo por leer, nos pasan circulares, noticias, actualidades.»

«No dejar los libros a un lado, y eso empieza a estar en contraposición con el resto de cosas que tienes que hacer.»

«Si tengo que hacer un curso o lo que sea, pues lo hago, pero intento estar el menor tiempo posible para estar el máximo con los niños.»

Hasta ahora nos hemos acostumbrado a aceptar como normal la contradicción entre los horarios del padre y de los hijos. La novedad actual es que, con frecuencia las madres también tienen estos horarios. Son frecuentes los casos en los que las mujeres pueden mantener estos trabajos gracias al apoyo del marido o de la madre o, cuando se trata de profesionales con un sueldo elevado, gracias a la contratación de una persona que se queda en la casa durante esas horas.

La demanda constante es el cambio de horarios, la reducción del tiempo laboral, al menos por unos años, pero eso no es posible en la mayoría de los casos, por razones económicas y por razones laborales. Las mujeres necesitan ese sueldo que ganan y las empresas «no ven con buenos ojos» el trabajo a tiempo parcial. Incluso, la flexibilidad o cambio de horarios es imposible en la mayoría de los empleos.

«Que se mentalice la sociedad que no tiene ningún sentido que estemos hasta las nueve de la noche trabajando, a lo mejor es preferible concentrar más el trabajo y salir a las cinco y todos disfrutando.»

«Las empresas deberían favorecer una jornada un poco más reducida y darte más oportunidades.»

En algunas profesiones, las mujeres sienten que tendrían que entregar toda su vida para triunfar, para estar entre los mejores, pero la maternidad les obliga a bajar su ritmo de trabajo. La presencia de hijos les obliga a replantearse sus metas profesionales, a renunciar a los primeros puestos, mejor cualificados y remunerados que a su vez son los que requieren mayor disponibilidad de tiempo.

«A mí me ha cambiado mucho la vida, me he movido en otro ámbito y ahora sí que puedo tenerlo (un hijo) pero si llevara el mismo ritmo que antes no podría tenerlo.»

«Cuando yo me quedé embarazada tuve tensiones, tuve que empezar a renunciar a cosas.»

Como consecuencia de las múltiples ocupaciones y demandas que tienen y la dificultad de encontrar tiempo para todas ellas, estas mujeres no se atreven apenas a tener planes a largo plazo y viven al día.

«No pienso mucho más allá de pasado mañana.»

«Yo vivo al día y bastante tengo con eso.»

La sensación de ir corriendo, de no llegar a todas las cosas que se han propuesto es muy frecuente entre las madres más jóvenes. Las carreras y los agobios les dominan y se debaten en un no saber bien dónde están ni qué hacen, cumplen con lo que tienen que cumplir y no pueden preocuparse de nada más. Apenas se proyectan hacia el exterior ni hacia el futuro, las urgencias diarias no se lo permiten. El problema de fondo es que tienen que mantener un ritmo tan acelerado que sobrepasa su capacidad. «Los enlaces entre instantes diferentes siempre se efectúan en un plano distinto de aquel en el que la acción se lleva a cabo. Son fruto de correspondencias entre órdenes diferentes. Las correspondencias son fabricaciones de las facultades de ideación como la memoria y la imaginación, bajo la correspondencia de relatos, de discursos, de historias.» (Lasén, 2000, pág. 137). Y es precisamente así como las personas establecen una continuidad entre los hechos para explicarse la causalidad. De modo que estas mujeres sin tiempo para pararse a reconstruir su vida pierden el control personal sobre ella y sólo les queda el recurso de dejarse guiar por la intuición del instante, confiando en que la rápida corriente del devenir las lleve a buen puerto.

«A mí no me da tiempo para pensar, yo voy como una máquina.»

«Vas muy acelerada al trabajo, los niños, la casa.»

Tiempo para sí, tiempo propio

Los datos acerca del uso del tiempo libre son decisivos; salvo en el caso de viajes de placer y turismo, las mujeres españolas dedican menos tiempo que los hombres a deportes, entretenimiento, relaciones sociales, lectura no profesional ni de estudios. Las diferencias en necesidades personales son análogas (Álvaro Page, 1996).

Un aspecto del tiempo cotidiano que señalan las mujeres insistentemente es la falta de tiempo propio, de tiempo para ellas, para cuidarse, salir o hacer deporte. Esto es así sobre todo en el caso de las mujeres que trabajan y tienen hijos, ya que son ellas precisamente las más desfavorecidas de toda

la sociedad. Sobre todo cuando tienen hijos tienen que pasar etapas inhumanas, en las que no queda ni un minuto para ellas.

Como explica Soledad Murillo, el tiempo *privado* es completamente distinto para varones y mujeres. Lo que llama «la apropiación de sí» es un privilegio de los hombres. «La apropiación de sí rebosa toda tentativa de acotación; la privacidad es una circunstancia con una variedad infinita de posibilidades, entre ellas, la cualidad de despilfarrar o gestionar el tiempo. Cuando el varón se incluye en la vida familiar, aliviado de las obligaciones sociales, lo hace para descansar [...] no son éstas las jugadas que rigen lo privado femenino, su significado carece de valor personal y creativo porque el tiempo en vez de detenerse actúa en su contra. Bajo estas condiciones de demanda (laborales o domésticas) resulta imposible la recreación de sí, pues las energías se han gastado en pensar, atender o detectar lo que los otros requieren.» (Murillo, 1996, XVIII).

«Estaba tan agobiada que mi madre me decía ¿te pasa algo? Y yo decía no es que me falta, es que tengo sueño, me faltaba tiempo para mí, personal.»

«Hasta lloraba porque no podía leer. Antes me gustaba mucho leer y ahora no me acuerdo de lo que eran las ideas.»

Los pocos momentos de ocio son muy valorados por estas mujeres, que los viven como una válvula de escape tan preciada que hay que disfrutar al máximo. Sin embargo, es difícil creer que estos intersticios de tiempo propio tengan la calidad deseada cuando también están sujetos a un plan meticulosamente preconcebido, de modo que no pueden disfrutar sin preocuparse por nada más, ya que sigue estando acotado por las obligaciones que lo rodean.

«Siempre lo tengo en mente y siempre intento dedicar un tiempo al cine, teatro, intento mantener eso aunque me cuesta [...] lo tengo como algo importante.»

Y en otros casos, dedicarse un poco de tiempo genera sentido de culpabilidad, como si estas madres trabajadoras no tuviesen derecho a ser las que por una vez se ausentan. Como describe Soledad Murillo «de producirse la privacidad en la cotidianidad de las mujeres, será prejuzgada como un rasgo de egoísmo, pensar en ella antes que en los otros (hijos, novios o

hermanos) traiciona de raíz la función secular de la domesticidad. Lo prohibido es subvertir un orden social que escritura las reglas del reparto: qué espera de mí el otro.» (Murillo, 1996, pág. XXVIII)

«A veces hago algo para mí, y te sientes mal porque dices: “este rato tendría que estar en casa con el niño, mi marido se lo monta mejor”.»

Otro sentimiento negativo que surge de la vorágine es la comparación con sus maridos, que aunque no se llegue a convertir en motivo de litigio tiene un valor simbólico que no puede pasar desapercibido:

«Yo estoy en casa haciendo cosas, él duerme la siesta y yo no.»

«Hay cosas que, tiras la toalla, a veces. Vas cansada a comprar esto, a hacer aquello, y él sentado en el sofá viendo la tele.»

«El marido sigue haciendo sus actividades deportivas, sigue haciendo sus cosas.»

Algunas mujeres, tras compararse con sus maridos, llegan a la conclusión de que su sobrecarga podría aliviarse si ellos compartieran las tareas domésticas. En vez de ser ellas las que reduzcan su jornada laboral y recurran a servicios externos, mediante un reparto podrían llegar al cambio desde dentro.

«Que compartiera más. Nosotros tuvimos un tiempo en el que los dos teníamos horario intensivo y la verdad es que fue la época más feliz, teníamos ya al mayor, fue la época más feliz.»

Se agudizan los problemas de tiempo para aquellas mujeres trabajadoras que, además de ver a sus hijos y cuidar de su casa, quieren hacer algún deporte. En este escaso las dificultades son grandes, al menos mientras los hijos son pequeños.

«Para una, pues para eso no queda tiempo. Para ir al gimnasio, para hacer cosas que te mantengas, esto de momento no puedo. Y si tengo que trabajar, el momento que dedico a la familia, ya no me queda tiempo para otras cosas.»

«No me veo capaz, no hago deporte ni hago nada.»

«Queremos aprovechar tanto el tiempo que acabaremos con nuestra salud. Por lo menos a veces me siento así.»

Para las madres que trabajan y tienen niños pequeños ni siquiera existen los días festivos y las vacaciones, puesto que en esos momentos están ajetreadas cuidando de la casa y la familia:

«Para mí el fin de semana es agotador, porque él por ejemplo dice: “Estoy muy cansado”. Él tiene el día para él y yo no puedo tenerlo.»

«Yo me agoto el fin de semana, porque quiero llegar a todo, a estar con los niños, a estar con él y a tener los niños bien cuidados.»

«Por ejemplo, llega este fin de semana y él se va solo con los niños y yo me tengo que quedar a recoger, no quiero.»

En su estudio sobre las temporalidades de los jóvenes, Amparo Lasén ha constatado que las mujeres tienen una forma peculiar de vivir el tiempo propio, frente a los hombres que se quejan de no tener más tiempo de ocio y actividades con los amigos, las mujeres desean momentos de «ensueño, de contemplación, de inactividad, de soledad» [...] «de manera que esos tiempos perdidos son en verdad momentos de autonomía, de apropiación del tiempo y de la vida» (Lasén, 2000, pág. 77).

Puede que el hecho de «ir como máquinas» sea una fuente de pérdida identitaria; ya que parar a pensar es necesario para poder reconstruir un relato de sí mismas y de lo que aporta sentido a sus vidas, en este sentido la reflexividad que parecen tener las mujeres jóvenes puede peligrar en etapas en las que la velocidad de la vida vivida para los demás impida la serenidad de encontrarse a sí mismas.

De ahí que una de las aspiraciones más repetidas para estas mujeres es precisamente tener un poco de tranquilidad, tener tiempo por delante.

«Yo como me paso el día resolviendo los problemas de los demás [...] pues la verdad es que no me planteo ni siquiera que hago aquí.»

«No da tiempo a pensar, estás programada ya.»

De alguna forma, estas preocupaciones coinciden con reflexiones muy frecuentes en nuestros días, acerca de la necesidad, o de la bondad, de

suavizar el ritmo, de reducir las actividades y de limitar un poco el ámbito de actuación individual como forma de alcanzar una mayor satisfacción con uno mismo. Eso que los americanos han bautizado como *downsizing* y que viene a expresar la conveniencia de vivir a un ritmo menos frenético si se quiere disfrutar más a fondo de lo que se vive.

«Yo a mi hijo le quiero muchísimo pero yo si lo pensase de ahora pues no sé, yo he perdido el ocio, en el trabajo sigo.»

«Acabas convirtiéndote en trabajo, hijos, maruja.»

Estrategias domésticas

La falta de horas suficientes y las necesidades subjetivas de manejar el tiempo que tienen estas mujeres les ha llevado a convertirse en auténticas ingenieras que inventan estrategias que se alejan de los hábitos y rutinas establecidas. Mientras que la mayoría de los varones asalariados siguen distribuyendo el tiempo respecto a un patrón tradicional, las jóvenes reinventan la jornada. Las mujeres que sólo se dedican al cuidado del hogar y la familia tienen una manera de emplear el tiempo más distendida, como si el tiempo fuese más flexible para ellas, sin embargo, las madres que también trabajan han de diseñar cuidadosamente el manejo de su tiempo.

Como explica Lasén en su obra sobre los tiempos de la gente joven, «Hay que trabajar y vivir a tiempo. Los tiempos acelerados del trabajo se transponen a los otros tiempos, que se vuelven como el tiempo de trabajo, cada vez más parcelados, sometidos también a la repetición y a la rutina. La concepción utilitaria del tiempo y las virtudes del *homo economicus*: el ahorro, la previsión, la utilización racional de los recursos son líneas de conducta para todas las actividades sociales. Todos los tiempos se someten a la ley de la productividad impuesta por la concepción mecánica de un tiempo infinitamente divisible, multiplicable, acumulable, que permite concebir la multiplicación y la acumulación de las actividades de la misma forma» (Lasén, 2000, pág. 53).

Las madres que trabajan fuera de casa importan la utilización del tiempo laboral a sus tareas familiares, en las que también prima la planifica-

ción. Se da una visión espacial al tiempo en el sentido de que lo conciben como una agenda de *espacios* que se rellenan con una sucesión de trabajos. Ya no prima la inmediatez del instante, sino la predefinición lógica y calculada de las formas. En vez de un fluir, el tiempo se convierte en una estructura multiforme en la que se fragmenta, opone y pondera cada actividad. Estas mujeres recuerdan con nostalgia el pasado, antes de ser madres, porque entonces se podían dejar llevar más por el instante. Al ser ellas las que asumen casi toda la responsabilidad del hogar, tienen que estar continuamente pensando en adelantado; a la vez que están en el presente tienen que prever el mantenimiento de casa y familia en el futuro.

«Antes podías improvisar, ahora tienes que programar.»

«Decías, quiero tener una noche loca, si no tienes hijos lo puedes hacer, ahora tienes que planificar, qué fin de semana va a ser, dónde vas a colocar a los críos...»

En este sentido, las mujeres ejercen como gerentes de la familia, son las máximas encargadas de atender a todas las necesidades con una cantidad limitada de recursos.

«Es que todo parece como muy calculado.»

El trabajo doméstico no se articula únicamente en torno a tareas, como tampoco se adscribe únicamente a un espacio físico. La mujer trabajadora experimenta una doble presencia, pero es el criterio de responsabilidad, no el de tarea, el que define la domesticidad. Sin embargo, esa responsabilidad gerencial no obtiene el reconocimiento que tendría en un ambiente laboral. La responsabilidad goza de un tratamiento especial en el mercado de trabajo donde, al margen de las actividades concretas, se sabe que un puesto de decisión o coordinación va más allá de las horas de oficina y los espacios de trabajo. Pensar, organizar, planificar son verbos que remiten a una subjetividad, a un trabajo mental muy valorado, no estimable exactamente ni matemáticamente. En virtud de esta disponibilidad exhaustiva, la responsabilidad se prima en el mercado de trabajo. (Murillo, 1996).

«Es cuestión de organización, de organizarte mucho.»

«La madre es la que está pensando, viendo cómo lo puede hacer.»

Quizás sea precisamente el hecho de tener que ser la gerente de la familia lo que impide que quieran asumir además puestos análogos en la empresa. La responsabilidad no es algo que se pueda dejar atrás en casa, acompañando al sujeto en todo momento. Pensar en una responsabilidad doble, la de la familia y la de la empresa, resulta bastante excesivo para la salud psíquica de una persona, especialmente si se trata de una mujer con hijos pequeños y sin ayuda doméstica.

«Además tienes otra cosa, nosotras aunque vamos a trabajar pensamos y llevamos continuamente en la cabeza nuestros críos, sin embargo, el hombre no, se va, cierra la puerta y desengancha.»

Parece ser rasgo femenino la *simultaneidad* de actividades, en el caso de las mujeres con doble y triple jornada, no queda más remedio que acostumbrarse a estar en varias cosas a la vez, «los hombres tienden a percibir y utilizar el tiempo de forma secuencial y más compartimentalizada que las mujeres. El tiempo que se destina al trabajo remunerado es el que estructura el tiempo de vida del resto de las actividades [...]. Las mujeres en cambio, tienden a una percepción continua del tiempo, que es resultado de haber sido socializadas en la asunción de tareas del hogar y en la simultaneidad de actividades que supone. El trabajo doméstico es por definición un trabajo continuo, que no termina nunca, porque siempre hay cosas por hacer y porque cada actividad se reinicia en el momento mismo que ha finalizado.» (Muriillo, 1996, pág.115).

De manera que la simultaneidad de tareas se convierte en una estrategia para llegar a abarcar todo, con los costes psicológicos que ello conlleva; estrés y sensación de no llegar a hacer suficientemente bien nada de lo que se hace.

«Te vas a trabajar y estás llamando a casa.»

«Cuando son pequeños te comes mucho la cabeza.»

«Yo llevo a mis hijos a la piscina dos veces por semana, dejo al niño haciendo un curso de natación, me llevo en ese tiempo a la niña pequeña a la piscina de al lado y estoy con ella tres cuartos de hora, que ya tengo que estar en la ducha para cuando salga el niño.»

Delegar el cuidado

Además de las horas de guarderías y de colegios, las mujeres trabajadoras con hijos pequeños tienen que recurrir a terceras personas para que cuiden de los niños. Las madres que trabajan tienen que encontrar una persona para cuidar de los niños cuando necesitan ausentarse. Y han de pasar mucho tiempo buscando cuidadoras adecuadas. Cuando se incorporan a estar de nuevo con los hijos intentan compensar el tiempo cuantitativo que han estado ausentes concentrando su energía para darles tiempo cualitativo y permanecer atentas a las exigencias de lo que sería equivalente a la maternidad intensiva.

«No es tanto la cantidad como la calidad, a lo mejor solo puedo dedicarle una hora en vez de dos pero la hora es realmente provechosa.»

Esto también significa que se quedan con sensación de necesitar más tiempo, un poco culpables, un poco inadecuadas y algo ambivalentes con su posición respecto de sus hijos.

Queda claro que el marido no es el primer recurso en el que se piensa, ni tampoco la persona que se ocupa de encontrar niñera. La estrategia de dejar a los hijos a cargo de alguien siempre está muy condicionada por los ingresos de la pareja; en pocos casos se tiene la posibilidad de contratar una niñera por horas, una *au pair* o servicio a tiempo completo.

«Tienes que estar pendiente de un tercero siempre, sea de la familia o externo, para una ayuda, y el tipo que sea porque a sueldo no podríamos, es imposible.»

De modo que la estrategia más común es dejar a los niños al cuidado de los abuelos. Las abuelas en especial muestran gran disponibilidad y suelen ser las personas de confianza a las que más se recurre.

«Tenía un viaje a Madrid para un cursillo, llamé a mi marido: “Oye mira, que tengo este viaje y no sé qué hacer, cómo tienes la semana?” y me dijo: “Pues ya me lo montaré yo”. Porque antes tiraba de mi madre, pero ahora mi madre está enferma.»

«En mi caso tengo madre, mis hermanas, quiero decir que mi madre me echa una mano.»

«Siempre hay el tema de los canguros pero en el caso de que no se pueda...»

La estrategia de delegar el cuidado a los familiares o amigos cuenta con el inconveniente de sentir que no quieren abusar del favor que les hacen. Los abuelos tienen también su vida y a menudo, debido a la edad, se cansan con facilidad, lo cual limita el tiempo con el que se puede contar con su ayuda.

«Tienes que estar pendiente de tu madre, de tu suegra, la hora que tú llegas, y la sometes a lo mejor a más trabajo de lo que ellas tendrían que hacer.»

«Yo a veces lo encuentro muy injusto, a veces te hacen el favor y dejan de ir a donde tienen que ir; un plan de hacer algo y te sabe mal porque sabes que ellos tienen su vida. He visto que mi padre lo hace pero si yo realmente lo necesito.»

Cuadro 6.3

CUIDADO DE LOS NIÑOS PEQUEÑOS CUANDO LA MADRE TRABAJA

¿Con quién deja habitualmente los hijos pequeños cuando usted trabaja y hay una fiesta escolar, vacaciones o está(n) enfermo(s)?

	Fiesta escolar	Vacaciones Navidad y Semana Santa	Enfermedad
No tiene niños pequeños	3	3	2
En casa	7	9	16
En casa con sus hermanos	9	8	6
Con su padre	6	6	11
Con los abuelos	30	36	32
Con otros familiares	7	5	4
Con amigos/vecinos	4	1	3
Con asistenta	8	8	6
Otros	19	18	18
NS /NC	7	6	2
Total	100	100	100

Fuente: «Encuesta de nuevas familias en nuevos municipios», G. Meil, 1995.

Las guarderías presentan la limitación de tener horarios escolares, de modo que no resuelven el problema de las madres que trabajan también por las tardes. Además, muchas mujeres sienten algo de preocupación por el cuidado que puedan recibir en tales instituciones. El deseo de todas las mujeres jóvenes es que hayan guarderías de calidad y a bajo precio, incluso aunque fuera en el mismo lugar de trabajo; pero no existe suficiente oferta, en nuestro país este es un recurso limitado.

«Mi hijo va a la guardería desde que tenía 5 meses, sin embargo otros hasta los 3 años han tenido dificultades.»

«Lo que te aporta tu trabajo es un sueldo a fin de mes que lo pierdes si tienes que dejar al niño en la guardería y tener una asistenta.»

«Deberían poner guarderías, donde acudieran muchos trabajadores debería haber también guarderías, actividades, más subvenciones.»

Cuando los hijos son un poco mayores y van al colegio, las horas de la tarde pueden «rellenarse» con actividades extraescolares, lo cual puede ser una opción útil para las madres con jornada laboral larga. Si éstas se desarrollan en el colegio o en las cercanías del hogar no hará falta que la madre esté pendiente de llevar y recoger a los niños. En el caso de que el niño quiera hacer actividades para las que hay que llevarle, la madre tendrá otra tarea más que sumar a su lista.

Las actividades extraescolares, por tanto, son un recurso potencial para tener a los niños atendidos a la vez que aprenden, pero tampoco se puede abusar de ellas. Los niños no pueden estar sobrecargados de cursos y actividades, a las que, por otra parte, hay que llevarlos y traerlos.

«Cómo vas a tener a los niños continuamente en actividades, yo bueno, las tienes pero no pueden tener tantas actividades los críos.»

Seguimos en gran medida en un modelo de padre colaborador que ayuda a la madre en esos equilibrios de cuidado de los niños, pero muy escasamente aparece la figura de padre que se ocupa de la organización de los tiempos y ocupaciones de los hijos.

«Mi marido colabora mucho conmigo; lleva a la niña al colegio cuando yo tengo que ir a trabajar más temprano de lo habitual.»

Los padres colaboradores a menudo reciben reproches porque no se ocupan de los niños de una manera satisfactoria. La madre que llega tarde del trabajo para encontrar que el padre ha «enchufado» a los niños a la televisión para deshacerse de problemas se siente irritada.

«Llegas a las diez de la noche, los tienen enganchados al vídeo, al ordenador o a lo que sea, entonces ¿qué hago?»

«Cuando yo tengo que trabajar un sábado o algo, se va al videoclub y les deja ver la película que quieran, destrozan la casa, y él tiene trabajo, tiene que estudiar, y les pone el vídeo que ellos quieren y los deja, y entonces se centra en lo suyo.»

En la medida en que no cambie el modelo de padre y su papel en la familia, la madre seguirá llevando la carga de la planificación del cuidado, así como los sentimientos de culpa y preocupación que ello conlleva. Queda claro que aunque se ofrezcan más servicios públicos de cuidado, la *responsabilidad* seguirá estando injustamente distribuida en el seno familiar.

«La que se lleva la preocupación más grande siempre es la madre.»

La casa... eso es lo último

Las tareas de limpiar, cocinar, recoger la casa siguen siendo un elemento importante del trabajo que toca hacer mayoritariamente a las mujeres, aunque trabajen fuera de casa. Una vez más son ellas las que cargan mayoritariamente tanto con las tareas en sí como con la planificación de las mismas, en el mejor de los casos con ayuda puntual y subsidiaria del marido.

«Decido yo, entre semana se hace esto y esto. Hay que asumir la compra, asumir qué hay que cenar, y él asume como el papel de pinche.»

«Cuando yo no puedo asumir, o no quiero asumir, él asume. Asume algunas cosas, pero en la época en que yo tengo faena y él llega antes.»

Empieza a haber hombres que se encargan de determinadas labores del hogar y esto se considera como algo excepcional y afortunado.

«Mi marido hace la comida él, y mejor que yo.»

«Oh, nena, pues que suerte. Eso es mucho.»

El problema de mantenimiento de la casa ha pasado a ser menos importante en la generación de las mujeres jóvenes, que incluso rechazan la imagen de cuidadosa ama de casa. No están demasiado preocupadas por el desorden o la limpieza como podían estarlo las mujeres de generaciones anteriores. Se puede decir que el cuidado de la casa ha pasado a ser un problema secundario. El verdadero problema lo constituye el cuidado de la familia, de ahí que el cambio radical se produzca cuando se tienen hijos. Hasta entonces se va tirando, se posponen las cosas sin mayor preocupación.

Cuadro 6.4

REPARTO DEL TRABAJO DOMÉSTICO ENTRE HOMBRES Y MUJERES			
Media de horas diarias dedicadas al trabajo doméstico, según sexo			
Actividades	Total	Hombres	Mujeres
Trabajo de la casa	2,70	0,47	4,77
Mantenimiento	0,59	0,72	0,48
Cuidado de la familia	1,23	0,71	1,70
Compras	0,58	0,35	0,79
Servicios	0,24	0,26	0,22
Total	5,34	2,51	7,96

Fuente: Alvaro Page M., 1996 «Diferencias en el uso del tiempo entre varones y mujeres», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 74, Madrid (Encuesta del Instituto de la Mujer, 1993).

«Mi hermana acaba de tener un hijo y yo lo veo por ella; es diferente, el niño tiene que comer, porque antes tú si ese día no haces nada pues un sándwich y fuera, pero a la hora de tener hijos es el cambio total.»

Las necesidades de los hijos no se pueden posponer o ignorar, y además son fuente de innumerables tareas domésticas: preparar desayunos, recoger, hacer sus camas, lavar su ropa, limpiar sus cuartos, cocinar y comprar comidas equilibradas, etc. Lógicamente, aunque la casa no se considere importante en sí, en lo que atañe a los hijos, las cosas sí que se tienen que hacer. Y esto se suma al cuidado de los niños al que nos hemos referido antes, lo de dedicarles tiempo para jugar, ayudarles con los deberes, escucharles, ducharles, etc.

«El llevar la casa no, el problema es cuando tienes un hijo.»

Por otra parte, lo que está claro es que la generación de mujeres jóvenes está empleando todos los productos que ofrece el mercado para aligerar las tareas domésticas; productos de limpieza de uso rápido y desechable, comidas precocinadas, congelados, etc. Lo importante es cubrir necesidades, no lucirse con casas relucientes y platos exquisitos.

«A lo mejor tienes que traerte la comida de la calle: hoy, pollo.»

Aunque la familia siga siendo «lo primero», la casa no lo es y no hay grandes sentimientos de culpa al respecto.

VII. La armonía como meta

Afianzar lo conseguido

Algo sorprendente al hablar con mujeres jóvenes es la desaparición de actitudes de lucha, la poca combatividad en sus posiciones y la moderación de sus ambiciones.

«No luchamos.»

«No es que no luches, es que no compensa.»

Hay que entender la nueva filosofía de la vida de las mujeres para integrar los mensajes de equilibrio y de búsqueda del bienestar que escuchamos, y entender cómo sus ambiciones se resumen en esa búsqueda de «estar bien con una misma» que encontramos reiteradamente en los discursos de estas mujeres.

Estos discursos se unen a la filosofía femenina de buscar el placer, de querer ser felices pero, dando prioridad a una cierta calma, pueden ser la respuesta a tantos cambios acaecidos en las generaciones precedentes. Cuando se habla de objetivos y de ambiciones dicen que lo que buscan es un equilibrio entre las diversas facetas de su vida, que aspiran a encontrarse bien con ellas mismas. ¿No es esto una reacción a todo lo que tienen que enfrentarse? Tienen ansia de equilibrio y de calma porque es lo que más echan de menos en sus nuevas trayectorias vitales presididas por la prisa y las demandas múltiples y contradictorias.

En la vida de estas mujeres hay una falta de equilibrio, una enorme insatisfacción frente a demandas contradictorias. Las mujeres jóvenes están agobiadas por todas las metas que tienen que alcanzar y, como reacción a esas presiones, como reacción a tantas luchas, lo que piden es calma. A lo que aspiran es a alcanzar el equilibrio.

Podría esperarse que los discursos de estas mujeres fueran más reivindicativos, esperábamos encontrarlas más lanzadas y la primera impresión fue de sorpresa ante esa insistencia en alcanzar el equilibrio como la mejor de las ambiciones vitales.

La impresión que domina las actitudes de estas mujeres es la de afianzar lo que se tiene. No hay nuevas ambiciones, sino un deseo de asegurar beneficios. Una posible interpretación de ello sería aplicar la metáfora de la bolsa de valores: las generaciones de mujeres jóvenes están realizando dividendos y consideran que ahora es el momento de sacar fruto de todo por lo que las mujeres han estado luchando. Es lo que llaman en bolsa la «realización de beneficios» después de una fuerte euforia de subidas. Después de una fuerte subida no se sigue comprando, incluso se empieza a vender para hacer realidad los beneficios, los inversores se retraen, no se retiran totalmente, se sienten satisfechos con lo que han logrado pero no dejan de tener una cierta inseguridad acerca de lo alcanzado, tienen miedo de que cambie la tendencia, y por ello su actitud es de prudencia.

En las actitudes de las mujeres jóvenes se advierte prudencia respeto de los grandes cambios que se han producido en la vida femenina. Podríamos decir que no se sabe muy bien cómo va a continuar la tendencia, y aparecen las actitudes de prudencia y seguridad, la preferencia por no avanzar y no seguir arriesgando. No se retiran en el sentido de renuncia sino que se paran para tomar fuerzas, para asegurar las posiciones a las que han llegado. Es como si se propusieran tomar un respiro. Esto se detecta más en el caso de las mujeres con hijos pequeños que, debido a la sobrecarga psicológica que ya tienen, no pueden invertir más energía en luchar por continuar avanzando.

Es una situación que puede parecer conservadora, y en cierta manera lo es, pero de una forma muy diferente a como han sido las actitudes conservadoras tradicionalmente. Se muestran decididas a mantener lo que tienen,

pero no se trata de conservar valores tradicionales. Quieren conservar lo que acaban de alcanzar, lo que no han tenido hasta hace muy poco. Son logros y capacidades que han resultado difíciles de conseguir y todavía hay dudas acerca de si se podrán mantener.

Aparece, como rasgo imperante en las actitudes y expresiones de estas mujeres, un cierto temor y una elevada inseguridad. Lo que se tiene no está todavía muy firme. Hay un presentimiento de precariedad, de posible pérdida y dominan las ideas y los deseos de que nada cambie. Ese es el aspecto de moderación y conservadurismo que advertimos, el deseo de estabilidad unido a un cierto temor a que nada se mueva porque podrían volver a situaciones pasadas.

«Me da un poco de miedo lo que pueda venir, sí es uno de los momentos que te gustaría detener el tiempo, ojalá dure mucho.»

Hay otro rasgo implícito en esta posición, más difícil de advertir, y es el de la afirmación de los nuevos valores, afirmación de la que no se atreven a hacer ostentación. Se valora lo que las mujeres han alcanzado, buscan asegurarlo frente a posibles retrocesos, se muestran partidarias de todos estos avances pero sin atrevimiento. El modo de afirmar lo alcanzado es darlo por seguro, rechazar que sea una auténtica novedad, no vaya a ser que pueda haber marcha atrás.

La postura más frecuente implica olvidar a los mensajeros del cambio. El rechazo de las tendencias feministas, que han sido las abanderadas de buena parte de estos cambios y nuevas formas de vida, también puede entenderse como estrategia de asegurar los logros alcanzados. Olvidarse de lo recientes que son los cambios y de quiénes los impulsaron es una forma de dar carta de naturaleza a las nuevas formas de vida femenina que se desconectan de su significado de rebeldía y de reivindicación, se desvinculan de los movimientos sociales que les dieron origen y se afirman como algo normal, fruto de la evolución de los tiempos, en un intento no declarado de mantenerlos sea cual sea la situación y la trayectoria que sigan los movimientos que los lideraron. Los derechos y las libertades actuales de las mujeres se independizan de los grupos que les dieron origen, se integran en la cultura femenina de los diferentes grupos de mujeres jóvenes como forma

de asegurar la apropiación de todos esos valores sin necesidad de vincularse al conjunto de los grupos que les dieron origen.

¿Falta de aspiraciones?

Contrariamente a lo que se podría esperar del colectivo de mujeres participantes en el estudio, ante el interrogante de cuáles eran sus propios objetivos para el futuro, mayoritariamente se han manifestado carentes de grandes aspiraciones o de metas importantes. A la vez que se trata, en la mayor parte de los casos, de mujeres innovadoras que, de alguna forma, representan un estilo de vida diferente al tradicional, que han roto con los modelos conservadores, no presentan ambiciones nuevas cuando se habla de sus metas y aspiraciones.

Las mujeres que se han independizado de sus familias y de sus parejas, debido a sus principios y convicciones, son las que más cuestionan las relaciones de pareja en las que no se han definido previamente las bases de la convivencia y son, además, las que se sienten satisfechas de su nueva identidad. Son mujeres, en su mayoría seguras de sí mismas, de lo que han hecho hasta ahora y del camino que piensan recorrer. Sin embargo, no encontramos en sus planes de futuro que se planteen metas ambiciosas ni que hablen de aspiraciones importantes. Presentan un perfil de equilibrio y de seguridad en el que hay mayor lugar para una serie de objetivos vitales normales que para la reivindicación de grandes logros.

La respuesta mayoritaria de estas mujeres se orienta hacia expectativas inmediatas de bienestar, definido como equilibrio entre todos los elementos que componen su vida.

«El equilibrio para mí es tener una vida estable, una vida tranquila, tener un entorno familiar cómodo, un trabajo en el que no tengas problemas. Tener un equilibrio en mi vida.»

Con estas expectativas razonables de felicidad y de equilibrio, indican un cierto rechazo hacia los objetivos convencionales que se consideran deseables en la sociedad moderna.

«Yo estoy de acuerdo, ni éxito, ni dinero...»

«Hay gente con mucho dinero totalmente desequilibrada.»

En sus proyecciones de futuro anticipan la visión de un panorama horizontal, cercano y realista, como el único escenario posible en el que depositar sus expectativas más optimistas.

«Yo veo un futuro estupendo, ... tendré nietos, me jubilaré y tendré tiempo para mis cosas, otra etapa de mi vida.»

«Hacer las cosas que me gustan y realmente sentirme bien. Sentirme contenta. Levantarme por la mañana sonriente e ir a trabajar.»

Unido a este planteamiento de moderación con respecto a sus expectativas también hay un ingrediente de pragmatismo y de inmediatez, de no querer soñar con un futuro muy lejano, improbable, sino de atenerse a la realidad actual. El no formar proyectos muy ambiciosos va unido a este sentido de desconfianza en el porvenir más alejado y de afianzamiento de lo que tienen ahora, de forma inmediata. Apenas se trasciende de lo más próximo, de lo que se puede ir alcanzando en el día a día.

«...las cosas más inmediatas.»

«El día a día, vivirlo lo mejor posible, porque creo que la vida pasa...»

Puesto que un motivo recurrente de insatisfacción es la carencia de tiempo propio, no resulta sorprendente que al preguntarle cuál es su meta, una mujer responda:

«Yo creo que el no tener que preocuparme por la hora.»

A veces ese sentido pragmático y concreto del futuro se plasma en el logro de ciertas cosas que reflejan aspiraciones económicas, de bienestar material y ciertas aspiraciones de logro profesional, pero nunca presentadas de forma apasionada en contraste con dificultades, sino como algo que ha de irse consiguiendo, algo que ya tienen casi alcanzado, algo por lo que apenas van a tener que pelear.

«Exponer mis cuadros.»

«Yo busco cosas concretas.»

«Ser manager de pilotos de moto. Me gustaría, pero tampoco me quita el sueño.»

Otro tipo de aspiraciones o sueños de estas mujeres toman la forma de evasión, de poderse alejar, aunque sea temporalmente, de su vida regular y cotidiana. En este sentido son los viajes, la idea de conocer el mundo, los que toman el lugar central en este deseo de evasión, muy en consonancia con las imágenes que los medios de comunicación venden de la felicidad que aportan los viajes. No aparecen muy frecuentemente, sólo en contados comentarios, estos deseos de evasión unidos a la visión placentera del futuro.

«Yo si pudiera elegir mi sueño, buscar sitios y viajar por ahí...»

Tampoco los presentan como aspiraciones, grandes ilusiones o metas sociales dirigidas a cambiar el mundo o reformar la sociedad. Por otra parte, tampoco se ponen las aspiraciones en los logros de la carrera profesional. Hay un cierto escepticismo acerca de los grandes logros profesionales, que se acaban pagando con el coste personal del esfuerzo que hay que hacer por conseguirlos.

«Jefa..., ¿para qué?»

Las aspiraciones en cuanto al logro económico y al trabajo parecen ser moderadas. No se discute acerca de la importancia del trabajo, se da por hecho su participación, pero no se ponen ante ellas grandes pretensiones ni ambiciones. Se trata de sentirse en buena relación con el entorno, sin aislarse del mismo, conseguir un mejor reparto en el tiempo personal y de trabajo, pero todo ello en un tono menor, sin que siquiera este objetivo suponga un esfuerzo suplementario.

«Conocer cosas y no quedarte atrás, eso sí, pero no a costa de lo que tengo ahora sino adaptarlo.»

«Yo conozco a una persona que lo que quiere es tiempo libre, se conforma con lo que tiene y sólo exige más tiempo libre.»

Reflexionando sobre la moderación de estas expectativas vemos que no se puede identificar con un modelo hedonista que busque el placer como último fin. Se trata de una combinación de expectativas razonables, más claras en la medida en que se concretan en lo cercano y real, pero tampoco orientadas exclusivamente a los aspectos materiales o económicos.

En buena medida, lo que se busca es la reflexión, el espacio y el tiempo propio. La aspiración central es el equilibrio y la armonía con uno mismo como fuente de bienestar personal.

«Yo sólo tengo una meta concreta, ser coherente conmigo misma.»

«La tranquilidad y la paz es lo que se busca.»

Algunas veces no se persigue nada en concreto, se trata de una actitud de tranquilidad también respecto a la necesidad de ponerse metas. Se rechaza esa misma pretensión de que haya que tener aspiraciones. Llevadas por esta actitud pragmática ante el futuro y ante sus propias aspiraciones, algunas mujeres reaccionan sintiendo en la propuesta una carga más, otra exigencia, además de las que ya tienen, con la que hay cumplir y de la que hay que dar cuenta.

«Es lo que nos faltaba. Además, tener que tener objetivos.»

A la vez demuestran una cierta indefinición, un estar en el mundo sin necesidad de propósitos firmes. Están con derecho propio, no es necesario justificarse con grandes objetivos.

«Yo, es que no lo sé, porque evoluciono cada día. Lo que ayer pensaba, igual ya mañana no lo pienso y quiero otra cosa. Es que no lo sé.»

«No aspiro a nada. Lo que me gusta hacer a mí, lo que me va gustando hacer.»

En cualquier caso se advierte una indiferencia y un desinterés por las grandes palabras, como la felicidad o las grandes ambiciones. El concepto de felicidad, por ejemplo, se rechaza como parte de algo trascendente; se desconfía de un gran objetivo tan importante como difuso y, a la vez, poco estimulante en cuanto parece una idea genérica difícil de concretar. Parece una postura alejada de los grandes postulados, algo parecido a un epicureísmo pragmático.

«Creo que ser feliz es tan utópico, somos felices en determinados momentos.»

«Depende de como te vaya en el trabajo o con tu pareja...»

«Para mí, lo de ser feliz en abstracto lo veo como de “Alicia en el país de las maravillas”.»

A la vez nos parece que esta postura realista, y hasta cierto punto contraria a marcarse metas, deja entrever una actitud de estar de vuelta de los grandes objetivos, asociada al modelo de aspiraciones masculino, del que se advierte un claro distanciamiento crítico. Su identidad está menos basada en una carrera ascendente y en la acumulación de riqueza.

«Ellos tienen muchas ambiciones, quieren llegar a lo más, a lo más alto, porque tienen muy desarrollada esa parte.»

«Ellos siempre destacan su propio ego antes que tú...»

«Ser reconocidos económicamente y tener una casa mejor, un coche mejor, y todo mejor.»

Así, en esta generación, que ellas sienten como de transición, en la que ya se observan los avances de las más pioneras, aún con las satisfacciones e inseguridades propias de estar liderando un cambio, estas mujeres se plantean momentos en los que hay que obtener los rendimientos del esfuerzo realizado, en los que hay que afianzar los logros adquiridos antes de plantearse la etapa siguiente.

Es necesario hacer una pausa, mirar hacia atrás y comprobar los frutos del camino recorrido. Se trata de obtener los beneficios de la inversión hecha en la educación de su pareja, en la duplicación de tareas, en la consecución del puesto de trabajo. En ese período, en esa pausa, no cabe plantarse aún cuales serán los objetivos de la siguiente fase.

La ausencia de grandes metas no supone claudicar, ni supone una falta de imaginación, ni que quieran limitarse por temor ante el futuro. Se trata de adaptar las expectativas de futuro a las aspiraciones más cercanas y realizables y obtener un equilibrio personal, armonizando todas las piezas que componen la vida personal. En este sentido de búsqueda de equilibrio, sus ambiciones nos resultan inmensas y, en cierto modo, podemos considerar que las aspiraciones de las mujeres actuales son, probablemente, las metas más difíciles de alcanzar.

Lo quieren todo

Las mujeres son conscientes de su protagonismo en el proceso de cambio. Se ven a sí mismas tomando las iniciativas, como punto de partida de lo que, según su percepción, será una nueva forma de sociedad.

«Somos una generación de transición.»

«A partir de ahora, y por el esfuerzo que estamos realizando, las mujeres vamos a tener que asumir otro tipo de identidad, y eso me gusta.»

Saben que lo que ellas avancen lo pueden legar a sus hijas, que pueden entregarles el testigo a las mujeres de la siguiente generación con la seguridad de que el aprendizaje que ellas han empezado será una buena plataforma para seguir con los objetivos de igualdad. Se trata de poner en sus manos un modelo, acuñado por ellas mismas, muy distinto al que ellas recibieron. De sus madres ya recibieron el mensaje de la necesidad de cambio, pero éste no se llegó a plasmar en una forma distinta de vida; sus madres no pudieron debido a las condiciones sociales de su generación o porque no tuvieron tiempo de aplicarlo.

La maternidad es importante, pero no es un objetivo de la vida. Aparece una afirmación firme pero no reivindicativa de la maternidad. Las mujeres quieren ser madres además de hacer otras cosas, mantienen el proyecto de tener hijos sin tener que renunciar a nada.

El tener otros objetivos no significa renunciar a los hijos. Las mujeres actuales no reniegan de la maternidad, como Simone de Beauvoir y las primeras feministas que le siguieron, ni quieren tener que elegir entre la maternidad y el trabajo como la primera generación de mujeres conscientes y progresistas de los años setenta. No son tampoco las heroínas de los años ochenta, las super mujeres que decidieron ir a por todas y casi mueren en el intento. Ahora lo quieren todo pero sin reivindicar nada.

«Somos muy exigentes, lo queremos todo.»

Actualmente, las mujeres quieren trabajar, quieren tener hijos, quieren tener una vida completa. Han adoptado una postura más realista que está a la vez teñida de hedonismo. Se creen con derecho a todo, pero no desde la

reivindicación ni la lucha, sino desde el placer y el disfrute. Combinar el ser y el haber en un perfecto equilibrio. El nuevo ideal femenino es la armonía.

«Quiero ser madre, quiero trabajar. No quiero ser lo más en todo, quiero ser todo en la medida que pueda serlo, pero no quiero renunciar a ninguna de las facetas.»

«Puedo renunciar a parte del trabajo por estar con mis hijas y no ganar tanto dinero, creo que es llegar al equilibrio.»

Este ideal de equilibrio y de armonía es costoso, no se obtiene fácilmente y, en ocasiones, las lleva a declararse, como diría Elena Arnedo en su libro del mismo título, desbordadas.

«Hay algún rato que sí, que te sientes desbordada, pero son momentos. Pero volver a la vida de antes, no.»

En el libro de Arnedo se describe lo que podría ser el perfil de una mujer normal, de una mujer del siglo XXI que no tiene que «partirse el pecho» para conquistar nada. Usando como referencia para entender a las mujeres jóvenes a las protagonistas de una serie de televisión de gran éxito, *Ally McBeal*, y de una novela inglesa, *El diario de Bridget Jones*, se reflejan unos problemas que no tienen nada que ver con la necesidad de afirmación constante de las mujeres de generaciones anteriores. Ambas son jóvenes, activas, no ponen en cuestión su trabajo, pero tampoco lo sitúan en el centro de sus vidas; les interesan sobremanera las relaciones personales, con sus amigos o su familia, y se sienten muy frecuentemente angustiadas e inseguras en el terreno personal. Son muy libres en sus relaciones sexuales y sueñan con el amor y la estabilidad, aunque no saben muy bien dónde encontrarlo. No reivindican nada, dan por supuestos sus derechos y no piensan renunciar a ellos. El matrimonio y la maternidad son posibilidades de futuro, pero no se presentan para ellas como certezas ni objetivos vitales (Arnedo, 2000).

En realidad, el gran cambio es que las mujeres actuales no están dispuestas a renunciar a nada. Para estas modernas «mujeres normales», el ser mujer no tiene por qué suponer limitaciones. Han crecido sin demasiadas corapisas ni restricciones y se plantean la vida como un abanico de posibilidades muy amplio. Las mujeres actuales pretenden alcanzar lo más posible. Quieren estar en el mundo exterior, no conciben la vida sin trabajar, quieren

ser independientes y divertirse, quieren ser autónomas y no dejarse dominar y, a la vez, quieren poder ser femeninas y no renunciar a la seducción, a la belleza ni a la maternidad.

La compatibilidad del trabajo y de la familia es una urgencia cotidiana para las mujeres actuales. A pesar de las prisas, del estrés, de los horarios imposibles y el agotamiento de la doble jornada, no es posible «la vuelta a casa». El trabajo y la presencia en el mundo exterior es una necesidad para todos, y «los cantos de sirena» de la vuelta al hogar y a los roles domésticos encierran la trampa del aislamiento y la dependencia. Como ya dijo Virginia Woolf, sólo si tuviéramos dinero propio por heredarlo de una tía millonaria podríamos pensar en no trabajar por dinero.

La vuelta a casa es imposible, sería buscar la solución en el pasado, es como si quisiéramos volver al barco de vapor ignorando la existencia de otros avances técnicos. Lo que las mujeres dicen que necesitan son más y mejores oportunidades de trabajo y más y mejores medios que ayuden a compatibilizar el trabajo de los padres y las madres con el cuidado de sus hijos. Es decir, más de lo que siempre han pedido las mujeres desde que empezaron a evolucionar en sus planteamientos vitales.

Simone de Beauvoir mantenía como definitorias de la condición femenina tres características: la pasividad, la coquetería y la maternidad. La pasividad no parece ser un rasgo de las mujeres actuales, más bien todo lo contrario. Desde luego no es la pasividad un rasgo por el que se pueda identificar a las mujeres actualmente. Las mujeres han tenido que transgredir todas las normas y leyes, saltarse las reglas, las prohibiciones, vetos y tabúes seculares para llegar a la situación actual. Las mujeres actuales son activas en todos los sentidos, aunque a veces no se note.

Sin embargo, en los terrenos de la coquetería y de la maternidad todavía es posible identificar a las mujeres actuales. La vocación de atraer y seducir a los hombres se mantiene, otra cuestión es si se logra ejercer con éxito. Por ejemplo, buena parte de la impopularidad del feminismo se arrastra por el éxito de los malintencionados comentarios que identificaron a las feministas con las mujeres «feas y marimachos». No lo han sido nunca, pero el estereotipo ha triunfado y le ha restado fuerza al movimiento feminista

para atraer a las mujeres. El ideal de belleza como ideal de feminidad tiene más fuerza que nunca, y la mayoría de las mujeres viven bastante preocupadas por su apariencia física. Esto produce grandes problemas y es origen de los problemas de autoestima y complejos femeninos. Sin embargo, la aspiración de la belleza es, a la vez, una referencia fundamental de la identidad femenina.

La obsesión por la belleza se ha confundido casi totalmente con las obsesiones paralelas de la delgadez y la juventud. No podemos decir que ambas no ejerzan presión sobre los hombres, pero son mucho mayores las fuerzas desencadenadas para convencer a las mujeres de su obligación de mantenerse delgadas y jóvenes. La juventud, la delgadez y la belleza se confunden con la bondad, se confunden interesadamente con la salud y, como consecuencia, hay una enorme cantidad de mujeres que viven obsesionadas y disminuidas por todas estas exigencias tan contrarias a la evolución natural de las mujeres.

Otra cuestión es la de la maternidad. La maternidad sigue siendo el gran privilegio y la gran diferencia que marca la vida de las mujeres en contraste con la de los hombres. El valor de la maternidad es muy elevado y las mujeres jóvenes se proyectan en ella, aunque la pospongan o la aplacen en función de sus estudios, sus trabajos y su independencia. Los hijos son algo trascendente y fundamental pero no son lo único. Configuran una parte del destino biográfico de las mujeres, pero no su totalidad. Por otra parte, la maternidad es muy absorbente. Las madres son seres que han de multiplicarse para atender todo tipo de demandas, pues en ellas se busca ayuda, cuidado, mimos, servicios, apoyo psicológico y cariño incondicional. Y la mayoría de las mujeres siguen dispuestas a ofrecer todo ello, solamente que para un número mucho más reducido de hijos, incluso a veces para una hija o un hijo solamente.

Ausencia de modelos

Para las mujeres actuales no existen modelos. No hay modelos concretos de mujeres modernas con éxito. Las mujeres jóvenes sólo ven reflejadas sus propias vidas en los problemas que se les presentan a las demás

mujeres. Aparecen pocos modelos que generen admiración o que resulten modelos exitosos o aspiracionales para las mujeres de este estudio. Apenas hay modelos en las referencias de valor y de admiración, debido a que son nuevas las pautas de lo que se considera una vida femenina completa. Buena parte de las mujeres que podrían ser referentes para las nuevas generaciones están todavía luchando con ellas mismas para definir su camino y afirmar sus valores.

«Yo veo personajes públicos que lo que conocemos es una vida profesional, y a mí también me interesa la vida personal, si son capaces de llevar un equilibrio, si hay un equilibrio, pero como realmente no lo conozco no sé si es una super no-sé-qué que luego está separada o sus hijos están mal.»

Las mujeres conocidas por sus logros políticos, profesionales o artísticos son todavía modelos de mujer que reciben críticas y rechazos en función de que no se sabe aún qué han alcanzado o a qué precio lo han podido alcanzar. Se cuestiona en ellas ese logro exterior porque no es posible saber si les ha costado sacrificios y renunciaciones en su vida personal. Como referentes sociales, no llegan a ser suficientemente atractivos para estas jóvenes que se definen a priori como mujeres con todas sus aspiraciones al completo, como mujeres que ambicionan ese equilibrio entre su vida personal y su mundo externo.

Sin embargo, algunas referencias a ciertos modelos de mujer han sido significativas. Por ejemplo, cabe resaltar a Emma Bonino como el personaje femenino que recogió más menciones espontáneas.

«Emma Bonino es un pedazo de señora, con mucha clase personal, que ha sabido meterse en el bolsillo a toda esa gente, a todos los presidentes de los países europeos. Además lo lleva muy bien, es muy valorada y muy querida y muy respetada, quizá excesivamente inteligente.»

La imagen de Emma Bonino contrasta dramáticamente con heroínas literarias como Emma Bovary que perfilaron la feminidad decimonónica. No es hermosa, no vive recluida en la provincia ni tiene un marido al que contemplar primero y al que burlar más tarde, una vez pierde la esperanza de realizarse socialmente a través suyo. La nueva Emma, como personaje de referencia, representa un tipo de mujer que destaca por sí misma, que se abre

camino sin relación a ningún hombre, en el ambiente exterior, en un mundo también difícil y atractivo para los hombres, competitivo y totalmente público. En particular, esta mujer ha desempeñado su actividad en la política de manera muy participativa, implicándose e interesándose por cuestiones que son a la vez de política general y que presentan un interés especial para las mujeres, como su denuncia de la situación en Afganistán, viviendo de cerca todos los problemas, implicándose a fondo, y hablando de manera directa y sin reparos sobre los acontecimientos en los que le ha tocado intervenir.

Hay en Bonino, como posible modelo de mujer de éxito, un fuerte contraste con modelos femeninos clásicos, que incorporan el matrimonio y la maternidad, y con valores muy potentes en nuestra cultura como es el de la belleza. En su físico es una persona muy atractiva pero que no destaca por su belleza, sino por su expresividad, que aparece al mismo tiempo como una mujer frágil y pequeña pero fuerte e incansable.

Habría que ver si existe algún otro referente de la imagen femenina en la que jueguen tan fuertemente los contrastes con imágenes del pasado, ya que lo que más nos ha sorprendido es que sea una profesional de la política la imagen más señalada entre las escasas menciones a mujeres conocidas y admiradas. Otras mujeres destacadas públicamente a las que hay referencias de admiración, como podría ser Hillary Clinton, incorporan de forma destacada su posición de pareja y su papel de apoyo emocional de un hombre público, o como podrían ser los casos de algunas modelos y actrices, en las que los aspectos estéticos de su presentación y su belleza son la tarjeta de presentación primera que se nos ofrece para su admiración y posible emulación. La riqueza, el poder, la bondad y la belleza son los parámetros fundamentales del éxito y, como tales, deseables a la hora de señalar modelos que lo encarnen. Sin embargo, son el éxito profesional unido al equilibrio con el éxito familiar, los parámetros fundamentales que parecen básicos en las referencias de las mujeres jóvenes cuando piensan en posibles modelos de conducta.

Persistencia de ideas tradicionales

En los tiempos actuales se ha producido una desestructuración del cuadro de ideas y valores, de la familia, del reparto de roles, de los códigos

de la vida cotidiana y una fragmentación social, de valores difuminándose el viejo impulso de modernidad revolucionaria y doctrinal, por lo que las tradiciones y códigos culturalmente heredados aparecen desempeñar un papel decisivo en los procesos de desarrollo. Así, los jóvenes constituyen un ejemplo de conciliación entre modernidad y valores familiares, o combinan con una mayor frescura valores tradicionales y nuevas banderas, como una características que algunos han llamado posmodernidad. Hoy asistimos a la emergencia de corrientes que van en contra de los valores que definían la «modernización» y que se inscriben en los que definía a una sociedad como «tradicional» (Francisco Orizo, 1996).

Se puede decir que entre las mujeres de 25 a 35 años hay un núcleo de valores modernos compartido: son mujeres que en su mayoría aspiran al desarrollo profesional, al respeto de sus derechos individuales y a normas de convivencia cívica y familiar democráticas. Sin embargo, se detectan entre mujeres de estos grupos de edad preocupaciones y tendencias diferentes. Las jóvenes posmodernas están menos volcadas en los valores familiares y subrayan los valores de autonomía personal, imaginación y libertad. En general, el trabajo significa no sólo una fuente de ingresos, sino una vía importante de realización personal e identitaria. Algunas se adhieren a valores posmaterialistas y sienten simpatía por los «nuevos» movimientos sociales: ecologismo, defensa de los derechos humanos, pacifismo. En el ámbito privado, estas mujeres son más libertarias e independientes, buscan la igualdad con su pareja y no están dispuestas a caer en roles tradicionales.

Las jóvenes de la burguesía moderna suelen ser mujeres con un alto nivel educativo, y por tanto atribuyen también importancia a su trabajo, pero con un sentido algo distinto; el trabajo confiere independencia económica y estatus social, lo cual es muy importante para ellas, por encima de la creatividad que valoran las posmodernas. La simpatía por las políticas de centro-derecha revelan el conformismo con un sistema liberal y de libre mercado, toda vez que posibilite el crecimiento general y las oportunidades económicas personales. Una de sus preocupaciones es el mantenimiento del orden público y la contención de comportamientos desviados. En el ámbito privado, estas mujeres son bastante tradicionales; algunas manifiestan el conservadurismo pero no son muy conscientes de ello, se quieren ver modernas y

sin embargo ciertas actitudes están enraizadas en valores tradicionales. El conservadurismo surge sobre todo a partir de la maternidad y se nutre de la identidad femenina tradicional. Al formar familia reproducen los patrones de sus familias de origen.

«La mentalidad. A mí los valores me han cambiado mucho. Lo veo todo diferente ahora. Han sido los hijos, más que el matrimonio.»

«Hay un sentimiento de más prudencia.»

«Mi vida me gustaría vivirla como la vivían mis padres.»

Se puede destacar que la variable de edad es un elemento importante, pero la variable más importante es otra, está relacionada con la llegada de los hijos. La maternidad y los sentimientos que la rodean es quizás el mayor detonante de las nostalgias y el conservadurismo.

Nostalgias: idealización del pasado

Las mujeres más nostálgicas del pasado son aquellas que psicológicamente se sienten algo insatisfechas; mirar hacia atrás para alabar lo bueno pretérito es una forma de escapismo del agobio en el que viven. El acelerado ritmo de sus múltiples trabajos, extradomésticos y domésticos, hace que algunas mujeres lleguen a situaciones de estrés, se sientan abrumadas. Al llevar una vida que les exige tanto en tantos frentes, pierden la serenidad y la certeza de que lo que hacen es óptimo. En esos momentos de extenuación buscan salidas y explicaciones y es cuando surgen las dudas acerca del sentido de sus vidas ¿Qué he ganado con todas estas cargas? ¿Me siento bien con tantas responsabilidades? ¿Soy buena madre, profesional, esposa? En ese momento puede surgir esa distorsión del pasado, que idealiza la vida de la madre, la familia, la sociedad del pasado. El paraíso perdido adquiere aún más importancia por haber tenido experiencias infantiles positivas en el seno de familias tradicionales.

«La persona que más admiro es mi madre, y no trabajaba fuera.»

«Lo que hemos pasado ha sido bueno mayormente, pero las generaciones que vienen [...] cuando pienso en mi familia, en mi infancia, veo a mi madre en casa, con todos.»

Puesto que las mujeres que trabajan fuera del hogar están tan apuradas de tiempo, llegan a sentir que no son buenas madres y aparecen sentimientos sobre los cuales se asienta un cierto anhelo de vuelta al modelo de mujer madre y esposa.

Como resultado de estas dudas frente al cúmulo de dificultades que encuentran en la vida cotidiana, aparece la culpabilidad. Los sentimientos de culpa son el resultado de individualizar los procesos de cambio. Cuando se sienten que no alcanzan a estar con sus hijos tanto como quisieran se culpan a sí mismas, entendiendo sus dificultades como incapacidad personal. Las mujeres, en general, han sido socializadas en la ética del cuidado, en el altruismo y la generosidad hacia sus prójimos. La idea de entregarse al cuidado y la ayuda de los demás en primer lugar aparece como uno de los primeros mandamientos de la ética femenina. Muchas han tenido en su infancia madres sacrificadas, que representaban un modelo de persona volcada sobre el bienestar de los demás.

«La información que recibimos, tan maternal, [...] es algo bello.»

Han interiorizado ese modelo de madre como lo que ellas deberán ser, pero sus condiciones de vida actual, sobre todo por el trabajo extradoméstico, impiden una equiparación en la vida real con ese ideal moral. Entonces aparecen los sentimientos de culpabilidad.

Al sentir que no alcanzan ese «deber ser», el sentimiento de culpabilidad les acompañará hasta que no modifiquen su vida o transformen sus valores. La culpa que sienten es difícil de superar porque está secularizada, su expiación no es tan sencilla como la del pecado.

«Yo tengo mucho sentido de la culpabilidad, no quiero que mis hijos, cuando sean mayores, recuerden a su mamá siempre agobiada, llegando corriendo.»

Una consecuencia como efecto psicológico que conlleva la culpabilidad es su proyección hacia el exterior: las mujeres se debaten entre esas formas nuevas de vida y los sentimientos por haber abandonado los principios interiorizados desde su infancia. No se sienten bien consigo mismas y son propensas a generalizar esta visión negativa y a juzgarlo todo desde una óptica negativa y pesimista.

«Ahora lo utilizamos todo para que nosotras podamos trabajar y los niños queden al cuidado de alguien. Y no sé si antes o ahora es mejor. Antes tenían muchos niños y salían adelante. Ahora se les dan más cosas, pero a lo mejor menos cariño, o menos atención de la que necesitan.»

A partir de ahí puede surgir una desconfianza hacia las personas de su entorno y de la sociedad en general, sentimiento que no alienta precisamente la cultura cívica y el establecimiento de relaciones sociales. La visión pesimista del presente y sus posibilidades la extienden hacia el mundo en general.

Como consecuencia de esta desconfianza surge el miedo. Al verse a sí mismas como madres insuficientes, temen que sus hijos desarrollen taras o problemas psicológicos. Su sentido de impotencia lleva a tener miedo de no ser capaces de educar adecuadamente a sus hijos, miedo que se proyecta sobre la sociedad exterior.

«Sólo hay que mirar la adolescencia, lo que hay en la calle; si miras lo que hay en la calle, miras lo que estamos haciendo en el mundo.»

«Quizá tienen falta de cariño.»

«Creas niños muy inteligentes, pero con falta de cariño. Con unas carencias de otras cosas que no sabes cómo le van a afectar el día de mañana.»

Las mujeres jóvenes viven actualmente un momento intermedio dentro de una época de cambio y acusan las contradicciones de este proceso. En cierta forma, los rasgos de conservadurismo que advertimos son poco explícitos en las mujeres jóvenes porque operan en el ámbito subconsciente. Las contradicciones entre los nuevos modelos de comportamiento y las imágenes sociales que siguen presentes en sus mentes tienen un gran peso en sus vidas, aunque manifiesten lo contrario.

Algunas mujeres situadas en los entornos posmodernos y progresistas se dan cuenta de estas contradicciones y señalan estas resistencias.

«Hay mucha gente que la han educado para seguir el rol de la mujer.»

«Mi mejor amiga de toda la vida, seguimos la misma trayectoria y parece mi madre.»

«Hay quien se cree que la libertad la ha conseguido porque ha empezado, gana y tiene su trabajo. La que dice “mi marido me ayuda a poner la mesa”.»

«Si, todavía hay de todo.»

El matrimonio como institución ha perdido mucho peso, y sus aspectos de convicción religiosa perduran en grupos minoritarios de la juventud. Aun así, el matrimonio ofrece una seguridad personal que las mujeres valoran mucho. Salvo los grupos más vanguardistas, las jóvenes españolas siguen aspirando a casarse y tener hijos.

«Mi marido me ayuda» es una frase que esconde una buena dosis de tradicionalismo no reconocido por la persona en cuestión, pero que opera sobre ella haciéndole asumir su papel de mujer ama de casa mientras que el marido se abstiene legítimamente. Muchas mujeres también son por lo tanto culpables de la irresponsabilidad de sus maridos. Si continúan asumiendo que ellas deben hacer las labores domésticas, los varones no tienen por qué renunciar a su posición privilegiada. El hecho de que aduzcan razones de tipo esencialista («la mujer es por naturaleza mejor cuidadora») viene a demostrar cómo la ideología sigue imponiéndose a veces sobre lo conveniente dadas unas circunstancias diferentes.

En este contexto es muy fácil caer en la tentación de hacer todo, porque se justifica que el varón sabe o no hace tan bien las cosas como la mujer.

«Creo que estás en el error de que ellos pasen mal el aspirador y coger y hacerlo tú.»

El divorcio es tolerado, e incluso considerado como opción personal, pero sigue sin ser un tema tan aceptado, como por ejemplo en los países anglosajones, porque se ve como un perjuicio para los niños. El impedimento ha dejado de ser la ideología católica, pero se sustituye por un fuerte sentido de la responsabilidad hacia los hijos.

«Por el hecho de tener hijos, o decir venga va, ahora ya estamos casados, no nos vamos a divorciar.»

Aunque sea generalizada la opinión de que un matrimonio malo no se debe perpetuar para proteger a los niños, se sigue viendo en el fracaso signos de irresponsabilidad.

«La gente se casa porque le toca, dicen: ahora ya nos toca.»

Las parejas de hecho son aún un fenómeno minoritario y, sin embargo, crece la práctica de convivir con la pareja antes del matrimonio como período de prueba. Incluso en los grupos de mujeres ideológicamente más conservadoras se acepta esta práctica.

Pese a que existe un cierto grado de tolerancia hacia las madres solteras, sigue estando muy arraigada la idea según la cual los hijos tienen que estar dentro del marco matrimonial.

«Es que antes de ser madre tienes que encontrar una pareja con la que tener esos hijos. Yo para eso soy un poco tradicional.»

El cambio es difícil y requiere una conjunción compleja de factores, pero se está realizando, y las mujeres más jóvenes tienen un grado tal de reflexividad que sus resistencias internas son superables.

Aunque pervivan rasgos de conservadurismo que puedan limitar las oportunidades relativas de muchas mujeres, el cambio de valores es sólo cuestión de tiempo.

Conclusiones

La mujer joven y la sociedad

Las mujeres jóvenes se encuentran en un compás de espera en el que tratan de capitalizar los beneficios obtenidos en la lucha feminista de las generaciones anteriores que dejaron su huella profunda en las actitudes y comportamientos sociales. Ya han tomado conciencia de una serie de principios sobre los que están construyendo su propia vida: su independencia, las relaciones con su pareja, con sus hijos, y con el entorno laboral. Han aceptado retos, han realizado rupturas familiares, han vivido compromisos afectivos, y todo ello conlleva implicaciones emocionales importantes que impregnan de dudas el camino emprendido.

No cuentan con el respaldo gratificante que tuvieron los jóvenes de los años sesenta y setenta, en los que la rebeldía y las posturas contraculturales alimentaron los cambios generacionales y sirvieron de soporte para una transformación de valores ideológicos y estéticos. No son muchos los apoyos con los que cuentan estos grupos de mujeres de vanguardia. Cuentan, en cierta medida, con sus madres; por una parte, como modelo a no repetir y con los ánimos que de ellas reciben para seguir adelante. Las madres actúan como soporte y como presencia en directo de una trayectoria vital que no es para ellas. La admiración materna se responde con cariño y valoración, que se mezcla con el rechazo profundo a sobrellevar lo que ellas soportaron, la sobrecarga de tareas nunca compartidas por sus padres, hombres socializa-

dos en un ambiente en el que «ayudar en casa» no entraba ni en la agenda masculina ni en el propio concepto de sí mismos como hombres. Por otra parte, sus madres ya participaron directa o indirectamente de todo un movimiento social que propugnaba el cambio de las mujeres y, si bien no pudieron emprenderlo en el seno de su propia familia, han entregado el testigo a sus hijas con la esperanza de que sean ellas las que asuman y pongan en práctica lo que ellas propugnaron.

¿Con qué más cuentan? En parte, con sus parejas. En el estudio realizado se ha podido comprobar, una vez más, cómo existe una nueva generación de hombres que están superando la etapa de sensibilización y solidaridad con la causa de la emancipación de las mujeres y están entrando en acción, al menos en lo que corresponde a las relaciones de pareja y la convivencia en el espacio doméstico. Son los nuevos compañeros, las parejas masculinas que si no comparten estas tareas todo lo que deberían, no es por desconocimiento de que la sociedad está cambiando, sino por la inercia residual de comportamientos masculinos acuñados durante generaciones.

En cierta forma, son las mismas mujeres las que no cuentan con ellos cuando se trata de afrontar en términos de igualdad el cuidado de los hijos. Para ellas, y en el núcleo más profundo de sus sentimientos, la nueva paternidad tiene rasgos muy valiosos y apreciados por las mujeres, pero no tiene aún, aunque esté en la vía de alcanzarlo, las implicaciones que conlleva ser madre. En lo más superficial, en el día a día de la vida cotidiana, los tiempos para el cuidado de los hijos se apuntan mayoritariamente en la cuenta de las madres y poco o muy poco en la de los padres.

Las mujeres jóvenes se encuentran, respecto a la maternidad, en el momento más crítico. Los medios anticonceptivos disponibles han trasladado íntegramente el poder de decisión a sus manos. Ahora, más que nunca, ellas tienen la última palabra. Incluso tienen hijos sin tener pareja y ello no es un motivo de censura social. Pero ser madre supone, según hemos podido comprobar directamente a través de sus declaraciones, un compromiso mayor que nunca en la medida en que abarca todas las facetas de su vida actual y su futuro. Es, según sus propias expresiones, «el verdadero problema». No sólo por la incidencia que tiene en la vida laboral, económica y personal de las mujeres, sino porque ahora ya no es un hecho impuesto sino un

compromiso personal, lo que le añade un elemento más de responsabilidad al hecho biológico.

El haber retomado las riendas de la decisión de ser madres supone la desvalorización de la maternidad como institución a favor de la maternidad como elección. La pérdida de vigencia del concepto de maternidad institucional, es decir como un deber o una obligación para las mujeres, se ha llevado consigo la noción de los hijos como carga y la imagen devaluada de la mujer madre, además de la idea de dominación masculina sobre ella. Asimismo, ahora ya se concibe el derecho de las mujeres a no ser madres, sin que ello conlleve ningún detrimento en la imagen de las que adoptan esta decisión. Ha desaparecido por tanto el estereotipo negativo de la mujer que no es madre, lo que hasta hace bien poco estigmatizaba a muchas mujeres. Sobre este punto hablaba Simone de Beauvoir, comentando la insistencia de la gente en preguntarle sobre su intención de tener hijos y si no echaba de menos la maternidad, cosa que nunca le habían preguntado a Sartre, que se encontraba en similares circunstancias.

¿Hay una posible vuelta atrás?

En este panorama nos encontramos con mujeres que están asumiendo su nuevo papel como madres de pocos hijos. Según indican las estadísticas de natalidad, en nuestro país estamos a la cabeza de los índices más bajos de la natalidad europea y mundial. Aunque hay ciertos indicios de recuperación, la cifra de 1,2 hijos por mujer en 1999 sigue siendo muy baja. Cabe preguntarse en qué medida estos datos encierran la elección de las mujeres o las restricciones a las que están sometidas. No estamos seguras de que no sean resultado de una nueva imposición social que incluye, además de las incompatibilidades laborales, los horarios familiares inadecuados, la escasez de guarderías, la falta de apoyo institucional y el desentendimiento personal de maridos o parejas. Querríamos saber hasta qué punto puede decirse que el frío dato estadístico es equidistante de la libre elección y de las nuevas restricciones a la maternidad.

La respuesta de las mujeres de nuestro estudio indica que se advierte, en algunos casos, una sombra de nostalgia con relación a un concepto de

familia amplia, con muchos hijos alrededor, como parte de un escenario imaginado o perteneciente a una imagen retrospectiva idealizada. Sin embargo, aun en los casos de las mujeres más nostálgicas, parece que no hay un punto de retorno hacia esta visión de la maternidad y hacia el concepto de sentirse mujer a través de ser madre.

Por otra parte, se ha creado un nuevo triángulo, más equilibrado en sus lados, formado con los componentes de la nueva familia: la madre, el padre y el hijo, triángulo en el que hay una mayor cercanía, interés y comunicación entre todos y sobre todo con respecto del hijo o de la hija. Los hijos, ya sea por su escasez o por provenir del libre deseo, se han constituido en un bien precioso; y el padre en su nueva participación familiar adopta, o está en trámite de adoptar, los rasgos del nuevo modelo de varón resocializado.

La comunicación es la vinculación clave y central en las relaciones interpersonales. La comunicación con los hijos es, a su vez, otro de los componentes de un nuevo modelo de familia, llamándolo nuevo por contraste con la familia tradicional en la que la voz patriarcal se imponía al resto de sus componentes.

Las jóvenes madres aspiran al entendimiento y a la comunicación con sus hijos en todos los terrenos, como una forma de paliar o compensar los temores que despierta la vida urbana asociada a los problemas de la juventud. Es notable, y lo hemos constatado también entre los grupos de mujeres jóvenes, cómo se apunta una especial relación entre las madres y las hijas, con un deseo de crear un espacio propio en esta relación.

Las aspiraciones a comunicarse, el deseo de estar al día y de salir del mundo aislado de lo privado, el concebir el hogar como un espacio para el descanso y el disfrute, el objetivo de tener éxito en la forma adoptada de convivencia, forman parte de las ambiciones, un tanto convencionales a nuestro parecer, de las mujeres jóvenes. Nos sorprende este nivel de aspiraciones, pero hay que tener en cuenta la situación ya mencionada que tienen las mujeres de esta generación de estar en un paso intermedio, esta sensación de transición hacia lo que está por venir que, aunque puede parecer precencioso, podríamos calificar como un «nuevo modelo de sociedad». De lo que no cabe duda es que se han abandonado pautas muy arraigadas que serían de soporte al modelo tradicional de familia y de mujer, en favor de otras

actitudes y otros comportamientos que finalmente desembocarán en un nuevo panorama social.

De ahí que, en este tránsito, nos encontremos con nostalgias del pasado y del futuro, con mujeres que han roto amarras y que se encuentran un poco a la deriva, a la vez que con otras que parece que han encontrado su rumbo. Las más decididas, las más seguras, las que aparecen con actitudes vanguardistas, son las que van marcando tendencias y sirven de modelo para otras mujeres que tienen mayores dificultades para definirse. Éstas se entremezclan con aquellas que aún no han traspasado el umbral de su entorno conservador y con mujeres que, aun con el deseo de cambio apuntando hacia una transformación en sus vidas, a la vez muestran profundas resistencias al cambio, expresando sus temores a que los esfuerzos y las inversiones realizadas no consigan los beneficios esperados.

La educación de la mujer joven

Un aspecto fundamental, porque constituye el eje para la transición que viven y perciben las mujeres respecto a su papel en la sociedad, es la educación.

Aprender, formarse y actualizar conocimientos se vive desde el doble ángulo de recuperar el tiempo perdido y de abrir la única puerta posible hacia la igualdad de oportunidades con los hombres.

El impulso hacia la carrera de la formación ha hecho colocarse a un gran colectivo de mujeres en los primeros puestos de salida, en el sentido de que hoy en día el número de mujeres que acuden a la universidad es similar o superior al de los hombres. Sin embargo, no llegan a la meta en la misma proporción que ellos, si consideramos que el objetivo de formarse supone llegar a encontrar un empleo.

Desde el punto de vista de las mujeres, estas limitaciones laborales suponen una gran frustración y, por mucho que sea algo ya conocido, hemos podido comprobar una vez más en este estudio, el sentimiento de desazón que produce formarse «para nada». Muchas mujeres jóvenes se preguntan para qué han hecho tanto esfuerzo, para qué ha servido esa inversión en tiem-

po y en dinero que, posteriormente, sólo aplican a las tareas más subalternas. Desde el punto de vista de la sociedad, supone igualmente un desperdicio de recursos humanos en la medida en la que se restringen los horizontes laborales a todo un colectivo bien preparado y formado para entrar, en términos de igualdad de oportunidades, en el mercado de trabajo. Hoy en día, el paro femenino duplica al masculino, siendo España uno de los pocos países de la Unión Europea en que se produce este desfase de forma tan dramática. Ello resulta doblemente desproporcionado, tanto frente al número de mujeres que se forman y tienen nuevas expectativas, como frente al conjunto de un país que se dice abierto a una sociedad global.

Retomar el discurso feminista

Hemos querido saber qué horizontes se pueden aventurar para las mujeres vanguardistas y con mentalidad avanzada que, como hemos visto, sienten en sus vidas las dificultades de compatibilizar tantos polos opuestos: maternidad y trabajo, formación y empleo, autonomía y convivencia.

Analizando los apoyos con los que cuentan, ya se ha visto que desde la sociedad se puede esperar, como un mensaje positivo, una aceptación generalizada y consensuada de la imagen de la mujer independiente, moderna, sea madre o no lo sea, esté casada o conviviendo en pareja. Todo ello, considerando los rasgos conservadores de la sociedad española, se puede calificar como un gran avance.

Desde el colectivo masculino nos preguntamos si es posible hablar de nuevas actitudes con la aparición, aunque minoritaria, de «los nuevos padres» y de colaboradores en casa. Es cierto que para ello tenemos que aplicar una dosis importante de optimismo y considerar que ya se ha interiorizado el modelo y tan sólo falta ponerlo en práctica.

Pero queda una importante asignatura pendiente que corresponde al discurso teórico que debe acompañar a todo movimiento social y que sustentó durante años lo que hoy se llama «la revolución de las mujeres». La causa feminista no es una revolución acabada. El proceso está en marcha y tiene pendiente aún conseguir importantes objetivos, pero nos encontramos con un agotamiento del discurso feminista, al menos según se trasluce del estudio realizado.

Para las mujeres nacidas después del 68, el movimiento feminista y su impacto social ya son historia. Ellas han asumido sus compromisos y se han beneficiado de sus consecuencias, pero, sin embargo, no se identifican con el enunciado feminista. No conocen a sus protagonistas, ni se interesan por sus teorías. Y lo que es más paradójico, han adoptado los valores clave del feminismo en su comportamiento y actitudes, pero rechazan incluso el nombre del feminismo. Lo más habitual es oír «yo no soy feminista, pero...», y a continuación mantener una postura, defender un comportamiento o hacer una afirmación que podría incluirse totalmente dentro de los principios por los que lucharon las defensoras de la igualdad de la mujer.

Para estas mujeres jóvenes, y para la sociedad en general, el cambio se ha producido en lo más profundo de las mentalidades, y de alguna forma ha borrado en el proceso de transformación a los factores desencadenantes y a las personas que lo hicieron posible. Se asumen los principios y las consecuencias del feminismo, pero no interesan ni el movimiento ni sus artífices.

Sin embargo, lo que es indudable, y más importante, es que el cambio es irreversible. Nadie discutiría que, en las últimas décadas, los movimientos feministas han hecho historia y han transformado la vida de toda la sociedad. Cuando vemos una película de los años cincuenta o sesenta advertimos cómo ha cambiado desde entonces nuestra percepción de las mujeres. Y eso aun cuando sus logros no han sido tan extensos como se buscaba ni han recibido totalmente una justicia plena. No se ha suprimido el patriarcado, aunque haya perdido legitimidad, y las mujeres no participan todavía en igualdad de condiciones con los hombres en las áreas profesionales y políticas. Sin embargo, cuando vemos a una mujer someterse a la autoridad de un hombre sólo en razón de su género, nos provoca rechazo y desazón. Un disgusto que, por lo general, suele trascender las líneas de género, de clase y de raza. En esto puede verse el cambio: todos sabemos cuál es la forma legítima de las relaciones entre los hombres y las mujeres, aunque no sepamos nada de feminismo; he ahí el cambio.

Pero hemos comprobado también, incluso dentro de las limitaciones de este estudio, cómo en ese momento de *impasse* en el que se encuentran las mujeres de la generación joven, se advierte una dosis de cansancio, una cierta falta de metas y un desencanto teñido de ironía y humor con una cierta

nostalgia de algunos de los rasgos clásicos de la mujer tradicional, que sin agobios de tiempo ni de conciencia podía ser madre y ama de casa.

No creemos que la sociedad actual propugne una «vuelta atrás», preconizada por sus fuerzas más reaccionarias, como decía Faludi en su libro *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna*, pero es indudable que existe un riesgo de que se diluyan los contenidos de la causa feminista y que la suma de las dificultades lleve a que, para algunas mujeres, tenga más sentido quedarse en casa que trabajar, dedicarse a estar con sus hijos antes que sentirse culpable por no hacerlo, y fregar los cacharros antes que pedir ayuda a un hombre al que, además, hay que tomarse la molestia de explicar cómo se hace. Creemos, sin embargo que se trata de tentaciones pasajeras. En términos generales, las mujeres jóvenes saben que se encaminan hacia una sociedad distinta donde se va haciendo realidad la equidad en las relaciones de género. Saben, como dice Ana Cabré, que tienen todo el futuro por delante pero lo enfocan con prudencia.

Apéndice metodológico

Marco teórico. Los ‘social milieus’

El marco teórico utilizado para la composición de los grupos de discusión ha sido los *social milieus*, que trata de agrupar a los individuos según unas variables que van más allá de las características sociodemográficas, utilizadas corrientemente en los estudios de opinión o de consumo.

Ya viene siendo una práctica habitual en estos estudios el empleo de características más significativas que ayuden a entender los comportamientos y actitudes de los entrevistados ante la realidad cotidiana, para lo que los datos sociodemográficos son necesarios, pero insuficientes. Se consideran insuficientes para determinadas investigaciones que tratan de entender las motivaciones profundas que determinan el comportamiento y que son especialmente relevantes en las sociedades o colectivos cambiantes.

Para ello es preciso superar y ahondar en las estructuras formales que contemplan la pertenencia a colectivos sociales determinados por ingresos, educación, posesión de bienes, o hábitat geográfico, con el fin de hallar otros factores más capaces de movilizar a las personas en sus afinidades y preferencias subjetivas.

Los *social milieus* se inscriben en lo que habitualmente y en la práctica de los estudios sociales se denominan «estilos de vida» y tienen la particularidad de aportar variables cuestiones estéticas, culturales, de ocio y valo-

res ideológicos que se consideraron muy pertinentes para los objetivos del presente estudio.

Los *social milieus* constituyen un instrumento innovador utilizado y validado empíricamente en estudios sociales y de consumo desde 1987 (Ueltzhoffer y Ashenberg) y que ha permitido una segmentación de los individuos en grupos significativos desde la óptica de sus afinidades socioculturales.

En España se han realizado ya estudios con este enfoque teórico. Un ejemplo es el «Transnational Consumer Cultures» de 1996 y 1998, como parte de una investigación realizada en Inglaterra, Alemania, Francia, Italia y Suecia, y que se realizará nuevamente en el presente año, estando a cargo de la parte española el Instituto Escario & Asociados.

El modelo *social milieus* permitía además la combinación de una base significativa en cuanto a variables a utilizar para la selección de las personas participantes en el estudio y el empleo de una metodología cualitativa considerada asimismo como la más idónea para profundizar en los temas elegidos para la investigación.

La metodología cualitativa

La lógica detrás de la metodología cualitativa utilizada en estudios sociales y comerciales reside en el empleo de métodos no estructurados en la forma de obtener respuestas de los individuos, sino por el contrario, permitir que el discurso emerja libremente. Es esencial en los métodos no directivos que cada persona no perciba las limitaciones impuestas por los métodos de encuesta, sino que la información fluya libremente, aunque se organice sobre la base de un listado de los temas a investigar.

Dentro de la metodología cualitativa, el grupo de discusión con un número aproximado de ocho personas constituye la técnica mayoritariamente empleada, por considerarse la más enriquecedora y potenciadora del libre discurso, ya que se apoya y se estimula por el intercambio de opiniones entre los participantes. La dinámica del grupo, tratándose de una metodología abierta, no está sujeta a reglas estrictas; sin embargo, sí debe contemplar una serie de requisitos para mantener el nivel de calidad exigido a cualquier investigación social:

- Cada sesión es moderada por un profesional de la metodología cualitativa que, siguiendo una pauta de temas a tratar, los plantea a las personas participantes en el grupo de discusión, estimulando la participación de las personas asistentes, tratando de que los temas se discutan espontáneamente y que sea el propio grupo el que elabore los temas propuestos. La emergencia de los líderes en los grupos de discusión es habitual en situaciones sociales de grupo y es la responsabilidad del moderador conseguir que su aportación sea positiva, y no limitadora de la participación de las demás personas.

- El reclutamiento de las personas se realiza mediante un cuestionario de selección en el que se detallan las variables sociodemográficas y de estilo de vida requeridas para el estudio.

- La duración de los grupos de discusión no suele sobrepasar las dos horas. No obstante, no existe más limitación que el agotamiento de los temas, o los signos de cansancio de las personas participantes.

- Las sesiones se graban en cinta magnetofónica y, si es necesario, en vídeo, para su posterior análisis. Para ello es necesario contar con la aprobación de las personas participantes en los grupos.

Variables contempladas en el estudio

El universo investigado

Nuestro estudio se proponía utilizar la configuración de grupos de mujeres dentro de las clases medias como las más innovadoras y permeables a los cambios dentro de la sociedad y más específicamente más atentas a todas las transformaciones acaecidas en lo relativo a la condición de la mujer.

Son las que por su predisposición ideológica, situación social, se han incorporado con más fuerza y prontitud al mercado laboral y las que han adoptado posiciones más avanzadas frente a las cuestiones que han marcado el cambio de la mujer en su posición social: el rechazo a la discriminación, la incorporación al trabajo, el reparto de tareas en el hogar, la libre elección del número de hijos, etc.

En la creencia de que la modernidad en las actitudes que han permitido la evolución de la mujer es un valor de la clase media española, seleccionamos este estrato social como marco para el estudio. Sin embargo, dada la amplitud y diversidad incluso dentro de este universo, nos propusimos acortarlo enfocando el estudio hacia el núcleo que *a priori* se podía considerar más dinámico y portador de los valores de cambio que era el hilo conductor de la investigación, la parte medular de nuestro estudio.

Para ello, el marco teórico señalado anteriormente, los *social milieus*, nos proporcionó la herramienta idónea para la selección de los grupos de mujeres. Los planos utilizados como punto de partida eran tres: formas de vida, valores básicos, y estructuras sociales. Éstos nos permitieron por una parte diferenciar los grandes segmentos a los que dirigirnos, pero a ellos se añadieron otros que sirvieron para afinar más en la exploración de las tendencias y cambios sociales.

Nos proponíamos presentar estas tendencias desde la perspectiva de aquellas mujeres que habían adoptado formas de vida más avanzadas y que por su situación social y posición ideológica podrían representar en parte la vanguardia del pensamiento femenino, en la creencia que ellas marcarían los elementos de cambio para las generaciones futuras.

Como núcleo central, utilizamos la segmentación aportada por los *social milieus* de grupos posmodernos y progresistas, en la consideración de que estos grupos daban la respuesta adecuada para la muestra del estudio.

A ellos añadimos un segmento, la burguesía moderna, que servía de contraste respecto a las posiciones más vanguardistas, pero también con el fin de detectar su peso en los movimientos de cambio ideológico. No se podía dejar de lado por varios motivos: porque representa el avance económico en el momento actual, y porque supone un modelo aspiracional para muchas mujeres dentro de la clase media. Era necesario contrapesar su influencia, por la visibilidad social que tiene este grupo de mujeres, respecto al pensamiento y estilo de vida del grupo más vanguardista.

Localización geográfica

Respecto a la localización de los grupos de discusión, se optó por «la gran ciudad» por considerarse el medio urbano como el más idóneo donde se generan los cambios sociales. La dinámica de las transformaciones se viene dando del centro a la periferia, y es desde la gran ciudad y el hábitat urbano desde donde se extiende su onda expansiva hacia otros núcleos poblacionales, más pequeños o rurales. Se decidió, con este fin, hacerlos todos en Madrid y Barcelona.

Edad de las participantes

Con el fin de optimizar la selección de las participantes en núcleos lo más homogéneos posible, se optó por la edad como variable fija y dejar las variables dinámicas para el reclutamiento de los *social milieus*.

Se decidió utilizar un intervalo de edad entre 25 y 35 años, considerando que este tramo de edad era suficientemente amplio como para recoger las opiniones de las mujeres que, según las estadísticas actuales, ya han elegido un medio de vida independiente propio y al mismo tiempo de aquellas que ya han experimentado suficientes cambios en sus vidas respecto a temas clave para los objetivos del estudio: independencia del hogar paterno, emparejamiento, matrimonio, maternidad y trabajo remunerado.

Muestra final

Se realizaron ocho grupos de discusión seleccionados según las características que segmentan los *social milieus* predeterminados para esta investigación. Dichas características están basadas en los estudios ya realizados en los que se ha empleado esta tipología, por tanto validados empíricamente en estudios cualitativos y cuantitativos.

Mujeres progresistas

Se llevaron a cabo tres grupos de discusión, con mujeres de edad comprendida entre 25-35 años.

- Todas las participantes tenían estudios superiores universitarios.

- Todas eran activas profesionalmente: psicólogas, sociólogas, y profesoras de universidad.
- Ingresos familiares anuales: 6/8 millones.
- Casadas o viviendo en pareja. No tenían más de tres hijos.
- Se realizaron tres grupos de similares características, uno en Madrid, dos en Barcelona.

Mujeres posmodernas

Se llevaron a cabo dos grupos de discusión, con mujeres de edades comprendidas entre 25 y 35 años.

- Todas las participantes tenían estudios superiores universitarios. Eran activas profesionalmente en la fotografía, el diseño de moda, la publicidad y el paisajismo.
- Viviendo solas, casadas y viviendo en pareja.
- Ingresos personales anuales: en torno a los 6/8 millones.
- Se realizaron dos grupos de similares características, uno en Madrid y uno en Barcelona.

Mujeres de la burguesía moderna

Se llevaron a cabo tres grupos de discusión, con mujeres de edades comprendidas entre 30 a 35 años.

- En cada grupo había aproximadamente la mitad de mujeres activas ejerciendo en el área de la abogacía, medicina y economía. La otra mitad en cada grupo estaban casadas con profesionales ejerciendo en las mismas áreas de actividad y desempeñando puestos directivos en empresas.
- Casadas y con hijos.
- Ingresos familiares anuales: 10/12 millones.
- Se realizaron tres grupos de similares características, dos en Barcelona y uno en Madrid.

Descripción detallada de cada 'social milieu'

Burguesía moderna

Este grupo se caracteriza por la confianza en la situación económica actual y en el futuro. Demuestran un gran interés en todo lo que concierne a Europa, especialmente cultura, economía, moda.

En su vida diaria exhiben un cierto derroche en el consumo, y en su preferencia por productos caros y marcas «de autor». Ejemplo: Armani.

El ocio se considera como tiempo útil y con un alto valor social. Practican deportes como golf o paddle.

En el ocio se incluye una gastronomía refinada, y la cocina practicada también por hombres que se consideran a sí mismos expertos en recetas exóticas o novedosas.

La familia es el principal foco de interés en su vida personal. Valoran especialmente la formación de sus hijos, promoviendo los estudios en el extranjero y el aprendizaje de idiomas.

Dentro de una ideología conservadora son, sin embargo, tolerantes, manifestando una actitud positiva y liberal hacia ciertos temas sociales como las madres solteras o el divorcio. Sin embargo, su posición es negativa ante el aborto o la homosexualidad.

Alto nivel de ingresos. Profesionales independientes: arquitectos, médicos, abogados, economistas.

Progresistas

Otorgan gran importancia a todo lo relacionado con la cultura, el arte y la diversidad de tendencias culturales y raciales.

En general, dan prioridad a la pareja frente al concepto de familia como parte de su mentalidad avanzada y por un rechazo ideológico al estereotipo de la familia tradicional española.

Muestran una actitud muy positiva hacia los cambios y nuevas tendencias culturales, estéticas e ideológicas.

Aceptan cambios en su vida como un reto personal. La inestabilidad es una experiencia vital.

Tienen una alta valoración de la naturaleza. Practican el turismo verde. El ocio es disfrutar en entornos sociales reducidos. Defensoras del concepto de solidaridad y partidarias de las ONG.

Ingresos medios. Profesiones: enseñantes, profesoras, psicólogas, sociólogas.

Postmodernas

Conceden gran importancia a la cultura y los valores estéticos. Defensores de la creatividad, de la imaginación y de la intuición en todos los ámbitos de su vida personal y profesional.

Los valores espirituales no están determinados por la religión sino por su propia filosofía de la vida con un cierto grado de esoterismo. Respetan y admiran otras corrientes espirituales, como las orientales.

El ocio está marcado por el relax en el ámbito privado y por estar a la última en los restaurantes, bares, discos, etc., y en las novedades culturales.

Viajan por sistemas no convencionales a países fuera de los circuitos turísticos: África, Oriente.

Una corriente estética admirada en el momento actual: Almodóvar.

Muestran un rechazo hacia la moda convencional y de los tópicos como el culto al cuerpo, dietas, etc. Exhiben una actitud «antimarcas» en consumo.

Vida con o sin pareja.

Ingresos medios. Profesiones: fotografía, diseño, moda, nuevas tecnologías.

Fechas del trabajo de campo: abril del 2000.

Bibliografía

- ALABART, CABRÉ *et al.* (1988). *La cohabitación en España. Un estudio en Madrid y Barcelona*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- ALBERDI, I. (1999). *La Nueva familia española*. Taurus, Madrid.
- ALBERDI, I., FLAQUER LL. e IGLESIAS DE USSEL, J. (1994). *Parejas y matrimonios: Actitudes, comportamientos y experiencias*. Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.
- ALBORCH, C. (1999). *Solas*. Ediciones de Hoy, Planeta, Barcelona.
- ALVARO PAGE, M. (1996). *El uso del tiempo como indicador de discriminaciones entre género*. Instituto de la Mujer, Madrid.
- (1996). «Diferencias en el uso del tiempo entre varones y mujeres y otros grupos sociales». *REIS*, n.º 74, junio 1996.
- ÁLVAREZ, G. (1996). *Determinantes de la decisión de fertilidad para el caso de las mujeres españolas*. Instituto de la Mujer, Madrid.
- AMORÓS, C. (1997). *Tiempo de feminismo*. Cátedra, Madrid.
- ARNEDO, E. (2000). *Desbordadas*. Temas de Hoy. Planeta, Barcelona.
- BADINTER, E. (1992). *De l'identité masculine*. Odile Jacob, París.
- BORDO, S. (1993). *Unbearable weight, feminist western culture and the body*. University of California Press, Berkeley.
- BOURDIEU, P. (1979). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid.
- (1990). *La domination masculine*. Actes de la Recherche en Sciences Sociales. n.º 84, París.
- CABRÉ, A. (1999). *El sistema català de reproducció*. Proa. ICM, Barcelona.

- CAPLAN, P. (1992). *The Cultural Construction of Sexuality*. Polity Press, Londres.
- CC.OO. (2000). *Estudio sobre las diferencias salariales entre hombres y mujeres*. Secretaría Confederal de la Mujer de Comisiones Obreras, Madrid.
- CEAPA (1997). *Encuesta sobre familia de la Confederación Española de Asociaciones de Padres de Alumnos*. Madrid.
- CIS (1995). *Encuesta sobre actitudes y conductas interpersonales de los españoles en el plano afectivo*. Estudio 2157, Madrid.
- (1997). *Barómetro, estudio n.º 2233*. Enero 1997, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- (1999). Estudio n.º 2321, *Opiniones y actitudes de los españoles ante el mercado de trabajo*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- CIS-Instituto de la juventud 1999, Estudio 2262 *Encuesta de juventud*.
- CLARK, K. (1979). *Civilización*. Alianza, Madrid.
- COMAS D'ARGEMIR, M. (1995). *Trabajo, género y cultura, La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Icaria, Barcelona.
- DEBOLD, E., WILSON, M. y MALAVE, I. (1994). *La revolución en las relaciones madre hija*. Paidós, Buenos Aires.
- DELGADO, M. y CASTRO, T. (1998). *Encuesta de Fecundidad y Familia*. 1995. FFS CIS, Madrid.
- DOUGLAS, S. J. (1994). *Where the girls are. Growing up Female with the Mass Media*. Random House, Nueva York.
- DURÁN, M. A. (1988). *De puertas a dentro*. Instituto de la Mujer, Madrid.
- EASTERBROOKS, A. y EMDE, R. E. (1988). «Marital and parent-child relationships: the role of affect in the family system», en Hinde Ed. *Relationships within families: mutual influences*. Oxford Science Publications, Oxford.
- ESCARIO, ALBERDI *et al.* (1988). *La posición de los hombres dentro de la familia. Tipología de actitudes ante el cambio familiar*. Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.
- EUROSTAT (1996). *Européennes, Européens: a chances égales?* Eurobarómetro, Bruselas.
- FALUDI, S. (1993). *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna*. Anagrama, Barcelona.
- FINKEL, H. *El reparto del trabajo doméstico en la familia: la socialización en las diferencias de género*. CEAPA.
- FISHER, H. (2000). *El Primer sexo*. Taurus, Madrid.

- FLAQUER, LL. (1998). *El destino de la familia*. Ariel, Barcelona.
- (1999). *El ocaso de la figura del padre*. Ariel, Barcelona.
- FLORES, F., SPINOSA, CH. y DREYFUS, H. (2000). *Abrir nuevos mundos*. Taurus, Madrid.
- FOESSA (1994). *Informe sociológico sobre la situación social de España*. Euroamérica, Madrid.
- GARCÍA SANZ, B. (1997). *Mujeres y empleo*. Instituto de la Mujer, Madrid.
- GIDDENS, A. (1995). *La transformación de la intimidad*. Cátedra, Madrid.
- GIL CALVO, E. (2000). *Medias miradas. Un análisis cultural de la imagen femenina*. Anagrama, Barcelona.
- GOFFMAN, E. (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu, Buenos Aires.
- GRAY, J. (1994). *Men are from Mars, Women are from Venus*. Harper, Nueva York.
- HAYS, S. (1996). *The Cultural Contradictions of Motherhood*. Yale University Press, Nueva York.
- HINDE, R.A. ED. (1988). *Relationships within families: mutual influences*. Oxford Science Publications, Oxford.
- HITE, S. (1995). *Informe Hite sobre mujeres y amor*. Paidós, Barcelona.
- HOTHSCCHILD, A. (1999). *The Time Bind*. Henry Hart, Nueva York.
- Informe España 1998*, Fundación Encuentro CECS, Madrid.
- INGLEHART, R. (1991). *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- INJUVE (1996). *Informe de Juventud en España*.
- JAY, M. (1992). «Scopic Regimes of Modernity», en *Modernity and Identity*, Lash S. y Friedman J. Eds. Blackwell, Londres.
- KAUFMANN, J. C. (1992). *La trame conjugale*. Nathan, París.
- LASÉN DÍAZ, A. (2000). *A contratiempo. Un estudio de las temporalidades juveniles*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- LEWONTIN (1996). «Sex, Lies, and Social Science», *New York Review of Books*, abril.
- LIPOVETSKY, G. (1999). *La tercera mujer*. Anagrama, Barcelona.
- LOBBY EUROPEO DE MUJERES (1998). *Un nuevo contrato social entre hombres y mujeres*. Seminario mayo/octubre 1998, Ministerio Asuntos Sociales, Madrid.
- MARTÍN GAITE, C. (1999). *La búsqueda de interlocutor*. Anagrama, Barcelona.
- MARTÍN SERRANO, M. (1994). *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960 y 1990*. Instituto de la Juventud, Madrid.

- MEIL, G. (2000). *La postmodernización de la familia española*. Ed. Acento, Madrid.
- MIRANDA, M. J. (1987). *Crónicas del desconcierto*, Instituto de la Mujer, Ministerio de Cultura, Madrid.
- MOREJUDO, G. (1985). *Determinantes del comportamiento político de la mujer española*. Instituto de la Mujer, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Mujeres en Cifras* (1997). Instituto de la Mujer, Madrid.
- MURILLO, S. (1996). *El mito de la vida privada*. Siglo Veintiuno, Madrid.
- OLSON (1989). *Families. What Makes them Work*. Sage, Londres.
- OSBORNE, R. (1993). *La construcción sexual de la realidad*. Cátedra, Madrid.
- ORIZO, F. (1996). *Sistemas de valores en la España de los 90*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- PHOENIX, A., WOOLLET, A. y LLOYD E. Eds. (1991). *Motherhood: meanings, practices and ideologies*. Sage, Londres.
- PULEO, A. (1995). *Conceptualización de la sexualidad femenina*. Dirección General de la Mujer, Madrid.
- RAMOS, R. (1990). *Cronos dividido: Usos del tiempo y desigualdad entre mujeres y hombres en España*. Instituto de la Mujer, Madrid.
- RICH, A. (1996). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Cátedra, Madrid.
- ROUSSEL, L. (1989). *La famille incertaine*. Odile Jacob, París.
- SENNET, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Anagrama, Barcelona.
- SINGLY, F. de (2000). *Livres ensemble*. Nathan, París.
- ST. JAMES, E. (1995). *Simplify your life*. Hyperion, Nueva York.
- SULLEROT, E. (1992). *Quels Pères? Quels Fils?* Fayard, París.
- TANNEN, D. (1995). *Taking from nine to five*. Morrow and Co. Nueva York.
- TORRES, M., ALVIRA, F. y BLANCA, F. (1994). *Relaciones padres hijos*. Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.
- VANCE (1987). *Placer y peligro*. Revolución. Madrid.
- VENTURA, L. (2000). *La tiranía de la belleza*. Plaza y Janés, Barcelona.
- VIOLANTE, M., MARTÍNEZ QUINTANA (1992). *Mujer, trabajo y maternidad*. Instituto de la Mujer, Madrid.
- WOLF, N. (1991). *El mito de la belleza*. Emecé, Barcelona.